

CULTURA

HOMENAJE A DON ALBERTO MASFERRER

47

... REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION ...

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

ENERO - FEBRERO - MARZO

1968



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO
LICENCIADO WALTER BENEKE

SUB-SECRETARIA
LICENCIADA ANTONIA PORTILLO DE GALINDO

DIRECTORA DE LA REVISTA
CLAUDIA LARS

Nº 47

ENERO - FEBRERO - MARZO

1968

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Pasaje Contreras Nº 145
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres de la
DIRECCION DE PUBLICACIONES
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 8

INDICE

| | PAGINA |
|--|--------|
| Colaboran en este número | 7 |
| Nota Editorial | 13 |
| Masferrer, reformador social | 15 |
| Italo López Vallecillos | |
| Vocación y plenitud en Alberto Masferrer | 21 |
| Alejandro D. Marroquín | |
| Retorno a Masferrer | 27 |
| Ricardo Bogrand | |
| El método sociológico como instrumento crítico | 32 |
| Matilde Elena López | |
| Masferrer periodista | 38 |
| José Salvador Guandique | |
| Humano, demasiado humano | 43 |
| Claudio Arenas | |
| Alberto Masferrer o La conciencia de un pueblo. (Fragmentos) | 46 |
| Francisco Morán | |
| Mi Alberto Masferrer | 53 |
| Pedro Geoffroy Rivas | |
| Personalidad poética de Alberto Masferrer, maestro y apóstol | 62 |
| Serafín Quiteño | |
| Alberto Masferrer | 68 |
| Trigueros de León | |
| El carbunclo | 69 |
| Alberto Masferrer | |
| Papalotes | 71 |
| Alberto Masferrer | |
| El normalista | 73 |
| Alberto Masferrer | |
| Egoísmo y dolor | 77 |
| Alberto Masferrer | |

| | PAGINA |
|---|--------|
| Nuevas patrias | 79 |
| Alberto Masferrer | |
| Hazme suave el instante | 80 |
| Alberto Masferrer | |
| Purificación de la mente | 82 |
| Alberto Masferrer | |
| ¿Qué debemos saber? (Fragmentos) | 84 |
| Alberto Masferrer | |
| El dinero maldito. (Fragmentos) | 91 |
| Alberto Masferrer | |
| La cultura por medio del libro | 99 |
| Alberto Masferrer | |
| El Mínium Vital | 117 |
| Alberto Masferrer | |
| Blasón | 133 |
| Alberto Masferrer | |
| Masferrer y su iluminada fuerza interior | 135 |
| Claudia Lars | |
| Ideas de Masferrer para una Filosofía de la Educación | 138 |
| Luis Aparicio | |
| Las siete cuerdas de la lira. (Fragmentos) | 145 |
| Alberto Masferrer | |
| Helios. (Fragmentos) | 156 |
| Alberto Masferrer | |
| Estudios y figuraciones sobre la Vida de Jesús. (Fragmento) | 168 |
| Alberto Masferrer | |
| Bibliografía de Alberto Masferrer | 171 |
| Poemas de Alvaro Menén Desleal. (Salvadoreño). | |
| Profecía ante la gran pirámide | 173 |
| Ay de los que se quedan | 173 |
| No escribas con el corazón | 174 |
| Poema de Ricardo Castro Rivas (Salvadoreño) | |
| Anti-Elegía para Alberto Masferrer | 176 |
| Poema de José María Cuéllar (Salvadoreño) | |
| Odas a Masferrer | 178 |
| Reencuentro. (Fragmento del libro en preparación "El Angosto Sendero") | 180 |
| Amparo Casamahuapa | |
| Don Alberto Masferrer, apóstol y visionario | 184 |
| Roberto Armijo | |
| El individualismo de Alberto Masferrer | 187 |
| José Roberto Cea | |
| Entrevista imaginaria con Alberto Masferrer | 191 |
| Mercedes Durand | |
| Anti-homenaje | 196 |
| Alfonso Quijada Urías | |
| Conversación con Alberto Masferrer | 199 |
| Manlio Argueta | |
| Nota sobre Masferrer | 203 |
| Tirso Canales | |
| Decretos relativos a homenajes dedicados a don Alberto Masferrer | 206 |
| Vida Cultural | 209 |
| Tinta Fresca | 215 |

Colaboran en este Número

ITALO LOPEZ VALLECILLOS.—Prosista y poeta salvadoreño. Nació en San Salvador en 1932. Viajó a España becado por el Instituto de Cultura Hispánica. Allá estudió periodismo. Su primer libro de versos, *Biografía del hombre triste*, fue publicado en Madrid en 1954. *Imágenes sobre el otoño*, es una colección de poemas en la que se encuentra madurez emocional y seguridad expresiva. López Vallecillos ha escrito en prosa: *El periodismo en El Salvador*; *Monografía histórica del Departamento de Ahuachapán*; *Gerardo Barrios y su Tiempo*, 2º Premio, rama de Ensayo, Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1965. Ha merecido otros premios en varios torneos literarios. Dirige eficientemente la Editorial Universitaria de esta ciudad. Va alcanzando notable puesto como historiador.

ALEJANDRO DAGOBERTO MARROQUIN.—Nació en San Salvador en 1911. Estudios de primaria y secundaria en nuestro país. Estudios universitarios en la Universidad de El Salvador y en Montevideo, Uruguay. Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales. En 1928 y 1930 obtuvo Medalla de Oro y sus correspondientes Diplomas, como el mejor alumno de la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Nacional. Ha desarrollado meritoria carrera docente, impartiendo cátedras en la Escuela Superior de Medicina Rural y en el Instituto Politécnico, México, D. F.; en la Escuela Nacional de Antropología, México; en el Departamento de Ciencias Liberales, Universidad de Illinois, Urbana, Estados Unidos; en la Escuela Superior de Medicina Sanitaria, México; en las Facultades de Ciencias Económicas, Jurisprudencia y Humanidades, Universidad de El Salvador; en las Facultades de Jurisprudencia y Economía, Universidad de Honduras. Actualmente desempeña los siguientes cargos: Profesor a tiempo completo en la

Facultad de Humanidades de nuestra Universidad Nacional; Presidente de la Asociación Salvadoreña de Sociología; Miembro del Instituto Internacional de Sociología; Miembro del Comité Mundial de Sociología Rural; Miembro de la Directiva de la FLACSO. Ha publicado alrededor de veinte trabajos científicos sobre temas jurídicos, sociológicos y políticos. Entre ellos sobresalen: *La ciudad mercado* (Tlaxiaco) Universidad Nacional Autónoma de México, 1957; *Panchimalco: Una investigación sociológica*, Universidad de El Salvador, 1958; *La irretroactividad de las leyes*, Id. Id. 1958; *San Pedro Nonualco*, Universidad de El Salvador, 1962; *Teoría de la historia*, Id. Id. 1962; *Apreciación sociológica de la Independencia*, Facultad de Economía, Universidad de El Salvador, 1964.

RICARDO BOGRAND.—Poeta y prosista salvadoreño. Nació en San Pedro Arenales, Departamento de San Miguel. Estudios universitarios en la Universidad de El Salvador y en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, México. Es etnólogo especializado en Antropología Social, con grado académico de Maestro de Ciencias Antropológicas. Como periodista ha colaborado en importantes diarios de El Salvador y de México. Actualmente es Colaborador de la Dirección General de Cultura de esta República. También es miembro activo de la Asociación de Periodistas de El Salvador (APES). Obras publicadas: *Perfil de la raíz*, poesía; *Las manos en la calle*, sobretiro de la revista La Universidad, Nos 1-2, San Salvador, 1964; *Posibles relaciones entre las culturas prehistóricas de América y Asia*, sobretiro de la revista La Universidad, Nos. 1-2, 1964. Poemas suyos pueden encontrarse en las antologías “Puño y Letra”, “Poetas Jóvenes de El Salvador” y “Antología de la Poesía Centroamericana”, dirigidas por los salvadoreños Oswaldo Escobar Velado y José Roberto Cea y por el peruano Manuel Scorza. También se encuentran en selecciones editadas en Cuba y en Europa. Bogrand ha viajado por Centro América, México, las Antillas, Medio Oriente y muchos países europeos. Tiene abundante obra inédita.

MATILDE ELENA LOPEZ.—Nació en San Salvador en 1925. Se doctoró en Filosofía y Letras en la Universidad Central del Ecuador. Autora de las siguientes obras: *Masferrer, alto pensador de Centro América*; *Tres ensayos sobre poesía ecuatoriana*, tesis doctoral; *Interpretación social del arte*, 1er. Premio rama de Ensayo, Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes, Guatemala, 1962; *Dante, poeta y ciudadano del futuro*, Premio Unico en Certamen Centroamericano, celebrado en Guatemala, para conmemorar el 7º Centenario del nacimiento de Dante. También ha sido laureada en certámenes de poesía y cuento, nacionales y extranjeros.

JOSE SALVADOR GUANDIQUE.—Nació en San Salvador en 1918. Licenciado en Derecho, Universidad Nacional Autónoma de México; Doctor en Jurisprudencia y Ciencias Sociales, Universidad de El Salvador. Ha sido profesor de Historia Universal y Civismo en escuelas superiores del país; profesor de Psicología en la Escuela Preparatoria de la Universidad de México; miembro del Seminario de Investigaciones Filosóficas de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. En la Facultad de Economía de la Universidad de El Salvador desempeñó la cátedra de Nociones Sociológicas y la de Introducción de Filosofía en la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la misma Universidad. En 1949 impartió las cátedras de Historia Universal y Sociología en el Instituto Tecnológico de Monterrey, México. Obras publicadas: *Datos de sociología*; *Itinerario filosófico*;

Proyecciones. Ganó 1er. Premio en el IX Certamen Nacional de Cultura de El Salvador (compartido con el doctor Julio Fausto Fernández) por su ensayo *En la ruta del Estado*. En el XI Certamen Nacional de Cultura de este país, obtuvo 1er. Premio, rama de Ensayo, por su obra *Gavidia, el amigo de Dario*.

CLAUDIO ARENAS.—Escritor salvadoreño que desea esconder su verdadero nombre en un seudónimo. Pertenece a familia que ha dado a la patria una poetisa de singular valor. Hombre muy culto y con títulos universitarios. Escribe sin deseos de obtener aplausos en el campo de las letras.

LUIS APARICIO.—Profesor y escritor. Licenciado en Ciencias de la Educación. Nació en la ciudad de Santa Elena, Departamento de Usulután, El Salvador, en 1918. Estudió magisterio en la Escuela Normal de Varones “Alberto Masferrer”, de esta capital. Estudios superiores en la Escuela de Ciencias de la Educación, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional. Estudios especiales en Francia, Alemania, Estados Unidos de Norteamérica y Puerto Rico. Ha sido Director de la Escuela Normal Superior de nuestro país; Director de la Escuela Normal “Alberto Masferrer”; representante de El Salvador ante Organismos Culturales Centroamericanos; catedrático en diferentes escuelas salvadoreñas. Actualmente es Director de Publicaciones del Ministerio de Educación de la República. Obras (ediciones mimeografiadas): *Didáctica de estudios sociales*; *Didáctica general*; *Historia de la educación*; *Organización escolar*; *Pedagogía*. Libro editado por la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación: *Planeamiento Integral de la Educación* (Colección “Biblioteca del Maestro”).

ALVARO MENEN DESLEAL (o Alvaro Menéndez Leal). Poeta, cuentista, escritor de obras de teatro y periodista salvadoreño. Nació en 1931. Ha triunfado en numerosos Certámenes Literarios de El Salvador y de otras Repúblicas de Centro América. En el VIII Certamen Nacional de Cultura de esta República, 1962, obtuvo 2º Premio por su libro titulado *Cuentos Breves y Maravillosos*. En el X Certamen Cultural Universitario de esta capital, ganó tres premios en tres ramas de literatura; poesía, cuento y ensayo. En los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quezaltenango, Guatemala, 1965, obtuvo 1er. Premio por su obra teatral *Luz Negra*, tan aplaudida y discutida cuando se escenificó en Guatemala, en nuestra patria y en otros países. Actualmente viaja por Europa.

RICARDO CASTRO RIVAS.—Nació en San Salvador en 1938. Escribe poesía y cuento. Autodidacta. Su oficio: linotipista. Ganó el premio “Vicente Acosta”, 2º lugar, rama Poesía, en los X Juegos Florales de Nueva San Salvador; obtuvo 3er. lugar en la misma rama, XV Torneo Cultural Centroamericano de la AED. En el XVI Torneo Cultural de la misma Asociación alcanzó el premio “Salarrué”, rama Cuento. En diciembre de 1967 recibió 1er. Premio rama Poesía, XI Juegos Florales de Santa Tecla. Ha viajado por Centro América, México, Brasil y Europa.

JOSE MARIA CUELLAR.—Poeta y cuentista salvadoreño. Nació en Ilobasco, Departamento de Cabañas, 1942. Ha merecido los siguientes lauros: 1er. Premio Poesía, Certamen Literario de Usulután, por *Dos Cantos a la Patria Antigua*; 1er. Premio, en la misma rama, Certamen Literario de la ciudad de San Vicente, por *Bajo un sol de naranjas*; 1er. Premio en Certamen Literario de San Sebastián, por *Bajo la flor desnuda de la luna*. Últimamente ha recibido nuevos galardones.

AMPARO CASAMALHUAPA (de Marroquín). Nació en Nejapa, El Salvador. Muy joven empezó a publicar pequeños artículos en el diario "La Palabra" del Pbro. Juan Gilberto Claros. Después escribió en "Patria", periódico que fue dirigido sucesivamente por don Alberto Masferrer y Alberto Guerra Trigueros. También se publicaron sus escritos en "Diario Latino" y "Diario Nuevo". En 1939 editó un pequeño libro titulado *El Joven Sembrador*. Repertorio Americano, el conocido semanario costarricense de don Joaquín García Monge, así como periódicos y revistas de Guatemala, Honduras y Costa Rica, reprodujeron muchas veces sus prosas breves. Tiene un libro inédito, narrativo, del que reproducimos un capítulo en este número de "Cultura".

ROBERTO ARMIJO.—Joven poeta y prosista salvadoreño. Nació en la ciudad de Chalatenango. Obras: *La noche ciega al corazón que canta; Poemas para cantar la primavera*, 1er. Premio Juegos Florales de San Salvador, 1959; *Mi poema a la ciudad de Ahuachapán*, 2º Premio en Certamen de la misma ciudad, año 1962; *Francisco Gavidia, la Odisea de su Genio*, 1er. Premio, rama de Ensayo, Certamen Nacional de Cultura, 1965. Este libro fue escrito conjuntamente con el doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz. En el Certamen "Rubén Darío", que conmemoró en Nicaragua el cincuentenario de la muerte del gran nicaragüense, Armijo obtuvo 1er. Premio, rama de Ensayo, por su trabajo titulado *T. S. Eliot, el poeta más solitario del mundo contemporáneo*.

JOSE ROBERTO CEA.—Joven poeta y prosista salvadoreño. Ha publicado: *Amoroso poema en golondrinas a la ciudad de Armenia*, 1er. Premio, Juegos Florales de esa ciudad, 1958; *Poetas Jóvenes de El Salvador, Antología*, 1960; *Poemas para seguir cantando*, 2º Premio, Juegos Florales de Quezaltenango, Guatemala, 1960; *Los días enemigos*, 1965, Editorial Universitaria; *Eternidad del sueño*, 2º puesto, Teatro, Juegos Florales de Quezaltenango, 1966. Además, ha ganado otros premios importantes: 1º rama de Poesía, Certamen Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes de Guatemala, 1965-1966; 2º Poesía, "Círculo de Escritores y Poetas" de Nueva York, 1966; Premio "Adonai", Poesía, Madrid, España, 1966. El Instituto de Cultura Hispánica acaba de publicar su libro *Todo el Códice*. Una parte del interesante libro *De Aquí en Adelante*, escrito y publicado por cinco poetas jóvenes de El Salvador, recoge versos de José Roberto Cea.

MERCEDES DURAND.—Nació en San Salvador en 1933. Estudió Filosofía en la Universidad Nacional Autónoma de México. Escribe poesía, cuentos, ensayos y artículos periodísticos. Dirigió el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador y publicó, en compañía de otros escritores, la revista "Vida Universitaria". Obras: *Espacio*, poesía, Editorial Los Presentes, México; *Sonetos Elementales*, plaquette, Editorial del Ministerio de Cultura, San Salvador, 1961. Ha ganado varios premios en torneos literarios y su obra inédita en prosa y verso es abundante.

ALFONSO QUIJADA URIAS.—Salvadoreño. Poeta y prosista. Pertenece a la más joven generación de escritores de nuestro país. En 1962 obtuvo 2º Premio en el Segundo Certamen Cultural de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. En 1963 alcanzó primer puesto en los Terceros Juegos Florales de la ciudad de Zacatecoluca. Con José Roberto Cea dividió el Primer Premio en otros Juegos Florales. Escribe seriamente y prepara excelentes libros en verso y prosa.

MANLIO ARGUETA.—Poeta y cuentista salvadoreño. Nació en la ciudad de San Miguel. Apareció en la promoción del Círculo Literario Universitario, 1956. Ese mismo año fue premiada su colección de sonetos *Geografía de la patria*, en el Certamen Centroamericano Universitario, que patrocina la Asociación de Estudiantes de Derecho de la Universidad de El Salvador. Publicó poemas en la *Antología de poetas jóvenes de El Salvador* y en la *Antología Puño y Letra*, primorosamente editada por Oswaldo Escobar Velado. En Certamen Centroamericano de la Asociación de Estudiantes de Derecho, 1964, obtuvo primer lugar en ramas de cuento y poesía. También ha recibido honores en Concursos Literarios recientes. El libro que acaba de publicarse en San Salvador, *De Aquí en Adelante* ofrece parte de su más nueva producción lírica.

TIRSO CANALES.—Poeta y prosista salvadoreño. Nació en San Salvador en 1933. Pertenece a la joven generación de escritores de nuestro país. Estudió filosofía en Europa. Obras publicadas: *Lluvia en el viento*, poemas; *Los ataúdes*, teatro, en colaboración con el doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz. Obras inéditas: *Prolongación de la leyenda*, cuentos; *Más allá de los sentidos*, poesía; *Ensayos filosóficos*. En compañía de Roberto Armijo, José Roberto Cea, Manlio Argueta y Alfonso Quijada Urías, acaba de publicar un poemario de tipo nuevo: *De Aquí en Adelante*.

NOTA EDITORIAL

“Cultura” N° 47 es un reverente homenaje a la memoria de Don Alberto Masferrer, en el año en que se conmemora el primer centenario de su nacimiento. En este número colaboran escritores salvadoreños de diferentes grupos literarios y de distintas ideologías políticas y religiosas. Es un *homenaje vivo*, en el cual no hay separaciones de ninguna clase, impuestas por actuales circunstancias. Y es bueno que así sea, porque si alguien tuvo un espíritu tolerante y ecuménico, *ese fue Don Alberto*.

Masferrer no pertenece a ninguna secta, a ninguna iglesia, a ninguna agrupación marcada con este o con aquel nombre, ni señalada por aquella o esta bandera. Nunca fue comunista, pero tampoco fue defensor del capitalismo. Los defectos particulares de uno y otro sistema no podían ser aceptados por su admirable honestidad, ni por su inmenso deseo de mejorar las condiciones del hombre, tanto en lo espiritual como en lo material. Buscaba el bien colectivo, pero respetaba profundamente al ser humano, al individuo.

Alberto Masferrer pertenece a su patria, a la dolida historia de todo el pueblo de El Salvador. Las raíces de su ser están hundidas

en nuestro pasado histórico, puesto que fue *un mestizo bien definido*. En su combatiente mestizaje se recogen no sólo los problemas vitales de la mayor parte de nosotros, sino —también— muchos de los secretos de nuestra alma.

Este gran salvadoreño era un hombre profundamente religioso. Se acercaba más al *cristianismo primitivo* que al socialismo. Llena tenía el alma de reverencia ante el milagro de la vida. Un hondo y puro misticismo embellecía sus pensamientos, palabras y acciones.

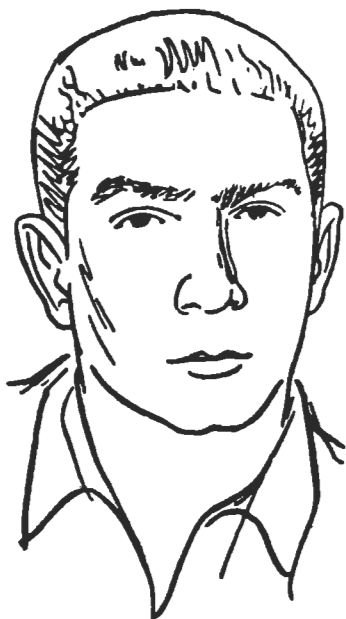
Enseñó todo lo bueno que sabía *porque era urgente enseñar a su pueblo*; escribió, porque tenía que entregar un mensaje que no podía dejarse para después. Lo demás —deleites del intelectual y triunfos del artista— eran para él “vanidad de vanidades” . . .

En Don Alberto, tan colmado de facetas luminosas, pueden encontrarse todos los colores del iris. . . Cada uno de los que lo admiran, lo estudian, lo analizan o combaten, tiene que verlo con el poder de su propia visión y juzgarlo con las condiciones especiales de su propio pensamiento. Esa es la gracia de la libertad. Como todo gran hombre de cualquier nación del mundo, su memoria siempre producirá controversias.

“Cultura” celebra que el Ministerio de Educación, en actitud que le honra, haya dado cabida en este Número a las diferentes opiniones de los salvadoreños sobre su más genuino Maestro.

Masferrer, Reformador Social

Por Italo LOPEZ VALLECILLOS



ITALO LOPEZ VALLECILLOS

I

Es doloroso admitir que nuestro país, El Salvador, vive aún dentro de formas y esencias semi-feudales. • En relación a Estados Unidos y a Europa los salvadoreños estamos en plena desnudez material y espiritual. Todo el sistema dentro del cual convivimos no es sino una deformación de ideas generosas, como libertad, respeto a la dignidad humana, democracia, justicia, igualdad. Económicamente dependemos de la agricultura y ésta, a su vez, de los precios fijados en el mercado internacional. La tierra la cultivamos mal, sin método, con herramientas anticuadas; no hay programas efectivos para salir del atraso. El suelo está erosionado y la tenencia de la tierra es privilegio de unos pocos. En política, somos tan sólo un pedazo de geografía en la compleja división de Centro América, dependiente en muchos puntos de las decisiones que otros

toman fuera de nuestras fronteras. Y en cuanto al desarrollo social, los habitantes del país, en su gran mayoría campesinos, viven en la miseria, la ignorancia y la enfermedad.

Culturalmente vivimos de prestado. Razón tenía Julio R. Barcos al afirmar: “los intelectuales salvadoreños se dan la mano con la cocinera en materia de supersticiones, chismes y estilo de lenguaje para herir al prójimo”. Este bosquejo, esta síntesis de la realidad nacional resulta pobre si, con rigor científico, se investigan las realidades y se obtienen conclusiones sociológicas para proponer el diagnóstico y la terapéutica apropiada para curar nuestra enfermedad.

II

Probablemente, el único salvadoreño de este siglo que ha intentado desbarbarizarnos, es Alberto Masferrer. Un maestro, un escritor, un periodista que hizo de la palabra el arma más adecuada para combatir los males endémicos de nuestra incipiente nacionalidad. Su pluma tenía el vigor, la fuerza estilística del Montalvo de las Catilnarias, la reciedumbre y la hondura de aquel gran sembrador de ideales que fue Domingo Faustino Sarmiento. Hombre humilde, generoso, hizo de su vida un apostolado de lucha diaria contra el mal poder, contra el egoísmo de las clases pudientes, la soberbia de las castas tradicionales, el despotismo de los cacigazgos y el letargo enfermizo de nuestros campesinos y obreros. Como Miguel de Unamuno, Masferrer combatió contra todo y contra todos, seguramente porque en estos medios inhóspitos a la inteligencia, sólo la voluntad al servicio de la acción y al servicio de la verdad puede crear conciencia, volver comprensible lo que la inercia de años de opresión ha vuelto deforme en materia social.

Los grandes problemas de El Salvador que, a grandes trazos podríamos señalar: reforma agraria; reforma educativa; reforma fiscal; reforma democrática; solución inmediata y práctica para el mejoramiento de las condiciones miserables de la población, sobre todo en lo que se refiere a salud, trabajo y vivienda; independencia económica y política respecto a las grandes potencias; todos estos problemas fueron analizados en forma valiente, penetrante, por Alberto Masferrer. No hay una sola cuestión de interés social que se le haya quedado en el tintero. Al contrario de lo que suelen hacer muchos de nuestros “pensadores”, él no fue hombre que se encasilló en un “ismo”, en rígidas investigaciones a efecto de decir poco en grandes volúmenes y a la larga no hacer nada efectivo. No. La obra de Masferrer está esparcida en pequeños folletos, en artículos sencillos al alcance de todas las gentes. En este sentido tuvo la virtud de permanecer cerca del pueblo en función orientadora; hizo el papel del maestro en la cátedra pública que es el periódico. Cada palabra suya tuvo la intención del fuego purificador. Por ello, también, apa-

recieron los detractores, los enemigos jurados de su *doctrina*. Decimos *doctrina* con la justeza que el término reclama. Desde los primeros ensayos masferrerianos aparecidos en 1901, hasta los demoleedores editoriales de *Patria* en 1927 y 1928, toda su obra mantiene una temática, una tendencia, un propósito uniforme.

III

En este aspecto conviene advertir que hay en Masferrer dos grandes vetas: lo religioso y lo social; son dos grandes ríos que confluyen en un humanismo, en un socialismo espiritual. Los críticos han señalado, en más de una ocasión, la influencia de León Tolstoi en la obra de nuestro escritor. Ello es más que probable. Recuérdese que el novelista ruso, fundó en su tierra natal Iasnaya Poliana una escuela para enseñar a los campesinos y que, al igual que Masferrer, tocó con fervor los aspectos relacionados con el monopolio de la tierra, así como importantes tópicos políticos y religiosos. Tolstoi fue un excepcional observador de las realidades de su pueblo y su espíritu estuvo totalmente atormentado por los misterios de la existencia humana. Mas no hay que considerar que fue Tolstoi el único que influyó en la literatura masferreriana. Para mí la lectura de la Biblia, en especial el Evangelio de San Juan, tiene capital importancia en las motivaciones íntimas de Masferrer.

Por otra parte, además del conocimiento de la doctrina cristiana y de su propia interpretación a la misma, Masferrer espigó en las filosofías orientalistas. De allí que haya en su prosa mucho de la mansedumbre y la calidad de Tagore. Misticismo de clara poesía que, a cada instante, asoma en sus escritos.

Desde luego, los socialistas *Enfantin*, *Owen*, *Thompson*, *Proudhon* y en especial *Henry George*, conformaron y dieron base a sus agudas observaciones y recomendaciones sobre cómo solucionar la problemática salvadoreña. Sería tema de otro artículo rastrear las influencias más notables en los libros de Masferrer. Conviene dejar establecido que *su doctrina*, la doctrina del *Minimum Vital*, encuadrada dentro del socialismo utópico, contiene aportaciones felices e interpretaciones muy personales sobre la realidad nacional. Por tanto, no creo útil ni necesario insistir sobre los esquemas tradicionales de las doctrinas político-sociales, entendidas a la manera europea. Masferrer aplicó esos principios a nuestra realidad y los desarrolló, con gran sentido cristiano, en una serie de pequeños ensayos de hondo contenido humano. No hay una sola palabra de odio, de revancha, en su *vitalismo*. Todo en él es justicia social. Son normas sencillas, tal como las explicaría un profesor a sus alumnos con ánimo de crear conciencia. De ahí que Masferrer tenga su propio método, su propia sensibilidad, su propia manera de entender y resolver las cuestiones fundamentales de El Salvador.

IV

Preguntemos qué es el *Mínimum Vital*. Y él responderá “La satisfacción constante y segura de nuestras necesidades primordiales”. ¿Y cuáles son, en síntesis, esas necesidades sin cuya satisfacción el individuo degenera, se atrofia, se convierte en escoria y muerte? He aquí el ideario:

- 1º Trabajo higiénico, perenne, honesto, y remunerado en justicia;
- 2º Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;
- 3º Habitación amplia, seca, soleada y aireada;
- 4º Agua buena y bastante;
- 5º Vestido limpio, correcto, y buen abrigo;
- 6º Asistencia médica y sanitaria;
- 7º Justicia pronta, fácil, e igualmente accesible a todos;
- 8º Educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos, y jefes de familia conscientes;
- 9º Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.

Masferrer, cuya prosa calaba en el lector más indiferente, afirma su doctrina en los siguientes principios filosóficos:

- 1º El Estado, la Provincia y la Comuna, tienen como finalidad y obligación *primaria*, trabajar ante todo y sobre todo para que las *Necesidades Vitales* sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país;
- 2º Cualquiera otra forma de actividad es *secundaria*, y es *ilícita* si se ejerce con daño o postergación de la primera;
- 3º El ideal constante y supremo del Estado, de la Provincia y de la Comuna ha de ser acercarse lo más posible a la gratuidad completa de la alimentación, del vestido, de la habitación y del agua;
- 4º La asistencia médica, la justicia y la educación, han de ser siempre gratuitas y accesibles, puesto que la salud, la justicia y la educación, constituyen los tres mayores intereses de la raza;
- 5º El trabajo es la *condición indispensable* de la salud individual y colectiva, en su triple aspecto de salud corporal, moral y mental, entendida la salud como llave del bienestar, de la concordia y del progreso; y que, por consiguiente, la aspiración y el deber más altos son para cada uno, vivir de un trabajo honesto, lícito y benéfico para la comunidad;
- 6º *No es trabajo* lícito ninguna forma de actividad que directa y manifiestamente cause la ruina del individuo, de la familia o de la raza.

Tratar de encajonar la *doctrina minimunvitalista* dentro de las rígidas escuelas filosóficas y económicas europeas sería un error. Su autor, en primer lugar, no fue egresado de ninguna universidad. Sus estudios los realizó en forma personal, dinámica, en razón de las necesidades que le imponía la vida misma. De ahí la gran dosis de aporte personal, en la cual se cruzan y entrecruzan las ideas de unos y otros filósofos. En tal plataforma lo que en verdad importa es advertir la urgencia que Masferrer dio a los cambios vitalistas cuando los expuso, los defendió y los dejó sembrados en el árido campo de El Salvador. Dicho con sus propias palabras, el propósito era cambiar la mentalidad de los salvadoreños y hacerlos convivir en una sociedad justa, donde las leyes no fuesen papel mojado, sino carne y espíritu de la colectividad civilizada. Masferrer resume su mensaje así:

- 1º Toda criatura, por el simple hecho de nacer y de vivir, tiene derecho a que la colectividad le asegure, mediante una justa y sabia organización de la propiedad, del trabajo, de la producción y del consumo, un *Mínimum de Vida Integra*, o sea la satisfacción de las necesidades primordiales;
- 2º La Naturaleza ha previsto lo necesario a la consecución de ese fin, dotando a la colectividad de sustancias comunes, que son la materia prima del trabajo y de la vida, y dotando a cada individuo de *instrumentos* que le capaciten para transformar esas sustancias y extraer de ellas todo lo necesario para la sustentación individual y colectiva;
- 3º La tierra, el agua, el aire, la luz, el calor solar, con todas sus modalidades y potencialidades, son esas sustancias comunes, herencia y propiedad de todos los seres, y por consiguiente no apropiables a título perenne por ningún individuo, sino por usurpación que nada puede jamás justificar. Así, ningún hombre es dueño legítimo de la tierra: usa de ella en cuanto se lo permiten las leyes y costumbres creadas por la colectividad, que es la sola y *legítima poseedora*;
- 4º Los instrumentos de trabajo de cada hombre, son sus brazos, sus piernas, sus sentidos, sus pensamientos. El motor de ellos, su voluntad de trabajador; y en cuanto realiza esa voluntad, mantiene su derecho imprescindible a un *Mínimum de Vida Integra*;
- 5º El deber primario, anterior a todo, por encima de todo, para el individuo, la familia, la Comuna y el Estado, es organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo, lo mismo que las relaciones entre hombre y hombre, de manera que todo converja a la realización perenne y fácil del *Mínimum Vital*: es decir, a que el trabajador encuentre siempre las condiciones necesarias para alcanzar su *Mínimum de Vida Integra*.

V

Masferrer, que nació en 1868 y murió en 1932, dejó escrito además del *Mínimum Vital*, una serie de obras entre las que podemos citar: *Ensayo sobre el desenvolvimiento político de El Salvador*; *Recortes*; *Las Nuevas Ideas*; *Ensayo sobre el Destino*; *El Dinero Maldito*; *Helios*; *El libro de la Vida*; *¿Qué debemos saber?*; *Leer y Escribir*; *Las Siete Cuerdas de la Lira*; *Una vida en el cine*; *Estudios y Figuras sobre la Vida de Jesús*; y enorme cantidad de artículos y ensayos dispersos en periódicos y revistas de El Salvador, Guatemala, Costa Rica, Chile y otros países.

VI

La labor periodística de 1927-1928, realizada en el Diario *Patria* de don José Bernal, es de una influencia notoria en el desenvolvimiento político-social del país de las dos últimas décadas. Muchas de sus ideas, aunque desgraciadamente no todas, han sido incorporadas a la vida jurídica e institucional de la República. La Constitución del 50, sin duda alguna, recoge bastante del pensamiento masferreriano. Y si El Salvador sigue aún *en la media noche*, es debido a que no hemos hecho realidad la sabia y sencilla doctrina de Masferrer.

Porque hay que afirmarlo con énfasis, muchos deseamos no un *mínimum vital*, sino un *máximum* de satisfacción de las necesidades primordiales de todos los salvadoreños, pero hemos sido incapaces de comprender al promotor de esas ideas nuevas que fue Masferrer y, en lugar de construir con nuestras propias manos, nos hemos afanado por encontrar defectos en una obra que, en su tiempo y aun en el presente, significa un fuerte aldabonazo en la conciencia pública de El Salvador.

(1968 - Año de Masferrer).



VOCACION Y PLENITUD EN ALBERTO MASFERRER

Por Alejandro D. MARROQUIN

I—*El condicionamiento histórico de las grandes personalidades*: El fascinante tema del origen y formación de las grandes personalidades ha preocupado siempre a los teorizantes de la Historia, desde Carlyle hasta Toynbee, desde Ogburn hasta Plejanov. El enfoque individualista que hace caso omiso o relega a un plano secundario el ambiente social en que se ha formado el personaje, cada día más es sustituido por un enfoque más amplio e integral. La personalidad histórica no puede ser comprendida sino en función del ambiente en el cual se desenvuelve dicha personalidad. El hombre, en gran medida, es un producto del ambiente y por eso, con toda razón ha podido decirse que “la esencia del hombre está en su ser social”.

Varios son los elementos conceptuales que debemos tener presente cuando tratamos de situar a un personaje en su mundo histórico:



ALEJANDRO DAGOBERTO MARROQUIN

- a) Los factores psico-biológicos de la personalidad.
- b) el llamado “ambiente social”, y

c) el elemento subjetivo primordial: la vocación.

Veamos uno a uno estos elementos. La personalidad que es considerada como la conducta psicológicamente integrada, es, en realidad, la consecuencia de un proceso de desarrollo psicosocial; no existe la personalidad innata, sino que ésta se constituye bajo la acción conjunta y compleja de factores internos y externos, que poco a poco van modelando la personalidad respectiva. Dentro del complejo de la personalidad encontramos factores tan importantes como el talento, la mayor o menor lucidez del intelecto, la facultad volitiva, y también, el temperamento, que determina características peculiares en cada individuo.

El ambiente social compuesto por la familia, la escuela, los amigos, y en general por todos los seres e instituciones que constituyen el grupo social, puede presentar las siguientes características:

- a. favorable
- b. hostil
- c. indiferente
- d. totalmente negativo

Cuando el ambiente es favorable, el desarrollo de la personalidad se realiza sin mayores conflictos; cuando el ambiente es hostil, plantea al grupo mismo y a las individualidades *un desafío* (para emplear la expresión favorita de Toynbee) que puede provocar estímulos frecuentemente beneficiosos al desarrollo de la personalidad. El ambiente hostil, en este caso parece ser el más adecuado para tal desarrollo. El ambiente indiferente, en su pasividad facilita pero no estimula de manera importante; en cambio el ambiente negativo, deprime la personalidad e impide su desarrollo.

La vocación, considerada como la inclinación intensa hacia el desempeño de tal o cual profesión u oficio, es la

fuerza fundamental que fija y determina las características de la personalidad; ella entra en conflicto con las limitaciones y obstáculos que el medio social impone, se fortalece con los mismos y triunfa esplendorosa cuando el ambiente hostil se torna favorable gracias al tesón de una voluntad férrea y a la lucidez del talento.

El relieve trascendental con que se destacan los grandes hombres surge ante la incidencia de un cúmulo de circunstancias favorables: la excepcional dotación biológica, la acomodación y ajuste adecuado entre la personalidad y el ambiente. El grande hombre se hace grande, precisamente cuando encuentra, para lograr tal ajuste, el rumbo de la historia y proyecta toda su energía en conquistar las metas fijadas por la misma historia. Entonces, como diría Hegel, el grande hombre se convierte en el "gerente del espíritu universal".

II—*La formación de la personalidad de Masferrer.* La trama de la vida es tan compleja, tan llena de entrecruzamientos, que resulta tarea harto difícil el rastrear los orígenes y desarrollo de una personalidad. En Masferrer, se da el caso hasta cierto punto insólito, de que se perfilen con toda nitidez los factores más importantes que determinan la orientación fundamental de su vida. Tales factores podemos enumerarlos de la manera siguiente:

- 1º Singular dotación psico-biológica.
- 2º Sus orígenes campesinos.
- 3º Sus viajes.
- 4º El impacto de la Primera Guerra Mundial.

a) La dotación psico-biológica. Pocas veces la naturaleza ha sido tan pródiga en sus dones: inteligencia profunda y brillante; memoria excepcional; temperamento impetuoso y fina sensibilidad artística. La infancia de Masferrer nos lo presenta como un niño precoz de características singula-

res. Su inteligencia le capacita para captar con facilidad las enseñanzas escolares al mismo tiempo que estimulaba a sus maestros con hábiles preguntas y sugerencias oportunas. Su memoria le permitió eludir el control escolar en la enseñanza de la lectura; casi por instinto rechazaba el anticuado método del deletreo y con gran astucia logró memorizar páginas enteras del libro de lectura, que recitaba ante su maestro dando la impresión de que era el mejor lector que hubiera albergado la humilde escuela rural de su rincón nativo. La perspicacia del Alcalde lugareño descubrió el ardor del precoz escolar; sanciones y reproches llovieron sobre el pretendido infractor, pero también exclamaciones de asombro por la capacidad memorística del estudiante.

b) Los orígenes campesinos. Todavía pueden verse los restos del humilde rancho indígena en donde nació Alberto Masferrer, allá en la lejana y pintoresca población de Alegría. Su madre, nativa de aquella aldea, vivía la típica vida de nuestras campesinas; y el hijo, inteligente y sensible se impregnó del ambiente rural; el maravilloso paisaje de Alegría se vinculó entrañablemente, con proyección mística, con el niño que contemplaba con ojos asombrados aquel mundo de belleza fulgurante. Su personalidad básica se nutre con el típico folklore rural: conocimiento del ciclo de la naturaleza, identificación de los seres que viven en el campo: animales y vegetales; familiarización con las técnicas del cultivo; asimilación de los valores propios del medio, de sus consejas y refranes. Aquel niño extraño que contemplaba al mundo con ojos ávidos de conocimiento, muchas veces se escapaba de la escuela para ir a pasar largas horas en el monte, bajo la sombra de algún conacaste (uno de sus árboles predilectos), en muda contemplación del paisaje, para saciar "el hambre y la sed... de aire campestre, de ver

deslizarse las aguas del río y de seguir extasiado el vuelo de los pájaros..." (Ensayo sobre el Destino).

La personalidad básica de Alberto Masferrer se desarrolla en este ambiente rural; las raíces de su alma se forjaron en ese mundo de fantasía y ensueño, aunque también de dolor y miseria. El auténtico salvadoreño que era él, fue modelado en la entraña de la patria; su salvadoreñidad se nutre con nuestro paisaje, con la vida humilde y laboriosa de nuestros campesinos; todo lo cual queda profundamente integrado a su persona; donde quiera que se encuentre, en un suburbio de París, en un viejo rincón de Valparaíso, o en un barrio elegante de Amberes, la nostalgia de la patria cuzcatleca lo domina, concretándose en imágenes refulgentes del agro salvadoreño.

c) Masferrer fue un viajero alucinado que buscó en horizontes extraños elementos que saciaran su inagotable sed de saber. Quiere aprenderlo todo para proyectar, más tarde, lo que aprenda, en la solución de los problemas nacionales; para contribuir al progreso y desarrollo de nuestras poblaciones. Se aleja de la Patria para aproximarse más a ella con el recuerdo y la meditación. Los viajes más fructíferos para el enriquecimiento de la personalidad de Masferrer fueron: entre otros, los siguientes:

1º Viaje a Chile. El contacto con la cultura chilena, lo deslumbra primero y después lo incita a asimilar experiencias provechosas, con el pensamiento fijo en su lejano país. La política teórica, como actividad que descansa en una ideología y en principios definidos y no en el personalismo, atrae su atención de inmediato. Los grandes credos sociales lo fascinan y estudia con ahinco, en primer lugar, la doctrina anárquica especialmente en su aspecto individualista o libertario. Max Stirner, con el Único y su propiedad, Kropotkin con la Conquista del Pan, lo conmueven

profundamente. A la par, entra en contacto con el ambiente positivista de la época; conoce las obras de Comte, mediante la labor divulgadora de los hermanos Lagarrigue, pero su temperamento idealista rechaza lo que él considera como una "burda filosofía". Finalmente el desarrollo literario chileno lo estimula en su formación de escritor. Sin embargo, su vocación de reformador social, lo hace centrar la base de sus inquietudes, en la literatura al servicio de los pueblos. Su paradigma de entonces es el ecuatoriano Juan Montalvo.

2º Sus viajes a Europa fueron decisivos en lo que respecta a la maduración de la personalidad. Tuvo la fortuna de visitar Europa en la "belle époque", anterior a la primera conflagración mundial. Europa era entonces el centro espiritual del mundo. La ciencia, el arte, la política, tenían allí su núcleo esencial. En aquel mundo de belleza y espiritualidad, el alma de Masferrer se expande y llega a su completa madurez. Los impactos más importantes que Europa proyecta sobre nuestro pensador comprenden las siguientes áreas:

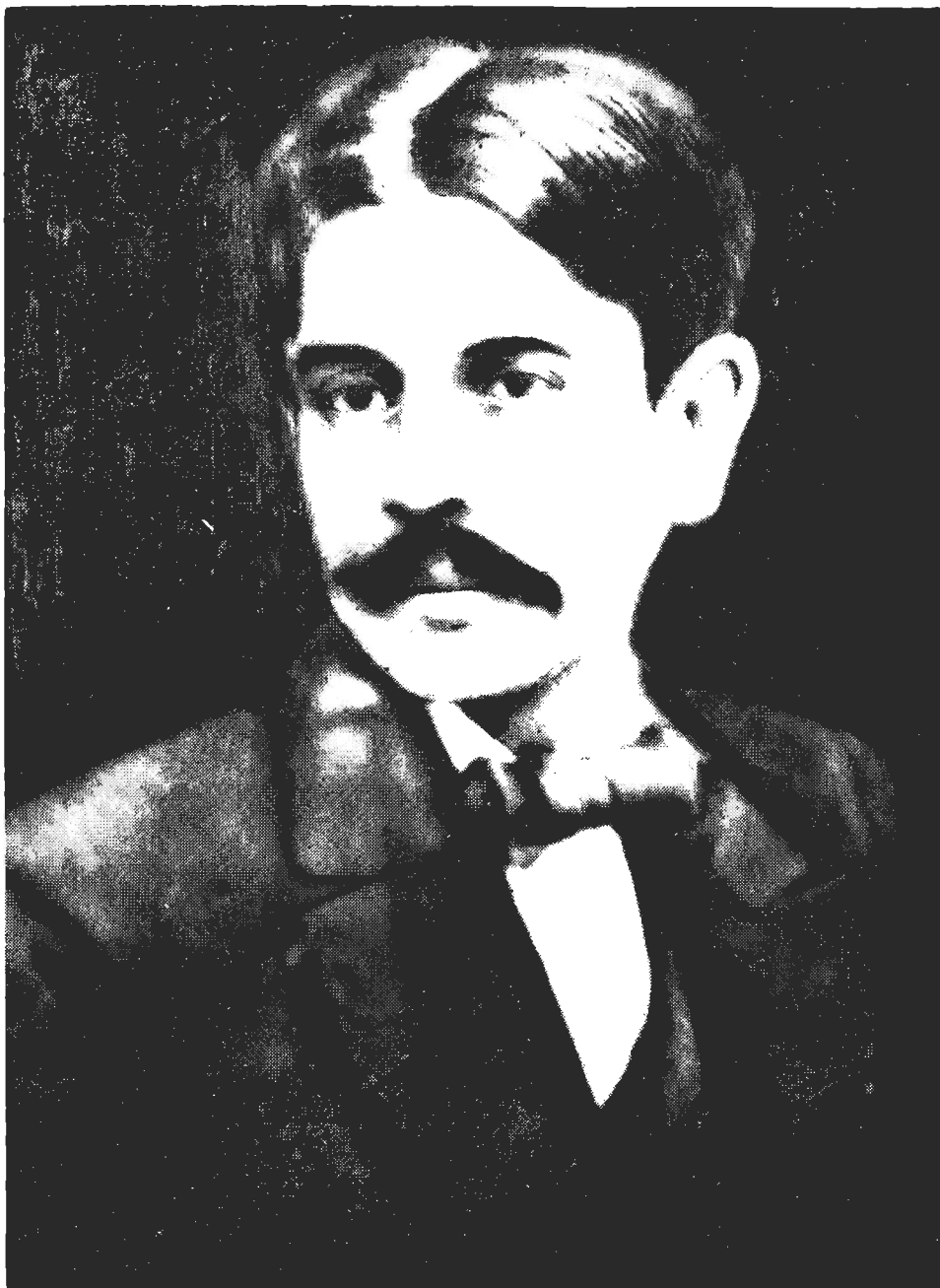
a) La Teosofía: Las obras y discursos de Vivekananda, las delicadas interpretaciones poéticas de Tagore, y las sugerentes obras de divulgación de Romain Rolland, lo familiarizaron con las bases fundamentales de la Teosofía; los trabajos de la señora Blavatsky, de la señora Bessant, el Evangelio de Buda, los escritos de autores gnósticos, etc. lo condujeron a una concepción mística del mundo, en donde el hilo-zoísmo y el pansiquismo, se hermanan con una singular y exquisita proyección religiosa.

b) El socialismo. La Europa del siglo XIX conoció el desarrollo extraordinario del movimiento socialista. Este movimiento, saturado de connotaciones románticas, es como una apelación dirigida a todos los corazones generosos que tienen hambre y sed de

justicia y aspiran a la realización de la concordia y de la justicia social. Muchos intelectuales europeos y grandes dirigentes políticos aceptan la ideología socialista. Masferrer encuentra la manera de conciliar sus creencias teosóficas con el socialismo. Sus acendrados principios éticos, lo llevan a declararse socialista, "porque el socialismo es la más santa de las doctrinas, es el cristianismo en sus más avanzadas consecuencias" (Páginas) y por eso reclama una revolución moral que complementa la revolución social; "una revolución de principios, pura, regeneradora, que acabe de una vez para siempre con tanta desvergüenza, con tanta farsa" (Lógica de las Tinieblas).

c) La cultura literaria y artística. El inmenso mar de la cultura europea lo estimula en sus tendencias artísticas; todas las escuelas, el naturalismo, el romanticismo, el impresionismo, etc., tienen para él algún fermento de belleza y de bondad; todas son aceptables, pero se opone con energía al sectarismo; el "único sistema literario inadmisibles, es el que atropella la moral o se enfrasca en las encrucijadas de lo inverosímil" (Páginas).

d) El impacto de la primera guerra mundial. Para Masferrer Europa era la matriz de la civilización; los europeos constituían una sociedad esplendente en donde con delicados fulgores ardía la llama azul del ideal; las mezquindades y miserias de los países atrasados estaban superados definitivamente; la democracia y el parlamentarismo eran el espejo y el modelo que debían imitar los cacicazgos que imperaban en América, para lograr el progreso moral y material de todas las naciones. Pero, en breve, aquella visión idílica se derrumbó totalmente; aquellos pueblos tan civilizados se entregaron en loco frenesí a una orgía de sangre y de muerte, disputándose mezquinos intereses colonialistas. Nuestro ilustre pensador se conmovió profundamente. "Esa Europa... quien la vio en los últimos días,



Don Alberto Masferrer en su juventud.

ya para iniciarse la matanza! Qué emoción sentía uno al contemplar aquellas vitrinas donde aparecía un libro nuevo de hora en hora! Aquellas Universidades donde la ciencia era como la lluvia perenne, que se difundía por todos los ámbitos y envolvía a las gentes en una atmósfera de ideas y de conocimientos! ¡Y aquel disertar sempiterno sobre el bien, sobre el amor, y la cultura y la fraternidad!... Y los sacerdotes, y los socialistas, y los novelistas, y los teosofistas, y los profesores, y los espiritistas, y los poetas... a quien más suave, a quien más generoso, a quien más fraternal, ansioso de paz, de belleza, de unión y comunión y unificación!... Y toda esa gente era caníbal!... Y bajo tanta ciencia, y arte y doctrina, y libros y cuadros y conferencias y parloteos, dormitaba el antiguo vándalo, asesino y rapaz, ansioso de matanza y de botín y de dominio!" (Ensayo sobre el Destino).

III—*Hacia la plenitud.* Para un hombre de exquisita sensibilidad, el trauma provocado por la guerra, deja huellas perennes. Poco a poco el espíritu de Masferrer se recobra y empiezan a brotar de su pluma libros de admonición y de un sentido profundamente religioso. El Juan Bautista de sus Estudios y Figuras, hirsuto y bronco, simboliza a los pueblos de post guerra, desolados, hambrientos, que exigen a gritos un cambio profundo en las estructuras sociales.

Masferrer se repone de aquel tremendo desengaño, decide radicarse para siempre en su patria, en su querido solar nativo. Ha encontrado por fin la clara concreción de su meta vocacional; ya no más contemplaciones ni añoranzas; ya no más las dudas entre dedicarse al arte, a la poesía, a la religión o a la política. Todo necesita cambio, la ciencia, la religión, el arte, las instituciones, los partidos, y *sobre todo el hombre.* Hay que construir una nueva humanidad. Y para esta colosal

tarea se necesitan, ante todo y sobre todo, educadores; hombres abnegados y capaces que se dediquen por entero a cambiar la mentalidad de esos seres canibalescos que en una sola noche de amarga pesadilla, destruyeron y echaron por tierra los más deliciosos sueños de los hombres. Educar, sí, pero no sólo en las aulas y en la escuela, sino en los hogares, en las calles, en todos los lugares del alma nacional. Poeta sí, pero para servir a la reforma social; artista, desde luego, pero para ofrecer caudales de belleza a la causa redentora del pueblo; político, naturalmente, pero para iniciar un nuevo estilo de lucha por el poder y para poner a éste, al servicio de los oprimidos, de los irredentos de los que todo desean y anhelan porque nunca han tenido nada; religioso, como nunca, con fe que es fuente de vida, para difundir la Luz y la Bondad en los corazones, a fin de que todos encuentren el sendero de la verdad y de la justicia. Periodista en fin, para eliminar para siempre las plumas mercenarias, para educar y formar caracteres por medio de la palabra escrita y contribuir a la forja de una auténtica conciencia nacional.

Y así Masferrer, que había sido llamado para tantas vocaciones, porque su excepcional y rica personalidad lo capacitaba para el desempeño de múltiples y diversas tareas, y en todas ellas ofrecía excelencias, resumió sus inclinaciones en una sola, grande y plena que la integraba con excelsitud y se convirtió en Maestro. El Maestro de los salvadoreños; el guía luminoso de los jóvenes de América Latina.

El medio antes hostil o indiferente, empieza a cambiar; el Maestro tiene discípulos fervientes, admiradores entusiastas, que poco a poco van creciendo, y difunden sus ideas por todas las latitudes. El pueblo salvadoreño, el objeto fundamental de sus meditaciones y de sus amores, conserva su recuerdo cálido y amable en lo más profundo del alma popular, y su voz, *"cristiana voz*

de ríos infinitos", como dijera nuestra extraordinaria poetisa Claudia Lars, sigue cayendo como "lluvia perenne", fecundando la simiente que en un día no lejano florecerá convertida en una

sociedad vitalista, en donde todos tengan asegurado, por lo menos, un mínimum de bienestar y de dignidad humana.

Roberto Argüín



RETORNO A MASFERRER *

Por Ricardo BOGRAND



RICARDO BOGRAND

Alberto Masferrer no ha nacido todavía para Centro América, y lo que es más lamentable, es desconocido en El Salvador. Aquel Alberto Masferrer de mirada serena, apóstol del idealismo, ferviente mesías, constructor de pueblos, nos trazó con ascuas vivificantes un mensaje que aún no ha empezado a germinar.

Todo su existir fue un perenne mensaje. Toda la luz de su vida transparente fue un constante dar. Toda la curva sedienta de su anhelo se cristalizó en grande y humana entrega. Masferrer se prodigó sin reservas al pueblo, al niño, al obrero, a la mujer —lira gastada por la incertidumbre, la explotación y por la negación de su intrínseco valor—. El mensajero de la voz coti-

* Trabajo leído el 4 de septiembre de 1955, ante la tumba de don Alberto Masferrer, al conmemorarse el XXIII aniversario de su muerte.

diana se volcó y hacia él nada tornó. Su canto, su gesta, su grito de batalla, fueron vientos fuertes sobre árboles enfermos de una tiniebla humedecida en vino, que absorbiendo la miseria de un bloque de pueblos hambrientos y destrozados, agrietaron los nefastos muros alzados sobre la sangre y el maíz del indio, los que, por estar contruidos con lo más vital del hombre salvadoreño, ardieron con fuego lento, inextinguible, sobre la piel bestial de cuatro o más podridos feudales. En esta tierra acostumbrada a la desolación moral y al yermo económico, los vientos salvadores solamente alcanzaron a elevar el polvo irredento de una patria desgarrada por la erosión sin límite de las más funestas pasiones.

MASFERRER FRENTE A SU IMAGEN

Sin un cuatro de septiembre de 1932, Alberto Masferrer, el “pobre loco que enloqueció el fervor”, no estuviera esperando la exacta verificación de su sueño; no “flamearía al viento sobre un palo de escoba su enfermo corazón”. Este Alberto Masferrer inmaterial, al que ya no oímos cuando elevaba su rara figura de árbol de nuestro suelo, frente a la masa popular, para deshojarse en sentencias lumínicas, desde hace veintitrés años está latiendo en su fecundo sueño embrionario para surgir mañana transformado en un duro y verdadero grito de batalla.

Este otro Masferrer se está gestando en lo medular del corazón del pueblo. La presencia de su sangre es fiel al oído auscultante sobre la arteria candente del hombre centroamericano. Esta imagen de Masferrer no ha traicionado al parálítico que se lanzó a la calle para anunciar su advenimiento. Este otro Alberto Masferrer no ha llegado pero ha de venir un día para que tenga valor su ideal, y para que su viento de salvación, en vez de alzar polvo pútrido, modele la figura del nuevo hombre de América, que no obedecerá sino a sí mismo porque tendrá una tierra que será propia, una idea ílmite y una voz sin agujeros de balas imperialistas, sin destierro angustioso, sin dolor y miseria, sin hambre y sin falsas promesas.

“RATEROS Y FALSARIOS HACEN EXPLOTACION DE MI LUZ...”

Más de un acomodaticio escritor salvadoreño ha llegado a afirmar, que algunos de los distintos cuartelazos habidos desde la muerte del maestro, y que sin un rubor disimulante ha llamado movimientos revolucionarios, han sido inspirados en las doctrinas político-sociales masferrerianas. Como si su aguda intuición le presentara el panorama que seguiría a su muerte, panorama quizá tan sombrío como cuando existió, Masferrer nos legó un verdadero documento, que más que pieza poética es una acusación al mismo tiempo que una legítima defensa, fundida en treintitrés versos trazados con sangre, encerrados bajo el título de “Blasón”.

Masferrer fue un insignificante “andrajo de vida”, sembrando en el corazón de los hombres la semilla conciliadora, cumpliendo así su signo inconfundible de legítima voz mesiánica. Como un Cristo humanizado, pero más terrenal, más agrario, fue engañado y negado no sólo tres veces sino en cada ocasión, en todo momento, cada vez que el hombre fue —y es— “el lobo del hombre”, el esclavo del hombre, el súbdito del hombre. “¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer yo! —¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó!”, ha de decirnos al prestarse a marchar para siempre al encuentro de su imagen, de su nombre, de lo tangible de su lucha, su grito y su obra.

Por eso da dolor, da asco, quizá da lástima que pasadas dos decenas de años desde su transfiguración física, desde la material erosión de su barro “pipil”, haya todavía “rateros y falsarios” haciendo explotación de su luz, de su anhelo, de su fe y su valor.

La conformación social, política, económica, moral que postula Masferrer en sus obras, es de un profundo contenido humano; sus raíces son completamente verticales para que ni la más rugiente tempestad pueda derribarlas. A la total realización masferreriana se llegará mediante el esfuerzo constante del maestro limpio, sano, sin pasión, entregado al blanco erial de su escuela, y no buscando el “confort” ni el apadrinamiento de una política desorientada, embrutecida y alcohólica, imagen y semejanza de corazones sin luz y cerebros sin letras.

Cuando el niño campesino tenga un maestro en su escuela que le enseñe cuál es el verdadero sentido y alcance de la palabra TIERRA; y antes que enseñarle el abecedario en esa forma árida y monótona le plasme el amor a su agro, y le inculque cada mañana —como credo verdaderamente humano— que debe defender su tierra porque es su legítimo patrimonio; que debe cuidarla porque es origen de su pan; cuando el maestro, menos burgués y con mayor sentido de humanidad y sobre todo más hombre, comprenda que la tierra salvadoreña y centroamericana es de todos y cada uno de los salvadoreños y centroamericanos y no de unos cuantos ignaros finqueros; cuando tome en sus manos la tea y la acerque al fuego prometeico del verbo de Masferrer y encienda el alma, el corazón y las manos de sus niños, hasta entonces empezará a vislumbrarse —rompiendo la bruma opresora y asfixiante que enturbia la atmósfera— el iluminado horizonte de una vida digna del hombre.

Alberto Masferrer fue un hombre de paz, amó la paz y predicó la paz. Pero no la paz en el sentido en que se la toma actualmente: como encubridora de traición de hombre a hombre, de pueblo a pueblo, de continente a continente. La paz de Masferrer fue más bíblica, evangelizante, onírica. Si sus encendidos discursos, si sus conceptuales artículos periodísticos abrazaron el pecho y quemaron el corazón de sus seguidores, estando prestos a lanzarse a la lucha por reconquistar sus derechos, por solidificar su palabra en campañas

redentoras; abandonando el arado, despreciando la semilla para empuñar el arma, Masferrer los llamó a la paz y los condujo al libre ejercicio del bien y la verdad. Porque jamás pensó que su inconformidad de hombre oprimido y traicionado, que su ideal filosófico y su ambición humana, podrían realizarse por medio de la sangre y el odio, del fusil y el machete, de la traición diplomática y el ingenuo sermón reconfortante.

Todavía Centro América no ha encontrado a Masferrer. Todavía no ha nacido Masferrer. Aquel Alberto Masferrer que se adelantó para anunciar su imagen, que fue “humilde y simple porque en toda ocasión creyó que quien le hablaba tenía sed de Dios”, nos entregó una luz, un anhelo, una fe y un valor, sólidamente plasmados en sus obras sencillas por ser hondamente humanas, como sencilla y humana fue su vida. Las obras están por aquí y por allá, semirrecordadas unas y olvidadas otras, esperando el sople divino y el advenimiento del ángel.

‡

LA CAUSA Y EL EFECTO

¿Cómo pseudo-quiotes del idealismo, políticos en zozobra y hombres atormentados van a hacer germinar la semilla latente? Masferrer es vegetal deidad, con la corteza lacerada por un ambiente oscuro, putrefacto e inhóspito: ambiente propio de “rateros y falsarios” de explotadores y envilecidos, de serviles con caricaturas de hombres. Su origen está en el dolor, su cuna está en la miseria, su nombre —si es que en realidad tuvo nombre— en el recuerdo de un hijo sin padre y en el registro apolillado de una oficina provinciana. Porque era hijo legítimo del pueblo —y es lo que nos interesa— comprendió su cruda realidad, su misérrimo testimonio y su más escalofriante calvario. Por eso emprendió su lucha y acrisoló su grito: por eso reclamó “el primero de nuestros derechos: respirar aire libre, puro y bastante”. Por eso exigió nuestro pan, “ese pan nuestro de cada día, santificado y consagrado por las religiones; ese pan a que se refería Jesús cuando expresó que, “digno es el trabajador de su alimento”, ese pan de que las bestias de los campos y los pájaros de los aires no suelen carecer sino cuando falta para todos; ese pan que ingerido por nuestro organismo se convierte en fuerza, alegría y pensamiento; ese pan, que es la vida, y que siendo naturalmente el premio del trabajo, debería sobrar en los trabajadores; ese pan que rueda abundante de la mesa de los ricos ociosos, y falta enteramente a veces, o escasea casi siempre, en casa de los que riegan la tierra con el sudor de su frente”. Por eso, él, como hombre y por tanto como “un animal terrestre” proclamó la liberación de la tierra, para que el campesino tuviera —al menos dónde poner los pies, plantar su casa y descubrir su pan.

Siendo esa una causa netamente justa, siendo su anhelo de redención verticalmente humano, igual tendría que ser su efecto. No en vano afirmó:

“Esta ley que rige la creación actual y regirá toda creación futura, quiere que toda causa produzca efectos esencialmente semejantes a la causa generadora”.

Masferrer fue hombre que vivió su realidad, por eso la denunció y por eso la combatió. Su lucha fue digna, noble, edificante y verdadera. A ella no se llegará, sino por el mismo camino que él transitó. A ella podrán llegar, únicamente, los verdaderos hijos del pueblo. La imagen de Masferrer no vendrá a nosotros, nosotros debemos buscarla e ir a su encuentro. Su mensajero una vez se dio: perfiló su ardiente vida, su cuscatleca pasión y su estoica muerte. Si Cristo resucitó al tercer día, Masferrer yace sepultado todavía en el cálido regazo de su amada tierra, aquí bajo nuestras plantas, dándole savia al árbol para que éste dé su fruto al hombre y protección al pájaro. Aún la materia de este arbóreo mesías “pipil” sigue su indestructible ruta de entrega, porque estaba hecha de fuerte fibra pródiga. Este hombre de la crencha indomablemente indígena ya cumplió su misión, pero no ha empezado la de su imagen; alcemos entonces nuestros brazos, emprendamos su búsqueda, y cuando hayamos comulgado con su credo y estemos alimentados con su verbo, hasta entonces habremos retornado a *Masferrer*.



El Método Sociológico como Instrumento Crítico

Alegato en favor de Masferrer

(Fragmentos)

Por Matilde Elena LOPEZ

Sin duda alguna, la mejor forma de celebrar el Primer Centenario de Masferrer, es abrir un debate universitario en torno a su doctrina social.

Erróneo es suponer una validez permanente al pensamiento masferreriano y otorgar categoría de verdad eterna a su criterio político, porque ya es sabido que las circunstancias históricas cambian las perspectivas en la lucha. Hay que entender a Masferrer dentro del juego de las fuerzas históricas.

Masferrer surge en el momento preciso en que las fuerzas sociales de El Salvador se desplazan históricamente. En el instante en que se abre paso el capitalismo sobre los mismos escombros feudales y cuando todavía sobreviven algunos de sus elementos más agresivos. Ese proceso especial que corresponde al desarrollo capitalista en El Salvador, que se deriva esencialmente de las transformaciones operadas en la propiedad agrícola —reparto



MATILDE ELENA LOPEZ

de tierras a los campesinos en la época de Barrios y Menéndez, y centralización violenta debida al juego de las fuerzas económicas— es el que logra captar la fina sensibilidad social de Masferrer.

Hagamos un poco de luz sobre estos hechos, antes de pasar adelante. En el período de la Colonia y en las décadas que siguieron a la Independencia de Centro América —1821— la economía de El Salvador giraba alrededor de los cultivos del añil o jiquilite y bálsamo. El comercio se realizaba especialmente con Francia —después de la Independencia— y era signo distinguido usar las ricas telas y las modas francesas. A Francia se enviaba la mayor parte del añil, utilizado para teñir hilos y telas.

Con los adelantos de la química, se descubrieron materiales colorantes derivados del carbón, que vinieron a sustituir los productos que se habían obtenido de plantas como el añil, produciéndose en El Salvador, por esta causa, una espantosa crisis económica que llevó a los plantadores de jiquilite y a los comerciantes de añil, a la ruina.

A consecuencia de esto, el general Gerardo Barrios pensó en la incrementación del cultivo del café, y entregó las tierras en pequeñas parcelas, a la mayoría de la población india y ladina, y les suministró al mismo tiempo, semilla de café para extender lo más que fuera posible, dicho cultivo. Más tarde, el general Francisco Menéndez continuó esta política de amplia distribución de tierras nacionales.

Por el año 1900 (Masferrer tenía entonces 32 años) la producción de café en El Salvador, en un 60% estaba en manos de pequeños propietarios indios; como consecuencia de los cambios efectuados en la economía mundial del café y de las transformaciones que se verifican dentro de la economía capitalista mundial, la absoluta mayoría de estos pequeños propietarios indios fue perdiendo sus pequeñas parcelas y la propiedad se fue centralizando de tal manera, que en la actualidad, la producción total del café, está en manos de unos pocos grandes dueños de fincas en su mayor porcen-

taje, y el resto en manos de pequeños propietarios, entre los cuales casi no hay indios.

La amplia distribución de tierras a que nos hemos venido refiriendo (realizada en 1880), abrió las puertas al capitalismo en El Salvador, es decir, a las formas capitalistas de producción, y no sólo liquidó los restos de esclavitud heredados de la Colonia, en algunas regiones del país, sino que, lo que es más importante, dio un golpe serio al sistema de servidumbre feudal que quedó relegado a las regiones orientales del país, donde nació precisamente, Masferrer.

Luego, en las décadas de 1910 a 1930, en que se efectúa la centralización violenta de la propiedad territorial, y en que se realiza la acumulación primitiva del capital, y la expropiación de la absoluta mayoría de las pequeñas propiedades, gran parte de la población del país sufrió un desplazamiento general del campo hacia los pueblos y aldeas, y así se da el caso de que aquella mayoría que antes poseía su pequeña parcela familiar, es desposeída violentamente, proletariándose una fuerte masa de la ciudad y del campo.

Si estudiamos la obra de Masferrer cuidadosamente, descubriremos en ella, como un reflejo veraz y realista, ese profundo movimiento social que ha caracterizado una etapa importante de la historia salvadoreña. Debemos tener presente las circunstancias en que se desenvuelve ese período para comprender cabalmente el contenido de la obra social de Masferrer, su labor de ensayista, su doctrina reformista con ciertos tintes de socialismo utópico en la crítica social, y la tarea revolucionaria que su tiempo exigía.

Notemos que al mismo tiempo que Masferrer se pronuncia contra el terraje —supervivencia feudal que él observó muy de cerca en el oriente de la República— también clama vigorosamente contra la voracidad capitalista

que surgía arrogante y arrolladora en El Salvador.

.....

Salvemos a Masferrer de limitarlo en tal corriente o tendencia social, porque si bien vientos huracanados de revolución salían a su encuentro, y se hicieron más poderosas a su vuelta de Chile, lo cierto es que penetraban en él a través de un tamiz demasiado fino, en un cañamazo entretejido por filosofías orientales, y por ello dejaba pasar lo asimilable, y rechazaba lo demás con el tranquilo desdén de quien no admite imposición de credos, de quien tampoco está seguro de sus propios caminos.

Más parece saintsimoniano, cuando ve venir el huracán de la Revolución —al igual que el noble francés— y busca una doctrina para detener su fuerza avasalladora: el mínimunvitalismo. Saint Simón construye igualmente una teoría social que detenga el impulso de las masas europeas, y su discípulo Comte, desviándose del socialismo utópico de aquél, construirá su positivismo, el Curso de Filosofía Positiva, que es caracterizado por Marx como “miserable revoltijo, despreciable partido del centro en filosofía, que trata de colocarse por encima del materialismo y del idealismo, “conciliar” y reducir a “síntesis”, estas dos tendencias opuestas. Los esfuerzos vanos de Comte conducen a la “charlatanería conciliadora”.

Masferrer, sin embargo, era más bien, un humanista sensible a los cambios de su tiempo, alerta a sus signos.

Detrás del vigoroso escritor, vibraba el poeta, y así es el extraordinario artista el que pinta magistralmente el horror de la vida campesina. Asiste a la quiebra de los campesinos que pierden sus parcelas familiares en pleitos que son verdaderos robos legalizados, viles usurpaciones en las que se aprovecha la necesidad, el dolor, la ignorancia del pobre. Con ojos espantados presen-

cia la proletarización en masa del campesinado salvadoreño y la describe en páginas inmortales (¿Grano de oro o de sangre?). Pero no es sólo el patético realismo captado en forma magistral lo que caracteriza la obra masferreriana, que por tal hecho estaría a la altura de Balzac; es porque Masferrer quiso prevenir los males de una situación tremenda, próxima a estallar violentamente y en sus ensayos, en la tribuna y en la prensa —desde PATRIA— señaló sus peligros con palabras proféticas y dio el aviso para que fueran conjurados por las vías pacíficas de las cristianas concesiones tolstoianas al pueblo. El veía alzarse la crisis amenazadora, los problemas agudos, de suyo complejos, y levantó como un faro la señal de peligro...

.....

Si Masferrer se lanzó al campo con su azul bandera vitalista en la que un sol amanecía, y exaltó con ella la rebeldía que se gestaba en el pueblo agobiado por la crisis, es porque existían factores objetivos propicios, porque se veía venir la tormenta y él quiso conjurarla. Pero se necesitaba un héroe capaz de conducir al pueblo cuando se rompía el equilibrio de las fuerzas sociales en aquel juego fatal de las fuerzas históricas. Masferrer no pudo llegar a la difícil altura del héroe para lo cual se requiere un temple especial y un recio empuje revolucionario. Se necesita estar armado por científicas doctrinas sociales que descubren la tarea central y la dimensión de la tarea planteada, entre el cúmulo de acontecimientos.

Don Alberto sólo pudo ser un mártir subyugante nimbado de trágica belleza.

.....

Para Masferrer el trabajo no es sino “una palabra que expresa brevemente este hecho complicado, trascendental e inconmensurable: dar uno, la vida acumulada en sí. Trabajador, signifi-

ca, pues, uno que da, en proporción mayor de lo que se le da; es uno que, además de retribuir, recompensa". Y luego dice convencido: "Cuando yo trabajo una hora, doy un valor que no puede ser ni sustituido ni atenuado; porque esa hora de trabajo, es una hora de mi vida; no de una vida sin término o de inmensurable duración, sino de una vida de cincuenta, sesenta, setenta años; es decir, una fracción grande sustraída a una suma pequeña, en el mejor de los casos, pues si no vivo más allá de treinta años, resultará una fracción enorme de mi tiempo, sustraída a una cantidad mínima. Una hora de mi trabajo, de mi tiempo, es un *valor absoluto*, arrojado por siempre al abismo de la eternidad: con nada lo puedo sustituir, con nada lo puedo compensar". "Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios, huesos y tendones, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el ser entero se trasfunde en la obra realizada".

En LAS CARTAS A UN OBRERO nos dice que el "derecho de los obreros, como clase social, a intervenir en el manejo de la comunidad, no puede ser discutido. No forman una clase inferior; no son una masa, un gremio condenado siempre a tutela, a ser gobernado eternamente por los intelectuales". "Así nosotros —y por encima de nosotros—, centenares de hombres de letras y de ciencias; millares de obreros, los más conscientes y buenos entre todos —sostenemos que la sociedad actual es un organismo viejo, gastado, enfermo, próximo a la descomposición. Una manera de ser en que nadie, salvo los mentecatos, los perversos y los santos, encuentran elementos de felicidad; un sistema de vida en que los goces accesibles a la mayoría de los hombres y los elementos de bienestar adquiridos ya por la humanidad, no guardan ninguna proporción; un estado, en fin, en que la miseria, la ignorancia, la opresión y el vicio reinan casi soberana-

mente, cuando sabemos con toda certeza que la humanidad tiene sobradas conquistas materiales y espirituales para vivir en la paz, en la holgura, en la libertad y en la luz".

Masferrer sabe que todo cambia y se transforma y que la vida y la sociedad están en perenne movimiento. Sabe que lo que se estanca está condenado a perecer y que la vida ha de desarrollarse libremente. Así pues, hay que renovar las ideas, cuando ya no sustentan noblemente la vida y hay que renovar las diversas formas de la existencia, cuando ya no corresponden a las ansias y a los ideales de la humanidad. Sabe también que hay que derribar las estructuras, renovarlas, porque sobre las transformaciones sociales se erigen las superestructuras ideológicas. Y como todo evoluciona, la moral de los hombres no puede quedarse atrás... "La moral —nos dice—, evoluciona constantemente; según avanzan el individuo o la colectividad, su conciencia va siendo cada vez más delicada, más ilustrada, más severa, y encuentra nuevas aplicaciones a la ley general de la conducta. Actos que fueron indiferentes, son ahora criminosos; acciones que fueron malas, han perdido su carácter de maldad y vuéltose inocentes; hechos que un hombre juzga infames, otro los juzga indiferentes o levemente malos". "Tal señora va de paseo, cuajada de diamantes las manos, y el sombrero desbordando plumas de aves raras; va muy tranquila, sin sospechar que tras ella camina alguien que sabe que los diamantes, el oro, las plumas y las pieles finas, no se obtienen sino sacrificando vidas de hombres y de animales".

Su respeto y su admiración por el proletariado con conmovedores. Ensalza el trabajo manual al mismo nivel del intelectual, porque si no hubiesen hombres que laboran incansablemente para vestirnos, alimentarnos, abrigarnos bajo un techo y darnos todo lo que exige la

vida material, no podríamos dedicarnos a las altas disciplinas de la ciencia, la filosofía y el arte. Y quiere que la cultura descienda al pueblo en sus diversas manifestaciones, que las horas de trabajo disminuyan para que los obreros puedan dedicar parte de su tiempo al estudio de su predilección. Y ¿por qué no? coronar una carrera profesional. Masferrer afirma que los conocimientos que abarcan las profesiones conocidas, pueden sintetizarse en breves estudios y que pueden los obreros iniciarse en la ciencia y seguir su vocación. "Si en condiciones tan desventajosas pueden los obreros cultivar su inteligencia con tal éxito, ya puede suponerse lo que harían encontrándose con las ventajas de una buena alimentación, casa higiénica, vestido adecuado y tiempo libre suficiente para dedicar al estudio".

"Y verdaderamente —reflexiona— si se pidiera a los médicos más sabios que encerraran en un libro todo lo que positiva e indiscutiblemente saben y tiene eficacia en la práctica, ¿puede suponerse que escribirían muchos volúmenes? Sin duda que no. Hasta nos atrevemos a pensar que si se trata de hacer otro tanto con los conocimientos humanos que llevan el nombre de científicos; si se consignara en una obra únicamente lo que se sabe ya de manera evidente, y cuyo conocimiento fuera considerado por todos de indiscutible utilidad; nos atrevemos a pensar, decíamos, que semejante obra resultaría accesible a todas las inteligencias normales".

La ciencia —piensa— es un monopolio de las clases dirigentes. Y lo sabe bien quien halló inaccesible las puertas de la Universidad, y que como Shakespeare, le echó dos ojeadas a la vida y una a los libros. Pedía Masferrer una nueva orientación de la ciencia, indispensable para realizar y mantener una organización social en "que los goces y los sufrimientos se hallen más equita-

tivamente repartidos; una organización que haga de los hombres, si no hermanos, al menos compañeros de peregrinación y no como ahora, adversarios cuyo triunfo consiste en deprimir, oprimir y abatir a sus semejantes". También aconseja a los obreros y a cuantos deseen instruirse con miras elevadas, que no deben adquirir el "bagaje pesado, confuso y atestado de mentiras de la Ciencia Oficial, sino en primer lugar, adquirir los conocimientos fundamentales que servirán de base a una instrucción racional y humanitaria; en segundo lugar, esforzarse por difundir esos conocimientos entre el mayor número de hombres, y en tercer lugar, empeñarse todos juntos en dar a la ciencia y a la vida una nueva orientación, haciendo de la Verdad Científica un instrumento de concordia, de auxilio mutuo, de amor entre todos los hombres, en vez de un medio de opresión, de engaño, y de explotación como es ahora".

.....

"LO HACEMOS TODO ENTRE TODOS: ésta es la única, la honrada y sencilla verdad, y sólo cuando la conozcamos y la sintamos en toda su evidencia —piensa Masferrer—, en toda su fuerza, en toda su santidad, hallaremos para construir el orden social una forma cristiana, humana, digna de hombres, de seres que ya no quieren vivir como las fieras. Lo hacemos todo entre todos; cada uno —en forma diversa pero necesaria, inseparable del conjunto— pone en la obra común su *trabajo*, es decir, *su vida*. Y puesto que deja ahí su vida en forma de trabajo, justo y natural es que reporte del provecho común aquella parte mínima que necesita para continuar trabajando"... ¿Socialismo o mensaje que llega del Sermón de la Montaña, esta vez pronunciado ante las masas obreras y campesinas también harapientas y desnutridas, ante el pueblo mestizo y rebelde que lleva la sangre ardiente

e indomable de los pipiles. Desprendemos de esto una conclusión: el proletariado salvadoreño y el campesino que siguió a la tumba silenciosamente a su Maestro, deben honrar la memoria de Alberto Masferrer y atesorarla con respeto. Porque Masferrer no abdicó de sus ideas, no traicionó jamás su destino. El mismo lo dejó escrito en El Libro de la Vida: "No he cambiado ni una palabra de este libro, todo él fue sentido, pensado y escrito con sangre. Cada palabra de estas páginas es palabra que merece aplicarle en verdad, el aforismo trágico de que sólo merecen recordarse los libros que fueron escritos con sangre. Este lo fue

como ninguno; no sólo porque todo surgió de mi dolor, sino que esta hora triste, inocentes pagaron con la vida el crimen de haber creído en mí. Los sacrificaron porque amaban y esperaban, porque mi palabra se les asemejaba a un amanecer. Pues bien, no cambio ni cambiaré una palabra y mi destino me hallará apercibido en todo momento. Surge una vida nueva y no soy yo quien vuelva la espalda a sus resplandores, por el vil deseo de alargar los goces de una vida que se ha hecho tan opaca y tan sorda. Haber escrito este libro es un pacto: el de los libros escritos con sangre, es decir con espíritu"...

Alberto Masferrer



MASFERRER PERIODISTA

Por José Salvador GUANDIQUE

Masferrer se defendió y combatió desde las columnas volanderas. En el diarismo encontró muchas satisfacciones y hartos sinsabores. No pudo aislarse en su *torre de papel*, hermético a las inquietudes populares. Sobre los timoneles de los órganos de prensa priva un hábito dañino, casi suicida, salvo poquísimas excepciones: a medida que adquieren personalidad y alcance, pierden contacto con el medio. Apenas escuchan los elogios, generalmente interesados, de algún mediocre colaborador o desaprensivo amigote; les ofenden las censuras; son hipersensibles a la crítica; gozan con los ditirambos, por desmesurados que vengan, sin reparar en su procedencia ni intención. El editorial constituye su biblia: la última palabra. No tienen momento para nadie, ni para nada, menos para quienes algo podrían sugerirles en bien de ellos mismos, ocupa-



JOSE SALVADOR GUANDIQUE

dos como están en recepciones, té, cocktails y otras superficialidades. Otros, se la pasan en reuniones internacionales, sin recibir visitas de nadie, por “estar ausentes” del país.

Nuestro Masferrer permaneció al pie de la cureña, impertérrito, tranquilo ante los vendavales, acorazado contra las lisonjas de los infaltables grupos —“vacas” decimos aquí, en Cuzcatlán— que, para su mero provecho, usan y abusan de las humanas flaquezas. Oigamos a un sobresaliente pedagogo salvadoreño, refiriéndose a don Alberto: “Los hombres del poder tenían que sufrir la exhibición de su ignorancia, de su imprevisión y su falta de sentido social. Los acaudalados y los aspirantes a ricos leían aquellos análisis despiadados e irónicos de los orígenes del crecimiento de sus haberes y potencias. Los militares oían discutir la utilidad de sus servicios y los fines de sus instituciones; los educadores, la eficacia de sus métodos; los agricultores, la de sus prácticas y usos; las mujeres, la razón de sus esclavitudes y los hombres la legitimidad de sus derechos (“Francisco Morán, *Alberto Masferrer o la Conciencia Social de un Pueblo*”).

No sorprenden, pues, sus numerosísimos malquerientes (fauna en dos pies, lista a engullirse a amigos y adversarios), quejosos y resentidos por el más leve alfilerazo. Y Masferrer procedía *bisturí en mano*. Nuestro hombre estaba forjado de platino. Resistió altas temperaturas y petardos de lodo. Nunca le intimidaron la ofensa ni la amenaza, ni el escándalo, ni la intriga. Peleaba a cara abierta, sin usar seudónimo ni ampararse en la gleba o el anonimato. Firmaba siempre sus nitroglicéricas columnas. Poseía mucho de solitario, ese silencio forjador de cosas perdurables, no la parlanchinería de la tertulia, ni el trato con lenguaraces. Era mejor —pensó— tener la mentalidad de lobo montaraz que de perro en jauría, ya que nuestras ciudades —como lo proclamaba el bardo Orlando Fresedo, segado por la parca en plena juventud— son selvas pavimentadas. Por tanto, exigen cazadores expertos, no aficionados.

Reconocemos la técnica: abundan los editorialistas, los columnistas, que le dan vuelta a los asuntos, especialmente ante don dinero o don poder, ambos con su respectivo presupuesto (de privado a público), entre eufemismos, tangentes o galimatías. Don Alberto, directo y fuerte, era incapaz de salirse por la puerta falsa: “Entre Masferrer y el resto de los salvadoreños —sentenció Julio R. Barcos en “Profesor de Idealismos”, 1907— hay la misma distancia mental que entre Anatole France y los habitantes de Marruecos. Los intelectuales salvadoreños con sus roñosas ideas provincialistas y Alberto Masferrer con sus altas ideas universalizadoras son, espiritualmente, habitantes de diversos planetas”. No deben haberle servido de mucho al Maestro juicios semejantes, porque los Sanchos del municipio, para quienes es dogma aquello de “ver, oír y callar”, abundan en la seudocultura que padecemos, usufrutuada por pedantes almidonados, que son, según ellos, exponente del “saber”, “las

letras”, o “las artes”, aunque vivan sin obra, sin ideología, sin orientación, sin lucha. El Maestro los lapidó en sus “Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús” —vitales, no pláticas a lo Miró—: “Todo en ellos es contrariedad y dolor, pero a quien más desgarran sus espinas es a ellos mismos”. Todavía en la segunda mitad de la centuria, en este 1968 que debe ser dedicado a la memoria de don Alberto como AÑO DE MASFERRER, la mediocridad ha hecho cuanto estuvo en sus posibilidades por sabotear un tributo al gladiador de las causas nobles.

Los editoriales, los artículos, los comentarios masferrerianos representaron lemas, y no fueron implantados por órdenes oficialistas. Eran expresiones del hondón del alma popular —diría Unamuno— y a Masferrer le dolía El Salvador como al vasco de la agonía del cristianismo su España: “La Verdad os Hará Libres”, “La Cultura por el Libro”, etc., etc. Comenzaría temprano su redentora tarea de quitarles la cáscara a hipócritas, falsarios, pedantes, cretinos: “Yo publicaba entonces LA PLUMA —informa Ambrogio— un periodiquín que era insuficiente para contener en sus ocho páginas la cantidad de prosas y versos que le caían encima. Masferrer comenzó a publicar en él unos articulitos pequeños, que casi siempre titulaba: “*Líneas... Gritos... En ellos siempre clama contra algo.*” Y prosiguió clamando hasta su deceso, sentido por el pueblo y por los fieles admiradores del beligerante, del pensador, del apóstol. Los maltratados por su ariete mental, los zaheridos por sus finas ironías, los de panza llena y espíritu acomodaticio, se rieron, a hurtadillas, en sus medrosos cónclaves.

Raúl Andino nos aclaró paradojas íntimas, y éstas integran, con frecuencia, verdades inexplicables: “Don Alberto Masferrer, hombre manso y de pocas fobias —Alberto Masferrer, Periodista—, tuvo un franco y sincero horror por el periodismo, sobre todo por el periodismo profesional, y sin embargo, quizás a pesar suyo, como otros grandes escritores y pensadores de su talla, fue un gran periodista, pero un periodista ocasional, apostólico y romántico, que no conceptuaba a los periódicos como *empresas comerciales o políticas de publicidad*, que es lo que en realidad son en su mayoría, sino como tribunas para difundir ideales elevados o como radiodifusores de doctrinas justicieras y humanitarias, en favor de las clases indigentes y oprimidas, principalmente de los campesinos y los obreros de las ciudades, por cuya redención intelectual, moral y económica, luchó siempre, denodada y virilmente, con todos los múltiples y admirables rasgos de su voluntad, de su corazón, de su inteligencia”.

Y el editorialista y escritor Rafael Antonio Tercero afirma: “Escribió muchos libros, veintidós en cuarenta años (más de dos por lustro, indicamos). Pero su obra más discutida —y, sin lugar a dudas una de las más importantes— no la escribió originalmente en forma de libro. La fue redactando desde su escritorio de director de un diario, entre el círculo polémico o doctrinario,



Don Alberto Masteter (de pie), Cónsul de El Salvador en Amberes, Bélgica, en compañía de don Nicolás Leiva, Cónsul de El Salvador en Liverpool, Inglaterra. Año 1912.

entre el ajetreo de la noticia corriente y lo sensacional del momento. Así fue tomando cuerpo su obra culminante. (“Un Ala Contra el Huracán”).

Coinciden Andino y Tercero: El diarismo masferreriano no era de los coletilleros, ni el de los boletínistas. Escribía con sangre, y Nietzsche nos ilumina cuanto la sangre es espíritu. Hizo plasma y corazón de sus candentes editoriales, de sus artículos hondos, de sus comentarios oportunos —no oportunistas— de sus ágiles columnas, de sus inolvidables gacetillas. Sabía el oficio, de lo alto a lo bajo; y prefirió constantemente lo primero. Don Alberto dirigió y colaboró en diversos periódicos, a lo ancho y a lo largo del Istmo, mas en PATRIA dejó sus excelencias:

“En este diario, la palabra *Patria* tendrá una significación muy restringida y muy concreta; significará, en primer lugar y sobre todo, *la vida de los salvadoreños que viven actualmente*”. Tal un patriotismo activo, sociológico, vital, no esas poses que adoptan algunos simuladores los días de fiesta nacional, a fin de ser leídos por el presidente o algún alto funcionario... Masferrer no le tenía miedo a la Asamblea Legislativa cuando retardaba un proyecto de ley a favor de las clases menesterosas o de los niños desvalidos, sacando así de su marasmo tropical a los diputados que van al salón azul a gozar de una cómoda siesta”, “arrebiatándose” al dicho del presidente a la hora de la votación, pero eso sí, cobrando sus dietas con escrupulosa religiosidad.

Por ese inexplicable ir y venir tipificado por los psicólogos como *asociación de ideas*, tales conceptos acerca de la *Patria*, nos traen a la memoria aquellos encendidos apotegmas de Salomón de la Selva (allá por 1922) nicaragüense-mexicano en *El Soldado Desconocido*, editado con carátula de Diego de Rivera, el Tolstoi del muralismo azteca: “Es el héroe de la guerra; es barato y a todos satisface. No hay que darle pensión. No tiene nombre. Ni familia. Ni nada. Sólo patria”. Por esos gloriosos anónimos que Ortega, incurable aristocratizante, llama hombres-masa, vivió, luchó y murió Masferrer.

¿Cuántos editoriales, cuántos artículos, cuántos comentarios, cuántas columnas, cuántas gacetillas nos lega...? Alfonso Enrique Barrientos, en su libro sobre *neohumanismo americano*, calcula en veinticinco mil los de Heliodoro Valle, más dado a la columna (Cosmópolis, “Excélsior”; “Columnas de Humo”, ABC) que al editorial o al comentario de fondo. ¿Cuánto escribió periódicamente Masferrer?

En su minuto no existía la técnica de reproducir colaboraciones en cadena; apenas cubrió Centro América y más a este Pulgarcito de América, por repetir a Julio Enrique Avila. Sin embargo...

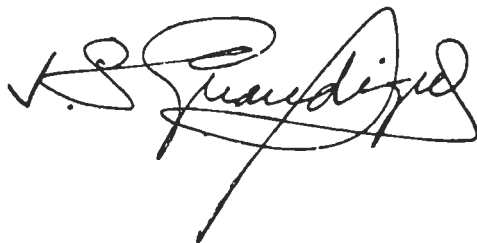
Allí encontrarán los egresados de periodismo de la Facultad de Humanidades, materia para sus *Tesis*.

En “El Periodismo en El Salvador” —Ed. Universitaria, 1964— Italo López Vallecillos registró un largo *Índice de Nombres*, y allí —subtitulado Bosquejo Histórico Documental— hay 22 referencias para Masferrer y 27 para

Gavidia (.113-393 y 118-459, respectivamente). No inferiremos en este contraste estadístico-bibliográfico, que Francisco fue más periodista, como entendemos periodista, a secas, que Alberto. Sin circunloquios, si nos apuran, afirmaríamos lo contrario. Gavidia dejó muchísimo también en los diarios cuzcatlecos e istmeños; mas su postura, en la juventud polémica y beligerante, derivó hacia el periodismo que diríamos culto, de élite, de lo literario a lo histórico, de lo histórico a lo mayista, de lo mayista a lo idiomático. Masferrer le habló directamente al pueblo, *a su pueblo*, en tan oceánica labor, que pone en aprietos aun a investigadores muy acuciosos.

No puédesse menos que reiterar otra afirmación del desaparecido aeda Oswaldo Escobar Velado: “A Nicaragua se le conoce en Europa y en el mundo porque es la tierra de Rubén Darío y a El Salvador porque es la tierra de Francisco Gavidia, Alfredo Espino y Alberto Masferrer”. (Rev. *Síntesis* N° 10 p. 34). Pero no debemos entusiasmarnos tanto: Gavidia resulta punto menos que desconocido, aun en Latinoamérica —Lillo le dijo a Toruño que sabía de él por Darío y lo mismo Sanín Cano—; Espino, el dulce cantor de Cuzcatlán, prematuramente ido, no es un poeta de renombre continental, menos europeo; Masferrer hasta hoy empieza a conocerse ampliamente.

Don Alberto confiesa vencer la tentación de publicar sus composiciones poéticas, no obstante ser director de periódicos en etapas en que “verseaba” de lo lindo. Tercero —obr. cit. p. 33— agrega: “suicidó sus versos escritos hasta entonces”; no obstante, la Academia de la Lengua, deplorando su deceso afirmó: “Poeta cuyos filosóficos versos dejan regueros de bondad en quienes se deleitan con su lectura”. Nosotros nos adherimos al criterio de Claudia Lars: Masferrer era superior en su prosa que en su verso, pues en “El Dinero Maldito”, en “Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús”, en “Las Siete Cuerdas de la Lira”, pueden espigarse, amorosamente, páginas enteras que son maravillosos poemas en prosa. Y lo mismo en los candentes, iluminados editoriales de *Patria*. A la muerte de Masferrer, otro hombre angustiado y angustiado, Alberto Guerra Trigueros, por una coincidencia que para mí no lo fue, persistió en la faena ingrata de sembrar inquietudes para cosechar insultos. ¡Váyase lo uno por lo otro!



HUMANÓ, DEMASIADO HUMANO

Por Claudio ARENAS

No. No me refiero a la famosa obra de Federico Nietzsche. Simplemente he usado ese título por parecerme acorde con las consideraciones que a continuación hago sobre Masferrer.

Mucho se ha escrito sobre Don Alberto Masferrer. Se han analizado los distintos aspectos de su descollante personalidad. Se ha perfilado el Masferrer poeta, el Masferrer ideólogo, el Masferrer filósofo, el Masferrer político, el Masferrer periodista... Nadie siguió los dictados de su orgulloso "emblema del hombre que es su propio señor". Todos lo han juzgado. Muchos lo han *acusado*.

En el Centenario de su nacimiento, deseo unirme a los distintos sectores patrios que rinden tributo a su memoria, desde mi particular punto de vista.

En verdad, Masferrer, más que como pensador, me interesa sobremanera como hombre. Poeta hasta la fibra más íntima de su ser; periodista único, tanto en la forma expresiva de sus ideas como en su extraordinaria capacidad de convertirlas en sangre, nervio y músculo; prosista vigoroso, dueño de un estilo que a la agresividad temeraria unió siempre la imagen bella... Pero a mi

ver, la grandeza, sin par en nuestra patria, de Don Alberto, es su auténtica y profunda condición humana. Nadie como él para sentir en las entrañas más hondas de su existencia, el dolor de su pueblo, sin falsas poses de líder mito. Nadie como él para demostrar todas las debilidades y fortalezas de que es capaz el espíritu humano. Nadie como él para elevarse del fango de las pasiones terrenas en un esfuerzo de sublimación, de ansias sobrenatural. Nadie como él para reflejar la condición esencial del *homo sapiens* de los antropólogos, del animal político de Aristóteles, de la criatura de barro bíblica; ser paradoja hecha carne, manojito de contradicciones.

Expresándome con franqueza, opino que Masferrer como pensador social, como creador de doctrina, carece en lo absoluto de valor. Su *Mínimum Vital*, que a mi juicio se ha superestimado hasta el exceso, carece de originalidad y no merece siquiera el calificativo de

doctrina social, de teoría de reforma social. Basta reparar en algunos conceptos expresados por pensadores del Oriente y del Occidente en los albores de lo que llamamos la Civilización; basta meditar en muchas de las vibrantes ideas de los Profetas del Antiguo Testamento, en las prédicas de Jesús, en las enseñanzas de Confucio, en las ideas de los reformadores sociales de todos los tiempos y países, en las audacias doctrinarias de los cristianos primitivos, en las ideas de Tomás Moro, de Campanella, de los teólogos católicos revolucionarios de la Alta Edad Media, del sacerdote Münzer de la Alemania del siglo XVI, de Juan Wicleff, de Huss, de Robert Owen que ya en 1816 escribía un Plan para la Regeneración del Mundo, de Saint Simon, Fourier y, en fin, en cientos y cientos de grandes pensadores y hombres de acción que a lo largo de los siglos han construido cuerpos de ideas mejor elaborados, contentivos todos ellos de lo que tímidamente, como si se tratase de una herejía, refleja el *Mínimum Vital* masferreriano: la modelación de un orden social en el que todos los seres humanos tengan un *mínimum* de oportunidades, un *mínimum* de condiciones materiales de existencia, un *mínimum* de condiciones culturales y espirituales, que hagan posible en resumidas cuentas, una vida digna de ser vivida por todas las criaturas humanas.

Cuando leo y releo las ideas de Masferrer sobre el *Mínimum Vital*, me parece ver el rostro inocente y puro de un niño que no conoce el mal; es tanta su ingenuidad, su ilusión, su candor...

¿Pero ello le resta mérito alguno a Alberto Masferrer? De ninguna manera. Su actitud humana, más que humana. Su humanismo incauto, pero humanismo de la más pura estirpe, que refleja en las páginas de "Patria", en "Lo que debemos saber", en "El Libro de la Vida", en "El Dinero Maldito", en

"El *Mínimum Vital*", en "Estudios y Figuras sobre la Vida de Jesús", y, sobre todo, en su actitud de fustigador implacable, de "barredor" de egoísmos y lacras sociales, destructor de mitos legitimantes, de injusticias institucionalizadas y ennoblecidas, lo salvarán *siempre* contra todo juicio mezquino, contra toda acusación torpe.

A mi juicio, es Pedro Geoffroy Rivas quien mejor ha calado a Masferrer. Pedro, lo ha descuartizado, literalmente hablando; pero de esa operación despiadada en que el bisturí y la tijera han recorrido cerebro y vísceras, tendones y corazón, ha salido un Masferrer auténticamente humano y humanista, contradictorio, paradójico, abismal.

No vacilo en calificar a Masferrer como *humanista*, pese a sus "anchas y hondas lagunas de ignorancia que su inmenso talento salvaba con gracia sin igual". Cuando uso ese discutible y calumniado calificativo, no pienso en erudiciones oropelescas sobre los clásicos griegos o las lenguas muertas, ni pienso en ese humanismo renacentista del diente al labio, más estético que humano, más abstracto que concreto. No. Pienso en un humanismo entendido como una actitud frente a la vida que coloca siempre, en todo momento y en cualquier circunstancia, en la raíz de todo problema, al ser humano de carne y hueso, a ese borracho que duerme tirado sobre la acera, a esa mujer que utiliza su cuerpo como mercancía, a ese indio ignorante y supersticioso, a ese potentado, víctima de la enajenación que le impide entender que su destino y su comportamiento, en relación con todos sus semejantes, debería ser otro. A ese humanismo me refiero. A ese tipo de humanista pertenece, para gloria del país, Alberto Masferrer. Humanista con todos sus sentidos, con todos sus nervios, con toda su sangre; no humanista falsario que se escuda tras teorías que no vive, o humanista acartonado por el polvo de los ana-

queles repletos de libracos que dizque proporcionan erudición y forman humanistas. Y basta de este aspecto.

Otro punto que deseo tratar. Don Miguel de Unamuno no permitió jamás que se le “encasillara”; los números clasificadores no eran para él. ¿Qué pensaría de las computadoras electrónicas? Mi particular manera de interpretar la vida y desarrollo de la sociedad, no me impide advertir que vivimos en una era de “casillas”. Juan Pérez está incluido en el “casillero” tal. Pedro Cienfuegos pertenece a la gaveta letra Y del archivo número cero. Román Ramírez pertenece a la jaula de cinco barrotes color ocre, y así por el estilo. Y eso sucede, como fenómeno tendiente a acrecentarse cada vez más, en todos los ámbitos del globo. ¿Es el maquinismo, son los sistemas todos de vida social, es el hombre en crisis, es la consecuencia de la sacudida traumática que sufre la humanidad en la inauguración de una nueva era? No interesa en este momento entrar en el análisis de tal fenómeno. El hecho evidente, comprobado por sociólogos, historiadores y científicos sociales en general, y por la simple pupila abierta del sentido común, es que existe el fenómeno y tiende a crecer. No comparto las ideas del “hombre masa” de José Ortega y Gasset ni mucho menos, pero tampoco no puedo dejar de percibir esa tendencia del mundo contemporáneo, que obstruye, ya no digamos el desarrollo de las individualidades, sino incluso la adopción de actitudes o gestos personales. Se discrepa de la banda o secta perte-

neciente a tal o cual “casillero”, y surge el problema: la sanción social manifestada en mil formas.

He hecho esta observación introductoria, tal vez innecesaria, para señalar otro aspecto de la personalidad de Masferrer, que merece todo respeto. Que se me diga que en El Salvador hay por lo menos dos Albertos Masferrer y retrocedo en el juicio que sobre la firmeza de su propia personalidad, de su individualidad irrepetible, tengo. Por ahí me dijo alguien, “encasillándolo”, que fue “el ideólogo de la pequeña burguesía salvadoreña”. Se requiere una dosis muy alta de pobreza de juicio crítico o un desconocimiento de quién fue y qué hizo en vida Masferrer, para ubicarlo como se coloca un expediente en un archivo, con esa simple frase-slogan. No. Es necesario aplicar nuestro entendimiento, liberados de prejuicios y de la tendencia que es ya tradicional en nuestro país de pensar con cerebro ajeno, y colocar a toda persona en una caja previamente numerada, para sustentar tesis tan paupérrima.

Vuelvo a repetirlo: que se me diga que existe otro Alberto Masferrer, comprendiendo desde luego todas sus múltiples y contradictorias facetas. Imposible. Alberto Masferrer es Alberto Masferrer, y todo esfuerzo por “encasillarlo”, tropezará con el muro de los enjuiciamientos objetivos y veraces.

Y él, que exigió, *también ingenuamente*: PARA JUZGARME, NADIE; PARA ACUSARME, YO, ha sido juzgado una vez más, y no será la última.

Claudio Arenas

Alberto Masferrer o la Conciencia Social de un Pueblo

(Fragmentos)

Por Francisco MORAN

“De milenio en milenio los hombres necesitan una palabra nueva.

—Es la palabra renovadora y purificadora. Es como una llama que viene a consumir todo lo que es desecho y escoria. Es como un viento que viene a secar y airear todo lo que es pantano y miasma

.....

Mas cuando la verdadera palabra surge y se declara, una brisa de serenidad orea las frentes atormentadas y la esperanza aletea en los corazones inquietos.”

A. Masferrer. (“Vida Nueva”).

Ningún salvadoreño representa la conciencia social de su pueblo en la medida y calidad que Alberto Masferrer. *Masferrer es la conciencia social de El Salvador.*

No se puede sentir ni comprender la experiencia vital de ese pueblo sin incidir en algún punto con el pensamiento de Masferrer. Ni es dado expresar algo sincero y profundo en la realidad social de los salvadoreños sin comentar, plagiar o repetir alguna forma o contenido de los escritos de Masferrer.

La historia de la realidad social de El Salvador como fenómeno de conciencia colectiva, se desenvuelve en dos períodos bien definidos: antes de Masferrer y después de Masferrer. Este hombre más que un pensador, más que un escritor y un poeta, es un hecho histórico de pura conciencia social.

El pueblo salvadoreño ha trascendido ya el estadio de la simple convivencia en territorio propio, en función del suelo, del clima y de la tradición. Se ha iniciado en la actuación consciente y el apro-

vechamiento planeado de sus recursos; en la aplicación sistemática del esfuerzo al incremento de los medios de vida, en la valorización y dignificación de sus reservas humanas.

No importa, para la validez de estas afirmaciones, cuán reducido sea el grupo de conciencias que las aceptan y sostienen ni qué proporciones alcanza la resistencia a su confirmación. Tampoco amengua su eficacia virtual el hecho innegable de que una considerable porción de los salvadoreños se atienen a la tradición y se agarran a ella para sobrevivir.

Masferrer ha dicho la palabra nueva y ella, luz y sendero y fuerza para unos, escándalo y oprobio para otros, está actuando como fermento de justicia y marcando el rumbo fatal y la forma del acontecer en la realidad profunda de la vida colectiva del pueblo salvadoreño.

Nunca se produjo revolución igual en la conciencia colectiva con medios tan escasos: unos cuantos folletos impresos en papel periódico y en los formatos más humildes. Una serie de artículos publicados en un periódico, "Patria", que nació y vivió dos años sólo con este designio: darle a Masferrer el instrumento imprescindible para promover la revolución en la conciencia de su pueblo.

No era necesario ni más ni menos.

Y el milagro se ha hecho. Después de la muerte de Masferrer, dos movimientos revolucionarios, al parecer inconexos y extraños al proceso ideológico que se operaba, pero que responden a la nueva conciencia de El Salvador, han producido un viraje en la orientación de las fuerzas determinantes de los destinos del pueblo y han arrebatado el poder político de las manos que lo detentaban en contra de los verdaderos intereses de la democracia.

A partir de Masferrer, las masas laborantes en la ciudad y en el agro siguen con expectación comprensiva y, en momentos oportunos, respaldan, con la eficacia de su fuerza numérica, aquellas orientaciones que tiendan hacia una justicia social íntegra, hacia la organización

de los contenidos de vida dentro de las formas institucionales.

En vano dos generaciones de viejos militares de tipo prusiano, puestos al servicio de algunos ricos de mentalidad feudal, y contando con la complicidad de oportunistas faltos de principios, pero sobrados de ambición, se han adueñado del poder y han empleado su maquinaria rechinante y gastada para perpetuar el régimen de iniquidad y privilegio a que no quieren, no pueden renunciar.

Fuerzas nuevas, fuerzas del pueblo consciente se han polarizado espontánea y fatalmente en dos momentos de la historia, y han liquidado esos regímenes cuando más seguros se creían en su astucia y en su fortuna. Y esos movimientos constituyen experiencias políticas de un pueblo que ya sabe a dónde va y cómo va. Los impulsores de estos movimientos y los promotores de otras corrientes de ideologías revolucionarias pueden estar más o menos identificados con las enseñanzas de Masferrer, acaso las nieguen unos, acaso otros las rechacen o pretendan haberlas sustituido por doctrinas de contenido más valioso y de más extendida validez. Pero ningún luchador sincero, ningún hombre puesto honradamente al servicio del pueblo puede desconocer, sin caer en contradicción consigo mismo, que las reservas humanas con que cuenta la revolución salvadoreña fueron puestas en marcha por el evangelio social de Masferrer.

Y como acontece que El Salvador es sólo parte de una unidad geográfica y social más extensa; y como es cierto que la realidad vital de El Salvador se extiende en todas y cada una de las manifestaciones a las restantes agrupaciones político-sociales del Istmo centroamericano; y como la interdependencia de estos grupos humanos es un hecho impuesto por la Geografía y por la Historia, así viene a suceder que el contenido revolucionario de la obra de Masferrer cobra los relieves y adquiere el valor de una pre-revolución social en Centroamérica. Tal la concibió y la profetizó su autor. Se le vio un día venir a Guatemala y llamar al corazón de

un mandatario y dirigirse a la conciencia del pueblo en procura de apoyo a sus doctrinas. Obtuvo respuestas prontas y generosas que encendieron más su fe. Esas respuestas cobraron forma documental en prosas inolvidables de Rodríguez Cerna, de Miguel Angel Asturias y de otros hombres de saber y de expresión. Por otra parte, en cada sección del Istmo, grupos de hombres y mujeres adoptaron las doctrinas de Masferrer y se aprestaron a trabajar en su propagación. Nunca antes de aquel momento poseyeron los pueblos de Centroamérica un ideal común que los uniera en la zona de la conciencia que es donde se operan las uniones valederas. La historia del movimiento mínimuvitalista de Masferrer es una revelación de las verdaderas posibilidades de unión centroamericana, si ésta ha de realizarse como satisfacción de las necesidades mínimas pero indiscutibles de los pueblos del Istmo.

De esta manera, la obra de Masferrer trasciende las fronteras de Cuscatlán y viene a ser expresión de la conciencia social de Centroamérica.

Y como aconteciera que en los días de Masferrer, la crisis mundial de postguerra se agudizara y adquiriera ya los lineamientos precisos de la segunda preguerra mundial con todo el aparato de sus negaciones audaces y la rebelión de las masas regimentadas; y como quiera que América, último refugio de las libertades democráticas, debía de aceptar fatalmente su destino de salvadora de la civilización, que Europa no había sabido mantener, y como pareciera dudoso que los pueblos del Continente poseyeran o pudieran adquirir,

en la hora oportuna, el sentido exacto de su misión, he aquí que Masferrer, clama, denuncia y advierte, con acentos que estremecen, para que América se percate y se coloque a la altura de su destino, antes que la barbarie destruya el bien común de la civilización. "Misión de América" de Masferrer es un llamado al Continente y culmina con esta exultación:

"¡Hombres nuevos de América! Alcémonos, formemos en fila de combate, ensanchemos el pecho, absorbamos poderosamente el aire de la vida y que surja y resuene el grito de ¡A luchar por América! [batalla. ¡A sufrir por América! ¡A triunfar por América!"

Si tales acentos hubiesen resonado en el recinto de un Congreso de Naciones, o hubieran sido pronunciados por un Roosevelt, habrían puesto de pie al concurso de los pueblos americanos. Pero resonaron como clamor en el desierto, venidos de un rinconcito de América y sólo fueron recogidos en unas cuantas conciencias desveladas, para ser transmitidos, como mensaje casi secreto, de una en otra generación. Y sin embargo, esos acentos son expresión cabal de la conciencia de un Continente en un momento decisivo de la Historia del mundo.

Y como lo que vale legítima y realmente para un pueblo es válido para la totalidad de los hombres, y puesto que Masferrer es legítima y realmente la conciencia social de un pueblo, Masferrer es una conciencia social de la Humanidad en un momento de la historia.

LA LUCHA

"Entre Masferrer y el resto de los salvadoreños hay la misma distancia mental que entre Anatole France y los colonos de Argelia o entre Pérez Galdós y los habitantes de Marruecos. Los intelectuales salvadoreños con sus roñosas ideas provincialistas y Alberto Masferrer con sus altas ideas universalizadoras, son, espiritualmente, habitantes de diversos planetas."

Julio R. BARCOS. ("Profesores de Idealismos". 1907).

“Todo en ellos es contrariedad y dolor, pero a quien más desgarran sus espinas es a ellos mismos.”

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

La obra de Masferrer, como la de todos los reformadores de verdad, fue concebida, gestada y nacida perennemente en el seno mismo de la existencia. De lo anecdótico de su autor, no. Ni de sus imaginерías y humores. De su vida como fermento de renovación, como mutación y cambio, como previsión y mensaje.

Y como todo lo que es dinámico, demandaba cambio, desplazamiento y renunciación. Cambios en la concepción misma de la vida colectiva, en sus finalidades, órganos y funciones; desplazamiento de cuanto hay de viejo, gastado e inútil en las instituciones del poder y la cultura; renunciación a la comodidad y el usufructo de los bienes acumulados en el seno de la injusticia, la ignorancia y la imprevisión.

Todo esto no era posible sin lucha con los hombres. Con los timoratos que se horrorizan ante la palabra renovación; con los doctrinarios y los dogmáticos de las sectas y las escuelas; con los vigilantes mantenedores del tabú y la tradición.

Una sociedad, como un individuo no renuncia sino con dolor y sacrificio a su pasado y sólo se arranca de él con dolor, “como la uña de la carne”.

Por eso la obra de Masferrer fue grito de batalla y motivo de escándalo perenne. Y el hombre estaba hecho para la batalla y el escándalo. Ya de niño prefería sufrir el castigo de la mano materna a someterse en la escuela al aprendizaje de la lectura por el método de b-a, ba. Y en la proximidad de la tumba, su mano no vaciló en trazar esas líneas preñadas de rebeldía que se titulan: “No obedecerás”.

Desde muy temprano Masferrer provocó discusiones, suscitó odios y motivó medidas contra la propaganda de sus ideas. Desde muy temprano despertó conciencias, polarizó voluntades e inspiró palabras y actos de liberación. Y a diecisiete años de su muerte, los salvadoreños estamos en

pleno proceso de revolución en la que pugnan, sea que lo digamos o lo callemos, los masferreristas y los antimaferreristas.

La vida de Masferrer fue una lucha siempre renovada contra la rutina, el dogma y el estatuto; contra las ideas estancadas, la codicia multiforme y los sistemas de explotación del hombre por el hombre; contra la ignorancia en todos sus grados, formas y matices; contra la mentira convencional y la conformidad acobardada. Concitó la enemistad y el odio de todos los hombres que se amparan y se regocijan y crecen en el fango y el miasma de esa podredumbre. Su crítica, unas veces serena y acariciante y otras veces irónica hasta el sarcasmo, pero siempre impregnada de docencia, se expresaba con acentos entrañables plenos de amor y de piedad.

Para esta lucha desigual no tuvo más recursos que su pluma y su conciencia visionaria. No contó con ayudas del poder, ni de las escuelas, ni de los cleros: no lo comprendieron en tiempo y sazón, ni siquiera los hombres y las mujeres por cuya liberación batallaba sin descanso. Conoció las amarguras de la soledad y el abandono que sobrevivieron, acaso el mismo día en que las muchedumbres agradecidas habían aplaudido sus conferencias en el ágora del pueblo.

Por eso amaba tanto el símbolo de Prometeo. Acaso se veía a sí mismo tendido en la cima de la venganza poderosa, devorada por los cuervos la entraña que renacía, y otra vez para perpetuidad de su martirio.

Pero había arrebatado a los dioses el misterio del fuego divino y lo había brindado a los mortales: “La Verdad os Hará Libres”, “La Cultura por el Libro”, “No Obedecerás”. La causa de los mortales estaba ganada. Bien podía el capitán morir.

No existe en la lucha de Masferrer la

pasión que hay en Sarmiento, ni la visión interior de la propia grandeza que en Bolívar, ni el espectáculo de la patria encadenada que enardecía a Martí.

Las fuerzas que motivan e impulsan su lucha son de un orden más humilde pero no menos realista y generoso. Es la pena que lacera ante el cuadro que ofrece un pueblo debilitado por la malaria, agarrotado por el alcoholismo, inhibido por la ignorancia y la superstición. Es la rebelión contra el acaparamiento de la tierra en un país tan densamente poblado como El Salvador; contra la insolencia de los gamonales feudalistas, que se juegan fortunas en una noche, mientras sus trabajadores carecen de techo y comen tortilla con frijoles en los tres tiempos; contra el mesón que es resumen de toda incomodidad y sordidez; contra el afán de atesorar sin saber si el dinero tiene olor a sangre, a miseria o a prostitución.

Ilumina su lucha la conciencia de que no son obra de la fatalidad, ni castigos de una deidad maléfica la enfermedad y la miseria de grandes masas humanas, sino resultado de una organización social injusta, cruel e ignorante, mantenida por las minorías usufructuarias de semejante orden social.

Y contra esta mal llamada organización, contra sus doctrinas y defensores, contra sus leyes y reglamentos lanza sus palabras como flechas certeras, y erige poco a poco frente a ellos su visión de una sociedad más humana, más lógica y más previsoras.

¿Cómo no habían de brotar a cada golpe los enemigos de Masferrer? Los representantes de las doctrinas y escuelas sociales y políticas oficialmente reconocidas se sentían irrespetados por aquel audaz que, sin diploma ni licencia alguna, osaba discutir problemas de economía, de salubridad, de gobierno y de educación y proponía fórmulas no contenidas en los textos aprobados ni en los reglamentos y previsiones de la burocracia.

Los dirigentes espirituales verían con horror cómo se proponían a la conciencia del pueblo interpretaciones claras y sen-

cillas de las enseñanzas de los grandes iniciados, en formas libres de dogmatismo.

Los hombres del poder tenían que sufrir la exhibición de su ignorancia, su imprevisión y su falta de sentido social.

Los acaudalados y los aspirantes a rico leían aquellos análisis despiadados e irónicos de los orígenes y del crecimiento de sus haberes y potencias.

Los militares oían discutir la utilidad de sus servicios y los fines de sus instituciones; los educadores, la eficacia de sus métodos; los agricultores, la de sus prácticas y usos; las mujeres, la razón de sus esclavitudes y los hombres la legitimidad de sus derechos.

Contra cada uno tuvo algo que decir Masferrer, porque al pensar y medir sus actos y sus palabras, los hallaba faltos. Y porque era su pensamiento piedra de toque para prueba de metales.

Así también más de alguna vez estuvo con cada uno de sus contrincantes y opositores. Con el potentado cuando extendió la mano en ademán generoso; con el hombre de ciencia a lo Pasteur o Madame Curie; con el maestro, cuando padecía pasión civilizadora, como Sarmiento; con el legislador, cuando preveía para los siglos, como Moisés.

Esa flexibilidad suya de simpatizar hoy con sus opositores de ayer y de librar batallas en favor de sus enemigos, tornó a veces más compleja su lucha, más incierta su posición y más difícil su influencia.

¿Cómo se explica entonces que Masferrer haya impresionado tan profundamente a la conciencia de su pueblo y que su obra (cuya validez definitiva se inicia con la muerte del luchador), cobre en el tiempo extensión continental y estructura para perennidad?

Buscaba estar con la Ley. La Ley, así, con mayúscula, porque no nos referimos a las leyes que son en cada momento y lugar las normas más o menos felices, más o menos erróneas conque los hombres pretenden orientar a los hombres, sino a lo eterno, a lo que es legítimo en todo tiempo y lugar. Por eso estaba con

el niño, con el débil, con el que tiene sed de justicia, con el dolor y la miseria de los humanos, con el misterio del Universo, con la oruga y la mariposa, con la estrella que tiembla al anochecer y con la rosa que se deshoja en la aurora. Este es el secreto de su inestabilidad y también de su permanencia.

¿Acertó siempre en encontrar la Ley entre las leyes, la voluntad del Padre entre los pareceres varios de los hijos?

No siempre, acaso nunca. Y esa fue su

tragedia. Es la misma tragedia de todos los que inquieren en los misterios de lo alto. ¡Ay de ti, Charmides, porque besaste los labios de mármol de la deidad!

Para estos audaces ya no habrá paz en la vida ni en la muerte. Masferrer no conoció el reposo en la vida; y en la muerte, su palabra es grito de batalla, y quienes la lleven por lema, no reposarán jamás.

Esta es su ley.

ANGUSTIA

“La lección trágica de la común miseria y del universal dolor.”

A. Masferrer. (“Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús”).

No se concibe lucha tan desigual sin angustia y sin tragedia. Y tragedia y angustia fueron el sino de Masferrer. Una conciencia tan clara y un pensamiento tan insobornable debían de aportarle con cada visión de la realidad, un motivo de angustia y de dolor.

Todo pensamiento suyo, aun las ideas y las visiones fugaces que cruzan como pájaros perdidos, parecen evocar y referirse de alguna manera a los pobres seres humanos, a su tragedia ineludible. La fragancia y el ritmo de una rosa le hacen pensar en la pestilencia y el aturdimiento de los pobres hombres; la claridad y pureza de las linfas, le hacen ver más miserables y lastimosos los cuerpos que en ellas se sumergen. El libre vuelo de zopilote en las ondas de azur le recuerda la triste dicha del hartazgo que ya columbra e inquiera desde lo alto. Perenne es en Masferrer el sentimiento trágico de lo humano, que se atensa y se agranda a medida que el autor va conociendo y comprendiendo.

En lo más profundo, en lo que apenas se deja adivinar como el sentido de fondo de su angustia, reside la antítesis entre el hombre humano que es el ideal de todo el que sufre pasión civilizadora y

el ser psico-biológico que es cada hombre y cada mujer en la realidad. En el hombre de acción capaz de crear sus propias oportunidades, la angustia de ser consciente se torna potencia plasmadora de escuelas, de instituciones, de pueblos. Es Sarmiento; es Bolívar.

Ante ellos, los demás hombres se abaten y se apocan, o secundan o colaboran, pero ya no levantan Calvarios, aunque se muerdan de cólera y de envidia.

Cuando la angustia puede encarnarse en el mármol o vibrar en el poema sinfónico, hay también una liberación y el demonio da treguas a sus víctimas: Miguel Angel y Beethoven.

Mas cuando el hombre consciente escoge la forma sencilla y dulce y prefiere ser sólo medianero de la luz de lo alto, entonces todas las luchas internas para ir domando la soberbia y de la gloria se revierten a lo íntimo, depuran y aclaran la visión. Y lo que pudo ser un sol deviene un cristal. Un cristal es concreción de angustias.

Bajo la serenidad de Masferrer, dentro de su sencillez y claridad de los años últimos, estaban contenidas y sublimadas las rebeldías y las protestas de toda una existencia. Así en las parábolas de Jesús,

en la virtud de sus manos, estaban resumidas las visiones y los trenos y las advertencias de los profetas.

Pero había angustia en sus ojos. Se

adivinaba en ellos la tristeza que dejan las luchas inútiles. Y a veces juntaba las manos como si en ellas llevara un puñado de cenizas.

LA OBRA

Y así, espontánea, exacta y oportuna, como todas las cosas que obedecen a su ley, fue surgiendo la obra literaria de Masferrer, con dolor pero sin esfuerzo; con fervor de misión pero sin anhelo de gloria ni reclamo de gloriola; con pasión de civilizador, pero sin poses ni aletazos altaneros.

“Fue en los comienzos de su carrera literaria, escritor de mucha sonoridad y pompa” nos dice Román Mayorga Rivas, que podía decir porque era fino catador de buenas letras y animador de escritores y poetas. ¿Bajo qué influencia y auspicios corrió este período inicial tan propio de escritores bisoños? “Había leído a Hugo, Montalvo, Esquilo, Lucrecio, algo de la Biblia y autores de menos jerarquía.

Montalvo me tenía loco por el estilo, y Hugo por las ideas”, contó el mismo Masferrer. Abandonó después, para siempre, la pompa y la sonoridad montalviana; jamás olvidó la justa indignación y romántica rebeldía que Hugo hacía brotar en las almas adolescentes. Esta influencia cotejada, depurada luego por lecturas de más sustancia y más sabor, formaron acaso, un núcleo en torno al cual debían organizarse otras tendencias e ideas.

Muy temprano, ya en la hora decisiva, se nota en Masferrer la influencia de Tolstoi. La visión social, el sentido religioso y las ideas sobre educación del pensador salvadoreño llevan la marca inconfundible del gran novelista ruso.

(Tomado del libro “En Torno a Masferrer”, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, El Salvador, Centro América, 1956).



Mi Alberto Masferrer

FRAGMENTOS

Por Pedro GEOFFROY RIVAS

Sembradores de ideas: ¡El pueblo es el terreno de la siembra!

Nace Masferrer en una aldea perdida entre montañas, junto a una laguna de encantamiento. *Alegría*, es su paradójico nombre. ¿Su estirpe? ¿Su genealogía? ¡Qué pueden importarle a nadie! Bástenos saber que fue un hijo del pueblo, un moreno e hirsuto producto de la tierra, un duro mestizo de ardorosa sangre. Parido con dolor y con tristeza, acaso en una destartada choza, donde la miseria fue la única partera que ayudó a la madre solitaria; quizá en el inhóspito cuarto de un mesón, ausente el responsable de su nacimiento. “Hijo ilegítimo de Leonor Mónico”, escribió en el Registro un indiferente secretario municipal.

Nada sabemos de sus primeros años. Crecería a la buena de Dios, como crecen los hijos de los pobres. Subsistiría de milagro, desnudo, mocososo, lombriciente. Jugaría con piedras y con palos mientras la madre proletaria se prepara para ganar el sustento. Daría sus primeros pasos sin que nadie celebrase la hazaña. Comería

frijoles y chuparía tortilla tiesa desde los cuatro meses... ¡Quién sabe!

Años más tarde lo encontramos en la casa del padre, un criollo acomodado, casado y con familia. Don Enrique Masferrer ha recogido al fruto de sus veleidades de conquistador. Sería un muchachito flaco y triste, de ojos soñadores, de despejada frente, que se pasaba las horas inmóvil, mirando hacia ninguna parte, cohibido, entre hermanos con mayores derechos que él en aquel hogar que no era suyo, en el que no había nacido y al cual seguramente le estaba vedado el acceso a su madre. Ya se alzaría un día —implacable y condenador— contra esta diferenciación entre hijos *legítimos* e *ilegítimos*, contra esta injusta división en la que los niños sufren castigo por faltas que no han cometido. “No hay hijos *ilegítimos*” —ha de clamar en *EL LIBRO DE LA VIDA*— no los hubo nunca, no los habrá jamás. Sin duda que hay uniones ilegítimas: todas aquellas que determinaron el orgullo, la vanidad, la ambición, la sensualidad, el

dinero; todas aquellas que ayuntasen a cónyuges sifilíticos, alcohólicos, leprosos, alienados, contagiados de cualquier enfermedad grave, incurable o hereditaria; todas aquellas en que la degeneración física o mental extrema de quienes se aparean, no puede originar más que frutos podridos, que vendrán seguramente, a envenenar y corromper la vida"... "Son los padres, los *ilegítimos*, los responsables, los culpables, no el niño; tal como no es responsable de su fealdad la estatua, sino quien la esculpió"... "El niño es de necesidad legítimo, total y permanentemente legítimo".

No decimos —ni queremos suponer siquiera— que Masferrer fuese maltratado en aquel hogar. Pero necesariamente tuvo que sentir que había una diferencia entre él y sus hermanos, que éstos eran plenamente hijos de aquel hogar, mientras él sólo lo era a medias —el recogido, el natural, el arrimado—, que aquéllos tenían padre y madre en la casa, en tanto que él sólo tenía allí padre y una madre lejana, afuera, que no compartía el hogar.

Quiso el padre educarlo debidamente, darle una carrera, y fue así como una mañana el muchachito de *Alegría* abandonó los verdeantes cerros y la azul laguna y se metió entre las cuatro paredes de un colegio capitalino. Nadie lo recuerda como estudiante destacado. ¿Cómo podría serlo un soñador de sus tamaños? ¿Qué tenía que ver con la Gramática un poeta de su empuje? ¿Qué le importaba la Historia a un apasionado del cuento y la leyenda? ¿Cómo iba a interesarse por la árida geografía de los textos quien conocía mejor que nadie los senderos del monte, las piedras que bordean el río y cada *amate*, cada *maquilihue*, cada *tempisque* de las sierras? Se pasaría las aburridas horas de clase mirando a la ventana, tan azul en verano, tan cambiante de nubes en invierno, inundaba de luz —;de luz!— a todas horas.

Una carrera académica... ¿Qué especie de monstruo antediluviano habría sido —por ejemplo— un Masferrer abogado? ¿Qué pequeño y ridículo un don

Alberto bachiller? No. No eran para él las aulas donde un dómine rellena cabezas con inútiles conocimientos, no eran para él los libros plagados de fórmulas vacuas y de sentencias rimbombantes. No eran para él los títulos, ni los chalecos de fantasía, ni las levas fastuosas, ni los bastones de dorada empuñadura, ni los pretensiosos boleros... Para él eran el espacio abierto y sin límites, los sombreados caminos que no llevan a ninguna parte, la grata sombra de los árboles, la canción de los ríos, la tierra húmeda contra el pie desnudo... "Si somos hermanos carnales del pájaro, del árbol, del musgo y de la flor..." "Somos la misma sangre con el pez y la roca, con la nieve y el viento, con el arroyo y con la nube, con el zafiro y el carbón..." "Somos la escama del caimán y la sedosidad del armiño; la bronca cerviz del hipopótamo y el undivago cuello del cisne; el fulgor del diamante y la opacidad de la arcilla" —exclamó en LAS SIETE CUERDAS DE LA LIRA. Ya lo sentía entonces seguramente. Lo había sentido siempre desde antes de nacer. Lo traía en la sangre de sus recios antepasados *pipiles*. Le quemaba el alma un ansia irrefrenable de identificarse con la naturaleza, de fundirse en el violento paisaje, del cual se consideraba un elemento más.

Y así principió el conflicto, el tremendo conflicto interior que habría de atormentarlo siempre. ¿Cuál era el porvenir, si seguía el camino escogido por el padre? Magistralmente nos lo describe en ese tremendo examen de conciencia que tituló ESTUDIOS Y FIGURACIONES SOBRE LA VIDA DE JESUS: ser buen hijo, obediente, sumiso; estudiar, estudiar mucho, obtener brillantes notas en los exámenes y llevar a casa certificados llenos de sobresalientes que el padre pudiera inostrar con orgullo en todas las tertulias; seguir una carrera, doctorarse, trabajar... "Hasta el momento en que escogemos honorablemente una esposa honorable, tenemos hijos honorables, pagamos honorablemente nuestros impuestos, servimos a la patria mediante retribuciones honorables, cubrimos nuestros vicios y nuestra sordidez con

formas honorables, y por fin nos pudrimos honorablemente, dejando un ejemplo de honorabilidad a los que vienen tras de nosotros”. ¡Ah, no! ¿Qué haría él con semejante porvenir? El había escuchado el llamado y su alma se agitaba, conmovida por tremendas luchas. La voz del medio familiar lo reclamaba, mas la voz interior decía una cosa distinta. “La vida, la justicia, el amor, necesitan ser comprendidos y realizados de distinta manera”, gritaba la íntima voz.

¿Cuál era la voz válida? ¿Qué llamado obedecer? ¿A dónde ir? Dolorosa y tremenda depuración, entre vacilaciones, entre huracanadas idas y vueltas del entusiasmo al desaliento, entre oscilaciones de la claridad de la idea a la obscuridad de la tradición. ¿Y si él estuviese equivocado? ¿Si el poderoso llamado que estremecía su alma fuese tan sólo una alucinación, un calenturiento desvarío? ¿Iba a causar un dolor a su padre, iba a decepcionar a sus hermanos, por seguir una vana ilusión? ¿Y si seguía su inspiración, qué provocaría con su doctrina y con su empresa? “Dolor, sangre, muerte quizá”.

La vida interior se ha vuelto una tragedia, insospechada para quienes en él ven solamente al pálido y desgalichado estudiante, en cuya libreta abundan los ceros. Pero adentro... ¡Ah! “Un corazón que se está desangrando, una cabeza que se está enloqueciendo; una pobre alma agitada como mar tempestuoso, en que las olas furiosas, desatadas, se amontonan golpeándose en aquella cárcel de su pecho”...

Y un día regresó al luminoso pueblo de la sierra como estudiante fracasado. El padre, adusto, apenas le dirigía la palabra. Los hermanos hablarían de sus éxitos estudiantiles. Los vecinos lo verían con compasión, moviendo la cabeza o llevándose el índice a las sienes. Y él seguiría encerrado dentro de sí, rumiando resignadamente su conflicto interior, soportando —“por no chocar, por no escandalizar”— todo aquello que le repugnaba, degustando la hedionda pócima de la paz cotidiana,

ahogándose en el ambiente de aquel pueblo “de suelo corrompido donde el error y el vicio y la ignorancia y la estulticia han estado por siglos, infiltrándose e inficionando hasta la raíz de la vida y el alma de todas las cosas”. Y un día sintió que de continuar así acabaría idiota, amargado, sumido en el pesimismo y en el odio, que tendría que renunciar para siempre a la luz —¡él, que llevaba en el corazón un lucero!—, que debería sepultar para siempre todo cuanto de inmortal y divino sentía bullir en su interior.

Pero “nadie —le había enseñado Pitágoras—, nadie debe sacrificar su alma por salvar el alma de los demás”. No. El no podía quedarse en el pueblo. “En el pueblo no puede quedarse nadie que lleve una luz que debe hacer brillar para socorro y elevación de los hombres...” “En el pueblo reinan y tiranizan el prejuicio, la frase hecha, la idea rancia, la creencia apollada, el refrán estúpido, el cuento resobado...” “No, ahí las almas tienen moho y las mentes duermen bajo una costra de orín petrificado”. Tenía que huir de todo aquello, tenía que irse lejos. A andar, andar y más andar. A recorrer todos los caminos de la Tierra, conociendo el mal, penetrando la miseria, apoderándose del dolor, escudriñando las almas de los hombres, de aquellos pobres hombres a quienes —impotente— veía sufrir y a los que sentía que era necesario salvar. El había oído el llamado, poderoso, subyugador, y ya nada en el pueblo podía retenerlo. ¿La voluntad del padre? ¿La dura pobreza de la madre? ¿La bondad de la madrastra? ¿El cariño de los hermanos? Sufriría acaso con su huida, les causaría dolor su alejamiento... ¿Pero qué podía hacer él, un romántico atormentado a quien la lucha llamaba con imponentes voces? El pertenecía a esa “clase desventurada y luminosa” de la que “no suelen salir hijos modelos, esposos ejemplares y distinguidos ciudadanos, sino hombres extraños, dolorosos, contradictorios, punzantes, que trastornan las cosas, entristecen los hogares, escandalizan al vecindario, hieren las creencias

establecidas y faltan a las buenas costumbres”.

Y se fue. Los ásperos caminos de Centro América vieron pasar su enteca figura, con el *achín* al hombro. Los bulliciosos mercados de los pueblos miraron con asombro a aquel moreno adolescente que extendía meticulosamente, con aire distante su ingenua mercancía de buhonero. Lo sintieron llegar los caseríos misérrimos, de perros escandalosos y tristes mujeres sentadas a las puertas. Los valles luminosos lo contemplaron descansando en los tórridos mediodías a la sombra de un árbol acogedor o junto al murmullo encantado de los arroyos. Los hombres lo oyeron detenerse al lado de los barbechos y mirar fijamente los primitivos arados que hendían la buena tierra, como erectos miembros que violaran vientres ansiosos. Lo rodearon los niños, en las acogedoras veladas de una casucha campesina, para oír los cuentos maravillosos que sabía inventar. Las mujeres escucharon incrédulas sus sencillos consejos higiénicos. El viento y la lluvia y los relámpagos fueron sus amigos y lo amaron. Lo cobijaron las noches coruscantes del trópico y la dura tierra palpitante durmió con él como una amante acogedora y buena.

II

Identificado con el violento paisaje del trópico, heredero de una tradición de lucha, de opresión, de odio y amores extremos, con una sangre en que la tragedia del mestizaje seguía librando su enconada batalla, Masferrer fue necesariamente un hombre contradictorio, de internas pugnas agotadoras, enemigo de sí mismo, dulce y terrible, áspero y acariciador, conmovido hasta las lágrimas por todos los dolores humanos y odiando furiosamente a los hombres que no sabían librarse del verdegudo que cada quien lleva en su alma. Anhelando con todas sus fuerzas redimir a la humanidad y gritando desafortadamente contra el género inicuo que cerraba sus puertas a la luz. Poeta intenso, de profundas raíces emocionales que a toda

hora agitaba hasta lo más recóndito de su ser y pésimo versificador. Maestro por vocación sin una sola regla didáctica en su haber cultural. Disparatado autodidacto, con anchas y hondas lagunas de ignorancia que su inmenso talento salvaba con gracia sin igual. Revolucionario nato y tolstoyano a la hora de la acción. Hoy iconoclasta, destructor de mitos, que trata de borrar hasta la más remota huella de milagro en la leyenda de Jesús, y mañana ocultista obcecado, viendo misterio hasta en el acto más simple, descubriendo destinos pre-concebidos y preparados por los siglos de los siglos hasta para la más elemental ameaba.

En 1920, anda ya metido en los vericuetos del orientalismo. Escribe entonces su ENSAYO SOBRE EL DESTINO, libro en el que —como siempre— el enorme poeta que hay en él lo salva de la tontería ridícula y del absurdo filosófico. Acepta y afirma rotundamente la transmigración y la predestinación. “Cada uno, como dicen las gentes, trae lo que ha de ser”. ¿De dónde? “De los abismos de la Vida. De los viajes y peregrinaciones a través de mil existencias diversas...” Todo está sometido a una férrea ley determinante, en la que cada vida es la continuación esencial de una vida anterior. El agente continuador de la vida es para él la forma; el agente liberador es la aspiración. ¿Y a qué se imagina Masferrer que aspira el hombre a través de todas sus transmigraciones? “A volver a entrar en la fuente, en la Unidad, en Dios”. ¿El medio? La renunciación, predicada por Sidhartha Gautama. Renunciar al deseo, a la voluntad, para anular el poder del Destino, para alcanzar el Nirvana. Viejas y resobadas teorías ocultistas cobran en él un acento nuevo, un candoroso y encantador acento poético, en el que la fuerza de la expresión, la magia de la palabra, la cautivadora imagen, nos hacen olvidar las incongruencias filosóficas y su palpable ignorancia hasta el más simple clasicismo griego.

Pero el hombrecillo primitivo y rural que hay dentro de él lo llama constante-

mente a la realidad, lo arrastra a la Tierra, lo planta en medio de los hombres y le grita rudamente la verdad humana. “Esta Ley, que rige la creación actual y regirá toda creación futura, quiere que TODA CAUSA PRODUZCA EFECTOS ESENCIALMENTE SEMEJANTES A LA CAUSA GENERADORA”, exclama de pronto el hombrecillo, haciendo contrapunto al vuelo fantasioso del poeta. Se ha derrumbado el soñador, las alas han rozado la tierra, ha tomado la palabra el hombre. “¿Qué dará la espiga del trigo? Trigo. ¿Qué dará el pantano? Miasmas. El fuego consumirá, el agua quitará sed, la sal purificará, la luz habrá de alumbrar y el virus de emponzoñar, hoy, mañana, eternamente”. Masferrer ignoraba seguramente que 26 siglos antes que él, Heráclito había proclamado: “El mundo forma una unidad por sí mismo y no ha sido creado por ningún Dios ni por ningún hombre, sino que ha sido, es y será eternamente con arreglo a leyes”. Pero si ignoraba a Heráclito, Masferrer conocía suficientemente al hombre y poseía la profunda intuición de los poetas; “pues en último análisis, no hay mundo físico, anímico y mental, sino UNO SOLO, cuya unidad no percibimos por la limitación de nuestro entendimiento. El Universo, la palabra lo dice, es lo UNO, DIVERSIFICADO; lo UNO que se presenta como vario: uno en esencia y múltiple en aspectos. Y, necesariamente, regido por una sola e inmutable ley”. Y aquí tenemos ya al ocultista, al orientalista que acepta el misterio, la predestinación y la metempsicosis, hundido hasta el cuello en el más puro y absoluto materialismo.

Las alas recobran su vigor y el soñador remonta nuevamente el vuelo: la ley de la causalidad es una manifestación de la voluntad divina. La relación de causa a efecto es, en el plano de la responsabilidad, justicia. “Justicia, en cuanto rige las formas de la vida consciente, en la esfera total del Cosmos; Destino, en cuanto se cumple, de peculiar manera, en el plano de mi existencia personal”. Las alas suben, elevan la visión onírica hasta los

planos de la más pura poesía y cuando ya no encuentran una salida lógica, cuando se impone el descenso, dejan caer al poeta empedernido hasta las profundidades del “hombre-abismo”, donde descubre, engeguizado, que “nadie comprende a nadie y el alma de cada uno es una fortaleza sin ventanas, que circunda un foso de tinieblas”. Pero allí está, esperándolo y pronto a salvarlo, el terco hombrecillo de la Tierra: “El Destino —le dice— no anda fuera de nosotros sino en nosotros; que lo lleva cada uno consigo y que, como aqueila túnica de Neso, que abrasaba con fuego invisible, no podemos arrancarlo de nosotros sin que se nos lleve la carne a pedazos”. Una vez repuesto del golpe, el poeta se enfurece contra el hombrecillo burlón y sarcástico. Se siente descontento del prosaico mundo que lo rodea y se evade afirmando que el hombre es aquí un inadaptado, un descontento eterno, porque no pertenece a la Tierra, que es para él un medio extraño. En el hombre predomina lo anímico y es natural que no logre encontrar en la Tierra —tan material, tan llena de plantas y de piedras— una plena y satisfactoria felicidad. El hombre ansía paz, pero el mundo es lucha; es cambio violento y constante, y el pensamiento y la conciencia reclaman perennidad y armonía.

III

A Masferrer le repugna el institucionalismo religioso. El lleva en su carne y en su espíritu un Cristo humano y acongojado, cargado con toda la flaqueza del género y duro como diamante en bruto. Un Cristo siempre desfalleciente, agobiado por la tarea que se ha echado sobre los hombros, pero sostenido a toda hora —en el largo y doloroso vía crucis de la vida— por una idea galvanizante. Y aborrece con toda su alma la tesis del origen divino, en un afán de reconocer a la raza humana la posibilidad de crear excelitud sin metafísicas intervenciones. Y lo concibe así, como un hombre más entre los

hombres, engendrado por hombres, como una ruda herencia humana, acrecentada a través de innumerables generaciones por siglos y más siglos de sufrimiento, en posesión de un pensamiento que se ha ido acumulando y potencializando y enriqueciendo y que en él se concentra y concreta y se hace verbo y luz, pan y vino, para los ciegos y los hambrientos y los que no han podido gritar, fuerza para los débiles, sostén para el caído, resurrección para los muertos. Todo en su Cristo se empeña en ser humano, divinamente humano, desde su nacimiento hasta su muerte.

Más que un relato histórico, más que una interpretación de hechos, Masferrer nos dice cómo es que él *siente* el cristianismo, cuál es el Jesús que a él le desgarran las entrañas. Así, cuando trata de pintarnos la situación del pueblo judío, lo que hace es reflejar el ambiente que a él lo rodea, pintar crudamente, con sus líneas y colores exactos, la situación del pueblo suyo, el *pipil*, al cual él anhela redimir. El mesianismo de que nos habla es el de una masa desesperada, hambrienta, explotada, enferma, miserable, sobre cuyo dolor descansan la opulencia y el placer de una casta de expoliadores y detentadores de la riqueza. El ansia de liberación que palpita en las páginas de sus ESTUDIOS Y FIGURACIONES, no es sino la que él ha recogido en sus peregrinaciones por las tierras centroamericanas. La fe que exalta es su propia fe. La esperanza que enarbo-la es la que siente palpitar en todos los pechos a los cuales se acerca. “Entonces, como antes y ahora —dice— al hambre del hambriento se le engañaba con derechos; al frío del desnudo, con verdades científicas; al peregrino que no tenía techo, se le ofrecían por abrigo sistemas económicos; a toda forma de miseria, el espejismo de un progreso que jamás acaba de cumplirse y que no apaga la sed ni quita el hambre”.

* * *

De estos ESTUDIOS Y FIGURACIONES.

NES surge el Masferrer luchador, el terrible profeta imprecador y justiciero. En estos ESTUDIOS Y FIGURACIONES encontramos los embriones de EL DINERO MALDITO, EL LIBRO DE LA VIDA, LEER Y ESCRIBIR, LA CULTURA POR MEDIO DEL LIBRO y de todo el resto de su formidable labor como director de PATRIA, el primer gran periódico de aliento social que conoció Centro América.

Pero más que un Jesús redentor y dispuesto al sacrificio, Masferrer es un tremendo San Juan que fustiga fieramente a fariseos y escribas, príncipes y sacerdotes, que arrastra a las multitudes tras su verbo encendido, que pone al rojo al horno de la ira popular, en el que —a una señal suya— “todas aquellas víboras que andaban por la casa del Señor, revestidas de sacerdotes y doctores”, habrían ardido como paja seca. Pero Masferrer nunca se decidió a dar la señal. El conflicto interior suyo se tradujo siempre en su posición frente a los problemas sociales. Los planteó con toda claridad, encontró los males, señaló las lacras, sentó las premisas justas, pero a la hora de sacar conclusiones, su otro yo se interpuso, lo detuvo, lo hizo tragarse la consigna que ya asomaba a sus labios.

Examinemos —por ejemplo— EL DINERO MALDITO. Comienza Masferrer por estudiar el problema del alcoholismo del pueblo. Por la calle donde él vive bajan los campesinos a la capital, a dejar en estancos y cantinas sus miserables salarios. Por esa misma calle regresan, algunos en un lamentable estado de embriaguez, conducidos por sus amigos; otros, camino de la cárcel; otros hacia el hospital... “Calle del Aguardiente, Calle de la Sangre, Calle de la Cárcel, Calle del Infierno”... Calle de la Sangre... Sí, “vivimos y gozamos de la sangre que mancha y enrojece el suelo de esta calle. De esa sangre, cristalizada en el Presupuesto y transformada luego en la mentira de la Cultura, vivimos y gozamos nosotros, los privilegiados”... Esa sangre de la posibilidad de viajar por Europa, de celebrar

fiestas diplomáticas y banquetes patrióticos, de sostener una vida de monerías que imaginamos civilización y cultura... “Con esa sangre se pagan nuestros lujos, nuestras joyas, nuestras mansiones, nuestras quintas, toda nuestra vida ociosa y mentirosa, gris y charlatana, alimentada incesantemente con el dinero maldito...!”

“El dinero maldito... Esa es nuestra vida... Esa también será nuestra ruina...”, clama San Juan, adusto y admonitorio.

Le sigue así su libro tremendo, relatando la vida miserable del ebrio, la tragedia de los hogares humildes, presas del alcohol, las tribulaciones de las madres, las angustias de las esposas, la desesperación de los hijos... Se alza contra los hombres del revólver y predica el pan, la vida limpia, humana, para que “los hombres, en vez de abominables demonios, sean *hombres*, o siquiera merezcan ser hombres”. Pero Masferrer ha descubierto la verdad que hay en el fondo del alcoholismo del pueblo. “¡Hay tanto dolor! ¡Hay tanta opresión! ¡Hay tanta soledad!” “Hambre y sed de justicia hay a veces en la copa de licor que apuramos, hambre y sed de amor, de compasión, de comprensión, de perdón, de reposo...” Y hay también la horrenda corrupción patrocinada por el Estado, que vive a costa de la embriaguez, que se interesa en que se venda cada día más alcohol para acrecentar sus rentas. “En verdad, tales naciones apenas merecen vivir. Y de las clases directoras de tales pueblos, lo más caritativo es suponer que su mentalidad es tan nebulosa e incipiente que todavía no alcanza a ser verdadera mentalidad de hombres...” Y describe al lucrador, al explotador del vicio, al bebedor de sangre del pueblo, tal como lo ve, sin entrañas, sin capacidad alguna para comprender, sin posibilidad de ser alterado en su estructura pensante. “Son ciegos guiando a ciegos y mudos enseñando a hablar a sordos”. Y el sañudo San Juan lo señala a la furia popular con índice de fuego y grita su sentencia apocalíptica: “Sembrasteis vientos... No esperéis sino tempe-

tades...” Todo está listo ya para que sus labios lancen la consigna que aniquilará a los verdugos. La multitud, electrizada, aguarda la señal de luminoso guía. Está arado el campo y húmedo y ansioso y el sembrador tiene en la mano la semilla... ¿Qué pasa? ¿Por qué no grita la palabra que todo el mundo espera? ¿Por qué detiene el brazo en el aire? Es que Masferrer odia la violencia, aborrece la sangre, detesta la venganza. Cuando el horno está listo y sólo falta la chispa de una palabra suya para que en él ardan como secos sarmientos los fariseos y los escribas, se le oye murmurar: “Paz a los hombres de buena voluntad”. Y les desea paz y prosperidad a los fabricantes del demoníaco brebaje, a los lucradores, a los miserables explotadores, a los estadistas cómplices, a todos los que hacen el mal “por ignorancia”. “Pasemos una esponja sobre el ayer, y que nadie os cuente la sangre vertida, ni las prisiones desastrosas, ni los hogares deshechos, ni los niños abandonados, ni las madres desamparadas, ni las tranquilas heredades vendidas para el vicio, ni la salud perdida, ni el alma caída en tinieblas, ni el fracaso total de las vidas, a que llevó el tóxico fatal que vosotros vertisteis en la copa insaciable del lucro”. “Paz a vosotros”. Ante semejante retroceso del líder, ante semejante desfallecimiento del guía, ante el perdón otorgado por el terrible acusador, dan ganas de gritar, con las mismas palabras con que él apostrofa a San Juan: ¡Ah, Masferrer, Masferrer! ¿Por qué no dijiste la palabra ni diste la señal?

La misma contradicción encontramos en EL LIBRO DE LA VIDA, en su campaña de PATRIA, en todas sus obras de acusación social y de agitación popular. Su sangre *pipil* se rebela ante las tremendas injusticias que se cometen con su raza, pero el *gachupín* ambicioso y calculador que se esconde en un pliegue de su espíritu, frena sus impulsos, inhibe su acción, lo vuelve temeroso y le obstaculiza la victoria. Presente que el abismo entre uno y otro es insalvable, pero busca ansiosamente un puente que le ayude a cru-

zarlo. Sabe que no hay reconciliación posible entre explotadores y explotados, pero se estrecha febrilmente las manos, soñando con una unión que ni en su propio ser ha podido realizar. Presiente ya por dónde ha de desatarse la tormenta: "La separación profunda entre la clase campesina, indios los más, o semi-indios, que forman los tres cuartos de la población, y la otra cuarta parte de privilegiados, que ven con la indiferencia más cruel y absurda la suerte de quienes son, podemos decirlo, el nervio del país". "Día vendrá en que comprendamos que esa indiferencia, esa hostilidad con que vemos al indio, al trabajador del campo, es la causa de muchos de los males que nos agobian... Este país, tal como se halla ahora constituido, es un monstruo". ¿Y qué remedio propone Masferrer contra semejante monstruosidad? "Ama a tu prójimo, trabaja por tu prójimo", es todo cuanto se le ocurre, como una solución para el tremendo problema que ha planteado.

Pero la espantosa tensión a que lo somete su conflicto interior no puede durar mucho tiempo. O encuentra la manera de reconciliar a los dos rivales que lo habitan o estallará de un momento a otro; o su contradicción se resuelve dialécticamente en una síntesis armoniosa, o los elementos antagónicos que lo forman acabarán por destruirse. Es así como llega al MINIMUM VITAL, pacto de amistad, armisticio que celebran su *gachupín* y su *pipil*: que el de abajo trabaje y se pliegue a los caprichos del de arriba, pero que el de arriba tenga un poco de misericordia para el de abajo. Que se dé a todo el mundo la posibilidad de llevar una vida humana, que cada habitante de la República tenga asegurado un *mínimum* de recursos para subsistir; que el niño, por el solo hecho de nacer, adquiera el derecho a ser protegido y cuidado por la comunidad, que haya paz, por encima de todo y a pesar de todo, que haya paz, paz, paz... La paz con que ha soñado toda la vida y que jamás ha logrado alcanzar.

Así se embarca en su última aventura política, a sabiendas de que comete un error. En efecto, mucho tiempo antes había expresado: "No será difícil explicarse aquel extraño fenómeno de nuestra historia, que muchas veces nos ha mostrado a los peores tiranos rodeados y seguidos por los hombres de mejor intención. Ardorosos reformadores, convencidos de que abajo, en el pueblo, no podían encontrar sostén ni ayuda para sus instintos de reforma, buscaron el patrocinio de los gobernantes y les colocaron a la cabeza de movimientos que éstos ni comprendían ni amaban. Fueron burlados, como debían serlo, y se sacrificaron sin más fruto que dar prestigio a ídolos de barro y fortificar el egoísmo y la mentira, cuando todos sus anhelos los llevaban a ser los servidores del desinterés y la verdad".

* * *

Lo vi por última vez a fines de 1931. Vencido, derrotado, escarnecido, vino a refugiarse a Guatemala. Se le veía viejo, enfermo, sin fuerzas ya para iniciar nuevamente la batalla. Estaba solo. La mujer que iluminó su madurez con un amor esplendente, estaba lejos y no podía suavizarle el instante. Comprendía que se había equivocado, que —siendo justas sus premisas— el camino escogido para llegar a una conclusión no había sido el apropiado. Creyó que su palabra de luz, su verbo fulgurante, su encendido acento, serían capaces de ablandar los corazones de piedra y taladrar los espesos cerebros de alcornoque. Se lanzó lleno de fe, seguro de realizar el ideal que había atormentado su vida, urgido por el anhelo de ver cristalizar su doctrina antes de que llegase la noche. Se entregó en cuerpo y alma a la tarea. Pero su impulso se estrelló contra una tupida muralla de incompreensión, se hundieron sus pies en la ciénaga de las más bajas ambiciones y de los más rastreros designios.

* * *

Yo comprendí entonces y lo vi tal cual era, tal cual había sido siempre, en toda

su pequeñez y en toda su grandeza, en toda su miseria y en toda su excelsitud. Humano, noble y profundamente humano, entregado en todo momento, con su inmenso afán de ser luz en las tinieblas, amor en medio de todos los odios, bálsamo en todos los dolores, cayendo y levantándose, con los pies hundidos en los léngamos de las humanas pasiones y la frente perdida en las alturas de un sueño sin fronteras... Y me di cuenta de que en realidad él había sido el Cristo de que habla en sus ESTUDIOS Y FIGURACIONES, de que aquél no era sino un autorretrato, una entrega de sí mismo, una explicación de lo que él sentía y de lo que para él debía ser el hombre:

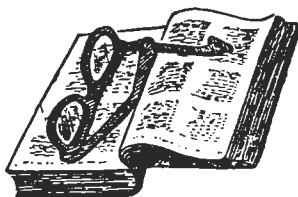
“El Jesús nuestro, el real, el que nos dio su cuerpo y su sangre, es un hombre que sabe de dudas, de vacilaciones y de tentaciones; de gritos en el interior de su alma; de sombras en el abismo de su conciencia; de desfallecimientos que le hacen prorrumpir en aquella queja desesperada, cuando dice: “Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”; que sabe de insomnios, de rebeldías y de exasperaciones; que sin hablar, sin indicio ninguno de su tempestad interior, sirve, a veces, de campo de batalla en que luchan unas contra otras todas las potencias del cielo y del infierno... A ti es a quien yo venero, adoro y reverencio; a ti a quien yo compadezco desde lo íntimo de mi alma con toda la ternura de mi corazón; no por la cruz,

no por los azotes, ni por los clavos desgarrando tus pies, ni por la lanzada en el costado... sino por el otro calvario... el otro, largo, callado, tremendo, pavoroso, que recorriste desde que comenzaste a tener conciencia de la vida y del dolor, hasta el día en que aceptaste beber en el cáliz de ser *tú* el que nos redimiera... El esfuerzo inaudito, inconcebible, de transformar al hombre en Cristo, el carbón en diamante, la sangre en aurora, y el nervio y el músculo en cordaje milagroso para himnos y plegarias; el ímpetu del corazón tras la belleza, el amor sereno y paternal para todo el que sufre... esa es la verdadera pasión, el verdadero martirio, el que te hizo superhombre, Hijo del Hombre, Hijo de Dios, Cristo y Redentor”.

Sí. Así había sido él siempre y tal había sido su pasión y así concluía su martirio.

Yo he aceptado, humildemente, la mínima parte que me corresponde de aquella excelsa herencia y he vivido en el afán de realizar el cuidado y el riego que él me encomendó. Y así, humano y transfigurado por la pasión, lo he llevado desde entonces en lo más entrañable de mi alma. Aquel viejo triste, enfermo, derrotado, vencido, sin fuerzas ya para luchar, pero lleno de fe y alentando una esperanza sin límites, irradiando luz —mucho más luz que nunca— ha sido desde entonces MI ALBERTO MASFERRER.

(Tomado del libro “En Torno a Masferrer”, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, El Salvador, Centro América, 1956).



Personalidad Poética de Alberto Masferrer, Maestro y Apóstol

Por Serafín QUITENÑO

He aquí una de las figuras más humildes y más apasionantes de los últimos tiempos, en las letras y en la vida: Alberto Masferrer.

No cometeré la irreverencia de presentarlo. Quien más, quien menos, todos hemos leído algo de Masferrer y sabemos quién es, tanto en el plano del escritor como en su personalidad de hombre.

Masferrer fue maestro, en el sentido de orientador y civilizador. Fue apóstol, por su consagración y respeto a los valores eternos. Fue luchador infatigable en el terreno de lo social.

Sin embargo, todas estas actividades y fases tienen un denominador común. Este denominador común es el POETA.

En Masferrer, cualesquiera sea su rol de escritor o de luchador, el POETA es una presencia permanente, invariable, fatal. Lo mismo cuando desciende a la plaza pública que cuando se recoge en su propia soledad, frente a la inmensidad blanca de las cuartillas. Lo mismo cuando recorre las estancias bíblicas, hechizado por las mañanas claras del evangelio, que cuando acude al pueblo para decir su voz humana o cuando eleva su clamor de justicia frente a las puertas ferradas del poder ciego o de la incompreensión sórdida.

En cada una de estas ocasiones pudo variar el gesto: pudo ser una u otra la inflexión de la voz, pero nunca faltó aquella presencia de poesía; aquel hábito de intuición profética que le acompañó siempre como la sombra al cuerpo.

En el clamor, en la protesta, en la oración y aun en sus actitudes cotidianas, Masferrer fue siempre un poeta.

En su obra de escritor, el poeta va sugiriéndole las ideas, no en conceptos ya hechos o en reminiscencias de letra muerta, sino en vivas imágenes que reproducen

fielmente lo que el hombre HA VISTO Y SENTIDO en una incursión por sus propias tierras interiores.

Expresión vital, entrañable, de hombre que se quema por dentro. Tal era la expresión de Masferrer. Tal es la genuina expresión de todo poeta de verdad.

Vivió en peligro, como exigía Nietzsche, porque él, hombre, sólo era el instrumento del verbo.

Bien pudo ser consigna de su vida este grito confiado precisamente por otro poeta a los vientos de la pasión:

“¿No adviertes mi humareda?
Me quemo y me consumo...
¡Que nunca sea fuego
quien tiemble de ser humo!”

Su vida fue agonía. Su ejercicio, arder y consumirse en su propia llama. Su lema: servir y prodigarse con eficacia y humildad.

Por eso, lo que algunos han llamado *estilo* en Masferrer, es algo más trascendental y profundo que la simple aptitud de expresarse con claridad. Es —¿cómo decirlo?— el milagro de sacar *peces vivos*.

En otros términos: una facultad personalísima de penetrar en los demás y de atraerlos al centro de sus propias ideas y sentimientos.

No era el hombre que hacía frases. No. Era más bien un descubridor de *estados de alma*. Tenía, por lo demás pesquizando en los predios de la razón, un empuje de cazador a quien no se le va la presa fácilmente. Su juicio es firme y recto. Su palabra, llena de encanto y sencillez.

Un trabajo como el de Masferrer, realizado con todo el SER y no sólo con las manos o con el intelecto, no era cosa de *estilo*. Era más bien magia y misterio.

Era nada menos que la voz de un poeta, y por ello adviene en forma de cosa viva y palpitante.

Ya se comprenderá que al decir POETA, no significamos necesariamente una aptitud para *hacer versos*. En realidad, poco tiene que ver esta aptitud con el fenómeno poético.

Más bien nos referimos al don de profecía, que no es por cierto el simple manejo de las ideas y los vocablos con la maestría que un auriga experimentado dirige sus corceles.

Hay algo más importante y más hondo; lo que nosotros llamaríamos CONCIENCIA POÉTICA. Lo que otros llaman *hechizo*, *inspiración* —en un sentido de acatamiento a las voces de lo alto. Y no sólo en el instante de ponerse a la obra, sino en todos y cada uno de los actos del vivir.

En este sentido Masferrer fue, ES, un auténtico POETA. Hay señales que lo identifican plenamente con esta condición:

En primer lugar, su voz advierte bajo el signo de la palabra viva.

En segundo, usa de preferencia los recursos del sentimiento.

En tercero: Masferrer siempre *dice algo*. Esto es fundamental. Nunca se puso a escribir para ser glorioso ni con esa ambición infantil de *dejar obra*.

Escribir para él fue un acto tan necesario y tan fácil como respirar, precisamente porque el expresarse le era una necesidad entrañable, y siempre tenía algo que decir.

Luego, lo que dice, no lo dice para hoy ni para mañana, sino para la eternidad. En esto se diferencia sustancialmente de aquellos escritores que hablan HOY para que los entiendan en el siglo pasado.

Su palabra no es opio ni bordado. No es gala ni adorno. Es llamado y mensaje. Va abriendo puertas y ventanas en la noche profunda, en la noche a veces hostil como una selva poblada de terrores y riesgos.

No aspira a ser brillante, sino eficaz. Por eso, su voz es como el pan de cada día. Humilde y simple, pero con todos los poderes y misterios que contiene la vida.

Masferrer ama la sencillez porque es el camino más corto entre su soledad y los hombres. Fiel a esta consigna, renuncia voluntariamente a lo superfluo, a lo pomposo, a lo meramente ornamental o decorativo. Tanto así en su vida como en su obra.

Luego, siente la Belleza como la presencia del bien y del Orden. Intuye que donde la Justicia falta, la Belleza deviene en un artículo de lujo. Un solo niño que carezca de leche, un solo ser inocente humillado, ofendido o desposeído sin piedad, son capaces por sí solos de negar toda la poesía del mundo.

Masferrer no canta como los juglares ni busca sus motivos en los dominios de lo abstracto. Aun sus ensayos filosóficos como "Las Siete Cuerdas de la Lira" y el "Ensayo sobre el Destino", fueron escritos con una intención de servicio. Posee, por otra parte, la condición de actualizar la historia y la leyenda, extrayendo de ellas su valor ético para aplicarlo a la realidad de su tiempo. Así fueron escritos, por ejemplo, sus "Estudios y Figuraciones sobre la vida de Jesús". Un libro del cual escribió únicamente los primeros capítulos, es, a pesar de ello, una de las versiones poéticas más bellas y sutiles que conocemos acerca de la vida de Cristo.

Gracias a su profundo sentido de lo terreno, de lo cotidiano, de lo humano, Masferrer nos ofrece un Jesús tan actual para nuestro siglo, como lo fuera para las multitudes alucinadas que oyeron sus parábolas.

Revive los pasajes del Evangelio no para ser vistos como imágenes de un remoto mundo, sino para proyectarlos en deslumbradores relámpagos y claras advertencias sobre la ceguera y la impiedad de su tiempo.

Así fue siempre Masferrer. Esta es precisamente la característica de su actitud como escritor: hablar para los hombres, congregarlos alrededor de su lámpara, ponerlos valientemente frente al error o la injusticia. He aquí uno de sus lemas, el cual es también una profesión de fe:

"Las palabras *soberanía, independencia, autonomía*, carecen de sentido para los innutridos, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos. La vida, la fuerza, la salud, son las fuentes de donde manan todas las prerrogativas y todos los derechos reales. Cuando se tiene vida se es independiente, se es libre, se es soberano, y se tiene aliento para luchar y para morir, defendiendo la libertad, la independencia la soberanía y todo lo demás."

Y he aquí otro de sus atributos esencialmente poéticos: con el mismo fervor que amó a los pájaros, a los niños, a todas las cosas bellas y misteriosas de la tierra... con ese mismo fervor amó a su pueblo.

Lo sintió —al pueblo— en su grandeza y en su miseria; en su luz y en su mugre; en sumo, en todo el aliento de dolorosa y palpitante humanidad que es el pueblo.

Y amándolo así, descendió, más bien dicho *subió*, para identificarse plenamente con él.

Y desde esa altura dijo lo que tenía que decir. A veces con desesperación. A veces con tristeza y desencanto. Siempre con calor y con un profundo sentimiento de solidaridad.

De ahí le viene a Masferrer ese aliento de universalidad que tiene su obra sobre la de casi todos los escritores de Centroamérica.

Se preocupó del hombre; y aun cuando ese hombre era el de su país y de su tiempo, como él llegó en su búsqueda hasta lo sustancial y entrañable, de ahí que

sus observaciones y conclusiones tengan vigencia permanente y sean valederas en cualquier parte.

Hablar en imágenes, hemos dicho, es también uno de sus signos más distintivos, en el plano de la poesía.

Aun sus obras de menos intención poéticas como el “Minimum Vital”, están escritas en las formas figurativas en que se expresaba Jesús: a metáforas plenas de encanto y de gracia, a parábolas, a claves de emoción que iluminan con la luz del relámpago y llevan al plano de las verdades eternas.

Todo le viene de su gran amor por el Próximo y de su alto sentido de justicia.

Su palabra posee la clave de traer aun los conceptos más abstractos y difíciles, al plano del vivir diario y para usufructo del hombre de la calle.

Así, cuando pide un minimum de vida para el que trabaja, no recurre a jergas demagógicas, ni se engalana con términos aprendidos en libros o consignas de grupo. Expresa su verdad con palabras domésticas, simples, y se sirve de comparaciones que nada tienen de extraordinarias, cuando no sean la eficacia para convencer y la fuerza de una lógica irrefragable.

He aquí un trozo que resume buena parte de su teoría cristiana, la misma que ahora está defendiendo oficialmente la Iglesia, y que en vida de Masferrer y en el medio centroamericano aún tenía el carácter de un credo heterodoxo:

“Un límite para el que domina, para el que atesora. ¿Por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama órbita para el sol y playa para el océano. DE AQUÍ NO PASARAS es la ley divina impuesta a cuanto existe, y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, degenera o perece.

“Y para el que trabaja, para el que carece, UN MINIMUM: la vida irreductible, lo elemental que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, recreo, luz y pan”.

Esta no es la voz del político. Es la sensibilidad de un poeta puesta al servicio de los hombres. Ni siquiera expresa la tendencia de esta o aquella ideología, sino que es la advertencia de un hombre a favor de todos: tanto de los que abundan en bienes terrenales como de aquellos que nada tienen.

Por eso —insistimos— su MINIMUM VITAL y todas aquellas de sus obras en que abordó problemas sociales, más que intención de sistemas o de panfletos, tienen calidad de mensajes. Y son mensajes apasionados porque le vienen del propio corazón ardiente. Habla, no desde una barricada, sino desde el propio dolor íntimo, del propio desierto en que el hombre es apenas un oído abierto ante un vasto espacio poblado de músicas y de lágrimas.

Humano, demasiado humano, como decía Nietzsche. ¡Hay razón para que la gran mayoría de sus contemporáneos no le reconocieran!

Para unos fue el enemigo. Para otros, una pequeña sombra fugaz. Para unos pocos fue y sigue siendo la presencia del Bien. Y el pueblo que lo intuye lo va paulatinamente descubriendo.

Ya él no pide nada. ¿Qué podría pedirnos Masferrer, cuando todo él es una dádiva?

Si reclamo pudiera hacer, sería la de las vidas nobles. Un aroma de huerto anochecido, una brisa balsámica que se levanta desde la otra orilla del misterio. Reclama sí, no para él, sino para nosotros mismos, en este poema que más que de palabras está hecho de incienso y de ternura:

HAZME SUAVE EL INSTANTE

Hazme suave el instante. Mañana, esta noche, tal vez he de partir.

Y será para ya no volver. Para ya no volver, ¡jamás! ¡jamás!
¡Pasarán milenios, y edades y eternidades, y yo no volveré!

Rodaremos de mundo en mundo, por toda la eternidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quien yo soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran; los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron y sacrificaron, uno en aras del otro, los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante; porque una vez yo muera; una vez la primera palada de tierra caiga sobre mi féretro, ya nada servirá que te lamente de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora, ahora que vivo o padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple gesto cordial, es medicina y alivio para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar AMOR. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante: porque una vez yo muera; una vez la primera de endulzarme el amargo vivir.

Después, ¿qué?... ¿Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante con-tristado? ¿De qué me servirá que suspires y descubras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezcas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fui bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial e incomprensivo? FUI... ya no soy. Ahora no soy más que una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando aún yo existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender, y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmo y vanidad, andaremos extraños el uno junto al otro. Y ya nunca sabremos quién es ni a dónde fue aquel a quien no supimos amar.

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la Eternidad.

Sí, hazme suave el instante"...

Esta expresión es humana, y por humana es eterna. Por lo demás, el clima del poema es diáfano y puro.

Y he aquí otra clave poética de Masferrer: su aptitud de convaleciente.

Puede bajar a la sima de la desesperación y la angustia. Puede retornar limpio y lavado como en el primer día del mundo.

Ya se sabe. Hay muchas formas de caer. La del fruto podrido es una. La del arcángel rebelde es otra. Siempre estará ennoblecida por la grandeza y esplendor de la tragedia.

Así Masferrer no se niega a los reclamos de la vida. Conoce el cielo y el infierno de la pasión. En cada experiencia crucifica su alma. Cada minuto de dicha sabe pagarlo con aceite de dolorosas lámparas.

Le toca a veces regresar a sí mismo por un camino de espinas. Un poco el sabor

de la ceniza en los labios. Tristes y plegadas las velas que un día partieron henchidas de brisa en la mañana resplandeciente.

Está desamparado. Pequeño. Solo.

Pero nunca maldice.

Las heridas de su alma no supuran. Están hechas en corteza de sándalo. Son apenas el camino del canto y el cauce de nuevos y desconocidos aromas.

Y ahí un hombre corriente habría proferido una blasfemia. Ahí donde otros habrían hallado la morada del desaliento y la herejía, Alberto Masferrer descubre la escala de Jacob.

Y se hace el milagro; la sangre se convierte en bálsamo, el dolor en plegaria, la amargura en piedad.

También desciende frecuentemente al valle de los lobos, para decir su trémulo evangelio de reparación y esperanza.

Una y mil veces le hieren en desigual combate. Una y mil veces torna para reponeerse del daño y resurgir con nuevos ánimos.

A ratos desfallece en la lucha. Se siente abandonado, reducido, cercado.

Vuelve a su soledad, a su convalecencia. Quiere aislarse y disfrutar el gozo de una existencia quieta.

Pero su naturaleza no es para los descansos prolongados. Apenas van apagándose los últimos fuegos de la trinchera, Masferrer vuelve. Otra vez brilla su palabra con el resplandor de la espada.

Nunca contradice lo que afirmó el poeta. Rectifica, sí, siempre que viene al caso, sus creencias de hombre, su fe en ciertos valores temporales.

—¿Que me contradigo? Sí. ¿Acaso soy Dios para que mis juicios sean eternos?

En cambio Masferrer poeta es firme como el amor y alto como las banderas del día.

Quando le falta la fe en los otros, le queda la fe en sí mismo.

Quando en su redor todo es tiniebla, le asiste su propia luz.

Es humilde frente a la verdad; pero no cede un adarme frente al error, la grosería o la injusticia.

“PARA JUZGARME, NADIE; PARA ACUSARME, YO”.

Pocas veces Masferrer usó este modo amargo y violento. Justicia es decir que el fariseísmo imperante lo merecía. Era en sus últimos tiempos y la tempestad de la incomprensión y la ingratitud había golpeado inmisericorde en su vida.

A poco regresaba enfermo y triste para descansar en el suelo que tanto amó. Su muerte no fue precisamente un término. Fue el comienzo de su verdad, ella sola abriéndose paso ya para siempre, en la conciencia de los hombres.

No fue vida feliz la de Masferrer. Fue vida bella. Es decir, vida de poeta.

Su pecado y su gloria fue robar el fuego de los Dioses.

En su honor nada podría ensayar nuestra voz. **SE SIENTE QUE FALTA. ESO ES TODO.**

Desde lejos, más allá de la ausencia y de la muerte, su palabra humilde nos previene amorosamente contra el riesgo:

“La verdad es como la sombra de una nube que el viento arrebató... Si bajamos los ojos, ¡ya no hay sombra!... Y si los levantamos, ¡ya no hay nube!”

(Tomado del libro “En Torno a Masferrer”, Ministerio de Cultura, Departamento Editorial, San Salvador, El Salvador, C. A., 1956).

ALBERTO MASFERRER

Por TRIGUEROS DE LEON

Sencillo. Sin complicaciones. Con espíritu como el de Tolstoi. Llano en el decir las cosas de la naturaleza; en el ver, con ojo desnudo, el pájaro que raudo cruza la bóveda azul del cielo; o las flores de los madrecaos y maquilishuats que fingen nubes, levemente rosadas, prendidas en las ramas blancas de los árboles.

Alberto Masferrer cantó esas cosas sencillas: el alba de oro y el atardecer de cristal verde cuando una luz recién nacida, ya plata de estrella, comienza a suavizar las serranías.

Allí está Masferrer poeta. El Masferrer sociólogo que otros han visto no fue sino el hombre apolíneo que dejó un instante la lira para empuñar la tea. No hubo teoría escueta, numérica, cálculo seguro, estadística; ni otros materiales que ocupan los sociólogos en sus investigaciones.

Masferrer, a pesar de haber organizado campañas en favor del obrero y del campesino, no fue el hombre dueño de las masas, el conductor de rebaños humanos; fue siempre, a toda hora, el poeta que, olvidando su nube, puso los pies en tierra y vio, en torno, la realidad de sus semejantes.

Rostro sereno. Cabello cayendo en mitad sobre la frente. Mirada firme; mas no dura. Ancho bigote recortado en los extremos. Labios tristes.

José Mejía Vides lo pintó en tono gris mantenido en luz mate, interior. Al fondo se abre la ventana de Cuzcatlán —¡ah, los contrastes!— y otra luz cabrillea sobre las montañas.

Sin arrebatos, melodiosamente, Alberto Masferrer pulsa una lira a la altura del corazón...

(Del libro "Labrando en Madera", Imprenta Funes, San Salvador, 1947).

El Carbunclo

Por Alberto MASFERRER

Oíd, esta es la historia del carbunclo, el ave de fuego, el lucero alado que vaga por las noches, saltando como un gran rubí elástico!

En el mes de octubre, en las largas y lluviosas noches, cuando el agua cae incesante, los niños forman coro en la cocina, y oyen los hermosos cuentos relatados por la vieja criada o por la cariñosa abuelita.

Esta vez, las narraciones son deliciosas: con toda la sal Tía Romana, una viejecita vivaracha, que va y viene de pueblo en pueblo, vendiendo camisas vicentinas.

¡Ha viajado tanto la Tía Romana! ¡Conoce La Estanzuela, Santa Ana Grande, El Salvador, Ahuachapán... el mundo entero! ¡Y sabe tantos cuentos!

Como a ella le den su traguito de aguardiente entre una y otra historia, ya tenemos para toda la noche. Siete días lleva de hospedarse en mi casa, y ya nos ha contado “El pájaro del dulce encanto”, “El caballo de los siete colores”, “La Bella y la Fiera”, correrías de Partideño y de Pedro Cosme; mil cuentos y leyendas, que nos hacen soñar con encantos y con ladrones, con caballos que vuelan y con pájaros de oro.

* * *

¡Oíd, esta es la historia del carbunclo!

“El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra; otras,

en el fondo del Lempa o del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca por el día.

Lo que llama diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. ¡Porque el carbuncho es vivo! ¿Han visto las exhalaciones? ¡Pues son carbunclos!

A media noche, en lo más callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbuncho, entra a las casas, y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve a encender. ¡Ah qué hermoso es! Si llega uno a cogerlo, se va, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como una brasa con alas!

Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbuncho?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios, ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta a las doce, y pone una batea de agua bendita. Ahí llega a beber el carbuncho. ¡Cuidado con ir a cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina —porque primero, se pone en la cocina—, sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez, y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y a la hora en que va a llegar, está uno listo. Entra saltando, como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima!

Y ya no se va. Al sacarlo del agua la casa parece que está ardiendo. Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada...

¡Cambia de color a cada instante! Ya es una roja granada, ya un grande ópalo, o una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... ¡El carbuncho da todas luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma!...

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella..."

* * *

¡Ah, sabéis cuántos días y noches los chiquitines pasamos soñando con el carbuncho, con el ave de fuego, con el lucero alado que salta como un gran rubí elástico?...

“Niñerías”

Papalotes

Por Alberto MASFERRER

¡Papalotes!...

Va un año que arrinconé la pluma, esperando que mi corazón se rejuveneciera para escribir esta parte de mis *Niñerías*.

Ahora sé que espero en vano. ¡No, jamás, nunca más volverá el alma a ser niña! Jamás mi fantasía hallará otra vez el revolver del colibrí, el errante vaivén de las nubes, las carreras locas de las hojas con que noviembre juega...

¡Amigos he sufrido mucho! Todas las perlas de la mente se fueron en artículos sobre la *libertad*; los rubíes se los tragó la *democracia*; tal cual zafiro de honda luz, se transformó en un ganso que se llamó la *situación*, o la *Verdad en su lugar*. Hice crónicas, hice gacétilas, reñí polémicas; peroré, ¡horror! en los clubs, entre los tamales humeantes de entusiasmo, y entre los ¡vivas! enronquecidos por el aguardiente.

¡Oh, Dios! Así, qué plumaje no se desgarró y mancha...

Amigos, he matado mis pájaros; los que viven tienen rotas las alas, y apenas si con pesado vuelo rastrean las divinas huellas de la belleza.

* * *

¿Decís, doctor, que pertenecen al género de las *papalotáceas*?

¡Muy bien... pero vuelan!

Y si no cantan, es porque el niño es un pájaro mudo. (A menos que nuestro oído sea capaz de ahondar en la armonía divina de sus risas locas).

Y como el papalote es un pensamiento de niño...

Al parecer, no es más que una hoja de papel, asida a una hebra de hilo, y con una larga cola de trapo. Así parece; mas cuando el viento resonante de noviembre canta en las frondas y vuela por el cielo las polvaredas de zafiro, y vaga el sol como una flor de plata y las hojas cuchichean corriendo por el suelo, entonces, para la honda visión del niño surge de la verdad, y es una blanca garza, prendida al hilo de oro de una araña, que azota el aire con la estela de un astro!...

Este es el mensajero de los niños.

De allá arriba descubre dónde charlan los pájaros, ve lo que hacen las flores, oye lo que cantan los céfiros. A través de la cuerda corren las palpitaciones y los ensueños de los niños, y él los lleva a las brisas, a los pájaros y a las flores.

¿Oís... ese zumbido es su palabra? ¿Qué dice?

Dice: ¡pájaro, mi cabellera es un plumaje, mi charla es un canto, mis saltos y mis fugas son ensayos de vuelo! ¿Por qué huyes de mí?...

Rosa, mis labios son pétalos, mi aliento es aroma, mis ojos brillan como el ala de las mariposas! ¿Por qué no me quieres?...

Céfiro, yo tengo tus vaivenes; como tú, penetro en las frondas, y me asomo a los nidos, y me baño en las linfas, corro por entre los maizales! ¿Por qué no me llevas?...

¡Vuelva, vuelva, vuelva, oh mensajero de mis ansias!...

Y el papalote rompe entonces su cuerda, y se va errante por los aires, como una blanca garza...

* * *

Sí, yo he fabricado en mis buenos tiempos ese juguete prodigioso, y aun tengo mis pretensiones de haber sido un verdadero sabio en la materia.

Yo volé, desde la pluma de *jolote*, hasta la estrella; desde la modesta *cuartilla*, hecha de una plana mal escrita, hasta la *luna* poderosa, que apaga con su sonora voz a los más grandes barriletes.

¡Volé... y ya no vuelo!

¡Y esta es la historia de todos! Y “de aquí sale un cuento”, como diría Shakespeare...

“Niñerías”.

El Normalista

Por Alberto MASFERRER

Una mala noticia, mis amigos: la guerra pasó ya, y tendremos escuela.

Y fue así: con un maestro nuevo, un pobre hombre a quien llamábamos Chico Pino; viejo, con una cara apergaminada, que parecía siempre como que iba a llorar.

A mí me hizo *decurión*. Por cierto que lo pasé grandemente, porque en mi decuria había los muchachos más imbéciles del lugar, incapaces de aprender jamás una lección. Tenía su suerte en mis manos, y en vez de que el maestro los azotara mañana y tarde, pensamos que sería mejor traerme ellos alguna golosina —*tarde y mañana*—, y yo dar cuenta de que aprendían pasmosamente *mañana y tarde*. Aquella solidaridad me produjo, durante varios meses, exquisitas anonas blancas y excelentes tamales de elote.

A pesar de su cara de piel curtida, Chico Pino era mejor maestro que los anteriores; salvo Julio Colato, quien dejó eterna memoria entre los niños, porque jamás los castigaba y porque jamás les enseñaba.

¡Pues hallábase Chico Pino en lo más tranquilo de su vida, cuando nos aturdió la noticia de que llegaba para nuestra escuela nada menos que un normalista!

Nadie sabía a punto fijo de qué se trataba; no lo sospechaba ni el primer decurión, un sabio que podía preparar el yeso, dividir por tres cifras y escribir con *falsilla*.

Que es esto, que es el otro, que sí, que no, la escuela acabó por trastornarse; Chico Pino se desgañitaba llamándonos al orden; los decuriones llovían sobre sus milites palmeta y látigo; los granos de maíz para las rodillas fueron cambiados por arena, pero todo fue inútil. Cuando el maestro tomaba las lecciones, acacía que un pequeñín dijera así los sacramentos “el primero, bautismo, el segundo confirmación, el tercero, penitencia, el cuarto normalista!”...

Una hora en cruz, con orejas, y en la puerta. ¡Venga otro!

—Pregunto: decid, niño, ¿cómo os llamáis?

—Responderá su nombre, Pedro, Juan, Normalista... no, no; Pedro, Juan, Francisco, etcétera.

Por allá gritaba entretanto alguno su lección de Moral: “La celdilla de la abeja, cabaña del castor...”, y otro masculaba la de Cartilla del Ciudadano: “¿Qué cosa es ley? Un precepto impuesto por orden superior, que manda, prohíbe o permite código civil”. Un tercero repasaba su silabario en esta forma: “beába, beébe, beíbi, beóbo, beúbu”; y otro, en fin, deletreaba así el Catecismo: “d-io-se-dios, tete; sea-le- sal-ueve, *Dios te Salve*”,

El pobre *escuelero* se volvía loco.

Era él de los mejores maestros; pues no se había limitado a enseñarnos la Tabla, la Doctrina, la Moral y la Escritura, sino que introdujo además la Cartilla del Ciudadano, y la Gramática, que él reducía a repetir los nombres de los signos de puntuación, y los verbos amar, temer y partir. “Coma, punto y coma, dos puntos, punto final, paréntesis, guión, interrogante, *admirante*, párrafo, diéresis o *crema*”: Eso era la Gramática.

De todos modos, pasaba Chico Pino por un buen maestro; mas la noticia de que llegaba un normalista dio en tierra con su autoridad; de modo que la escuela se le hizo ingobernable. Un día, amanecido apenas, Chico Pino tomó la vuelta de su pueblo, sin decir adiós ni presentar renuncia; con lo que el Municipio, temeroso de que el desorden continuara, dio la escuela por cerrada en tanto no viniera el nuevo maestro.

* * *

¿Cuándo llega, por fin? ¿Cómo vendrá vestido? ¿Hablará *en lengua*? Estas y otras muchas preguntas se hacían los vecinos, con impaciencia, y para ello les sobraban motivos: porque nadie sabía en el pueblo, qué y cómo era un normalista; porque éste a quien esperábamos, era *nuestro*; un muchacho del pueblo, ido cuatro años antes a San Salvador, y porque en aquel tiempo, no más que los valientes y los locos emprendían viaje al *Otro Lado*, es decir, más allá del Lempa. ¡Imaginad el interés que nos inspiraba ese hombre que venía de *allá*, que había vivido *allá*, y que se había *instruido allá*!

Mientras llegaba, y para recibirle dignamente, las madres aderezaban

a sus hijos con traje nuevo, bolsón nuevo, regla y plumas nuevas y, además, tinta morada y papel rayado de rojo. Por su parte el Ayuntamiento disponía una hermosa y bien acribada palmeta, *disciplinas* de bien torcido cuero, y hacía blanquear la escuela.

*

Fue una mañana, yendo a misa de cinco, cuando ahí, cerca del pilón de la plaza, *lo vi* ¡yo antes que ninguno! Adiviné que era él, y le examiné a mi gusto, de pies a cabeza, hasta que supe *a fondo* lo que era. ¡Portentoso: pantalón de casimir! chaleco! reloj con *leontinal* camisa de lana!, fondo claro con listas azules y sombrero de *felpa*!

Minutos después, más de treinta muchachos le examinábamos a respetuosa distancia, boquiabiertos, notando hasta el más insignificante detalle de su fisonomía y de su traje.

Durante una semana no se habló sino de “don Anselmo”. Por tácito convenio le dimos ese nombre, en vez del usual de *maistro*, que recordaba la pobre figura de Chico Pino. Después de algunos días, cuando don Anselmo hubo contado, recontado y vuelto a contar su vida en San Salvador, su viaje, el paso del Lempa, cómo era el Obispo y cómo el gobierno, se abrió la escuela.

* * *

El salón estaba aquel día de bote en bote; y cuando don Anselmo comenzó a explicar, no se oía ni el más ligero ruido. Dijo que en adelante recibirían clase los diez alumnos más aprovechados; que éstos se repartirían la enseñanza de los demás; que los principales estudiarían gramática, aritmética, moral y geografía. Todo por un nuevo sistema. Que pidiéramos a San Salvador la “Gramática” de Velarde y “El Universo” del mismo. En seguida, entresacados los diez notables, comenzó la clase.

—Yo satisfago... tú satisfaces... El verbo satisfacer, quiere decir *hacer bastante*.

Todos: ¡hacer bastanteee!

—Pretérito; yo satisfice... tú satisficiste... él satisfizo... ¡Repitan!

—Yo satisfice, face... faci... fice... tú satisficiste... feciste; ficiste; él satisfició... fició... feció...

Cuando llegamos al futuro del subjuntivo, estábamos locos de entusiasmo. Al salir de la escuela no se oía más que “satisfaría, satisfaremos, satisficieren”; todos pronunciaban con tal énfasis, como si fueran palabras mágicas.

¡Y qué comentarios!

—¡Este sí que sabe!

—¡Y nos va a enseñar *Universol*!

—Y qué es Universo?

—¡Tonto, el Universo es *lengua!*

—¿Cómo va a ser lengua? El universo es para cuentas.

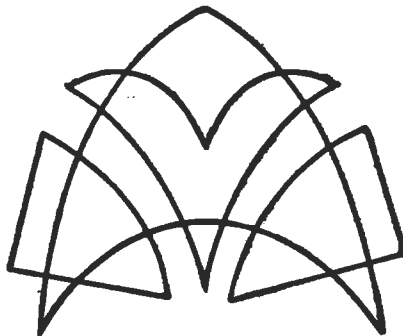
Qué va, dijo el sabio, el que dividía por tres cifras—el Universo es con láminas; yo lo he visto, porque don Anselmo me lo enseñó. Tiene una así como cola de *papalote*, que se llama cometa, y otro cuento redondo que se llama Saturno.

Todos los días nos daba una sorpresa el nuevo sistema. látigo, palmeta, arena para las rodillas continuaban y asimismo la memoria, funcionando como facultad exclusiva. No obstante, desde el último alumno hasta el señor Alcalde, el Gobernador y acaso hasta el señor Ministro de Instrucción Pública, todos estaban convencidos de que la enseñanza había tomado "*nuevos rumbos*".

Llegáronnos por fin los libros. El "Universo" era un libro ancho, cuadrado, que hablaba del general Prim, de los cometas, del Diluvio, de los jesuitas, y de cien cosas más. La "Gramática" comenzaba con una lista de escritores americanos; después el verbo, raíces griegas, filosofía, métrica, versos; mil asuntos, revueltos y barajados en la más extraña mescolanza.

Pues bien, jamás hubo tan lucidos exámenes, ni maestro más querido de sus discípulos, ni alumnos más bien vistos de su maestro. El pueblo todo reventaba de orgullo. ¡Como que era el único en la provincia, que poseía escuela con normalista, y normalista *propio!*

"Niñerías".



EGOISMO Y DOLOR

Por Alberto MASFERRER

Hay buen dolor, y mal dolor.

El que es desgraciado *en sí*, es ciego, y no recobrará la visión mientras no transporte su dolor a un plano más alto y más extenso. ¿De qué viene el egoísmo? De que uno es demasiado sensible al sufrimiento personal; de que uno sufre *por su propio dolor*. El que ha renunciado a su yo, el que se ha *desprendido* de sí mismo, ya no puede sufrir *sino por los demás*. Cuanto más impersonal sea el dolor, cuanto más abarque, más puro será, y menos ceguera traerá para la mente; hasta que lleguemos a un punto en que nuestro sufrir ya no será el *nuestro*, sino el *de todos*, de Todo; y entonces, *con el dolor vendrá la paz*.

Más aún, este dolor impersonal ha de ser regido por nuestra voluntad, a fin de que no perturbe nuestra acción; pues si nos dejamos dominar por él, ya no podremos actuar. Entonces, hemos de considerar el sufrir como una disciplina *necesaria*; como un ejercicio indispensable para ver y comprender la vida de las demás criaturas. A cierta hora, en ciertos días, así como el creyente va al templo, yo me internaré en mi corazón, descolgaré el cilicio y el ramal, y me flagelaré, para abrirle a mi alma los ojos empañados. Traeré a mi consideración el inmenso dolor de la vida: de los hombres, de los pájaros, de los reptiles, de las plantas; lloraré por los malvados y por los buenos, por los humildes y por los soberbios, por las víctimas y por los verdugos, por los

miserables y por los opulentos, por los que saben y por los que ignoran: me anegaré en dolor, me saturaré de dolor, y cargaré sobre mis hombros la cruz inmensa del vivir.

Después, guardaré el cilicio y las espinas, serenaré mi alma, y volveré a la vida, y sonreiré a la vida, para que mi visión sea diáfana, y mi voluntad libre, pueda inquirir y remediar...

“El Rosal Deshojado”.



NUEVAS PATRIAS

Por Alberto MASFERRER

¿Para qué sirven una, dos, tres naciones más, o muchas, organizadas según el molde civilizado, explotadoras, asesinas, prostitutas, morfinómanas, pauperistas, militaristas, suicidas, rapaces y mentirosas?

¿Qué gracia, qué mérito puede encontrar un hombre, si no fuese perverso e insensato, en fundar una nueva familia, si ésta ha de ser tuberculosa, sifilítica, alienada o alcohólica? ¿No pensará y sentirá que el fundar y sostener tal familia es una desgracia, una vergüenza?

No así para el hombre que está cierto de casarse con una mujer honesta; de ser él mismo un hombre sano y honesto; de que sus hijos, entonces, resultarán normales, sanos y honestos.

Pues así deberían pensar y sentir los hombres que se empeñan en fundar nuevas patrias. Deberían pensar que *una patria más, civilizada*, es decir, carcomida por la explotación, la usura, la miseria, el militarismo, la prostitución, el alcoholismo, el morfinismo, la ignorancia y demás plagas y pestes de la civilización, no sólo no sería una patria digna de crearse y amarse, sino que sería una desgracia más, una vergüenza más.

“El Rosal Deshojado”

Hazme Suave el Instante

Por Alberto MASFERRER

Hazme suave el instante. Mañana, esta noche, tal vez he de partir.

Y será para ya no volver... Para ya no volver jamás... jamás...

Pasarán milenios y edades y eternidades, y yo no volveré.

Rodaremos de mundo en mundo por toda la inmensidad de los cielos, y no volveremos a encontrarnos. Y aun si nos encontráramos aquí mismo, una y otra vez, no sabrás quién yo soy, ni yo te reconoceré.

Porque sólo se encuentran los que se compenetran; los que vencieron la barrera de la separación; los que se adivinaron y sacrificaron, *uno en aras del otro*, los mil egoísmos del ser.

Por eso, hazme suave el instante: porque una vez yo muera; una vez la primera palada de tierra caiga sobre mi féretro, ya nada servirá que me llores y que te lamentes de no haberme endulzado el amargo vivir.

Ahora, ahora que vivo o padezco, todo es hiel o miel para mi alma. Una sonrisa, una palabra, una mirada, un simple gesto cordial, es medicina y alivio para mi atribulado corazón. Después, ya perdido en las tinieblas del sepulcro, nada me servirá.

Ahora me puedes dar amor. Después, sólo palabras vanas y lágrimas tardías.

Por eso, hazme suave el instante; hazme suave el instante, si es que sientes deseos de endulzarme el amargo vivir.

Después, ¿qué?... ¿Qué haré yo con tus negros vestidos y tu semblante contrastado? ¿De qué me servirá que suspires, y descubras en mí cien virtudes y gracias que antes no conociste? ¿De qué me servirá que enaltezcas mi nombre y te abismes en la contemplación de mi ser?

¿Fui bueno, malo, cariñoso, áspero, cordial o incomprensivo? Fui... ya no soy... Ahora soy, no más, una sombra, un nombre, nada. Ahora, que me recuerdes o me olvides, es igual, y todos tus lamentos los cambiaría yo por una sola suavidad que me hicieras cuando yo aún existía.

Por eso, hazme suave el instante, este instante que es la realidad, la sola y accesible realidad.

Si nos separamos sin fundirnos, ya nunca más nos hallaremos. Porque tendremos que aprender una lección distinta de la vida. El Destino arrastrará a cada uno a expiar y aprender la lección que no logró aprender, y la culpa que no alcanzara a expiar. Un huracán dispersará nuestras almas, y un foso inmenso dividirá nuestras vidas.

Acaso andaremos el uno junto al otro, sin sospechar que un tiempo nos amamos, o creímos amarnos. Y por no haber sabido amarnos, porque todo no era sino egoísmo y vanidad, andaremos extraños el uno junto al otro. ¡Y ya nunca sabremos quién es ni adónde fue aquel a quien no supimos amar!

Por eso, hazme suave el instante, este instante, este único instante en que tu corazón puede aislarme de la eternidad.

Sí, hazme suave el instante...

“El Rosal Deshojado”



Purificación de la Mente

Por Alberto MASFERRER

Lo primero será poner la mente en orden, clasificando *lo que se sabe, lo que es probable, lo que es posible*. Posible llamo a lo que se puede concebir sin repugnancia del corazón y del entendimiento.

Doy como *sabidas*, las cosas que son afirmadas en nosotros por el entendimiento, por el corazón, por el instinto y por la intuición. De estas cosas que cada uno sabe, se compone *su mundo*, y dentro de ese medio se mueve y desarrolla *su deber*. Se trata de cosas *afirmadas*, es decir, constantes, arraigadas, vistas con entera claridad.

Verdaderamente *se sabe*, aquello que afirman en nosotros sin discordancia, el instinto, el corazón, la intuición y el entendimiento. Si uno de ellos se calla, se abstiene, mi certeza es aún válida; si uno de ellos protesta, ya no hay certeza; si todos afirman, estoy en la evidencia. El instinto es la voz del cuerpo; el corazón, es la voz del alma; el entendimiento, es la voz de la mente; la intuición, es la voz del espíritu. Si fuéramos puros, bastaría la intuición para fundamentar la certeza, puesto que el espíritu es omnisciente; mas, a causa de nuestra impureza, rara vez nos habla la intuición o creemos tales, las sugerencias de nuestro interés o de nuestro deseo.

Aquel que verdaderamente anhele conocer, ha de asentarse sobre el *desprendimiento*. Si el odio, si el deseo, si el interés personal, de familia, de grupo, de secta, de casta, de raza, de nacionalidad, generan en mí el anhelo

de que la verdad que busco se conforme con mi querer, entonces la verdad se alejará de mí. Más lejos estaré de la verdad, cuanto más cerca esté de *mí mismo*; más dentro de aquélla, cuanto más fuera y alejado de *mí*. *Desprenderse, renunciar*, es el camino de toda la verdad.

La mente es un muy diáfano cristal que de todo se empaña, y ya empañada, no ve, o deforma lo que ve. Así, para llegar a la certeza, he menester diafanizar mi cristal. La tristeza lo empaña; el odio lo oscurece; el interés, la pasión, el dolor, el cansancio, la embriaguez, lo nublan; el bullicio, el afán, la inquietud, el temor, la preocupación, todo aquello que nos encadena al *yo*, que nos circunscribe y nos limita empaña el cristal de la mente, y nubla nuestra visión de lo real. *Serenidad* es la clave del *conocimiento*; serenidad, apacible alegría, en que el *ánima* se trasfunde en el alma de todas las cosas, y no aspira sino a ver la luz... Cuando la mente alcanza esta plenitud, entonces el velo se descorre, la luz inunda el templo, y la Verdad desnuda, se ofrece a nuestros ojos, blanca y tersa como rosa de nieve que se abrió a las caricias del Sol.

“El Rosal Deshojado”



¿QUE DEBEMOS SABER?

(Fragmentos)

Por Alberto MASFERRER

Sr. don José Mejía.
Me pregunta Ud.:

¿Qué debe saber un obrero para ser instruido?

Definiré ante todo algunas palabras, para que ambos estemos colocados en un mismo punto de vista.

Obrero es la persona que gana su vida ejerciendo un oficio manual, por ejemplo: un carpintero, una costurera, un herrero, un sastre, un zapatero.

Saber es poseer el conocimiento pleno de una cosa; de tal manera que puede ponerse en práctica en todo lo que tenga de practicable. En este sentido se dice que *saber es poder*, y también, *que saber es hacer*.

Instruido es el hombre que posee conocimientos científicos, extensos y sólidos.

¿Qué debe saber un obrero para ser instruido?

Convengamos desde luego, en que, *por ser obrero*, por ganarse la vida ejerciendo un oficio manual, *no se destruye ni se adultera la naturaleza mental del hombre*. Los poderes mentales de un obrero son, *sustancialmente*, los mismos que los de un artista o de un hombre de ciencia. Si la mayoría de los obreros aparecen como hombres de ruda inteligencia, es porque gastan en el trabajo manual la mayor parte de su tiempo y de sus fuerzas; porque no ejercitan o ejercitan muy poco sus fuerzas mentales. Si en vez de trabajar así como lo hacen, ejercitaran simultánea y proporcionalmente sus facultades físicas, intelectuales y estéticas, los más de entre ellos alcanzarían una mentali-

dad tan vigorosa como la de los más ilustrados intelectuales.

Digo, por lo menos, porque, en realidad, los hombres que han sido educados por ese sistema, y continúan viviendo según el mismo, son más inteligentes, más capaces de sentir la belleza que los que se especializan en una sola clase de trabajo.

Esta forma de educación y de vida es la que llaman los anarquistas *educación integral, vida integral*, y según ellos, así vivirán todos los hombres en una sociedad bien integrada: trabajando con las manos y con el cerebro.

Deteniéndose a meditar en lo que antecede, se advierte que hacen una labor inútil los que se interesan por los obreros, si ante todo no se esfuerzan en volverles a su condición normal de trabajadores intelectuales y manuales; lo cual no es posible si no se les deja tiempo suficiente para instruirse.

Convengamos, en segundo lugar, en que *tampoco se destruye ni se adultera la naturaleza moral* del hombre, por el hecho de ser obrero: en otros términos, en nada se rebaja un hombre porque gane su vida con el trabajo de sus manos.

Así es que el derecho de los obreros, como clase social, a intervenir en el manejo de la comunidad, no puede ser discutido. No forman una clase inferior; no son una *masa*, un gremio condenado siempre a tutela, a ser gobernado eternamente por los intelectuales.

Aunque en teoría nadie sostiene lo contrario, no es lo mismo en la práctica, pues no solamente la autoridad

y los privilegiados de las otras clases sociales manifiestan a menudo con sus actos su menosprecio por los obreros, sino que estos mismos demuestran en muchas ocasiones, que se sienten inferiores, acudiendo hasta para las cosas más triviales y fáciles, al consejo y a la resolución de un abogado, de un médico, de un periodista, de cualquier intelectual.

A fuerza de oírse llamar y de verse tratar como inferiores, han llegado a creerse tales, y tan penetrante ha sido el efecto de esta sugestión en muchos de ellos, que se escandalizan y enojan cuando alguno intenta demostrarles que valen tanto como los *señores*. Hablo así, refiriéndome especialmente a los obreros salvadoreños, en quienes está muy arraigado ese sentimiento de impotencia.

Afirmo, pues, que los trabajadores manuales (obreros o campesinos) tienen el mismo derecho que los llamados intelectuales a adquirir una instrucción extensa y sólida, y que su capacidad mental es sobradamente intensa para adquirirla, siempre que la ejerciten en condiciones adecuadas. Que el obrero manual se encuentre bien alimentado, habitando una casa cómoda y sana, bien abrigado y con cuatro o cinco horas libres cada día para entregarse al estudio, y le veremos elevarse a la altura de los más vigorosos intelectuales.

Este fenómeno, de que no conozco en este país ningún caso, presenta ya numerosos ejemplos en Europa y no pocos en Sud América. Yo mismo traté en Chile a varios obreros que, sin abandonar su oficio, han adquiri-

do un caudal de conocimientos mayor que el de varios de nuestros literatos y profesores.

Uno de esos trabajadores, un joven impresor de Santiago, me inició en el estudio de las obras de Eliseo Rec-lús. Un carpintero, Ignacio Mora, a quien Ud. conoció aquí hace algunos meses, me puso en las manos las primeras obras de Spencer. Otro carpintero, Clodomiro Maturana, muy versado en Higiene, me hizo conocer a Eduard Carpenter, original y profundo pensador inglés. Luis Olea, pintor decorador, escribe sentidos versos, prosa clara y juiciosa, y piensa con raro acierto en sociología, moral y estética, José María Pizarro, zapatero de Valparaíso, es hombre de extensas y meditadas lecturas.

Puedo asegurar que si Ud. oye hablar a cualquiera de estos señores, o a otros cuyos nombres no recuerdo, y no le han dicho antes quiénes son, Ud. los tomará por literatos o profesores. No son más que obreros manuales, que esforzadamente roban tiempo a sus quehaceres para dedicarse al estudio, y que gastan en libros cuanto pueden ahorrar.

Todos ellos, si lo quisieran, entrarían en otra clase de vida, dejando enteramente su oficio; pero aman el trabajo manual, y opinan que un hombre completo debe trabajar con el cerebro y con las manos.

Tome Ud. nota de que se trata de obreros colocados en condiciones ordinarias: ninguno de ellos es jefe de taller, ninguno de ellos es rico; son, simplemente, obreros que saben bien su oficio, que ganan regulares sala-

rios, y que se esfuerzan por instruirse.

Si en condiciones tan desventajosas pueden los obreros cultivar su inteligencia con tal éxito, ya puede suponerse lo que harían encontrándose con las ventajas de una buena alimentación, casa higiénica, vestido adecuado y tiempo libre suficiente para dedicar al estudio.

Había olvidado que Juan Grave, pensador francés de excepcionales dotes y autor de obras ya célebres, es zapatero e impresor, y —para hacer una ligera excursión al pasado— que San Pablo, uno de los hombres más grandes que han existido, al decir de Renán, no quiso jamás dejar su oficio de tapicero, con el cual ganaba su vida durante sus largas peregrinaciones.

Aceptado que la condición de obrero no es esencial ni principal en el hombre, sino accidental y subordinada (pues consiste simplemente en una de tantas maneras de ganarse la vida), la pregunta *¿qué debe saber un obrero para ser instruido?* ya no tiene razón de ser, y debe sustituirse por esta otra:

¿Qué debe saber un hombre para ser instruido?

He aquí la cuestión en su verdadero terreno.

* * *

Como la naturaleza es infinita en fuerzas y en aspectos, es claro que el número de verdades o *aspectos de la Verdad* que pueden conocerse, son también infinitos. La ciencia es, pues, inagotable, y cuando se dice que un hombre sabe mucho, sólo se da a en-

tender que es menos ignorante que otros.

De aquí se deduce que los conocimientos que un hombre debe adquirir en primer lugar, ya que por fuerza han de ser limitados y relativos, *deben tener un carácter práctico y deben subordinarse a un fin conocido, realizable y necesario.*

Este fin, que todo hombre conoce, que todo hombre puede y debe realizar, no es otro que el de *procurarse a sí mismo y procurar a los demás una vida feliz.*

Ser dichosos: tal es el objetivo que la Religión*, la Moral y la Ciencia nos señalan, dándonos también los medios de alcanzar ese objetivo.

La Religión marca el rumbo, diciéndonos: *seréis felices haciendo felices a los demás.*

La Moral dice: *haréis felices a los demás, siendo justos, es decir, respetando todos sus derechos.* La Ciencia dice: *respetaréis los derechos de los demás, haciendo que todas sus facultades se ejerciten en las condiciones que le son necesarias, o en otros términos, haciendo que su cuerpo y su espíritu vivan normalmente.*

Deducción: *aquellas ramas de la*

Ciencia que enseñan cuáles son las condiciones normales de nuestro cuerpo y de nuestro espíritu; aquellas que enseñan cuáles son las funciones naturales del ser humano, y de qué manera hemos de conducirnos para no impedir ni adular su cumplimiento; aquellas, en fin, que nos enseñan cuáles son nuestros derechos y cómo se les garantiza, constituyen esencialmente la instrucción racional y necesaria de todo hombre; son la base de toda otra especie de conocimientos, sin la cual éstos serán inútiles o perniciosos.*

En último análisis, estos ramos del saber se reducen a la Moral, en su sentido más amplio, que es la ciencia de los derechos y de los deberes humanos, y cuyo fin es enseñarnos *cómo se ha de vivir.*

* * *

Conviene notar que se dice una redundancia cuando se habla separadamente de derechos y de deberes, pues, en realidad, no son sino una misma cosa: Juan y Pedro viven en sociedad, ¿cuáles son los *deberes* de Juan? —respetar los derechos de Pedro— ¿Cuáles son los deberes

* Llamo religión al sentimiento o conciencia de que nuestra vida no es un fenómeno aislado ni casual, sino dependiente de una Vida Superior, parte de un Gran Todo; y que, en consecuencia, la ley particular y esencial de nuestra existencia consiste en secundar la Voluntad o Ley Universal de la cual dependemos.

Siguiendo las doctrinas de Mazzini, de Tolstoi, de Carlyle y de Henry George, opino que sin ese sentimiento religioso, sin la creencia firme de que, *aunque se escape a nuestra comprensión, existe una Suprema Ley de Justicia con la cual, en una u otra forma, en este o en otro tiempo, en este o en otro mundo, han de ser confrontadas las vidas de todos los seres, sin esa conciencia religiosa, decíamos, ni los individuos ni las sociedades son capaces de realizar nada trascendental ni estable en favor de la libertad y del bien de los hombres.*

* Por carecer de esta base, por no haber asentado su ciencia sobre este carácter humanitario del saber, vemos a ciertos hombres de rara ilustración convertida en instrumentos de tiranos y de explotadores, o en espectadores indiferentes de toda clase de maldades y estupideces.

de Pedro —respetar los *derechos* de Juan—. ¿Cuáles son los derechos de Juan? —exactamente los mismos que tiene Pedro.

Así, pues, si yo conozco mis derechos de hombre, ya conozco los derechos de todos los demás hombres, y por consiguiente sus deberes y los míos.

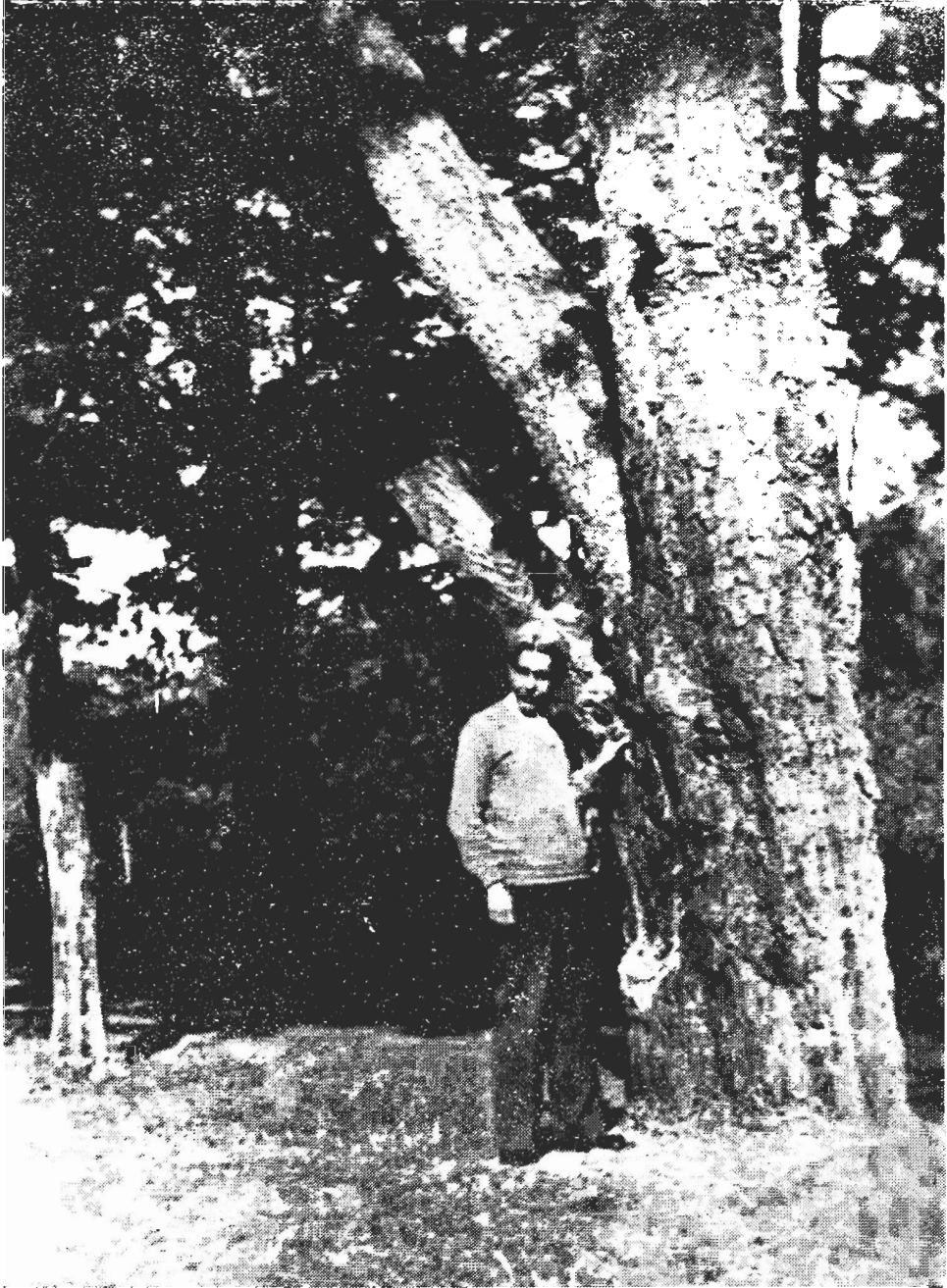
He de insistir en que sólo la ciencia puede enseñarnos el conocimiento detallado y comprobado de tales derechos y deberes, y que éstos jamás deben asentarse únicamente en los meros preceptos de un hombre o de un grupo de hombres, llámense representantes de Dios o de la Ley, sino que para saber si esos preceptos merecen obediencia, hemos de compararlos con la norma que nos dé la ciencia, y si no resultan conforme con ésta, tenerlos *como una violación* de nuestros verdaderos derechos.

Fijemos, antes de pasar adelante, la definición de la palabra *derechos*. Derechos son aquellas funciones inherentes a nuestro sér y que, si no se cumplen ampliamente, producen la degeneración, la enfermedad o la muerte. Por ejemplo, son derechos de todo hombre, andar, respirar, comer, trabajar, descansar, pensar, dormir, oír, recrearse, instruirse, etc. El carácter común y esencial de estos derechos es el de ser *necesarios; orgánicos*; no sujetos a la sanción de la inteligencia y de la voluntad de los hombres, pues, al contrario, la sabiduría, la justicia y la bondad de los hombres consisten en dejar que esos derechos se cumplan libre y ampliamente.

Llegados aquí, y habiéndonos pene-

trado bien de esta materia, nos asombraremos al considerar qué suma de mentiras, de hipocresía y de perversión mental ha sido necesaria para desterrar de la memoria de los hombres, la naturaleza y hasta el nombre de sus verdaderos derechos, y qué suma de embrutecimiento ha sido menester para que haya sido posible sustituir en su conciencia, aquellos derechos ciertos y vitales, por simples simulacros de derechos, insignificantes y risibles desde que ya no conducen al mejor cumplimiento de los derechos naturales.

¡Es verdaderamente asombroso! Los mismos hombres que sufren con paciencia que se les asile en casas húmedas, estrechas, oscuras, donde todas sus fuerzas decaen y donde su vida se acorta sensiblemente, corren enfurecidos a matar y a que les maten, para defender el *honor de la bandera*; los mismos hombres que consienten en vivir ellos y sus hijos, medio muertos de hambre y expuestos a toda clase de enfermedades por falta de nutrición suficiente, mientras que a un paso de ellos hay gentes que hartan a sus perros con jugosas carnes, esos mismos hombres asesinan y se hacen matar para que *el enemigo* no dé un paso más allá de la frontera; los mismos hombres que soportan vivir en la desnudez y en la ignorancia mientras que en torno de ellos reina el lujo y la instrucción se prodiga a los que menos la necesitan, esos mismos hombres niegan al extranjero *el derecho* de ciudadanía, y riñen a balazos por *el derecho* de elegirse un amo que les explote y les oprima.



Don Alberto Masferrer en un pasco de campo, El Sauce, Guatemala. Año 1929.

En verdad, el alma del pueblo ha debido sufrir terribles y larguísimas presiones, para que así haya podido ensordecer a la voz de los instintos naturales que le gritaban cuáles eran sus verdaderos, útiles, necesarios y sagrados derechos.

Y ahora asistimos a este raro espectáculo: una revolución cual **nunca** se intentó semejante, acompañada de increíbles esfuerzos y de sufrimientos sin número, para enseñar otra vez a los hombres lo que las bestias saben: cuál es su verdadero destino: ¡vivir! vivir libre y plenamente, satisfaciendo todas sus necesidades corporales y espirituales.

He aquí, pues, en conjunto, contestada la pregunta: “¿qué debe saber un hombre para ser instruido *racionalmente*?”

Debe saber, *en primer lugar*, cuáles son sus derechos naturales, y los medios de que se cumplan libre e integralmente.

Ese conocimiento primario y fundamental, garantizará la eficacia de sus esfuerzos para cultivar otros ramos de la ciencia y del arte: porque le harán fuerte, justo, bueno y libre, y la fuerza, la justicia, la bondad y la libertad, serán para su entendimiento alas de poderoso e incontrastable vuelo.

* * *

Detallar un programa fundado sobre las bases que dejo establecidas, no entra, por ahora, en mis propósitos; ensayaré apenas un esbozo para que el lector, siguiendo el natural desarrollo de estas ideas, pueda, por sí mismo, llegar a conclusiones prácticas.

Pero antes contestaré una objeción fácil de prever, y es *que me separo constantemente de la cuestión propuesta*.

A la pregunta: *¿qué debe saber un obrero para ser instruido?*, contestaré refiriéndome a la instrucción que debe adquirir todo hombre. Se trata luego de averiguar cuál sería el programa de esa instrucción, y voy a contestar, refiriéndome a un tipo de sociedad que aún no existe sino en embrión y fuera de las agrupaciones civilizadas.

Pues bien, este sistema de estudiar el asunto es, en este caso, el mejor, el más racional. En efecto, cada vez que un enfermo pregunte *qué debe hacer*, el médico, si es juicioso y honrado, le dirá: debe usted curarse *radicalmente*. Y aunque el enfermo se empeñe en buscar sólo un paliativo a sus dolores, el médico insistirá en prescribir un tratamiento que asegure la curación completa.

Así nosotros —y por encima de nosotros, centenares de hombres de letras y de ciencias; millares de obreros, los más conscientes y buenos entre todos— sostenemos que la sociedad actual es un organismo viejo, gastado, enfermo, próximo a la descomposición. Una manera de ser en que nadie, salvo los mentecatos, los perversos y los santos, encuentran elementos de felicidad; un sistema de vida en que los goces accesibles a la mayoría de los hombres y los elementos de bienestar adquiridos ya por la Humanidad, no guardan ninguna proporción; un estado, en fin, en que la miseria, la ignorancia, la opresión y el vicio reinan casi soberanamente; cuando sabemos con toda certeza que

la Humanidad tiene sobradas conquistas materiales y espirituales para vivir en la paz, en la holgura, en la libertad y en la luz*.

El enfermo, pues, debe curarse de raíz.

Especialmente los obreros, no se comprende que puedan interesarse por mantener una organización que pesa sobre ellos con abrumadora pesadumbre. Ellos, verdaderas bestias de carga de las clases ricas; ellos, cuyas hijas son consideradas por los privilegiados como simple carne de placer; ellos, cuyo horizonte intelectual casi nunca traspasa las boberías que enseña la escuela primaria; ellos, cuya sangre derramada una y otra vez, hace el gasto de todas las veleidades, estupideces y perversidades de los políticos; ellos, cuya vida se encierra entre el taller, el cuartel y la taberna; ellos, repito, no se comprende que puedan buscar paliativos, sino que de una vez y con toda la decisión de un

esclavo que por fin se rebela, deben preguntarse: ¿qué haremos para emanciparnos?

Y a esa valerosa pregunta, verán que no hay otra respuesta que la que nosotros les damos; romper este viejo y estrecho molde en que se ahoga la sociedad actual, y encaminarse, sin vacilaciones, en busca de una organización más sabia y más justa.

Y —penétrese bien de esto—, esa liberación, esa emancipación, tiene que ser obra de ellos mismos. Porque ninguna verdad, ninguna libertad se conquistó jamás sin el propio esfuerzo.

Así lo han reconocido ya los trabajadores europeos y sud-americanos, y por eso se han entregado ardorosamente al estudio, a la conquista de la ciencia emancipadora.'

No hay otro camino; puesto que el saber es un arma y sirve para mantener esclavos a los trabajadores, arrójense éstos a conquistar esa arma, cultiven su inteligencia, y serán libres*.

* Véase *La Conquista del Pan, Campos, fábricas y talleres de Kropokine, y Problemas Sociales* de Henry George.

* "Los maestros saben, escribimos en *Tiempos Nuevos*, y por experiencia muy dura, que a los gobiernos no les interesa *verdaderamente* la instrucción del pueblo; atienden a ella lo menos que pueden, y sólo hasta donde se le impone la opinión pública. Los gobiernos gastan el dinero con gusto en la enseñanza de las clases ricas; pero un instinto muy certero les dice que no deben instruir al pueblo que trabaja, porque si éste se instruyera, se acabarían muchas cosas que ahora son las dulzuras de la vida oficial. Así se explica esa diferencia *enorme, incommensurable* que en todos los países existe entre las escuelas para el pueblo y los institutos para las clases ricas. Un director de escuela no suele ganar por un trabajo de todo el día sino lo que gana un profesor de instituto o de colegio por una hora diaria de clase, y a veces menos; en cuanto a los demás gastos, sucede que mientras el gobierno da millares para una biblioteca, laboratorio, o gabinete de un colegio, niega para las escobas de una escuela.

Este fenómeno es constante: hasta en los países que atienden más sus escuelas primarias, como la Argentina, el Uruguay, Costa Rica y las naciones más adelantadas de Europa, sucede eso mismo, que bien puede formularse como una ley, así: *todo gobierno tiende a gastar el minimum en la instrucción del pueblo; su labor en tal sentido, se halla regulada por las imposiciones de la opinión pública*".

EL DINERO MALDITO

(Fragmentos)

Por Alberto MASFERRER

I

LA CALLE DE LA MUERTE...

Esta calle en que vivo yo, debiera llamarse Calle de la Amargura. Y mejor aún, Calle de la Muerte. A seis cuadras, Oeste, me queda el Hospital, adonde va, a todas horas, una caravana de dolientes, pobres o miserables los más, a ver si les dan algún alivio. A cinco cuadras, en dirección contraria, me quedan tres estancos, donde se bebe día y noche; donde la pianola, el fonógrafo, los gritos de los ebrios y el chocar de vasos y botellas ensordecen los oídos de los transeúntes, y también su conciencia, para que no piensen en los dramas que ahí se incuban.

Frente a mí, a una cuadra, está la

Penitenciaría, donde viven los criminales desvalidos; los que no tienen la llave dorada que abre las puertas de la Justicia.

Los domingos, desde muy de mañana y todo el día, la vida enlaza esos tres antros en que el vicio, el crimen y el dolor se funden en una trinidad fatídica. Desde las siete de la mañana comienzan a pasar, viniendo del Volcán, labriegos jóvenes y viejos. Vienen a divertirse. Han trabajado toda la semana, curvados sobre el suelo, sembrando, podando, arando o escardando, para que el maíz, el arroz, el frijol y el plátano colmen nuestra mesa; para que las flores más bellas adornen nuestros búcaros; para que la leche y los huevos nos conforten y nutran; para que la vida, en toda forma, descienda de allá arriba, y venga, en on-

das de salud y alegría, a reavivar las fuerzas decaídas de los que penamos y pecamos en la ciudad.

Han trabajado toda la semana esos labriegos, ellos y sus mujeres y sus hijos. Mientras ellos escardan o desmontan, la mujer y las hijas mayores lavan, remiendan y aplanchan, muelen y cocinan; vienen diariamente al mercado a vender flores y legumbres; y a llevar provisiones y medicinas; cosen la enagua y la camisa; cuidan de las gallinas y de los cerdos; atienden al enfermo; van al río lejano, a traer el cántaro de agua para los menesteres urgentes. Ya noche, cansadas, fatigadas, caen pesadamente sobre el camastro o el tapesco, y duermen como troncos —si no hay niño pequeño que las desvele—, hasta que Venus, el apacible *Nixtamalero*, comienza a desvanecerse ante los blancos del alba.

Así es la vida en el Volcán, así se trabaja toda la semana. ¿Qué cosa más justa que bajar el domingo para descansar, para divertirse? Por eso, desde muy de mañana bajan los labriegos, limpios, endomingados, decididos, ligeros; dan una vuelta por la ciudad mientras se abre el estanco, y apenas éste despliega sus fauces, entran y beben. Un vaso tras otro, de pie, o apenas sentados en bancos miserables, beben el aguardiente, se embriagan, se embrutecen, pierden el sentido, se vuelven hoscos, agresivos, pependieros, sacan las cuchillas, y hieren. Hieren al compañero, al camarada, al amigo, a quien se les enfrente, a cualquiera. El aguardiente, el *guaro de caña* —el más hostil de los licores, en que un verdadero de-

monio se esconde, sediento de lucha y de sangre—, ofusca con sus vapores su rudo entendimiento y les impele a la riña y al crimen.

En breves horas, todo el trabajo de la semana es disipado. Si la mujer, con mimos o a escondidas, logró sustraer algunos reales, ya habrá siquiera para comenzar la semana. Si no, ella y las pobres muchachas corretearán el lunes, angustiadas, para encontrar el *qué-comer*, la medicina para el herido y los *honorarios* para el abogado, inflexible en la exigencia de los anticipos que han de cubrir los primeros gastos.

En breves horas, todo el bregar, todo el afán, todo el sudor de la semana, pasan, convertidos en dinero maldito, a la gaveta de la cantina. Con el mismo tesón e ímpetu con que trabajan la semana, así tragan veneno, un vaso tras otro, hasta que las piernas les flaquean, la voz enronquece, las palabras se confunden y huyen, la mente se nubla, el corazón se encrespa, y la fiera surge de las profundidades del hombre. presta a desgarrar y a devorar.

Beben, beben más, siempre más. Primero son copas *sencillas*, espaciadas con risas y charlas; después son copas *dobles*, alternadas con abrazos y cantos, o promesas y lágrimas; después es la sed, la sed de licor, que no se apaga sino que se enciende cuanto más se bebe. Y entonces todo huye, todo se desvanece: la memoria, la atención, el juicio, el sentimiento del yo, el discernimiento del bien y del mal: es la locura, última forma de la embriaguez, que franquea el

paso del hombre a la bestia, de la bestia a la fiera.

Y entonces, viene la sangre.

* * *

Desde las cuatro de la tarde, a veces antes, comienza el desfile del regreso. Los que vi pasar por la mañana, alegres, ligeros, con la fiesta en el corazón y en los ojos, vuelven vacilantes, dando tumbos, cayendo aquí y allá; los ojos extraviados o mortecinos, las ropas salpicadas de lodo, los labios escurriendo baba y barbotando palabras sin sentido. Algunos caen, pesadamente, y quedan ahí, tendidos, largo a largo, vuelta al cielo la faz inexpresiva, o son llevados por los camaradas, a quienes insultan y rechazan, o apaleados por el policial, que castiga como desacato lo que es simple locura o inconsciencia.

De rato en rato, un herido: algunos vienen solos, el brazo en cabestrillo, roja toda la manga con la sangre que va extendiéndose y goteando.

Otros, con la cabeza hendida, o el pecho destrozado, o un hombro colgante, o los intestinos pugnando por salirse, avanzan lentamente, como anestesiados, apoyándose en los compañeros —tambaleantes ellos también—, que llevan el herido al hospital. Un hilo de sangre mana de esas heridas enormes; ahí donde el dolor o la terquedad hicieron detenerse al herido, queda un manchón rojo, que luego enjugarán los perros vagabundos.

Toda la tarde pasan heridos, y la calle se motea a uno y otro lado de gotas y más gotas de sangre. Sangre

roja, potente, vigorosa, que se encendió en el sano trabajo de la labranza, al beso del viento y del Sol, para venir a estallar en fiebre y en locura en el estanco, donde las manos ávidas de la estanquera recogen la vida y escancian la muerte...

* * *

¿Cuántos de esos que pasan arrastrándose hacia el hospital, saldrán curados de alma y cuerpo, y volverán a su casa, después de sumergir en tristeza y dolor a sus gentes?

¿Cuántos saldrán para el cementerio, ignorados y despreciados, como inútil carroña que ya no puede dar su labor en cambio de aguardiente?

¿Cuántos al salir, irán a la Penitenciaría, a pudrirse aguardando que la Justicia les recuerde?

Al fin salen: el defensor les ha comido el trabajo de años; la casita, la vaca, el huatal, cuanto podía venderse o empeñarse, se vendió o empeñó para cubrir los gastos de la defensa. Al fin salen, comprometidos con el patrón, empeñados y arruinados para muchos años, a veces para siempre. Mientras se pudrían en la cárcel, se murió el chiquitín; enfermó y sufrió largamente la madre; la esposa, afanada, fue y vino mil veces, a suplicar al juez, llevándole recomendaciones; abandonó el huatal, y entró al servicio en la ciudad, para estar más cerca, y ver y consolar al preso, y activar la tarda y avariciosa gestión de la defensa. Y mientras, allá arriba, sola, la muchacha, cuidando de los hermanitos y de las gallinas, sucumbió a las promesas del patrón, o fue seducida por el

camarada de su padre, y tuvo un niño... una carga más para el hogar exhausto...

Un niño más, que luego será un hombre, y aprenderá a beber y a emborracharse, y a herir, y a que le hieran, para que su trabajo, su vida, vayan a enriquecer las arcas nefandas donde los fabricantes y vendedores de la muerte guardan el dinero maldito.

* * *

Sí, esta calle, donde hace ya cinco años veo desfilar, domingo a domingo, una caravana de hombres ensangrentados; esta calle que va del Estanco al Hospital, bordeando la Penitenciaría y ramificándose por un lado hacia el Volcán, que es el trabajo y la sencillez, y extendiéndose por el otro hacia la Ciudad, que es la mentira y la rapiña... esta calle por donde bajan por la mañana la alegría y la vida, y suben por la tarde cambiadas en tristeza y en muerte... esta calle que debiera ser toda ella roja, tanta es la sangre que ha empapado su suelo..., es, de veras, Calle de la Muerte.

Calle del Aguardiente, Calle de la Sangre, Calle de la Cárcel, Calle del Infierno.

Sí, esta debe llamarse Calle de la Sangre, *Nuestra Calle*; pues nosotros vivimos y gozamos de la sangre que mancha y enrojece el suelo de esta calle. De esa sangre, cristalizada en el Presupuesto y transformada luego en la mentira de la Cultura, vivimos y gozamos nosotros los privilegiados.

Con esa sangre vamos a Europa, a divertirnos y a corrompernos, si to-

avía nos falta corrupción; con esa sangre se paga el diploma del médico y del jurisconsulto; con esa sangre nos costeamos las fiestas diplomáticas y los banquetes patrióticos; con esa sangre cubrimos los gastos de mil cosas superfluas, dañosas, tontas o inútiles; con esa sangre sostenemos la vida de monerías que imaginamos civilización y progreso.

Y con esa sangre, nosotros los señores de la Tierra y del Comercio y de la Banca; vosotras las nobles matronas, vosotras las señoritas gentiles y nosotros los caballeros apuestos; con esa sangre se pagan nuestros ocios, nuestros lujos, nuestras joyas, nuestras mansiones, nuestras quintas, toda nuestra vida ociosa y mentirosa, gris y charlatana, alimentada incesantemente con el dinero maldito!

El dinero maldito... esa es nuestra vida... esa también será nuestra ruina...

II

EN LA CASA DEL EBRIO

Siempre hay tribulación en la casa del ebrio. Unas veces, son ya las once de la noche, el domingo, y no ha vuelto. Salió desde por la mañana, a caballo, y los que iban con él no le han visto desde el medio día. ¿Caería del caballo? ¿Lo botaría el animal en algún precipicio? ¿Llevaba algún dinero? ¿Le habrán matado para robarle?

Otras veces, amanece el lunes, y aún no vuelve. Hasta ya tarde no saben que está preso, y que hay que

buscar el dinero para la multa. El juez es inflexible en asunto de multas; si no ve el dinero, no le soltará nunca. La esposa y los hijos, o la madre, arrastrando su enfermo y viejo cuerpo, van a la ciudad, a dar las vueltas, que a veces duran días y semanas.

Otra vez, peleó; el policial que fue a despartar a los peleones, sufrió un golpe: *Delito*; se acusa al ebrio de desacato; de *atentado a la Autoridad*. Y así como está, borracho y herido, va a la cárcel; y aún no le han curado, y ya le llevan a Santa Ana, a la Penitenciaría, a que sigan allá el proceso. Durante cuatro meses las hermanas del ebrio han tenido que estar yendo y viniendo, buscando recomendaciones y dinero. Y por fin, a fuerza de empeños, de influencias, de deudas, han sacado libre al hermano. Mientras, la madre moría de inquietud y de abandono, rogando a la Virgen que le sacaran al hijo.

Otras veces, a medio emborracharse, vendió la cosechita de maíz o de frijol, o un quintal de café, o un buey. Ahí cerca había papel sellado y doctor, y en un instante se consumó la ruina, y en un momento se gastó en aguardiente lo que fuera trabajo de años.

Otras veces, la coge larga, desaparece, y han pasado ya seis días sin que nadie traiga noticias que hagan presumir dónde está. Por fin, a los quince días, vuelve, flaco, abatido, harapos, enfermo. Se fue, bebiendo, bebiendo, hasta Sonsonate, y de allá vuelve ahora, amilanado y desesperanzado.

Otras veces, si es pendenciero, llega

hecho una furia; golpea a los hijos, quiere matar a la mujer, y todo se vuelve un espanto. Hay casas de esas, donde cada domingo por la tarde las mujeres han de salir corriendo, perseguidas por el ebrio, que blande contra ellas la daga o la navaja.

¡Ah, vida de infierno, donde todo es pena, miseria, susto, inquietud, aflicción! Donde el trabajo se va como agua; donde siempre se está en espera de algo terrible; donde lo que no es susto es abyección, y lo que no es sangre, es porquería...

Y esa es obra nuestra, de todos nosotros...

¿Que no? ¿Que no tiene remedio? ¿Que no vamos a ponerle a nadie el puñal en el pecho para que no beba?

Sí tiene remedio: el remedio está en que aprendamos a distinguir entre lo que es trabajo y lo que es infamia; en que aprendamos a notar diferencias entre vender pan y vender veneno; en que nos demos cuenta de que hay dineros fragantes y dineros hediondos; de que hay riqueza honorable y riqueza vil. El remedio está en que advirtamos y sintamos que *religión* no es sólo ir a misa los domingos y encender candelas a los santos para que nos saquen premiado el billete de lotería; ni hacerle visitas al Cristo de Esquipulas o rezar todas las noches el rosario, sino que *religión es modo de vivir*: no manera de imaginar el más allá, ni de razonar sobre los misterios, ni de entender los dogmas, ni de hacer la cuaresma, sino, *manera de vivir la vida del día y del minuto*: manera de trabajar, de ganar, de ahorrar, de vestir, de andar, de sentir, de nego-

ciar, de padecer, de juzgar, de llorar y de reír: manera de hacer todas nuestras cosas, grandes y chicas, notables y vulgares, diarias y extraordinarias; *conciencia y presencia de lo Divino en nosotros*; certeza de que el prójimo es mi hermano, y mi hermano yo mismo, y los dos juntos emanaciones y expresiones de El.

Ahí está el remedio: en que nos hagamos una religión, no para hablarla sino para vivirla, para respirarla, para que nos sea timón y brújula, asiento de nuestros pies, dosel para nuestra cabeza y aire para nuestros pulmones...

Ahí está el remedio.

Y desde luego, y lo que está a la mano de todos, es no ser nosotros los autores inmediatos del mal. Si no podemos redimir, sí podemos no ser la causa directa de la ruina; si no podemos salvar, sí podemos no corromper.

Aun sin un sentimiento vivo y constante de una fe religiosa, podemos orientar nuestra vida sin grave daño para los demás, con sólo abstenernos del mal. *No ser yo el que pervierta; no ser yo el que envenene; no ser yo el que arruine*: he ahí el camino de la gentileza, de la caballerosidad, de la hidalguía, de la bondad fácil, de la elegancia en el sentir.

No seas tú, deja que sean los otros. No seas redentor si no puedes serlo. No te apenes si el mundo marcha a su perdición. Dios conoce tu incapacidad, y verá a quién confía la tarea de redimir al mundo. Deja, pues, que haya tahures, ebrios, prostitutas, rufianes y toda clase de perversos. *Pero que los haya sin tu ayuda*. Que los

haya, pero que no seas tú quien se alimente de esa podredumbre.

Trabaja en otra cosa: sé artesano, sé labrador, sé jornalero, sé maestro, sé soldado, sé mandadero, sé histrión, y si no puedes más, sé mendigo; pero no explotes la embriaguez, ni el juego, ni la miseria, ni la prostitución. Tan sucio pan no debe alimentar a un hombre.

* * *

Tú que lees, acuérdate: siempre hay tribulación en la casa del ebrio: siempre hay zozobra, lágrimas, orfandad, vergüenza, temor, inquietud, sobresalto, ruina, perdición; amargura que varía de forma, pero que nada atenúa ni extingue. En la casa del ebrio no hay más esperanza que la muerte. Sólo cuando viene la muerte y se lo lleva, se acaban la ignominia, el sobresalto y la amargura. Mientras no muera, siempre hay tribulación... y también corazones que impetran justicia, y que si no con palabras, *maldicen* con sus lágrimas a quienes lucran con la ruina y el dolor y la abyección del infeliz esclavizado al vicio.

¡Cuidado, hombre! Cuidado, que esa maldición no te alcance

III

PAN O REVOLVER

Dondequiera que un hombre esté amasando un pan, podrá decirse —y confortar su espíritu con este pensamiento—: este pan, alguien lo ha de comer; raro será que se pierda sin que alguno lo coma. Aun si de la

mesa lo arrojaran al suelo, servirá para alimentar al perro, o las hormigas vendrán y lo harán migas, y se lo llevarán a su granero. Así es que esta fuerza de mis manos, aplicada a la harina, se está tornando vida. Sí, estoy haciendo vida, fuerza, alegría, ni más ni menos que si fuera yo el Sol...

Luego, quienquiera que se alimente de este mi pan, no sacará de él sino salud; pobre o rico, bueno o malvado, avaro o generoso, lo que yo le envío aquí es fuerza, es salud, es alegría. Que lo lleven a la mesa del juez o a la celda del criminal, lo mismo da: en este pan en que han colaborado el aire y la tierra, el agua y el fuego, y, por gracia de Dios, también yo, nadie puede hallar sino alegría, fortaleza, salud.

Asimismo, dondequiera que un hombre esté fabricando un revólver, podrá decirse, y enorgullecerse, si es cruel y soberbio: este revólver que yo estoy fabricando con mis manos, lleva en sí la muerte. Adondequiera que lo lleven, irá con él una amenaza, un peligro de muerte. Quienquiera que lo use, no podrá usarlo sino para herir o matar. Un malvado o un justo, un adulto o un niño, un ignorante o un sabio, no podrán hallar en él otra cosa que sangre y muerte. Que lo disparen ellos o que lo disparen contra ellos; que sea de intención o por descuido, por malicia o por juego, para atacar o para defenderse, nadie dará con él ni recibirá de él sino la muerte.

Así es que yo, haciendo este revólver, soy un sacerdote de la muerte; y si hay un Demonio o un Infierno que

se complazcan en el dolor, han de sentir que yo soy, como ellos, un creador de tristeza y de ruina; lo mismo que la peste, lo mismo que el ciclón y el terremoto, lo mismo que el naufragio, lo mismo que el hambre y el incendio.

* * *

Maneras de hacer pan, son infinitas en la vida. Y maneras de hacer revólveres, también. Se hace pan con harina, con madera, con lienzo, con predicación y con ejemplo, con lágrimas y con sonrisas; se hace pan con la azada y la escoba, con la pluma y con el serrucho, con la aguja y la almádana. Se hacen revólveres con el juego y con la embriaguez, con la prostitución y con la usura, con la adulación y con la mentira, con la extorsión y con la opresión, con la mezquindad y con el fausto, con la avidez y con el fraude.

Aún más, casi no hay acto ni pensamiento de nuestra vida, que no sea pan o revólver; que no sea para salud y alegría, o para enfermedad y tristeza. Los hombres en eso vivimos: unos haciendo pan y otros, revólveres; y de ser prudentes, no emprendiéramos nada ni colaboraríamos en nada, sin preguntarnos antes severamente si aquello era pan o era revólver.

Y entonces advertiríamos una cosa muy clara pero muy ignorada, muy sencilla pero muy incomprendida: y es que no se le puede dar a nadie una puñalada si no se dispone de un puñal, ni envenenarle sin tener un veneno. Sí, para matar a un hombre de una puñalada, se necesita absolutamente un puñal; lo que es voluntad

y loco deseo de matar a mi enemigo de una puñalada, o de diez o de ciento, quizá los tengo ya; lo que me falta es el puñal. ¿Qué haré para obtenerlo? ¿Quiénes se prestarán a ser mis cómplices en la obra de apuñalar a mi enemigo. Desde luego el legislador, que permite introducir puñales al país, sabiendo que el puñal es, meramente, un instrumento para herir o matar. Luego, el comerciante que los importa, sabiendo que no sirven para labrar la tierra ni para coser un vestido, sino para desgarrar el pecho de los hombres y beberles la sangre. Luego el aduanero que los registra, y que harto sabe que un puñal en nada se parece a un arado ni a un libro. Luego el tenedor de libros, que le lleva la cuenta al comerciante de lo que le reporta el negocio de los puñales. Luego la mujer y los hijos del comerciante, que saben que lo que gastarán esa noche en ir al teatro, viene de haber lucrado en la venta de los puñales. Luego el periodista que inserta el anuncio del que importa o revende puñales. Luego el afilador que los apunta y aguza, bien sabido de que ello es para mejor herir y matar. Luego la mujer o la novia, la madre o el padre, los hermanos o los hijos del que compra el puñal, y no se lo impiden o reprenden. Luego, muchos, muchos que en una o en otra forma sacan provecho de la fabricación, del transporte, de la venta, del cuidado y del uso de los puñales...

Puñales o revólveres, todo es uno. Revólver o aguardiente, o cualquier licor maldecido que embriaga al hombre y le bestializa y le enfurece, y le

lleva al hospital, a la cárcel, al manicomio, a la ruina de él y de los suyos, todo es uno...

* * *

¡No hombres: no basta vivir, sino que hay que vivir honradamente, limpiamente, como cristianos y como hidalgos; como criaturas que tienen alma que perder, y no simplemente, sacos de concupiscencia que llenar! Vivir como hombres, sí; pero vivir como lombrices, como escorpiones, como víboras, como inmundos roedores de cadáveres, no.

No estamos obligados a vivir si no podemos vivir en la luz. Si nuestro sustento, y nuestra casa, y nuestro vestido, y nuestro recreo y nuestra cultura no pueden absolutamente provenir del trabajo limpio; si nuestra incapacidad y nuestra desdicha fueran tantas que nos veamos arrastrados a vivir del revólver, entonces no vivamos. ¿Qué necesidad hay de que vivamos? ¿Qué necesidad hay de que yo viva, si para vivir yo, otros han de morir, o han de vivir en la corrupción, en el crimen y en la ruina?

No, hombres, busquemos una vida limpia; vivamos para el pan y del pan. Y quienes no puedan vivir sino del revólver y para el revólver, que anticipen el viaje; que atraviesen voluntariamente el umbral de la muerte, y que se libren así de la ignominia.

Lo que es porque se vayan, no faltarán en este mundo triste plagas, ni guijarros ni espinas. Pero así al menos, los hombres, en vez de abominables demonios, serán *hombres*, o siquiera merecerán ser hombres.

La Cultura por medio del Libro

Por Alberto MASFERRER

I

Sería empresa digna de acometerse, el fundar y sostener *una biblioteca municipal en cada población de la república*.

No se trata de un trabajo fácil; exigiría *desinterés, constancia y método*; unos diez años de labor, y un gasto aproximado de quinientos mil pesos.

Pero una vez realizada y afirmada esta fundación, habría derecho para grabar en la frente de nuestro país la palabra *cultura*; y aquellos a quienes se debiera esa obra, tendrían derecho a ser considerados como *grandes benefactores* de la patria salvadoreña.

No pensamos, ni por un momento, en un decreto del gobierno, *creando, nominalmente*, las bibliotecas munici-

pales; no pensamos en un decreto de la Asamblea Nacional, *votando* para fundar esas bibliotecas una fuerte suma de dinero, que no tiene el fisco, ni tendrá en muchos años. Nuestro pensamiento se concreta alrededor de *una empresa colectiva*, realizada y sostenida en colaboración por el gobierno, las municipalidades, los propietarios, los maestros, la prensa; en fin, por todos aquellos elementos que son fuerzas vivas en la nación. Especialmente los municipios; incluyendo entre los contribuyentes de cada municipio, a los extranjeros establecidos.

Desde luego, adviértase que no perseguimos la fundación de bibliotecas al modo clásico, ya fuera de la época, ineficaces, antieconómicas e incompletas. Aquello de un vasto caserón rebosando papeles, donde se acumu-

lan de hora en hora cuantas boberías y fastidios trasuda el pensamiento humano; donde por cada *libro* que ingresa, muy de tarde en tarde (porque un *libro verdadero*, así como un canto, una estatua o un cuadro verdadero, sólo se producen muy de tarde en tarde) ingresan centenares de volúmenes ineptos; aquellas *bibliotecas reales*, no son las que necesita una democracia incipiente, urgida de que se la enseñe a deletrear. Si acaso, aceptaríamos la utilidad de la biblioteca grande, con treinta, con cincuenta, con cien mil volúmenes, únicamente para San Salvador.

Mas no para nuestras cabeceras departamentales o de distrito, y mucho menos para la casi totalidad de nuestras poblaciones, que son, por su tamaño y número, simples aldeas, y por su bagaje mental, casi lo mismo.

En suma, nos referimos a la *pequeña biblioteca*, adecuada a la comprensión del mayor número y no al sibaritismo intelectual de unos cuantos; en relación con la capacidad económica de cada lugar, y no como una carga que esté siempre necesitando de subsidios y sacrificios.

Pequeña biblioteca, no quiere decir ineficaz, inadecuada, exigua. Afirmando que mil volúmenes escogidos, sabiamente *escogidos*, formarían una excelente biblioteca para San Miguel, Sonsonate, San Vicente, Ahuachapán y dos o tres ciudades más. Seiscientos volúmenes bien seleccionados, serían un tesoro para casi todas nuestras cabeceras de distrito. Trescientos volúmenes adecuados harían en cada población de las restantes, un beneficio

tan grande como el alumbrado eléctrico o la introducción del agua por cañería.

¿Se imagina el lector la cantidad de grato pasatiempo, de ciencia, de arte, de buen gusto, de poesías y nociones prácticas que pueden encerrarse en trescientos volúmenes bien escogidos? ¿Y cuánto tiempo necesitaría una persona discreta para leer con provecho trescientos volúmenes? Suponiendo que leyera cada libro *una sola vez* —y un buen libro nunca se lee una sola vez— necesitaría trescientas semanas, a razón de un libro por semana. Es decir, *seis años*, aproximadamente.

De tal manera, que si a una biblioteca de trescientos volúmenes ingresaran cada año *no más de treinta libros nuevos* (que no valen arriba de un centenar de colones) *siempre habría* en dicha biblioteca una gran cantidad de lectura nueva, hasta para esos glotones que en vez de leer devoran libros.

Hablamos de *fundar una biblioteca en cada población de la república*. Hablamos de una *empresa nacional*, realizada en colaboración por las municipalidades, los propietarios, el gobierno, la prensa, los maestros, los obreros; por todos, en fin.

Hablamos de pequeñas bibliotecas, de trescientos a mil volúmenes cada una, *bien seleccionados*; sirviendo como criterio para esa selección, *la mentalidad media actual* de cada ciudad o pueblo. Hicimos la cuenta de que, con una renovación de *treinta volúmenes* anuales en cada uno de esos centros, habría *siempre* lectura

nueva y copiosa para los más asiduos lectores.

Surge ahora, y en primer lugar, esta pregunta: *¿Qué fines principales* tendrían aquí en El Salvador esas bibliotecas?

Estos: primero, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la república.

Segundo, contribuir poderosamente a extirpar el analfabetismo; pues una vez que los padres de familia *se aficionen* a la lectura y comprendan sus grandes beneficios, harán todo esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y a escribir.

Tercero, crear un nivel de cultura media general, *que no tenemos*, y sin el cual las aspiraciones de libertad, democracia, orden, salud y bienestar son irrealizables.

Y cuarto, procuramos una extensa *comunidad mental que nos vincule y nos oriente*; sin la cual viviremos siempre en total anarquía de ideas y de aspiraciones, tirando cada uno la manta para su lado, y sin posibilidad ninguna de transformar en *nación*, lo que hoy es simplemente *un territorio* muy poblado.

II

Si el lector medita sobre el alcance de cada uno de estos fines, verá que la fundación de bibliotecas municipales en grande escala, si se establecen siguiendo un plan bien meditado, sería una empresa de trascendencia incalculable; sería crear un instrumento

de cultura, superior tal vez en eficacia a cuantos ahora poseemos.

Detallemos un poco la exposición y ventajas de cada uno de estos fines:

El primero, dijimos, crear una diversión muy agradable, muy honesta y muy barata, accesible a la gran mayoría de los habitantes de la república.

El tedio es uno de los peores enemigos del hombre. Si no se incluyó entre los pecados capitales, es porque el tedio, más que un pecado es una enfermedad, una enfermedad radical, puesto que daña o arruina el espíritu, y con éste, el cuerpo. "Consolar al triste" es una de las obras de misericordia. El tedio es la tristeza llevada al punto de gangrena. El que está simplemente triste, padecerá él solo; quien padece de tedio, hará padecer a los demás, porque el tedio se resuelve en aversión y aborrecimiento de la vida, es decir, de todo cuanto nos rodea. Aquel discreto abad que obligaba a sus monjes a destejer hoy las cestas que habían tejido ayer, sabía muy bien que debe combatirse el tedio a toda costa, porque donde él entra y domina, todo se vuelve negruras e infestaciones.

Ahora bien, El Salvador es uno de los pueblos más tristes de América; uno de los pueblos en que la vida es más melancólica y tediosa. No inquirimos ahora las causas de esta modalidad; simplemente hacemos constar el hecho, y lo evidenciamos. Sirvan como testigos en primer lugar, nuestros lectores que hayan viajado un poco. ¿Encuentran, ni remotamente, un término de comparación entre la alegría nuestra y la de los franceses,

por ejemplo? ¿Han visto aquí los grupos de estudiantes que se ven en Bruselas, cantando en pleno bulevar, a las diez de la mañana a los compases de un acordeón? ¿Existe aquí la canción popular que se oye en la Europa del Norte surgir espontáneamente de un grupo de obreros, de estudiantes o de soldados, o de simples vecinos paseantes que se encuentran en el teatro, en la calle, en el campo? ¿Qué hacen los salvadoreños (salvo los que a fuerza de dinero se procuran algunos pasatiempos) los días festivos? Aburrirse, encerrarse, carambolear como todos los días en los billares, o irse a la cancha a matar gallos. En Europa, en habiendo asueto, el burgués coge su cesta al brazo, la guarnece de un pan, de un trozo de jamón o de queso y de una botella de vino, e *inunda* los parques y los bosques donde ríe, canta, baila, corre, se vuelve niño y se aprovisiona de vigor y alegría para el resto de la semana. Nosotros, qué sabemos de tales recreos?

En Chile, durante los días de labor, el chileno parece una máquina, atareado, callado, casi taciturno, como si todo su ser no estuviera capacitado sino para el trabajo. Pero el sábado por la tarde, cerrados ya el taller, la oficina, la fábrica, el chileno se entrega con todas sus potencias a la más estruendosa y vigorizadora alegría: al baile de la *cueca*, que es la combinación más feliz del canto, el baile, el recitado y otras formas de contento. Quien no ha visto bailar la zamacueca, al modo de Chile, con *tamboreo* y *wifa*, al son del arpa (que es allá el

instrumento popular), tocada por una moza gentil —al arrullo de una canción que entonan otras dos, mientras golpetea con los nudillos en la caja del instrumento—; salpicada la danza con recitados, y fundido todo ello en el coro de los espectadores que marcan los compases con palmoteos..., quien no ha visto y oído la *cueca*, decimos, no sabe lo que es alegrarse ni mandar al diablo las penas de hoy, las tristezas de ayer y las inquietudes de mañana.

¿Para qué decir nada de los *yankees*? El norteamericano, así con su afán de millones, su atmósfera de carbón y su *país de hierro*, es el hombre que más se divierte bajo el sol; el más capaz de divertirse, el que con más espontaneidad y rapidez se entrega al sport, al baile, a la risa, al juego en todas sus formas, al paseo en calles y parques, a la lectura de recreación y distracción. El neoyorquino, en aquella infernal Nueva York, juega pelota todo el año a toda hora; si llega un camión a descargar o a llevar cualesquiera cosas, mientras se abre la casa o el almacén, el chofer, el peón, o el factor descienden inmediatamente y, emprenden *un match*, con el primer chiquillo de buena voluntad que pasa por ahí. Recordamos que un día, a eso de las cuatro de la tarde, en un trayecto de doscientos metros en la calle 98, contamos envidiosamente *diecinueve* grupos de jugadores de pelota; niños de escuela, muchachas y muchachos, obreros y factores, jóvenes y viejos, vecinos que salieron de sus casas y dependientes que dejaban un momento sus tiendas,

para echar una mano en el juego. Jugaban la pelota de mano en mano; contra la pared; con pala; tirada a lo alto, en mil maneras, sin cuidarse de nada ni de nadie, como si fuera un pueblo de niños, donde la ocupación más grave e importante fuera el peleteo.

Por eso es aquel pueblo tan fuerte: *porque es alegre*. Por eso nuestras mujeres, que aquí agonizan de monotonía en su lucha sempiterna y trivial con la criada, suspiran por vivir en Nueva York, no obstante que allá tienen que servirse a sí mismas, y cargar con todos los quehaceres y faenas.

Por eso nuestros jóvenes, no obstante vivir aquí maldiciendo del *yankee*, de palabra y por escrito, una vez allá no quieren regresar, y si vuelven, se empeñan en simular la vida que allá hicieron. Pues, en verdad, la vida melancólica, uniforme, tediosa que llevamos en nuestra tierra, seca todos los manantiales del vigor, y convierte el ánimo en un yermo donde sólo brotan flores con gozo efímero y malsano, a fuerza de provocarlos con tabaco, licor, morfina y toda clase de excitantes.

III

Hablando de diversiones en este país, no hemos de contar San Salvador. Aquí tenemos el cine, el hospital, el cementerio; la misa cuando hay buena orquesta; ir a Mejicanos a respirar polvo (no inodoro), y a comer allá, en el suelo (tampoco inodoro) cosas que, para ingerirlas, más que de apetito se requiere de mucho valor y

ningún olfato. En días venturosos tuvimos a nuestro Lagos y Lagos, que nos hacía reír la buena risa. Teníamos también los conciertos, tan alegres y civilizadores; pero nuestras discretas señoritas y sabias señoras han descubierto que no es de buen tono ir al concierto; que lo *chic* es aburrirse en casa. Y si no van ellas ¿a qué iríamos los demás?

Con todo, admitamos patrióticamente que San Salvador es alegre. Y admitamos que lo son también, Santa Ana, Ahuachapán y alguna otra. ¡Pero y el resto, señor! Verdad que toda población tiene sus estancos, y que ahí el pueblo soberano se divierte a su guisa, con una guitarra de clavijas versátiles, *guaro* y apasto, y tal cual machetazo descomunal que contrarresta el excesivo número de nacimientos.

La verdad es que todo ello junto no alcanza a merecer para nuestra república el dictado de nación divertida. Un cantarillo popular que se oye con frecuencia en nuestras aldeas, podría servir a los que gobiernan para formarse un criterio justo sobre la necesidad de crear diversiones para el pueblo:

*¡Qué cosas las del alcalde!
Quiere quitar la bebida,
Sabiendo que el hombre pobre
¡Sólo bolo tiene vida...!*

¿Oye, señor alcalde? El hombre pobre, sólo borracho tiene vida . . . aquí entre nosotros, donde usted y colegas, en vez de esforzarse en darle al pueblo diversiones honestas, le han

quitado, so pretexto de cultura y de modernismo, hasta las escasas que aún tenía. Le han quitado hasta aquel saludable, gratisimo e inocente juego de las bolas, que en todas las aldeas salvadoreñas servía de *billar de los pobres*, y en vez de ésa, le han dejado el de los *bolos*, que comienza en alegría, sigue en ridiculez, continúa en estupidez y brutalismo, y acaba muchas veces en sangre.

Pues bien, si fundáramos las bibliotecas municipales sobre la base de *lectura amena*, habríamos hecho algo muy importante en este ramo de crear diversiones para el pueblo. Lectura amena, sobre todo. Nada de Imitación de Cristo, ni de Schopenhauer, ni de Paul Bourget, ni del millón de filósofos, novelistas y sabios que se propusieron acabar con la escasa alegría que aún conserva la triste humanidad, sino libros alegres, regocijados, alentadores, que traen buena digestión y buen sueño: Julio Verne, el Robinson, Cuentos de Grimm y de Perrault, *Las mil y una noches*, Samaniego, Luis Taboada, Dumas padre y Walter Scott; Zorrilla y Bretón de los Herreros; libros de viajes, libros de imaginación, libros de poesía: alimento sano, grato, asimilable.

Los primeros cien libros de cada biblioteca han de ser así: libros de risa, de belleza, de fantasía, de sugestiva y honda emoción, para que el pueblo se aficione a la lectura. Hemos de tratar a esos reacios y perezosos lectores así como a los niños; o mejor dicho, hemos de aprender de los niños el arte de formar lectores. ¿Qué es lo que los niños prefieren? Libros

de cuentos, y más *si tienen láminas*. Si se le dan libros de cuentos, el niño se pasará las horas y los días leyendo. Si se le dan tratados de Algebra, Guías de Pecadores, pesaderías de Samuel Smiles y de Marden, el Arte de los Negocios y otros tales, preferiría mil veces jugar trompos, *mica* y otras diversiones que realmente lo son. En caso semejante, el obrero, el campesino, el pequeño burgués, prefieren el estanco y la guitarra, aunque sea acordada con pita de cáñamo.

¿Qué número de fieles quitaríamos al patio de gallos y al estanco, una vez que en cada población del país hubiera una pequeña biblioteca, donde el pueblo encontrara lectura *verdaderamente divertida*? Un número muy grande, sin duda, pues el libro llega también a convertirse en vicio y todo vicio es absorbente, y por ello, excluyente.

Si comprendemos bien el problema que se trata de resolver con el establecimiento de las bibliotecas municipales, veremos que no es sino *enseñar a leer* a nuestro pueblo. Al niño, mal o bien, se le enseña a leer en la escuela, y si *todos* los niños pasaran por la escuela y *aprendieran* allí esta primera parte de la lectura que llaman deletrear y *decorar*, el problema se resolvería por sí mismo, *hasta cierto punto*. No habría sino esperar que todos los viejos analfabetos nos fuéramos muriendo, y a la vuelta de unos treinta años contaríamos con una generación en que el analfabeto sería la excepción y no la regla.

Pero en la realidad de los hechos, más de la mitad de los niños salvado-



Don Alberto Masferrer. (Óleo de José Mejía Videst).

reños no asiste a la escuela, y muchos de los que van no alcanzan ahí a comprender *el mecanismo* de la lectura. Mas, suponiendo que todos los niños lo aprendieran, ello no fuera sino una media resolución del problema, un paso en la jornada; puesto que entre uno que sabe la lectura *mecánica*, y un lector, la diferencia es enorme. Lector es aquel *que tiene el hábito de leer*. Este hábito no se adquiere en nuestras escuelas ni en la mayor parte de las escuelas de Centroamérica, sino rara vez, eventualmente. Y lo mismo sucede, con atenuaciones, en Europa. No es afirmación nuestra, sino de los educadores suizos, quienes, hablando de la escuela suiza (una de las mejores del mundo) afirman que, generalmente, “los niños salen de la escuela con *una marcada aversión* a los libros; que la escuela *les mata la curiosidad*”. Ahora bien, cuando un niño sale con *aversión* a los libros, con la curiosidad extinguida, podemos decir de él que es un fracasado, en cuanto se relaciona con su futuro cultivo mental por medio del libro. Ese niño *no será* lector, salvo que se le sujete a una disciplina especial que reviva su curiosidad. Pues la curiosidad es el móvil mayor y más constante de todo aprendizaje.

Esa disciplina especial, llamada a complementar la acción de la escuela o a *corregirla*, es la biblioteca municipal, la biblioteca popular, que nunca llenará sus propósitos si no admite como primordial y necesaria condición la de proporcionar *lectura amena*; la de ser, antes que un centro de instrucción, *un centro de recreo*.

IV

El segundo de los propósitos que cumpliríamos con las bibliotecas municipales se refiere al analfabetismo. Con esas bibliotecas disminuiría grandemente, pues, como decíamos, una vez que los padres se *aficionen* a la lectura, *harán todo* esfuerzo para que sus hijos aprendan a leer y escribir.

Que los adultos *se aficionen* es todo el secreto de la cuestión. Desde el momento en que nos *aficionamos* a una cosa —sea, si se quiere, la más difícil de alcanzar— desde el momento en que tenemos *fe* en su mérito o su eficacia, ya estamos desplegando todas nuestras fuerzas para conseguirla o realizarla. Aquello que no se obtiene, aquello que no se mejora —aunque día y noche hablemos de sus excelencias— es, en último análisis, algo que *no nos inspira efecto, algo que nos es indiferente*.

Aquí tenemos un ejemplo: San Salvador, Santa Ana, San Miguel, han construido hermosos y costosos teatros; tan hermosos, que causarían envidia a muchas ciudades hispanoamericanas. De una manera u otra, con el dinero particular o con el público, valiéndose del apoyo municipal o del apoyo del gobierno, ello es que han construido hermosos edificios teatrales. ¿Por qué? Porque los salvadoreños tenemos afición al teatro, *tenemos fe* en el teatro. En cambio, no sabemos de ninguna ciudad salvadoreña que haya construido un buen edificio escolar. Una casa de escuela, propia, adecuada, moderna, del tipo que ya es común en casi todo el mundo culto, no la hemos construido. ¿Por qué?

Porque no tenemos fe en la escuela, porque no le tenemos *afición*. Así también hemos edificado hermosos cuarteles, hermosos casinos, hermosos parques; mas *no* hemos pensado en edificar nada para una biblioteca ni para un museo. Cuestión de que a unas cosas les tenemos *afición* y a otras no.

En materia de analfabetismo, así andamos; escribir y hablar de la cosa, todos hablamos y escribimos: o porque ello es de moda, o por temor al qué dirán, o por nuestro prurito de creer que nombrar una cosa equivale a crearla. Pero el analfabetismo no decrece, porque *en realidad*, no nos importa; porque nuestra *afición* a la lectura no es lo bastante grande para que de ella surjan *las obras*.

Pues bien, hemos de crear, hemos de vigorizar esa deficiente *afición* de nuestro pueblo a la lectura, y al efecto nos servirán de mucho las bibliotecas municipales. Ya dijimos que la primera condición de tales centros será establecerse sobre una base de *lectura amena*. Cosa que atraiga, cosa que *divierta*.

- Pero surge una dificultad: ¿qué libro será bastante regocijado y atrayente, que se haga leer de aquellos que no saben leer, de aquellos que no conocen *ni la O por lo redonda*, *ni la l por lo larga*? Y esos son legión: la mitad, acaso más de nuestro pueblo, no conoce el abecedario. Démosle *Las mil y una noches* a los dos tercios de millón de analfabetos absolutos en *quienes reside la soberanía*, ¿a ver si leen ni siquiera el título del libro?

Pero gracias a Dios, contra siete vi-

cios hay siete virtudes, y si la virtud necesaria en este duro trance ha sido descubierta y practicada en alguna parte, bien podremos nosotros aprovechar de aquel descubrimiento y *practicarla* a nuestra vez.

En efecto, ha sido descubierta y *practicada*. En Santiago de Chile —para no hablar sino de lo que hemos visto aquí mismo en América con nuestros propios ojos— conocimos una cierta Asociación de Estudiantes Universitarios, la mayor parte de familias ricas y de alta sociedad, consagrada a *fundar escuelas nocturnas de adultos*. A fundarlas y mantenerlas con su *propio dinero y su trabajo personal*.

Por aquel tiempo, hace unos veinticuatro años, la “Sociedad Franklin” que así se llamaba, tenía perfectamente organizadas ya dos escuelas nocturnas. Los fundadores de aquellas escuelas hubieron de aguzar el ingenio para lograr que los adultos —obreros, peones, sirvientes—, consintieran en ir a la escuela, y luego en no desertar de la misma. Conviene advertir que el pueblo bajo, la plebe, puesto que hay que llamar con exactitud, no es allá, de ninguna manera, superior al nuestro. El nuestro vale más que aquél, como inteligencia, como limpieza, como *afición* a instruirse. Las clases dirigentes chilenas no tienen entre sus numerosas y difíciles tareas de cultura y de gobierno, ninguna más difícil y penosa que la de convertir *en pueblo* el populacho; que extraer de *un roto* un ciudadano.

Pues bien, nuestros beneméritos *estudiantes* habían montado sus escue-

las sobre el más ingenioso mecanismo de atracción, de simpatía, de caridad, digamos, para que aquellos desastrosos e imbéciles *rotos*, vinieran al *centro* donde se les transformaba en hombres, en ciudadanos. Había una *Comisión de Asistencia*, encargada, como si dijéramos, de lanzar y domesticar al animal montaraz, y de buscarle y de conducirlo al redil cada vez que por cualquier motivo desertaba de la escuela. ¿Que Juan ha dejado de asistir? Pues a buscar a Juan, allá por los suburbios en el cuartucho miserable donde habitaba.

—¿Por qué no has vuelto a la escuela?

—Porque estoy enfermo.

—¿Tienes médico?

—No.

—Pues te vendrá a curar uno de los médicos de la escuela (practicantes de medicina, que eran miembros de la asociación).

—¿Tienes para medicinas?

—No.

—Pues se te darán en el dispensario de la escuela (la escuela tenía su farmacia).

Juan, asistido y curado por la escuela, se sentía, por gratitud, obligado a no seguir faltando.

¿Que hace tantos días que Pedro no ha venido? Pues a buscarle. Pedro alegaba hallarse en enredos judiciales con su patrono, y que eso no le dejaba tiempo de pensar en escuelas ni en tonterías.

Y entonces, un joven pasante de Derecho, miembro también de la asociación, iba en solicitud del patrono de Pedro, a transar con éste si era

justo y posible, y si no, a tomar a su cargo ante los tribunales la defensa de Pedro.

Naturalmente, por muy bruto que fuera Pedro, le tomaba cariño a la escuela, que le sacaba de tamañas dificultades.

Para los viejos, para los recalcitrantes al estudio, para los que *nunca* habían visto *ni conocían una letra*, había un *centro de lectura* que trabajaba especialmente los domingos y días festivos. Y en tal centro vimos a nuestros estudiantes, horas enteras, cada uno a su turno, *leyendo* en alta voz, en medio de un corrillo de gentes atentas y gozosas, *Las Aventuras de Robinson*, las novelas de Julio Verne, cualquier libro de esos muy divertidos, que no quiere uno dejar de leer, o de *oír*, una vez que lo ha comenzado a gustar.

A la vuelta de algunos meses, aquellos reacios analfabetos *consentían* en recibir clase de lectura, es decir, admitían y recibían el bautismo de la civilización.

Esta es la virtud que vimos practicar en Chile, y su recuerdo nos sugiere la idea de que nuestras bibliotecas municipales deberán tener, cada una, un *Centro de lectura* anexo, donde se martaje la piedra dura del analfabeto pertinaz y obstinado, hasta crear en él la llamita de la *afición*, que luego transmitirá a sus hijos.

Contra siete vicios...

V

Este capítulo debería versar sobre el tercero de los fines que perseguimos, cual es el de crear un nivel de

cultura media general, que no tenemos, sin el cual “son irrealizables las aspiraciones de orden, libertad, democracia y salud”. Pero hasta en las más pequeñas cosas interviene el azar, y éste nos obliga a cambiar hoy el orden de nuestras conversaciones.

En cierto lugar, un hombre progresista y resuelto nos escribe: “no hablemos más, fundemos aquí, sobre la marcha, la primera biblioteca de las que han de crearse, y para ello, díganos usted cuánto valdrán los cien volúmenes que servirán de base, y cuáles volúmenes han de ser”.

Este hombre, que hace lo que tantos otros hombres sólo dicen, merece atención, y se hallará justificado que nos apartemos del orden en que íbamos exponiendo nuestras ideas, para entrar con él en una conversación particular.

Al hecho, señor. Sólo sí, le rogamos tenga presente una advertencia, y es que no se trata solamente de gastar una cierta suma, en unos cuantos libros; de ponerlos allí en servicio más o menos regular, durante su administración de alcalde, y que mañana el sucesor de usted disponga que ya no; que ese dinero debe gastarse en otra cosa, a la cual vincule él su nombre durante doce meses justos. No; se trata de fundar, y quien dice fundar, dice mantener. Y para fundar, sostener y mantener —que es la única manera de trabajar, digna de verdaderos hombres— lo de menos será el dinero; lo importante es que ese dinero convertido en libros, sirva, dure y perdure.

Porque, se lo diremos bajo toda re-

serva, hay dificultades, y entre otras, una gravísima, y es que los libros se pierden. Los pierden, replicará usted. No; se pierden. Decir que los pierden sería calumnioso, o por lo menos temerario. De ahí a decir que se los roban no habría más que un paso y seguramente un paso en falso, puesto que no hay ni hubo ni habrá un solo salvadoreño capaz de robarse un miserable libro, y más si se ha comprado con el dinero municipal y para servicio del público. No, los libros se pierden y no porque nadie se los robe, que fuera un delito y una grosería, sino porque nos quedamos con ellos, lo cual es simplemente una costumbre.

¿Quién será capaz de robarse un libro? Sólo un ladrón, evidentemente.

¿Quién será capaz de quedarse con un libro? Nosotros, usted, los bibliotecarios, el lector, la lectora, el señorito, la señorita, el discípulo, el maestro, cualquiera. Es una costumbre y la costumbre es ley.

Sólo que, por inocente que sea esa costumbre, se adivina que mientras ella exista, lo que es crear y sostener bibliotecas municipales será poco menos que una quimera. ¡Imagínese usted! Si en vez de abrir la biblioteca con cien volúmenes, la inaugura usted con 3,000 y cada uno que la honre con su visita se queda con un volumen, parécenos que, en buena aritmética, al llegar a tres mil el número de visitantes, el de los volúmenes habrá llegado a cero; salvo que los custodios se queden... con los que les dejen.

Algo así sucedería en Zacatecoluca,

a juzgar por cierta gemebunda correspondencia que vimos publicada en un diario; algo del mismo género acontecería en Chinameca, donde se montó una escogida biblioteca popular, de la cual sólo va quedando a esta hora la buena intención y el grato recuerdo. Algo así ocurriría y sigue ocurriendo en varias poblaciones de la república, donde alcaldes y patriotas se empeñaran en fundar bibliotecas municipales. La única que en ese tiempo se salvó de los estragos de ese sistema, fue la Nacional de San Salvador, gracias a la feliz circunstancia de haberse fundado casi toda ella con libros en árabe, en griego, en sánscrito y otras lenguas que no todos entienden.

El sistema en cuestión no sería del todo inconveniente, si se pudiera reglamentar un poco más: si, verbigracia, a cada uno de los que visitan una biblioteca le tocara quedarse con un solo volumen. Al cabo de las visitas, todos nos habríamos quedado con algo, y la diferencia sería que, en vez de ir a leer incómodamente a la biblioteca, leeríamos cómodamente en nuestra hamaca; nos cambiaríamos los libros y así se ahorraría el pago de local, de anaqueles, de alubrado, de bibliotecario, de mozo de servicio y de estadística. ¿No es verdad que sería un hallazgo?

Mas suele acontecer que por demora de los visitantes, o porque no todos sean tan amigos de instruirse a domicilio, puede acontecer que sólo uno, o unos pocos se queden con todos los libros, y entonces fallan enteramente los propósitos de los que fundaron la

biblioteca. Lograr que cada uno se quedara con uno o dos volúmenes, fuera haber puesto orden en el desorden; un progreso real, toda vez que un libro, no digamos quedándose con él, aun robándose, ha de producir siempre algún beneficio. En efecto, nótelo usted, cuando uno se queda con ellos no será sino para leerlos. Si me quedo con un revólver o con una botella de cognac, o con una tableta de morfina, o con un par de dados, seguro que será para matar a alguien, o para embriagarme o para narcotizarme, o para que me despojen de mi dinero.

Pero si me quedo con un libro, de cien veces noventa y nueve será para leerlo o bien para darlo a leer a otro, que es justamente lo que andamos procurando. Mas, sea como quiera, nosotros deseamos difundir la lectura en una forma no tan simplista, y el escollo principal consiste en la costumbre de quedarnos con todo libro que encontramos mal puesto. Fíjese usted bien, el mal está en que los libros se hallan mal puestos. Por regla general, siempre que alguna cosa se pierde, es porque está mal puesta, y aquí volvemos al aspecto concreto y escabroso de la cuestión. ¿Qué haremos para que los libros de nuestras bibliotecas se encuentren bien puestos? ¿Ya pensó usted en ello?

Allá en nuestra niñez, los escolares de la *aldea* habían descubierto un remedio bastante ingenioso y eficaz, para evitar que los unos se quedaran con los libros de los otros. Consistía el remedio en escribir con tinta muy fuerte y letra muy clara, en la prime-

ra página del libro, este conjuro amistoso y tremendo:

*Si este libro se perdiese,
Como suele acontecer,
Suplico al que lo encontrase,
Que me lo sepa volver;*

*Y si es de las uñas largas,
no se lo vaya a coger;
Y si no sabe mi nombre,
Aquí lo voy a poner.*

Fecha y firma.

¿Creerá usted que nosotros los niños de entonces, no nos atrevíamos a quedarnos con el libro ajeno, sólo por no incurrir en el dictado de uñas largas?

¡Ah, tiempos!

Los hombres de ahora, educados en las doctrinas de la lucha por la existencia, quizá no seríamos tan delicados como los niños de antes, y no nos atrevemos a proponer como único y seguro remedio contra el mal de que hablamos, el de escribir en la primera hoja de un libro aquellos versitos que tanto respeto nos inspiraban a nosotros. Y sin embargo, ¿lo creerá usted? Hemos visto usar nada menos que en Estados Unidos, los mismos recursos que empleaban los escolares de mi aldea: esta es la hora en que los yanquis, maestros en cosas prácticas, escriben, no en la primera página sino en el reverso de la pasta, una serie de advertencias que vienen a ser en substancia lo mismo que nuestro conjuro de las uñas largas: los libros, los millones de libros de las bibliotecas públicas de Nueva

York, llevan impreso en el reverso de la pasta una serie de amonestaciones que dicen, poco más o menos así: "Procure usted que no se manche este libro. Vea que los niños no le arranquen las hojas a este libro. No coloque usted este libro abierto sobre la mesa descansando sobre las hojas. No doble las hojas de este libro para señal, porque se arruinará. Recuerde que si este libro se extravía, causará usted un daño a los otros lectores. No retenga usted este libro más tiempo que el necesario, porque hay otros lectores que lo necesitan y lo están esperando". Y no recordamos qué más.

Ya se adivina que se trata de libros que se lleva uno a su casa, donde no hay vigilancia posible de parte de los empleados, y que el solo control de la biblioteca que lo suministra, es esa serie de consejos cuyo sentido íntimo, para quien sabe y quiere entender, equivale a decirle: "No sea usted sinvergüenza: ya que se lleva ese libro a su casa sin pagar nada; ya que le damos a usted gratuitamente cuanta lectura necesite, ahorrándole así mucho dinero, no sea bribón ni grosero ni cochino, no se robe el libro, ni lo destruya, ni lo empuerque".

Aquello de las uñas largas, resulta un caramelo si se compara con lo que los yanquis escriben en la portada de sus libros.

Y bien, allá lo mismo que entre los escolares de mi aldea, la filípica esa da resultados, y mucha gente que se habría quedado con los libros, si no encontraba en ellos esa inocente amonestación, los cuida y los devuelve, sólo por no incurrir en el feo califi-

cativo de *distraído*. Es claro, a nadie le gusta que le digan *uñas largas*.

VI

Nos toca ahora hablar de los *cien libros* amenos, atrayentes, regocijados, que formarán *la base* de nuestras bibliotecas populares. Como quien dice, el anzuelo con que vamos a pescar lectores que no leen y hasta lectores que no saben leer. La lista es muy fácil de hacer, a primera vista. ¿Libros amenos? No hay sino que pedir la colección de Julio Verne, o las novelas de Dumas padre, o la serie histórica de Walter Scott, o la interminable Carlota Braem, o el canasto de Nick Carter o el costal de Ponson du Terrail, o la montaña impresa de Balzac, o las Aventuras de Salgari, o cualquiera otro de los fecundísimos autores de libros de pasatiempos, que han escrito centenares de volúmenes.

Pero se nos ocurre que eso de fundar una biblioteca — que tiene muchos gastos, aun siendo popular y económica— sólo para leer a uno de esos autores, no sería cuerdo en ningún caso.

Luego, hay la dificultad de que el mismo libro que alguien encuentre muy divertido, le resultará a otro poco menos que cansado, y aun enteramente insípido a quien tenga el gusto algo exigente.

Además, la amenidad de Dumas suele costar un falseamiento de la verdad histórica; la de Walter Scott, le encierra a uno en un mundo muy estrecho, en que apenas se ve otra cosa que las montañas y los matorra-

les de Escocia; la de Paúl de Cock, está buena para viejos verdes y para mozos pervertidos; la de la señora de Braem, sólo puede satisfacer a las amas de llaves o a las porterías; la de Ponson, acaba con las facultades de raciocinar y con el buen sentido; la de Balzac, por demasiado filosófica y por hallarse casi siempre mal traducido, acaba por ser enojosa, salvo en unas cuantas de sus novelas.

Y en cuanto a la fábrica de Nick Carter, Gastón Leroux, y otros falsificadores del ingenio de Conan Doyle, no suelen ser sino hacinamiento de disparates y falsedades que se imprimen y se venden... porque sí.

Renunciamos, pues, al autor único, y nos resolvemos a seleccionar, tomando de cada uno de ellos, una, dos, tres obras legibles, inteligentes y placenteras.

Claro que no solamente de los autores citados, sino de otros muchos. Claro también que ninguna de Nick Carter ni de otros facinerosos parecidos.

Así es que en nuestra lista no han de figurar sino libros que, por ser divertidos no dejen de ser discretos, y que no sean mentirosos, y que no sean obscenos y que no dejen un concepto demasiado estrecho de la vida, y que no exijan demasiada técnica como algunos del encantador Julio Verne.

¿Bastaría con eso? Casi, casi: amenidad, inteligencia, decencia, verdad, amplitud y sencillez, parece casi todo lo que deberíamos exigir en los libros que vamos a poner en manos de nuestro pueblo.

Sin embargo, no es todo, y nada nos obliga a limitarnos a esas indispensables cualidades cuando podemos añadirles otras de tanto valor como aquéllas.

Por ejemplo, el optimismo, la fe en el bien, la energía sana y constante, que nos enseña Goldsmith; la belleza, el arte hondo de Stevenson; la sugestividad de Welles; la ternura, la profunda bondad de Andersen; el heroísmo de Scott; la piedad, la compasión infinita de Cheekof; en fin, todo lo que han creado de hermosura, de arte, de verdad, de bondad, los grandes escritores que son, por ello, los mejores y más grandes maestros de la humanidad.

Y todavía más: ¿Por qué no hemos de procurar, al mismo tiempo que divertir a nuestro pueblo, *darle una* orientación que le inicie en los principales dominios de la vida mental; que le haga capaz de continuar por sí mismo, según la vocación y posibilidades de cada uno, instruyéndose en los grandes ramos de la cultura? ¿Por qué hemos de limitarnos a las obras de mera ficción y fantasía, pudiendo también entrar en el campo de las realidades?

Queremos decir que no sólo en la novela podemos hallar los elementos de una lectura recreativa, sino también en la Historia, en la Moral, en la Geografía, en los viajes, en la Astronomía, en la Zoología, en la Física, en la Botánica, y acaso en otras. En forma directa o en forma de novela, hallaremos obras grandemente instructivas que son también de mucha distracción y amenidad, y las inclui-

remos desde luego en nuestra lista de los *cien libros*.

Henos aquí, pues, con un criterio de selección bien formado, y aptos para escoger los más adecuados a nuestro programa: cien libros de primer orden que sean obras de arte, obras amenas, sanas, discretas, optimistas, instructivas y sugestivas. Como si dijéramos, cien diamantes o cien rubíes extraídos de las minas de la literatura, de la historia, de la ciencia, de la religión, de la moral.

El lector que llegue a leer cuidadosamente esos cien libros, que los guste, que los entienda, que los digiera, llegará a ser un hombre de bastante mentalidad, con ideas claras sobre muchas cosas esenciales, con buen gusto literario, iniciado en las disciplinas del arte y de la ciencia. Seguramente, más de alguno dirá que ambicionamos demasiado y que hacemos de una pequeña biblioteca municipal una princesa del Toboso, una hada capaz de convertir en carruajes las calabazas y en caballos los ratones. Tal vez; tal vez exageremos las virtudes de la lectura, pero vale la pena de hacer la experiencia, y más cuando la experiencia es fácil de hacer. La nuestra y la de otros muchos que la hicieron, dice que ya no cien libros, sino un solo libro, el *Fausto* de Goethe, por ejemplo, encierra grandes tesoros de cultura para el minero que sabe descubrirlos. Así, la cuestión está en saber seleccionar estos libros

VII

Desde luego conviene saber que todos ellos han de ser empastados, im-

presos en letras de buen tamaño, en papel sin lustre, y en formato no más pequeño que el *octavo* ni más grande que el *cuarto mayor*; o dicho en otra forma, que su longitud no baje de quince centímetros ni suba de veinticinco.

Lo del tamaño es interesante para comodidad de los lectores y para facilitar la colocación de los volúmenes en los anaqueles; lo de la pasta, es indispensable para no gastar el dinero innecesariamente, pues los libros en rústica duran apenas la tercera parte del tiempo que duran los libros empastados; lo de la letra, es de mucha importancia para no arruinarles los ojos a los lectores y para que la lectura no se trueque de placer en fastidio; lo de la opacidad de las páginas se exige también en servicio de los ojos, que padecen con los espejos del papel, sobre todo cuando se lee de noche.

Todos los volúmenes habrán de llevar en el lomo, en letra dorada, esta leyenda: *Biblioteca Municipal—Cojutepeque*, o donde sea. Esta leyendita servirá de vanguardia al ejército de advertencias que movilizaremos contra los desvergonzados *uñas largas*.

Supuesto que los libros reúnan todas esas modalidades exteriores, ¿cuánto habremos de pagar por ello? Si los pedimos directamente a Madrid, a Barcelona, a Valencia, a París, nos costarán puestos aquí de *dos a cuatro colones* cada volumen.

Bromas aparte, afirmamos que nunca fueron tan caros los libros en San Salvador como lo son ahora, a contar de 1890 a esta fecha. Ahí están para

certificarlo muchos doctores y coroneles que tienen el vicio de comprar libros, y quienes a esta hora deben de maldecir aquella en que adquirieron tan funesta manía; pues de no adquirirla, ni habrían perdido el estómago, ni usado anteojos antes de tiempo, ni aprendido un millón de cosas inútiles, ni invertido en papel manchado el valor de una finca de seiscientos quintales de café o de un aristocrático ingenio de azúcar.

En esa proporción, la pequeña biblioteca de *cien libros*, que traída directamente de Europa nos importaría unos trescientos cincuenta pesos, a lo más, si la compramos aquí nos saldrá por *seiscientos pesos* cuando menos; lo cual no puede ni debe consentirse, ahora cuando quien almuerza no está seguro de cenar, y cuando, aunque nos esté mal el decirlo, un colón salvadoreño vale nada menos que medio dólar.

¿Hay razones para esa nunca vista carestía de los libros? Las ha de haber sin duda, justas y muy imperiosas, y la primera de todas, que cada uno entiende la beneficencia a su manera y es dueño de fijar el precio a sus mercaderías. Nos hacemos cargo de que el comercio es azaroso y difícil en un país como éste, inestable y movedizo, con tanto polvo y tanto calor y con la incertidumbre del cambio. Luego, tantas ocurrencias no esperadas, que obligan al comerciante a subir los precios en obediencia a la previsora y sabia doctrina de que “el que adelante no mira, atrás se queda”.

Nada tenemos que objetar y sí que agradecer y aplaudir en todo lo

que atañe al arte maravilloso y milagroso de convertir el 2 en 4, sólo inferior al arte sagrado de Jesucristo, de transformar el agua en vino. Puesto que el hecho existe, por algo será, y por algo, sin duda, absolutamente digno de respeto. Mas, sea como fuere, no vamos a caer en la locura de pagar diez por aquello que puede muy bien obtenerse al precio de cinco.

Ahora, si dichos señores libreros, por humanidad, por patriotismo, por amor a la cultura, por toda clase de buenas razones quieren convertirse en cristianos *por una sola vez*; o mejor dicho, *sólo en el caso de ayudar a las bibliotecas municipales*; si quieren contribuir a esta empresa, haciéndonos precios de favor, por supuesto; si quieren pedir por nuestra cuenta, mediante una comisión razonable, las obras que comprenderá la lista de los *Cien Libros*, o si quieren vendernos los que tengan en plaza, ganando un amigable, benévolo y equitativo tanto por ciento... , entonces, vengan las dos manos; estrechémoslas contra nuestro pecho, besémosles en ambas mejillas, y aprestémonos a declararles benefactores de la cultura salvadoreña.

VIII

No es perfecta la lista que hemos formado, hay en ella una veintena de obras que podrían substituirse ventajosamente con otras; pero ello no es posible por el momento. En todo caso, estamos seguros de no haber incluido en nuestra lista ningún libro tonto ni perverso.

He aquí la lista:

- 1.—*Fábulas*, Samaniego; 2.—*Cuentos*, Perrault; 3.—*Cuentos*, Andersen; 4.—*Cuentos y fábulas*, Tolstoi; 5.—*La tierra*, Vidal de la Blache; 6.—*El Africa tenebrosa*, Stanley; 7.—*El arroyo*, Eliseo Reclús; 8.—*Luz y Vida*, Buchner; 9.—*Colección de cartillas científicas*, Appleton; 10.—*Teatro selecto*, Calderón de la Barca; 11.—*Dramas*, Schiller; 12.—*Comedias*, Bretón de los Herreros; 13.—*Un enemigo del pueblo*, Ibsen; 14.—*El avaro*, Molière; 15.—*Comedias escogidas*, Alarcón; 16.—*Comedia de equivocaciones*, Shakespeare; 17.—*La tempestad*, ídem; 18.—*Sueño de una noche de verano*, ídem; 19.—*Macbeth*, ídem; 20.—*Dramas y leyendas*, Zorrilla; 21.—*El bufón de las familias*; 22.—*El pájaro*, Michelet; 23.—*El insecto*, ídem; 24.—*Las abejas*, Maeterlinck; 25.—*Viajes escolares*, Topffer; 26.—*Las flores animadas*, Grandville; 27.—*La vuelta al mundo en ochenta días*, Julio Verne; 28.—*Miguel Strogoff*, ídem; 29.—*Viajes del capitán Grant*, ídem; 30.—*El país de las pieles*, ídem; 31.—*Libro del hombre de bien*, Franklin; 32.—*Ayúdate*, S. Smiles; 33.—*Vida y trabajo*, ídem; 34.—*La vida sencilla*, Ch. Wagner; 35.—*Junto al hogar*, ídem; 36.—*La alegría de vivir*, Marden; 37.—*El poder del pensamiento*, ídem; 38.—*Los nueve libros de la historia*; Herodoto; 39.—*Historia de la conquista del Perú*, Prescott; 40.—*Historia de la conquista de México*, Solís; 41.—*Bolívar y la emancipación hispanoamericana*, Mancini; 42.—*Vidas paralelas*, Plutarco; 43.—*Memorias del príncipe*, Krópotkine; 44.—*Memorias*, de Benvenuto Cellini; 45.—

Civilizadores y conquistadores, Lamartine; 46.—*Rimas de Bécquer*; 47.—*Versos de F. Gavidia*; 48.—*Cantos del hogar*, J. de Dios Peza; 49.—*Poesías líricas*, Espronceda; 50.—*Poesías escogidas*, Campoamor; 51.—*El cancionero* (traducción de Llorente), Heine; 52.—*Tierras del cielo*, Flammarion; 53.—*Los tres mosqueteros*, A. Dumas; 54.—*Veinte años después*, ídem; 55.—*La dama de Montsoreau*, ídem; 56.—*Rob Roy*, W. Scott; 57.—*Quintin Durward*, ídem; 58.—*Ivanhoe*, ídem; 59.—*Fabiola*, Cardenal Wissemann; 60.—*Diario de un niño de pecho*, Schmid; 61.—*Educación de las madres de familia*, Aimé Martín; 62.—*El cuerpo y el alma del niño*, De Quijote, Cervantes; 66.—*Novelas ejemplares*, ídem; 64.—*Educación de las jóvenes*, Fenelón; 65.—*Don Quijote*, Cervantes; 66.—*Novelas ejemplares*, ídem; 67.—*Lazarillo de Tormes*, H. de Mendoza; 68.—*Viajes de Gulliver a Lilibut*; 69.—*El príncipe perro*, Laboulaye; 70.—*El gobierno municipal en Estados Unidos*; 71.—*Cartas y Discursos*, Lincoln; 72.—*La conquista del Pan*, Kropotkine; 73.—*Los hombres en el año tres mil*, Guiton; 74.—*El trabajo*, T. Bondareff; 75.—*Orlando furioso*, L. Ariosto; 76.—*Las mil y una noches*; 77.—*La vida devota* (traducción de Quevedo), San Francisco de Sales; 78.—*Floreccillas de San Francisco de Asís*; 79.—*El libro del Trópico*, Ambrogi; 80.—*La hija del Adelantado*, J. Milla; 81.—*La Odissea* (en prosa), Homero; 82.—*El país de los ciegos*, H. Wells; 83.—*Robinson Crusoe*, De Foe; 84.—*La isla del tesoro*, Stevenson; 85.—*David Cop-*

perfield, Dickens; 86.—*El príncipe feliz*, Oscar Wilde; 87.—*El vicario de Wakefield*, Goldsmith; 88.—*Los trabajadores del mar*, V. Hugo; 89.—*El noventa y tres*, ídem; 90.—*Los miserables*, ídem; 91.—*Corazón*, D'Amicis; 92.—*La cabaña del tío Tom*, Beecher-Stowe; 93.—*Abajo las armas*, Berta de Sutner; 94.—*Resurrección*, Tolstoi; 95.—*Amor y Matrimonio*, ídem; 96.—*La muerte de Iván Ylich*, ídem; 97.—*Historias extraordinarias*, E. Poe; 98.—*Confesiones de un médico*, Veresaief; 99.—*La ciudad y las sierras*, E. de Queiroz; 100.—*Obras de Figaro*, Mariano José de Larra.

Aún nos queda bastante que decir quizá en este asunto de las bibliotecas municipales.

Por ahora, concluimos la primera jornada en este camino, indicando la necesidad de no conceder el título de ciudad a cualquier aglomeración de personas, sólo porque lo piden. Ese título es honorífico, y debe discernirse a las poblaciones que lo merecen.

Ahora bien, nos consta que la tercera parte de nuestras *cuarenta y ocho ciudades* (más o menos son cuarenta y ocho) no tienen, como instrumentos de cultura (fuera de la iglesia y el ayuntamiento, telarañosos y destartados) más que el patio de gallos y el estanco. Todavía peor, hay muchas de esas *ciudades* que no tienen agua, ni excusados en las casas.

¿Cómo es posible que se permita edificar una casa sin excusado? ¿Cómo es posible que se confiera el honor de llamarse ciudad, a un puñado de bárbaros que todavía no sienten la necesidad de tener excusados?

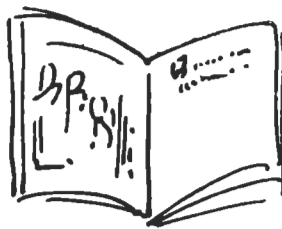
Hay un honor colectivo, así como hay un honor individual. El honor colectivo exige a los habitantes de una *ciudad*, que tengan agua, excusados, calles limpias, tren de aseo, edificios propios para escuela; biblioteca *municipal*, que es un complemento de la escuela primaria; templos de verdad, y no hechos con retazos de hoja de lata y tablas viejas, ayuntamientos elegantes, amplios y sólidos, cual corresponde al poder municipal, que es el primero en la comuna, y palacio de justicia, o muy buenas casas si no hay palacios, donde el poder judicial se instale según su categoría y su rango, que son los más altos de todos en los pueblos cultos.

Si fuera cosa que se hallara en nuestras manos, daríamos cuatro años de plazo a las tres o cuatro docenas de ciudades —*que les dicen*— para que se instalaran como lo demanda su ca-

tegoría; y a la que no pudiera o no quisiera, le quitaríamos el título, y la obligaríamos a llamarse barranco, chijurnia, pedrero, o cualquier cosa semejante, que diera idea de su pereza, de su falta de gusto, de su incuria y de su barbarie.

No está en nuestra mano hacerlo; pero sí declarar que es simplemente una irrisión, imaginar que *se es ciudad* sólo porque se tiene patio de gallos y cepo para meter a los borrachos. No, señores, absolutamente no.

Hemos cumplido los cien años de vida independiente. ¿No es ya tiempo de darnos cuenta de lo que significa realmente la palabra cultura? Agua, excusados, caminos, escuelas, bibliotecas municipales, baños públicos, casa de justicia, la iglesia y el ayuntamiento son el primer paso. Como si dijéramos, el lavarse las manos para el hombre que pretende ser caballero.



EL MINIMUM VITAL

Por Alberto MASFERRER

I

En la situación exasperante y deshonrosa a que han llegado, y en la cual se han estancado casi todos los pueblos; en esa situación de lucha cruel y acérrima en que los millones acumulados surgen de la opresión y de la ruina de los hambrientos; en que *atesorar* es una palabra sagrada, y en que la *envidia*, disfrazada de *reivindicación*, acecha impaciente el momento de trastornar las cosas, de manera que los miserables de hoy sean los opulentos de mañana..., es natural que algunos hombres de sentimientos delicados surjan de todas partes, y busquen ansiosos un camino de reconciliación, una fórmula que renueve la alianza entre hombre y hombre, entre hermano y hermano, y sobre lo cual,

con sentido nuevo y verdadero, pueda lucir una vez más la palabra Dios.

En busca de esa fórmula los pueblos y sus conductores se han extraviado a veces lamentablemente, y las más dolorosas e irrazonables exageraciones han sido aceptadas como doctrinas salvadoras. ¿A dónde han conducido? Al odio de clases, al rencor de los que padecen, a la organización de los que están abajo preparando el día del desquite. Y cuando llegue —que será cuando los de arriba hayan agotado los medios de opresión y represión—, tendremos el mismo desorden, la misma construcción malvada y estúpida, en que sirve de cimiento el *esclavo* y de coronamiento el *señor*.

Esa lucha, ese odio de clases, ese afán de atesorar, y, por consiguiente,

de oprimir en unos, y de vengarse en otros, se ha cristalizado en nuestros días en dos formas agudas: una, que tiende a la destrucción de las clases cultas, al nivelamiento económico, al rebajamiento de un comunismo absoluto; y otra, excrecencia de la codicia, insania y perversión de algunos millares de vampiros, para quienes la dignidad, la libertad, la independencia, la sangre misma de las naciones, son materia prima para fabricación de dólares. Ahí ha llegado el mundo, con sus darwinismos comprendidos idiotescamente, con su doctrina de la lucha, de la supervivencia del más *apto*, que viene a ser, según el criterio del egoísmo, el más ávido y descorazonado.

Y a esta hora, ese odio y esa codicia son dos venenos mortales e insidiosos que se han infiltrado en el corazón de casi todos los pueblos. Consciente o inconscientemente, la humanidad entera se está afiliando en esas dos legiones de irreconciliables: la de los que padecen y odian y aspiran a la venganza, y la de los que atesoran y gozan, y por necesidad y ceguera se sostienen y se defienden con la represión.

En medio de esas hordas de lobos, hay hombres que sienten la vida, no sólo como un dolor, sino como una vergüenza, como una vileza. Y, en verdad, es una vileza tal vida; y conformarse a vivir así, es abdicar el hombre de su condición espiritual, y resignarse a volver a la condición de fiera.

La que nosotros llamamos *Doctrina del Minimum Vital*, viene a ser, así,

como un llamamiento al buen sentido de los hombres, a su bondad primaria, a su instinto de conservación, casi a su egoísmo, para que no se desgarran, para que no se devoren; para mantener en unos la esperanza *fundada* de un mayor bienestar, y en otros la seguridad de no ser despojados de aquel excedente de riqueza, obtenido sin extorsión ni ruina de sus semejantes.

El *Minimum Vital* dice al trabajador, al proletario, al asalariado: *confórmate con lo imprescindible; conténtate con que se te asegure aquello indispensable, sin lo cual no podrías vivir; esfuéstrate para erigir sobre esa base mínima el edificio de tu holgura y de tu riqueza, y así ascenderás o descenderás según tu esfuerzo, según tu disciplina, según la firmeza de tu voluntad.* Y al poseedor, al rico, le dice: *consiente en que haya un límite para tu ambición; conténtate con que se te dé libertad para convertir en oro el árbol y la piedra, pero no la miseria, no el hambre, no la salud, no la sangre de tus hermanos. Traza una línea máxima a tus adquisiciones, y no pases de ahí, para que no te desvele el odio de tus víctimas; para que te dejen gozar en paz, riendo y cantando, de lo que atesoraste.*

* * *

Un *límite* para el que domina, para el que atesora. ¿Por qué no? Todas las cosas en el Cosmos lo tienen; todas las criaturas vivientes reconocen esa línea limitadora que se llama *órbita* para el Sol, y *playa* para el océano. “De aquí no pasarás”, es la ley divi-

na impuesta a cuanto existe, y toda criatura que traspasa esa línea, se hipertrofia, degenera y perece.

Y para el que trabaja, para el que carece, un *minimum*: la vida irreducible, lo elemental, lo que es semilla capaz de germinar: agua, techo, abrigo, recreo, luz y pan. Y de ahí en adelante, para tus goces, para tus holguras, para tus riquezas, esfuérate, empéñate, economiza, desvélate, y que la esperanza te aliente y la voluntad te dé alas.

Y eso es todo. Pero así tan sencillo como es, tan equitativo y tan fácil, encierra esta doctrina la única posible salvación del hombre en la hora presente. En esta hora en que nadie quiere diferir su aventura para un más allá, comprándola con su miseria de aquí; en esta hora de odio y de codicia extremos, de concupiscencia enloquecida y de miseria exasperada, el *Minimum Vital* es la tabla de salvación en el naufragio. No es un estado ideal, no es tan alto como otras formas de vida que han soñado los hombres. Pero es LO POSIBLE, es LO FACILITABLE, es LO SENCILLO, es el remedio de urgencia; es el sendero único por el cual se puede transitar para mientras se encuentra de nuevo el camino real, la vida ancha y clara del amor, adonde algún día los hombres volverán.

II

Definido concretamente, *Minimum Vital* significa LA SATISFACCION CONSTANTE Y SEGURA DE NUESTRAS NECESIDADES PRIMORDIALES.

Necesidades primordiales son aquellas que —si no se satisfacen—, acarrearán la degeneración, la ruina, la muerte del individuo. La salud, la alegría, la capacidad de trabajar, la voluntad de hacer lo bueno, el espíritu de abnegación, la fuerza, en fin, en todas sus manifestaciones, están vinculadas a la satisfacción constante, segura, íntegra, de tales necesidades.

Si no se satisfacen, sobreviene la debilidad, la apatía, la enfermedad, el abandono, la tristeza, el pesimismo, la pereza, la propensión a todos los vicios. Hombres que no se alimentan bien, que no se abrigan bien, que no descansan bien, que no se guarecen bien, no sirven ni para trabajadores ni para ciudadanos; ni para defender a su patria, ni para sostener a su familia.

Así, la satisfacción plena de nuestras necesidades primordiales, es la base y la condición perenne de la vida y de la salud. Asegurarla “para todos”, no puede ser el interés restringido de una casta, de una clase social, de un grupo de privilegiados, sino el interés supremo de la Nación entera, puesto que ella extrae todas sus eficiencias de la salud, de la fuerza, del equilibrio, de la alegría y del valor de todos sus hijos.

* * *

¿Cuáles son, reducidas al *mínimum*, esas necesidades primordiales, vitales, supremas, sin cuya satisfacción no hay más que debilidad, degeneración y aniquilamiento?

Tal como las comprendemos nosotros, son éstas:

- 1ª Trabajo higiénico, perenne, honesto, y remunerado en justicia;
- 2ª Alimentación suficiente, variada, nutritiva y saludable;
- 3ª Habitación amplia, seca, soleada y aireada;
- 4ª Agua buena y bastante;
- 5ª Vestido limpio, correcto, y buen abrigo;
- 6ª Asistencia médica y sanitaria;
- 7ª Justicia pronta, fácil, e igualmente accesible a todos;
- 8ª Educación primaria y complementaria eficaz, que forme hombres cordiales, trabajadores expertos, y jefes de familia conscientes;
- 9ª Descanso y recreo suficientes y adecuados para restaurar las fuerzas del cuerpo y del ánimo.

* * *

¿Es posible facilitar y aun asegurar a todos los habitantes de la nación este *mínimum de vida*, sin el cual toda existencia es un fracaso, toda criatura humana degenera y se bestializa? Sin duda que lo es, puesto que *se realiza constantemente en la familia*. Toda familia normalmente constituida atiende, en primer término, a obtener y mantener para cada uno de sus miembros el Mínimum Vital: a que todos ellos se alimenten, trabajen, se vistan, habiten en buenas condiciones, adquieran una instrucción elemental, y se desarrollen en todo siguiendo una norma de equidad y de justicia. Y si la familia, que está subordinada enteramente al medio social que la rodea; que lucha contra obstáculos innumerables; que a veces carece de los más necesarios elemen-

tos, *realiza*, en más o en menos, la satisfacción de las necesidades primordiales de todos los suyos, ¿cómo no ha de poder realizarlo la Nación, que es libre, que es dueña de todas sus riquezas, árbitra de su legislación e instituciones, que puede regular su trabajo y sus gastos, imprimir nueva dirección a las costumbres y a las ideas, influir sobre los sentimientos, e intentar una y otra vez los ensayos que considere conducentes a una vida más cordial y más justa?

Sin duda, la Nación es en esto extraordinariamente poderosa; sus fuerzas sobrepasan a las dificultades de una empresa cuya necesidad y justicia palpita en la conciencia de todos, y para cuyo éxito la Naturaleza ha previsto en ancha esfera, dotando a los hombres de todos los elementos indispensables al trabajo y a la producción.

Si hasta ahora las naciones no han realizado esta cosa sencilla y justa del Mínimum Vital, es, simplemente, *porque no han pensado en ello*; porque en la escala de sus actividades le han señalado el último lugar, en vez de asignarle el primero; porque no han visto con amor esa realización primaria de la justicia, y es claro que no se alcanza, lo que no se anhela. Pero desde el preciso momento en que la Nación CAMBIE DE CONCEPTOS; en que piense y sienta que su deber elemental y fundamental, su finalidad primordial y predominante ES PROCURAR LA SATISFACCIÓN DE LAS NECESIDADES VITALES DE TODOS SUS HIJOS, desde ese instante comenzará a pa-

recer factible, sencillo, lo que antes parecía utópico y en demasía complicado.

Este CAMBIO DE CONCEPTOS es el paso decisivo, ineludible, para la transformación que proclamamos: esta FE NUEVA de la colectividad, es la semilla de que ha de brotar el árbol de la vida nueva; y si no se verifica la sustitución del antiguo credo social por otro más justo y más sabio, está claro que la Nación continuará girando sobre sus goznes oxidados, camino de su ruina como nación y como raza.

* * *

Por esto, a la cabeza de los PRINCIPIOS que forman la filosofía de la Doctrina Vitalista, figuran estas afirmaciones fundamentales:

- 1ª Que el Estado, la Provincia y la Comuna, tienen como finalidad y obligación *primarias*, trabajar ante todo y sobre todo para que las *Necesidades Vitales* sean procuradas igualmente a todos los habitantes del país.
- 2ª Que cualquiera otra forma de actividad es *secundaria*, y que es *ilícita* si se ejerce con daño o postergación de la primera.
- 3ª Que el ideal constante y supremo del Estado, de la Provincia y de la Comuna ha de ser acercarse lo más posible a la gratuidad completa de la alimentación, del vestido, de la habitación y del agua.
- 4ª Que la Asistencia Médica, la Justicia y la Educación, han de ser *siempre* gratuitas y accesibles, pues-

to que la salud, la justicia y la educación, constituyen los tres mayores intereses de la raza.

- 5ª Que el trabajo es la *condición indispensable* de la salud individual y colectiva, en su triple aspecto de salud corporal, moral y mental, entendida la salud como llave del bienestar, de la concordia y del progreso; y que, por consiguiente, la aspiración y el deber más altos son para cada uno, vivir de un trabajo honesto, lícito y benéfico para la comunidad.
- 6ª Que *no es trabajo* lícito ninguna forma de actividad que directa y manifiestamente cause la ruina del individuo, de la familia o de la raza.

III

Por el simple hecho de ser traído a la existencia, un niño adquiere plenos derechos a la vida íntegra, y todas las fuerzas familiares y sociales deben subordinarse a la necesidad de procurarle esa vida íntegra. Sus padres, la Comuna, la Provincia, el Estado, han de constituir para él una cuádruple paternidad, a fin de que esa vida que se inicia adquiera su máxima potencialidad, y llegue a ser un día la justificación de sus progenitores, del medio social que le formó, y la redención de aquellos entre quienes va a florecer.

El niño, decimos, es el perdón de hoy y la purificación del mañana: sólo en él cabe el mejoramiento visible y trascendente de la sociedad; sólo en él alcanzan su realización las esperanzas y los anhelos de acrisolamiento. Es

el verdadero torbellino que organiza la vida, atrayendo para organizarla, los elementos más puros del ambiente social y cósmico. Es un centro de cristalización, al cual afluyen las fuerzas vivas y renovadoras que forman el río perenne de la vida.

Así, pedir para el niño el *Mínimum Vital*, es como implorar una limosna para el dueño del tesoro; como pedir un sorbo de agua para calmar la sed de quien posee el manantial y la nube. Sólo una barbarie insana, un encostamiento de la mente, una bastedad de sentimientos buena para rinocerontes, puede explicar que todavía subsistan la palabra y la condición de *orfandad*, y que nos imaginemos que un hospicio es una institución de suficiente valía para saldar nuestras obligaciones con el niño huérfano.

Tratándose del niño, el asegurarle el *Mínimum Vital* es apenas devolverle el centésimo de lo que *es suyo*, y toda situación que no le asegure siquiera ese *Mínimum*, es una afrenta para la familia, para la Comuna y para la Nación.

* * *

Pero llega un momento en que el niño se hace hombre, se convierte en UN TRABAJADOR; es decir, en una fuerza que actúa y da vida. De simple estanque adonde todas las aguas venían a verterse para henchirle y colmarle, se ha convertido en manantial de donde las aguas emanan y parten, a henchir y colmar otros estanques. Ayer recibía únicamente; hoy da, y da con creces: da *mucho más* de lo que recibe, pues de otra

manera sería imposible la continuación y la subsistencia social. *Trabajador*, significa, pues, *uno que da*, en proporción mayor de lo que se le da; es uno que, además de retribuir, recompensa.

Ahora bien, ¿qué es lo que yo doy cuando trabajo? DOY MI VIDA. Literal y esencialmente, el que da su trabajo da su vida. *Trabajo* no es sino una palabra que expresa brevemente este hecho complicado, trascendental e inconmensurable: *dar uno, la vida acumulada en sí*. Es el mismo fenómeno de la tierra, que *se da* en forma de árbol, y del árbol que se da en forma de fruto; del mar, que se da en forma de nube; de la nube, que se da en forma de lluvia; de la lluvia, que se da en forma de manantial.

Cuando yo trabajo *una hora*, doy un valor que no puede ser ni sustituido ni atenuado: porque esa hora de trabajo, es una hora de *mi vida*; no de una sin término o de inmensurable duración, sino de una vida de cincuenta, sesenta, setenta años; es decir, una fracción grande sustraída a una suma pequeña, en el mejor de los casos, pues si no vivo más allá de treinta años, resultará una fracción enorme sustraída a una cantidad mínima. Una hora de mi trabajo, de mi tiempo, *es un valor absoluto*, arrojado por siempre al abismo de la eternidad: con nada lo puedo sustituir, con nada lo puedo compensar.

Así, pues, el trabajador *es el hombre que da su vida*: la da como tiempo, en cuanto no hay faena que se pueda cumplir sino en un tiempo determinado; la da como pensamien-

to, en cuanto ningún trabajo se puede efectuar sin *atención*, que es pensamiento concentrado, enfocado sobre la obra que se realiza; y finalmente, la da como voluntad, como corazón, si al trabajar infunde en la obra el anhelo de que salga perfecta. Tiempo, corazón, pensamiento, músculos y nervios, huesos y tendones, sangre y sudor, todo se quema en el trabajo; el ser entero se trasfunde en la obra realizada, que no es ni más ni menos que *un trozo de la vida individual, trasmutado en la vida total*.

* * *

Nótese bien este carácter del trabajador: el hombre que abre un surco, o siembra el grano, o alza las paredes de una casa, o teje la tela para el vestido, o enseña a los niños, o cura a los enfermos, o cualquiera otra forma de actividad normal y benéfica, trasmuta su vida individual en vida colectiva, porque la cadena de influencias, de fuerzas creadoras que inicia con su trabajo, ya no termina: se desenvuelve en una serie inconmensurable que abarca y enlaza todas las actividades sociales. Digamos, por ejemplo, la tortillera que preparó las tortillas con que me he alimentado esta mañana, o la cocinera que preparó mi desayuno: ¿Qué fue lo que me dieron? Una fracción, una modalidad *de su vida individual*. Pero desde el momento en que yo ingerí esas tortillas, ese desayuno, aquella modalidad de sus vidas limitadas, concretas hasta ahí, asumieron posibilidades de transformación y de influencia ilimitadas, inconmensurables, trascendentales co-

mo el viento y la luz. Esas tortillas humildes, en las cuales viene ya implícita la vida de quien sembró el maíz, de quien lo segó, de quien aró el suelo para la siembra, de quien hizo el arado, de quien forjó el hierro para el arado, esas humildes tortillas se transforman, al ingerirlas yo, en fuerza nerviosa y mental, en pensamiento, en voluntad de expresar ese pensamiento, en capacidad artística, para darle forma; en vehículo de esta doctrina que estoy desarrollando, la cual, en un solo corazón que llegue a prender flamígeramente, puede traducirse en consecuencias infinitas. De aquí saldrá labor para el tipógrafo, para el niño que vende el periódico, para cuantos intervienen en el trabajo periodístico; y si, además, la doctrina convence y mueve, y llega a culminar en nuevas y generosas costumbres, en leyes benéficas y humanas, tendremos que aquellas tortillas, al parecer insignificantes, devinieron el eslabón de una cadena sin término; fueron como una piedra gigantesca lanzada en medio del océano, de cuyo seno suscitó inmensas olas, montañas de agua que fueron, hechas encaje rumoroso, a besar y a purificar las playas más remotas...

* * *

O sea, que toda obra es colectiva; que todo lo hacemos entre todos, y que, puesto que todos vertemos nuestras vidas en la obra común, todos tenemos derecho a que se nos devuelva, siquiera en porción mínima, en la *Minimum Vital*, aquello que he-

mos dado: nuestro trabajo, nuestro YO.

IV

Que toda obra es *obra colectiva*, es muy sencillo de comprenderse, y yo no haré aquí para evidenciarlo, sino repetir con nueva forma la prueba que se adujo ya tantas veces y que cualquiera puede comprobar.

Imaginemos que soy un poeta, y que escribo un poema. Me aílo para ello, pues no sólo no me hace falta compañía, sino que me sería estorbosa. De instrumentos materiales, no necesito sino mi lápiz y algunas cuartillas de papel. En el canto de una rústica mesa, y aun en mis rodillas, sobre un cartapacio improvisado, escribo mi pensamiento, que parece venir todo él de las profundidades de mi ser, y lo voy revistiendo con la forma que al andar de los años mi corazón ha entrettejido con los invisibles hilos del vivir. No hay obra más personal, más individual que ésa: se diría que toda ella sale exclusivamente de mí mismo; que nadie más que yo pone en ella su contingente; y si alguna vez el hombre tuvo derecho para decir *mi obra*, es, sin duda, al referirse a ésta en que, fuera del papel y del lápiz, todo es mío: las impresiones que recibí; el dolor o la sonrisa en que me dejaron impregnados; los arabescos que mi fantasía bordó sobre la tela; las ideas en que se transformaron; la musicalidad y el ritmo que mi oído les imprime.

He aquí, pues, UNA OBRA MIA, nada más que *mía*; y si por ventura

resulta una verdadera obra de arte, al darla a luz podré gloriarme de que hago a los hombres una merced, de que les agracio con un don; y no sin razón me imaginaré que me deben agradecimiento y honores, por ese diamante que les dejo caer para que ilumine y embellezca sus horas.

¿Quién no ha sido fascinado alguna vez por esa sirena de la gloria? ¿A quién, hombre de ciencia, poeta, músico, filósofo, no le sedujo la ilusión de que ESTABA DANDO, sin que nadie más que él fuera el forjador de aquella dádiva? ¿Quién, al dar a los demás una obra que le salió de las propias entrañas, no se sintió impulsado a decir: tomad, este es mi cuerpo, esta es mi sangre?

Y, sin embargo, esa individualidad exclusiva de su obra era simplemente una apariencia; ni ésa, ni obra alguna realizada en la vida fue la obra de uno solo, sino *la obra de muchos*, de todos, hasta de los ausentes y de los muertos. Y ved aquí la comprobación indubitable: mientras yo escribo ahora; mientras ayer leía o paseaba, acumulando elementos para mi poema; mientras hace años vagaba por la orilla del mar o contemplaba el horizonte desde la cima de una montaña, alguien TRABAJABA; para que YO PUDIERA entregarme libremente a mis observaciones, a transformar las impresiones que recogía del ambiente, a meditar sobre ellas, a guardarlas en el arca de la subconsciencia, para extraerlas un día, ya organizadas y vivientes. Alguien TRABAJABA, para DEJARME LIBRE EN MI TRABAJO, cociendo el pan de que me ali-

mentaba; lavando y aplanando la ropa con que me vestía; limpiando y arreglando mi casa; confeccionando mi traje; cortando en el bosque la leña para cocer mis alimentos; fabricando el jabón para lavar mis vestidos; haciendo mi calzado, preparando el cuero y la suela con que el zapatero había de confeccionarlos. Tal como en este momento, centenares, millares de personas *trabajan* para que yo pueda escribir estos artículos; es decir, *trabajan conmigo EN MI OBRA*. Mi cocinera, mi lavandera, mi camarera, la mujer que lleva las legumbres al mercado, la campesina que las siembra y recoge, el sastre que me viste, el zapatero que me calza, el comerciante que importa el papel y el lápiz, el industrial que fabrica el papel y el lápiz, los marinos que tripulan el barco que los trae... , todos los millares y millares de obreros, ingenieros, fabricantes, comerciantes, peones y sirvientes que intervienen en la confección y acarreo de esos útiles, y todos los que me aprontan y facilitan las cosas que necesito para mi vida diaria, colaboran conmigo en esta doctrina, trabajan para que yo pueda trabajar en ella. Hacen, pues, *SU PARTE*, y sólo mediante esa multiforme e infinita colaboración, puede salir la obra que un instante, cegado por el orgullo, quise llamar *mi obra*; cuando, con mayor humildad y más clara visión de las cosas, la hubiera llamado *NUESTRA OBRA*.

LO HACEMOS TODO ENTRE TODOS: esta es la única, la honrada y sencilla verdad, y sólo cuando la

conozcamos y la sintamos en toda su evidencia, en toda su fuerza, en toda su santidad, hallaremos para construir el orden social una forma cristiana, humana, digna de hombres, de seres que ya no quieren vivir como las fieras. Lo hacemos todo entre todos: cada uno —en forma diversa pero necesaria, inseparable del conjunto—, pone en la obra común su *trabajo*, es decir, *su vida*. Y puesto que deja ahí *su vida* en forma de trabajo, justo y natural es que reporte del provecho común aquella parte *mínima* que necesita para continuar trabajando: aquel *Mínimum Vital* que le es indispensable para que su capacidad de trabajador no degenera; para que su fuerza, su salud, su alegría, manantiales de capacidad y de eficiencia, continúen vertiendo en el **YO** sus aguas renovadoras.

* * *

Sin duda que en el poema que yo escribiera, en el descubrimiento del geógrafo, en la invención del mecánico, en el cálculo del astrónomo, hay algo “suyo”, algo personal, cierto sello que caracteriza la obra, una porción y forma de trabajo mayor y mejor que cualquiera otra de las innumerables que aportan los demás colaboradores. Sin esa porción característica del “Autor”, sin esa aportación siempre individual y personalísima, la obra no hubiera nacido. Mas tampoco habría nacido sin la coparticipación anónima de los otros. Sin Miguel Angel, no habría Cúpula de San Pedro; mas sin canteros que labraran las piedras, no la habría tampoco.

Más a quien más dio; mejor a quien mejor contribuyó, es la ley sencilla y natural. Más, pero *no todo*. Más, pero sólo cuando ya se tenga apartada la *porción mínima* de los compañeros del trabajo. Más, para lo superfluo del que le dio a la obra su forma definitiva; pero *no antes de asegurar la vida*, el Mínium Vital de aquéllos sin cuya colaboración la obra no podía nacer ni vivir.

El Pan NUESTRO, dijo Jesús, pensando, sin duda, en la consecuencia de la Obra NUESTRA. Por desgracia, ahí estamos aún en la edad de la fiera, imaginando que es justicia y religión y ciencia, la forma asesina y mezquina de “el pan *mío*, amasado con el trabajo de ellos”.

v

Esencialmente, el Mínium Vital es UNA FE; una manera nueva y sencilla y justa de comprender y de sentir las relaciones humanas. Es un CONCEPTO NUEVO de la vida; una manera nueva de hablar la conciencia, y de traducir en hechos e instituciones las sílabas de esa nueva palabra.

Lo que se profesaba antes, y veneraba como beneficencia, se transporta ahora al plano de la justicia; lo que el pueblo recibe hoy como favor, lo recibirá como derecho, como restitución; lo que se tomaba como secundario, y se colocaba en los presupuestos, en las leyes y en la moral, después de la soberanía, del progreso, de la instrucción, de la cortesía internacional, de las diversiones públicas, pa-

sará a ser *primario*, y se colocará antes y por encima de todo.

Nosotros hacemos del derecho de todo hombre a un mínium de vida íntegra, un *Derecho Absoluto*; y del deber de la colectividad de procurarle a todo hombre un mínium de vida íntegra, hacemos un *Deber Absoluto*.

Si estos conceptos prenden, si llegan a conmover y a remover la conciencia de los hombres: de los que oprimen y de los oprimidos, de los que explotan y de los explotados, el Mínium Vital florecerá en instituciones, leyes y costumbres; será como una levadura infundida en todas las modalidades del vivir, y la nación y la sociedad se constituirán y se transformarán lenta y seguramente, al influjo de esa levadura espiritual.

Entonces las formas económicas, los procedimientos, los arbitrios, vendrán por sí solos, y vendrán de *acuerdo con el lugar y el momento*, y no como sistema artificioso o maquinaria complicada, que falla toda ella apenas se le cae un tornillo.

* * *

Una fe, un concepto nuevo de la vida, si es amplio y verdadero, tiene virtud generadora, que va creando ella misma —a través de los obstáculos y de las viejas formas—, su propia contextura y la variada y eficaz corporalidad de su espíritu. Y eso no se hace nunca en un día, ni sin repetidos ensayos y errores, sino en mucho tiempo y con esfuerzos dolorosos. Así es como se manifestó el Cristianismo que, todavía, después de dos mil años, está revistiéndose de formas nuevas;

así se manifestó la Revolución Francesa, que todavía está forcejando para cristalizar neta y eficazmente sus ideales de libertad. Y así fueron y serán siempre todas las grandes revoluciones, las cuales al comienzo, no pueden ofrecer sino PRINCIPIOS, BASES, conceptos que tienen que ir adaptándose al lugar y a la hora, en las formas en que van encarnándose, mientras luchan contra las viejas formas que estorban su advenimiento y su triunfo.

Así será el *Mínimum Vital*, que no es artificio legislativo, sino religión, filosofía y derecho, y que busca y encontrará para realizarse, leyes, costumbres, artes, formas de educación y de trabajo y organismos económicos.

* * *

Hoy más que nunca, sería inepto vincular lo que es una manera nueva y amplísima de comprender y de sentir la vida, a un artificio económico, a una reglamentación escueta y estricta. Hoy más que nunca, debemos recordar que las sociedades se transforman rápidamente, que las ideas y las cosas YA NO ESTAN, SINO QUE VAN. El concepto *estático* de nación y de sociedad, tiene que ser sustituido por el concepto *dinámico*. La relatividad y la movilidad, son ahora reconocidas como los caracteres inherentes de todas las cosas. NADA ESTA, TODO VA: esa es la ley a que deben ajustarse todas las formas que se creen para regir a los hombres, y sería una torpeza olvidarlo cuando se trata de una reforma tan honda y tan amplia como es el *Mínimum Vital*.

¿Por qué camino andaremos para que el *Mínimum Vital* comience a ser una realidad?

Por todos los caminos. Por los abiertos ya, y por los que abriremos luego. ¿Por qué camino se encuentra siempre dinero para la guerra, para las carreteras, para enviar legaciones, para costear una infinidad de establecimientos e instituciones no siempre útiles, a veces dañinos? Por el camino de la fe: si se halla siempre dinero y se discurren siempre leyes y reglamentos y arbitrios para construir teatros, cuarteles, hospitales, escuelas, y para procurarse cañones, aeroplanos y mil cosas más, es *porque se cree en esas cosas*. Se imaginan los hombres que es bueno y necesario enviar legaciones, asfaltar calles, abrir conservatorios, organizar exposiciones, armar flotillas aéreas, instalar estaciones inalámbricas, y CREEN que si no atienden a todo eso, faltan a su concepto de la vida, a su deber, a lo que les exige su fe en el progreso y en la civilización.

Pues asimismo encontrarán leyes y arbitrios y reglamentos y dinero para realizar el *Mínimum Vital*, cuando crean que es bueno y justo y necesario procurarle a cada hombre, a todos los hombres, un *mínimum de vida íntegra*, y para ello, *organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo*, en el sentido de que todo hombre de *buena voluntad* pueda, mediante su trabajo, alcanzar ese *mínimum de vida íntegra*. Entonces irán al *Mínimum Vital por todos los caminos*, así como van ahora *al Progreso por todos los caminos*.

La doctrina del *Mínimum Vital* radica, sobre todo, en una transformación de la conciencia individual y colectiva. A su tiempo ha de encarnarse en leyes e instituciones, gracias al esfuerzo de sus propagadores y cuando ya una minoría grande y consciente se haya convencido de su justicia y su necesidad; pero esa cristalización legislativa **NO ALCANZARA A SER UNA REALIDAD**, si antes los individuos no llegan a sentirla en toda su verdad intensa y viviente.

No queremos absolutamente que esta doctrina acabe en unas cuantas leyes artificiosas, muertas desde su nacimiento como tantas otras que tenemos y de cuya mentira nos alimentamos, juzgándolas verdaderas y eficientes sólo porque duermen en los códigos. No queremos un simulacro más, bajo cuya falsía pudra su vida pestilente la antigua injusticia, más corruptora cuanto más revestida se ostente con las formas de la legalidad. No; lo que anhelamos es una superación de nuestra conciencia colectiva, cimentada sobre una superación de la conciencia individual.

* * *

Como toda doctrina viva y fecunda, esta del *Minimum Vital* tiene su origen en una concepción del mundo, en una filosofía. De concepción filosófica, podrá extenderse al plano espiritual y revestirse con formas religiosas; del campo de la religión trascenderá a la esfera del arte, para manifestarse como poesía, pintura, estatua-

ria y música. Por medio de la forma artística, que es un vehículo emocional poderoso y sencillo, prenderá en los corazones que han sentido hambre y sed de justicia, externándose en hechos y costumbres; y luego, con toda la fuerza acumulada a través de esas cristalizaciones, se hará legislación, derecho escrito. Mas, sea cual fuere la marcha que siga, y el tiempo y el esfuerzo que requiera su realización, no hemos de consentir en que disipe su fuerza en los escarceos de una literatura vacía, ni en los perifoneos de una legislación que nadie sostiene, porque nadie la siente ni la vive.

El *Mínimum Vital*, a pesar de su voluntaria restricción que se contenta con satisfacer las necesidades primordiales, es todo ello *cosa viva*, cuya finalidad es *la vida*, cuyo manantial y camino tienen que ser, literal y espiritualmente, *vida*. Y no puede nacer, ni desenvolverse, ni culminar, sino **MEDIANTE LA ACCION CONTINUA, DISCIPLINADA Y FERVOROSA DE HOMBRES QUE LA SIENTAN, LA PIENSEN Y LA QUIERAN.**

Estos son los sembradores que hacen falta para esta siembra: hombres que asienten la mano decidida sobre la manera del arado, y hagan penetrar hasta el fondo su reja anhelosa de llegar hasta las raíces de la justicia y de la verdad.

Tales adeptos fervorosos, han de proclamar y extender la Doctrina Vitalista con hechos, con normas de conducta, con la sujeción a una manera de vivir que esté propagando por sí

misma y en todo momento, la eficacia de la Nueva Fe, del Nuevo Orden social que se trata de establecer.

Y para ello, deben asumir como *deberes imprescriptibles*, estos que señalamos a continuación, a manera de Mandamientos Individuales.

- 1º Considerar la condición de trabajador honrado y experto como el ideal más alto a que puede aspirar un miembro de la comunidad;
- 2º Honrar el TRABAJO VITAL, como el fundamento y la condición indispensable del bienestar común y de la justicia social;
- 3º Ser trabajadores asiduos, esforzados, atentos y leales con su obra, cuya perfección han de considerar ligada íntimamente a su honor y a su probidad;
- 4º Ayudar a todos sus hijos, y a sus padres ancianos y necesitados;
- 5º Contribuir lo mejor que puedan al sostenimiento de los orfanatorios, hospitales y asilos de indigentes de su comuna o de su provincia;
- 6º Proteger a los animales no dañinos, y especialmente a los pájaros, como eficaces auxiliares de nuestra vida;
- 7º Respetar y proteger al árbol, como acumulador y distribuidor de la vida en el planeta;
- 8º Ser limpios y bien hablados;
- 9º No embriagarse ni narcotizarse; no aventurar al juego el producto de su trabajo; no disiparse ni prostituirse, a fin de que todas sus fuerzas converjan a la eficacia máxima de su labor;

10º No explotar ningún vicio; no vivir de la usura; no usurpar en ninguna forma el trabajo ajeno; no acaparar la tierra, ni las casas, ni los víveres, ni nada que sea indispensable a las necesidades vitales de los demás;

11º Velar para que sean cumplidos los DERECHOS DEL NIÑO, a quien han de considerar como supremo elemento purificador y edificador de la vida social;

12º No prestarse nunca, ni por recompensa ni por amenaza, a servir de instrumento de ninguna opresión, explotación o tiranía que afecten a los derechos vitales de los otros.

* * *

Así, sumisos con docilidad y fervor a estos mandamientos, en cuya obediencia y cumplimiento han de hallar su alegría y su orgullo, concebimos nosotros a los sembradores de esta semilla de justicia, de armonización, de verdad y de vida.

VII

Necesitamos repetir una y otra vez, que el *Mínimum Vital no es Beneficencia, sino Derecho*, y derecho primario y absoluto. No es el Estado dando escuelas y otras cosas, “después de atender a la función principalísima de defender la soberanía”, sino la *Nación organizada como una gran familia en que se atiende a la función CAPITAL, PRIMARIA, de procurar vida* a todos sus miembros. Nosotros los vitalistas no queremos oír hablar

de soberanía ni de abstracciones de ningún género; queremos oír hablar de niños que comen buen pan y toman buena leche; de gentes que van calzadas y vestidas de verdad; de trabajadores que se nutren bien; de familias que viven en casa amplia, soleada, aireada; en fin, de un pueblo fuerte, sano, vigoroso, alegre, cuya religión es trabajar, y cuya recompensa es VIVIR.

Nosotros sabemos, y no queremos perder el tiempo en demostrarlo, porque es evidente, que las palabras de *soberanía, independencia, autonomía*, carecen de sentido para los innutridos, para los desmedrados, para los miserables, para los mendigos. La vida, la fuerza, la salud, son las fuentes de donde manan todas las prerrogativas y todos los derechos *reales*. Cuando se tiene vida, se es independiente, se es libre, se es soberano, y se tiene aliento para luchar, y para morir defendiendo la libertad; la independencia, la soberanía y todo lo demás.

El Minimum Vital coloca el vivir, el vivir sano, alegre, fuerte, *por encima de todo y como base de todo*. Es a la vez, la raíz del árbol y el penacho que le corona. Y no puede confundirse con la Caridad, con el Altruismo, con la Beneficencia, con la Democracia. No quiere que se le confunda ni en los fines ni en los medios, con sistemas que han sido ya ampliamente experimentados, y cuya eficacia resulta siempre hartamente limitada y eventual.

El hombre necesita ahora asentar todos sus anhelos sobre la REALIDAD BIOLÓGICA, que no es *entidad ni soberanía*, ni otras cosas de ese

jaez, sino nervios, músculos, sangre, pulso fuerte y respiración profunda. Y eso lo da el trabajo bueno, el buen sueño, el buen descanso, la casa buena, el vestido bueno, la comida buena.

Es un *Vino Nuevo*, que tenemos que echar en *odres nuevos*.

VIII

Dicho en síntesis, y para que lo recuerden mejor quienes hayan leído estas páginas, el MINIMUM VITAL se resume así:

- 1º Toda criatura, por el simple hecho de nacer y de vivir, *tiene derecho a que la Colectividad le asegure, mediante una justa y sabia organización de la propiedad, del trabajo, de la producción y del consumo, un MINIMUM DE VIDA INTEGRAL, o sea la satisfacción de las necesidades primordiales;*
- 2º La Naturaleza ha previsto lo necesario a la consecución de ese fin, dotando a la Colectividad de *Sustancias Comunes*, que son la materia prima del trabajo y de la vida, y dotando a cada individuo de *instrumentos* que le capaciten para transformar esas sustancias, y extraer de ellas todo lo necesario para la sustentación individual y colectiva;
- 3º La tierra, el agua, el aire, la luz, el calor solar, con todas sus modalidades y potencialidades, son esas sustancias comunes, herencia y propiedad de todos los seres, y por consiguiente no apropiables

a título perenne por ningún individuo, sino por usurpación que nada puede jamás justificar. Así, ningún hombre es dueño legítimo de la tierra: usa de ella en cuanto se lo permiten las leyes y costumbres creadas por la Colectividad, que es *la sola y legítima poseedora*;

4º Los instrumentos de trabajo de cada hombre, son sus brazos, sus piernas, sus sentidos, sus pensamientos. El motor de ellos, su voluntad de trabajador; y *en cuanto realiza esa voluntad, mantiene su derecho imprescindible a un Minimum de Vida Integra*;

5º El deber primario, anterior a todo, por encima de todo, para el individuo, la familia, la Comuna y el Estado, es organizar la propiedad, el trabajo, la producción y el consumo, lo mismo que las relaciones entre hombre y hombre, de manera que todo converja a la realización perenne y fácil del Minimum Vital: es decir, a que el trabajador encuentre siempre las condiciones necesarias para alcanzar su Minimum de Vida Integra.

* * *

Nótese bien que la verificación en los hechos, de esta doctrina, no está necesaria ni absolutamente ligada a tal o cual régimen político ni económico: si se tratara de un pueblo de pescadores, o de sólo mineros, donde el cultivo fuera imposible, la doctrina subsistiría con el mismo imperio que en un país de agricultores;

si se tratara de una tribu nómada cuya vida dependiera únicamente de sus ganados, sería lo mismo. Porque en todas partes y en todas las condiciones imaginables, el hombre está en contacto con las grandes Sustancias Vitales de la tierra, del aire, de la luz, del agua, del calor, sobre las cuales tiene que actuar para vivir.

Maneras de organizar el funcionamiento económico de nuestra doctrina, habrá muchas: tendrán que variar según los lugares y las épocas, y serán inadecuadas para unos pueblos las que resulten mejores y más eficaces para otros. Lo que subsistirá siempre, es el derecho de la criatura a vivir íntegramente: la confirmación y realización de ese derecho mediante su voluntad de trabajar, es decir, de emplear sus instrumentos de trabajo, en la transformación de las *Sustancias Vitales*; su posesión perpetua, inalienable, imprescriptible de tales sustancias, y su uso en la cantidad y forma que determine el Acuerdo Social, y finalmente, el reconocimiento claro, invariable y total, de parte de la conciencia colectiva, de que su deber, su más alto deber, su deber primario, es mantener seguro y fácil el acceso a la Vida Integra, para todos los miembros de la Comunidad.

* * *

Termina aquí la exposición sintética de la Doctrina del *Minimum Vital*, en lo que se refiere a su Filosofía, su Ética, su Definición y su Finalidad.

Ahí queda flotando en el ambiente, como flota el polen de las flores, confiado en que el viento lo llevará

sobre sus alas, adonde halle tierra propicia, y agua y sol para germinar y florecer.

Hay una hora para las ideas como hay una hora para que se abran los capullos de las rosas. La brisa, el torrente, el buche del pájaro, la tierra y las nubes conocen esa hora, y hacen su deber para que la Voluntad

de lo Alto se cumpla. Es un secreto que Dios les confía, y al cual ellos, con gozosa fidelidad, consagran sus fuerzas.

¿Ha llegado esa hora para el Minimum Vital, para una organización de la Vida en que las palabras Justicia y Amor tengan sentido?

Sí, ha llegado.



BLASON

Por Alberto MASFERRER

Un andrajo de vida me queda: se perdió
En misérrimas luchas lo que era fuerza y flor;
Rateros y falsarios hacen explotación
De mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor.
¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer, yo...!
¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó...!
Porque fui humilde y simple; porque en toda ocasión,
Creí que quien me hablaba tenía sed de Dios...

* * *

Lo que no profanaron los demás, lo mejor
Que me diera el Destino, eso lo manché yo:
Porque siempre fui débil, inestable, y porque soy,
¡Tal vez, un pobre loco que enloqueció el fervor!
Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol,
En vez de luz, tinieblas; en vez de paz, dolor...

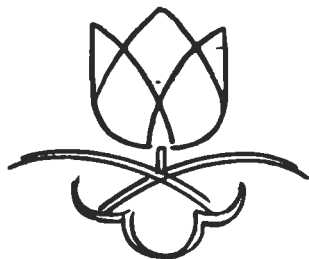
133

Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no,
Ni me inquieta un instante mi justificación:
Si por necia o por débil mi vida fracasó,
Y en mi jardín florecen el mal y el error,
Inútil ya sería saber si he sido yo
El culpable, o la víctima de una maquinación.

Si el fruto está podrido, es que el gusano halló
En él propicio ambiente para su corrupción.
¿Fue la obra de un demonio, del azar o de un dios?
Es igual . . . no revive la flor que se agostó . . .

* * *

Ahora, con los harapos de mi fe y mi valor,
Y lo que todavía me resta de ilusión,
He de alzar un castillo, y en él, como blasón,
En un palo de escoba, y hecho un sucio jirón,
Haré flamear al viento mi enfermo corazón;
Y en ese vil andrajo que será mi pendón,
Escribiré con sangre, menosprecio y rencor,
Este emblema del hombre que es su propio señor:
Para juzgarme, nadie; para acusarme, yo.



Masferrer y su Iluminada Fuerza Interior

Por Claudia LARS



CLAUDIA LARS

Se conoce mucho a don Alberto Masferrer como maestro y conductor de multitudes, como escritor empeñado en despertar la embrionaria conciencia de su pueblo; pero se le conoce menos como hombre que busca, frente a los grandes misterios de la vida, una luz interna y conductora, y que dice al encontrarla:

“Ojos limpios requiere la Verdad. Y puesto que la mente anda enlazada con el alma y el cuerpo en unión íntima y perenne, si el alma y el cuerpo van recargados de impurezas, la visión mental resultará escasa, turbia y vacilante. Según la pureza de tus ojos así verás”.

Un inspirado poeta nos explica que los ojos del hombre son el fulgor —en lo físico— de lámparas internas. En esto, que parece invención de soñadores, encuentran las personas intuitivas oculta enseñanza.

Hay ciertos libros sagrados que deben leerse en meditativo silencio, buscando la misma luz que perseguía Masferrer. Libros sabios que no se apoyan en dogmas, ni imponen a nadie preceptos. Son guardianes de las más puras esencias; son augurio de una religión sin iglesias, en la que los atributos de lo divino se revelarán suavemente dentro del hombre, y por medio de la cual esta humanidad cargada de violencia ha de gozar, al fin, los beneficios de segura y armoniosa fraternidad.

Don Alberto había leído los libros a que me refiero. Las ideas contenidas en ellos se le volvieron sangre de acción.

Pocos hombres en Centro América han tenido un espíritu religioso tan sabio y tan libre, como el de este maestro salvadoreño. La libertad era para él única meta de la evolución, puesto que cada ascenso en la escala evolutiva es una nueva conquista de la libertad, tanto entre los seres humanos como en cualquier otro reino de la naturaleza. Sin embargo, jamás confundió Masferrer la libertad con el libertinaje, ni el establecimiento de la justicia con el odio vengativo. Anunciaba o celebraba la luz que prepara dentro de nosotros ámbitos especiales, y señalaba o amonestaba con palabra de profeta bíblico a los que se obstinan en mantener cerrados los postigos del alma. Un profundo sentido de religiosidad lo obligaba a respetar toda forma viviente, y escribía para aquellos que creen saberlo todo, sin saber casi nada:

“Nos imaginamos que entender, es la función más alta que puede hacer la mente. Como si entender no fuera una limitación. Como si conocer no fuera posible sino tras un laborioso y enojoso pensar. Como si ver, no fuera mejor que tocar; y sentir que ver; y entender, que sentir; e intuir, que entender; y creer, que intuir; y ser, que creer...”

Y para explicarnos con claridad lo que es la Verdad, decía lo siguiente:

“¿Enalteció tu entendimiento y purificó tu corazón? Entonces, era Verdad.”

Cinco libros suyos, Las Siete Cuerdas de la Lira, Helios, Ensayo Sobre el Destino, Estudios y Figuraciones Sobre la Vida de Jesús, y La Religión Universal, parecen brotar de meditaciones sobre una clase especial de conceptos religiosos, o tal vez de experiencias místicas. Por lo tanto, no podemos juzgarlos con criterio materialista. Recordemos que más allá de la inteligencia razonadora y de los fenómenos naturales que nuestros sentidos pueden comprobar, hay moradas sutiles que conocieron y visitaron santos como Teresa de Avila y Ramakrishna. La ciencia moderna empieza a descubrirlas...

“No sabemos lo que es el Espíritu” —escribe en el primero de esos libros don Alberto—. “Es tan difícil imaginar qué es, y cómo es, que cuanto más se empeña uno en lograrlo, más densas se tornan las sombras que le envuelven”. “No sabemos lo que es el espíritu. No lo sabremos mientras permanezcamos encerrados en formas tan espesas y oscuras como ésta en que ahora

vivimos. Lo iremos reconociendo más y más, según nos espiritualicemos, según vayamos ascendiendo en la escala de la existencia, pues solamente la luz, es capaz de saber a perfección qué es la Luz". "No sabemos lo que es el Espíritu, pero sí sabemos que el Espíritu es, y aún creemos que sólo él es, sin tiempo ni medida, en la eternidad y en la inmensidad".

Estas afirmaciones, que parecen las de un vedantino, son la iluminada fuerza interior de Masferrer: su voluntad de servicio, su impulso poético y su gran anhelo de superación.

Claudia Lars



Ideas de Masferrer para una Filosofía de la Educación

Por Luis APARICIO

Somos nosotros mismos, imponderables e inexplicables milagros; y cuando negamos el milagro, nos parecemos a la nube que nos negara la atmósfera; o a la onda que dudara del mar.

Alberto Masferrer.



LUIS APARICIO

Antes de dar los primeros pasos en este trabajo, debemos dejar sentada una premisa fundamental:

Si deseamos educar a un pueblo para que viva y actúe de conformidad con determinados principios, debemos estar seguros de cuáles son los fines para los que lo educamos. Y para determinar estos fines, es preciso inquirir cuál es la razón de la existencia del hombre y cuál la realidad esencial del mundo en que vive.

Los entendidos comprenderán que una Filosofía de la Educación surge siempre como respuesta a la premisa fundamental que arriba hemos sentado. Y será obvio que todos sus planteamientos frente a la realidad educacional, se han de originar en la posición propia de la Filosofía Gene-

ral. En otras palabras, cada tendencia filosófica —idealismo, realismo, pragmatismo o existencialismo— engendra siempre una actitud para describir, explicar y normar el hecho educativo.

Para lograr mejor nuestro propósito, nos hemos servido de algunos escritos de Masferrer. Y, a decir verdad, nos causa asombro encontrar una clara manifestación de persistencia y unidad en principios tales como su concepto del mundo, del hombre y de la vida.

Este hallazgo, de cuya paternidad no queremos ufanarnos, ha provocado suficiente motivación para analizar, con las limitaciones del caso, el pensamiento masferreriano en el campo de la filosofía de la educación. Y no porque este pensamiento haya sido expresado deliberadamente por un filósofo, sino por lo contrario: porque sin pretender ser un filósofo, Masferrer planteó una serie de cuestiones que son de carácter filosófico.

¿Que el pensamiento masferreriano se desvaloriza si se le aplica el rigor de la filosofía? No es nuestro propósito probar eso. La intención ya está definida: buscaremos en las ideas de Masferrer todo aquello que pueda sistematizarse —no por quien las dio a luz, sino por quienes se han iluminado con ellas— dentro de la Filosofía de la Educación.

Quién sabe por qué inexplicables designios, un autodidacto como don Alberto Masferrer habría de ser tan sensible a los problemas sociales de su tiempo y, aunque no de manera excluyente, a los de su pueblo.

Toda su lucha en la prensa y en la cátedra, estuvo cargada de una gran fuerza emotiva con una meta bien definida: la reivindicación del hombre.

Salvar al hombre: he aquí su destino, la razón de ser de su propia existencia. Pero para salvarlo, habría de rasgar las sombras que velaban la realidad total que el hombre estaba viviendo. Y todo lo que emergió de aquella lucha, originó un claro concepto de la vida, una concepción del hombre y una visión del mundo.

El libro que más se ha prestado para nuestro propósito es “Las Siete Cuerdas de la Lira”¹. En él, para provecho de nuestro objetivo, encontramos desarrollado con suficiente amplitud y unidad el pensamiento de Masferrer.

Ahí expresa la concepción del mundo en la que él cree y en la que se mueve el hombre y se manifiesta su meditación sobre la vida.

El mundo nació en la nada, en una *nada* que es “algo” por cuanto estando inmóvil en el principio, yacían en ella “todas las virtudes y todos los anhelos”².

En esa nada —no de esa nada—, como en el génesis bíblico, “al influjo de un pensamiento Divino”³, nacieron dos fuerzas opuestas: una que tiende a conservar, tal cual era en el principio la unidad y el todo; y otra que tiende a la renovación: a manifestarse cada vez distinta y varia.

Todo el Universo y, en consecuencia, el hombre y la vida, estarán

impregnados desde el origen, de aquellas dos fuerzas: conservadora una, transformadora la otra. Y en el origen de ambas, el influjo divino: lo que hará de causa primera para ambas tendencias. En síntesis, hombre y mundo constituyen una unidad esencial.

El mundo de don Alberto está regido por una ley ineludible. La ley es ésta: “Lo más leve a lo más alto; lo más denso a lo más bajo. Es la ley en la Materia y en el Espíritu, en los Cielos y en la Tierra”⁴.

Dentro de esta determinación se mueve el universo como una esfera infinita. Y así también se mueve el hombre en su mundo.

Esta ley que rige en el Universo ha de exigir su cumplimiento en cada uno de los cuerpos que lo integran —microorganismos o galaxias— y ello traerá por consecuencia un determinado comportamiento del hombre para vivir en condiciones normales dentro de él.

EL HOMBRE

De la confusión creada por las dos fuerzas nacidas en “la nada” por medio del “influjo Divino” nació una esfera lumínica en la que se manifestaron más tarde “siete vibraciones o ritmos” (tierra, agua, aire, fuego, energía, atracción y luz)⁵ que, diversamente combinados, aparecen en los distintos mundos.

Cada hombre, según el Maestro, es el resumen del Universo, o sea del “Ether que vibra agitado por el soplo de Dios”⁶.

“Nosotros —en cuanto formas— somos un resumen de los siete fluidos; los cuales, además de hallarse difundidos en todo nuestro cuerpo, tienen en éste, órganos o sistemas especiales que son como focos de intensificación para cada uno de ellos”⁷.

Somos, pues, esencialmente semejantes al universo del cual procedemos y ostentamos todas las virtualidades que en él existen. Estas virtualidades vienen a resultar como un conjunto de modos de dosificación de aquellos ritmos convertidos en fluidos.

Si nos aplicamos la Ley que rige al Universo, habremos de ser leves como la luz o densos como la tierra: hombres o bestias. Entre los extremos de una escala se mueve toda nuestra calidad de seres humanos.

Masferrer saca de esto su propia conclusión: “Si el hombre, cada hombre, no se emancipa de la bestialidad, el conjunto, el conglomerado social no puede ser sino un tropel de bestias”⁸.

En el campo epistemológico, el hombre llega al conocimiento por cuanto es “el resumen de los siete fluidos”, cada uno de los cuales se intensifica en órganos o sistemas especiales.

En consecuencia, si un fluido —para el caso la luz— se intensifica en mi cerebro, éste será capaz de captar mejor ese mismo fluido que se intensifica en las cosas. Se ve que la ley enunciada como regente del universo,

tiene aquí su aplicación: “Lo más leve a lo más alto; lo más denso a lo más bajo”.

Es fácil comprender cómo va enlazándose con bastante unidad interna, el pensamiento de Masferrer en estos puntos. Y va probándose con ello nuestra afirmación inicial de que, sin proponérselo quizás, este hombre sin aureola de filósofo, sistematizó un pensamiento consecuente y unitario en su estructura interna.

Reiteramos: el más urgente problema que don Alberto quiso resolver fue el del hombre. Una extremada sensibilidad sobre ese asunto lo llevó a mantener casi en forma permanente sus campañas para mejorar la condición del hombre. Hacer del hombre un ser humano para alejarlo de la bestialidad fue un tema que con reiteración le dio oportunidad para llenar muchas páginas en los periódicos y para utilizar muchas horas en la tribuna.

¿Cómo llega el hombre a conocer el mundo que lo rodea? Don Alberto asegura, como lo hacen los filósofos realistas, que todas las verdades son exteriores a nosotros. Pero que nuestra mente, la función que nos permite conocer, concentrada en aquel órgano que se llama cerebro, las aprende por medio de los sentidos. Con sus propias palabras, él lo afirma así: “uno o más sentidos me inician en una verdad”⁹. Esa verdad hará vibrar las células cerebrales y éstas, a su vez, transmitirán su vibración a la mente, “a la aureola mental que circunda” el cerebro y el cuerpo.

El acto de conocer, pues, será una vibración coincidente con otra vibración: la de la cosa conocida. Y la capacidad cognoscitiva será otra virtualidad dentro de cada hombre, condicionada por su capacidad de captar por medio de los órganos correspondientes.

Las dos tendencias contrarias que en “el principio” surgieron en la nada, de seguro separaron al hombre como sujeto cognoscente, del mundo como objeto cognoscible, aun cuando ambos, por acompañamiento del ritmo ocasionado en el caos, fueron “llegando a ser” lo que son, nacidos como lo fueron de la misma sustancia. Y en llegando a ser, cada uno tiene que someterse a este nuevo principio: “Lo que es, quiere ser siempre. Lo que vive, quiere siempre vivir. Lo que una vez alcanzó a ser, no quiere ya dejar de ser”¹⁰. Y concluye él mismo con esta interrogante: “¿No encierra esta ley máxima, la llave de todas las posibilidades para el mejoramiento del hombre?”¹¹

El hombre, pues, como poseedor de los mismos fluidos que constituyen el universo, tiene en ellos el medio para vibrar rítmicamente con él. Para ello, tiene un solo camino: afinar cada vez sus fluidos a fin de ascender de lo grotesco y pesado a lo etéreo y sutil.

No cierra los ojos el Maestro ante la realidad biológica del hombre. Pero advierte el coronamiento de su estructura: su espíritu, “el que sólo él es, sin tiempo ni medida... motor y fin último de toda existencia”¹².

Concluimos, pues, que Masferrer tiene un concepto del hombre y del

conocimiento. Sobre este último, cree que no puede llegar a ser completo si no se carga de emoción para hacernos amar todo lo que conozcamos. Intuitivamente, Masferrer llega a poner una nota valorativa al conocimiento.

LA VIDA

La vida, según Masferrer, no es un concepto aplicable sólo a aquellos seres que, según la biología, están dotados de ese atributo. Para él la vida es actividad, movimiento, dejar de ser y llegar a ser perennemente aunque estos fenómenos se den en la materia inorgánica.

En el hombre, la vida es “algo” como un “agente que mueve y dirige nuestros aparatos y organismos, y que aumenta y disminuye en cada uno de nosotros la capacidad de absorber y aprehender más o menos fuerzas ambientes y de concentrarlas y hacerlas vibrar según un ritmo más o menos amplio, más o menos intenso. . .”¹⁸

No se aparta Masferrer de su idea central: la vida es vibración, ritmo, opere en los cuerpos que opere. Por supuesto que en cuanto mejor organizado sea el elemento donde haya de manifestarse, la vida aparecerá más alta y más refinada, pero no menos útil.

Bajo esta concepción, todos aquellos seres aparentemente extraños e individuales tienen algo en común; algo así como una deuda recíproca, nacida del origen común de todas las fuerzas y de todas las vibraciones y confirmada por aquella otra verdad de que la vida de cada quien —carbón o estrella— es la resultante de una combinación de todos los siete fluidos a que ya antes hemos hecho referencia. En esta forma, cada uno de nosotros da parte de su vida a los otros a la vez que recibe vida de ellos.

En el principio, según Masferrer, las atmósferas (fluidos) concéntricas nacidas del caos, dieron origen a tres planos o manifestaciones de vida:

- 1º La materia, que es el reino de la vida física;
- 2º La animia, o ambiente de la vida anímica; y
- 3º El lumen, ambiente de la vida mental o intelectual.

Guardado en esos tres planos, está el espíritu que hace vivir al todo.

La vida humana, en consecuencia, es vida cósmica puesto que todos —seres, cosas, mundos y hombres— vivimos una sola vida en el ritmo que no es otra cosa que el espíritu, el influjo divino que hizo nacer en la nada las dos tendencias contrarias.

Masferrer, pues, ha fijado su posición frente al mundo, frente al hombre y frente a la vida. Y aun cuando no hemos esbozado siquiera su concepción de los valores, resulta obvio suponer —con base en sus otras meditaciones— que los considera como parte inseparable de la estructura general del Universo.

Con estos argumentos a mano, ya podemos sacar las conclusiones atinentes a la Filosofía de la Educación que, a fin de cuentas, no es más que un tomar posiciones en la formación del hombre, de acuerdo con la concepción que tengamos de los otros elementos con los cuales él vive y actúa: el mundo y la vida.

Nuestras conclusiones son:

1º El hombre es un ser susceptible de perfección.

2º Debemos hacer una educación que permita al hombre vivir una vida acorde con el ritmo del universo. A mayor sincronización, más armonía, mayor comprensión y mejores esperanzas de paz.

Digámoslo con las propias palabras del Maestro: “De tal manera, que el problema fundamental y perenne de todo pueblo es impulsar al mayor número de sus hijos de peldaño en peldaño, o mejor dicho de plano en plano espiritual: de la salvajez a la barbarie, de ésta a la cultura, de ésta a la civilización, de ésta a la humanización, *o sea aquel estado en que el hombre no puede ya vivir para sí mismo si al mismo tiempo no vive intensamente para los demás*”¹⁴.

3º Debemos obtener por la educación un ciudadano eficiente y cooperador; un buen padre de familia y un hombre trabajador.

4º Puesto que hay en cada hombre una serie de virtualidades, será misión de la educación formarlos de acuerdo con ellas, acentuando las que le permitan desempeñar mejor su misión. “Así, el reconocimiento de nuestra misión, *exclusivamente la nuestra*, de reflejo traería el bienestar y la dicha de la Comunidad; y desde luego, la paz de cada hombre que orientara su vida siguiendo aquel deber”¹⁵.

5º La educación debe ser formación e información. El saber solo no hace al hombre total. Una buena formación tiene que partir del encauzamiento de la vida sentimental del hombre para que al dominio de la verdad una la práctica del bien y el amor a la belleza.

6º La educación debe contribuir a la formación de una vida plena. Para elevarse y evolucionar de la materia al espíritu, es necesario superar continuamente el plano de la materia. La vida orgánica saludable debe ser ocasión permanente para la creación espiritual más elevada.

7º La educación debe contribuir al refinamiento de las funciones sensoriales porque los sentidos son las “ventanas” por medio de las cuales nos asomamos al mundo en el que “flotan” todas las verdades.

8º Debe formarse al hombre de manera que contribuya a la conservación de todos aquellos recursos que hagan más fácil su subsistencia.

9º La educación tiene que formar para la libertad pues todo hombre debe consagrarse a su original “excelencia”, a su propia virtualidad.

10º Los contenidos de materia deben organizarse de manera que, aun

siendo exterior a nosotros el objeto del conocimiento, el estudiante pueda recibirlo de acuerdo con sus propias capacidades.

11º La educación debe formar para el respeto de la condición humana de todos los semejantes. La dignidad del hombre debe ser tenida como uno de los más altos valores que la educación debe desarrollar. Las palabras de Masferrer en tal sentido, son claras: "...advierto que la única manera de que mi vida alcance su máxima extensión y su mayor excelencia, es que yo me preocupe tanto de la mía como de la ajena, y me empeñe en vivir, hasta donde me sea posible, como si todas las vidas fueran una"¹⁶.

12º La educación debe ser ordenada y, en sus tendencias, ha de estar ligada estrechamente a las condiciones propias del país y de la época. Orden y equilibrio hacen posible el ritmo. Y la educación, como parte de un todo mayor que debe tender a la felicidad del hombre, debe estar sincronizada con ese todo.

Masferrer, como queda visto, sabe mantener unidad en su pensamiento. Lo encadena de tal manera, que siempre va un principio buscando asidero en los que le preceden y dejando cimiento para los que le siguen.

Si los hombres de pensamiento se decidieran un día a buscar en la sencillez y belleza de la prosa masferreriana, de seguro hallarían toda una serie de principios no sólo para dar una orientación más definida y más propia a nuestro país, sino para dar vigencia a una moral individual y colectiva menos complicada y más limpia.

Si toda escuela filosófica pretende que su filosofía se haga actuante por medio de la educación, el pensamiento de Masferrer, sin rigorismos de filósofo ni retoricismos de sabio, nos dará inspiración para tomar un camino más nuestro a fin de llegar a adquirir una personalidad más propia.

NOTAS

- 1 *Las Siete Cuerdas de la Lira*, Dirección General de Publicaciones, San Salvador, 1963.
- 2 Op. cit., pág. 17.
- 3 Op. cit., pág. 17.
- 4 Op. cit., pág. 125.
- 5 Op. cit., pág. 19.
- 6 Op. cit., pág. 22.
- 7 Op. cit., págs. 22-23.
- 8 Op. cit., pág. 132.
- 9 Op. cit., pág. 167.
- 10 Op. cit., pág. 29.
- 11 Idem.
- 12 Op. cit., págs. 190-191.
- 13 Op. cit., pág. 172.
- 14 *Patria*, Editorial Universitaria, San Salvador, 1960, pág. 77.
- 15 *Caminos de la Paz*, Tipografía Lozano, 1965, pág. 9.
- 16 *Obras de Alberto Masferrer*, Universidad Autónoma de El Salvador, 1948, página 155.

Las Siete Cuerdas de la Lira

(Fragmentos)

Por Alberto MASFERRER

HAZTE UN CRISTAL

A Ti, que naciste por ser una voz.

Tu misión es hacerte un cristal.

No un Sol —porque los soles vienen de muy alto—, sino un cristal que concentre los rayos del Sol, les abra camino a través de su transparencia, y ya juntos en haz resplandeciente, lleve su luz aun a los ojos más nublados; aun a las mentes más oscuras; aun a los corazones más dolientes.

Otros, pensaron; otros descubrieron; otros, penetraron en el corazón del Arcano. Tú, gozoso y humilde, hallarás tu gloria *en decir*.

Tú no eres la luz; tampoco la luciérnaga es la luz, pero en su cabecita lleva una antorcha. Que tu palabra sea la llama que enciende la antorcha.

Conténtate y gloriáte de ser un cristal. Un cristal que a la vez ha de ser un prisma de tres faces, una lente de gran concentración, y una simple lámina, diáfana como el agua en que se desvanece el ventisquero. Prisma de tres faces: para Bondad, para Verdad, para Belleza. Lente que recoja y concentre, para dar tono, penetración y fuerza a los mil imperceptibles gemidos de las criaturas tristes, que padecen porque no tienen voz. Lámina igual y diáfana, para no deformar las palabras hondas que ya fueron escritas, y que vienen a ti para que las hagas entender a los sencillos y a los ignorantes.

Hazte un cristal: sé medianero de luz; sirve de puente a la Aurora, que ansía descender hasta el alma tenebrosa del hombre, y al enfermo corazón del hombre, que anhela subir a purificarse y a diafanizarse en la Aurora.

Tu misión es hacerte un cristal. Mas al cristal sólo se llega por la senda de la Humildad, de la Pureza, de la Sencillez, de la Alegría y del Silencio. De la *perfecta* humildad; de la *perfecta* pureza; del *perfecto* silencio; de la *perfecta* sencillez; de la *perfecta* alegría.

¿Puedes tú devenir un cristal?...

Perfecta es la pureza de aquel que destierra de sí todo anhelo que no sea el anhelo de recibir y esparcir la luz.

Perfecta es la humildad de aquel que nunca olvida que la luz viene de lo Alto y no de él, y que no viene sólo para él, sino para toda sombra y toda pena.

Perfecto es el silencio de aquel que no disemina sus pensamientos ni sus ansias en comprender y realizar otros aspectos de la vida, sino que los concentra y totaliza en la perenne y única ansiedad de atraer y difundir la luz.

Perfecta sencillez es la de aquel que se mantiene simple, sin engastes ni adornos, confiado en la sola belleza de la diafanidad, en la virtud suprema de ser verdadero y transparente.

Perfecta es la alegría de aquel que no se deja empañar por nieblas ni tinieblas; que sabe irisar sus propias lágrimas; que olvida su propio dolor, porque sabe que la luz es serenidad y alborozo, y el dolor ajeno transforma en oración —en demanda de luz—, porque sabe que toda oscuridad y toda pena se curan con la luz.

Tu misión es hacerte un cristal...

¿Quieres tú devenir un cristal?...

EL SENDERO

1º—Nuestro saber, es como la sombra de una nube que el viento arrebatá:

Que si alzamos los ojos, ya no hay nube.

Y si los bajamos, ya no hay sombra.

2º—Ojos limpios requiere la Verdad.

Y puesto que la mente anda enlazada con el alma y el cuerpo en unión íntima y perenne, si el alma y el cuerpo van recargados de impurezas, la visión mental resultará escasa, turbia y vacilante.

Según la pureza de tus ojos, así verás.

3º—¿Enalteció tu entendimiento y purificó tu corazón?

Entonces, ERA VERDAD.

EL VIAJE DEL ESPIRITU

1º—Lo más leve a lo más alto; lo más denso a lo más bajo. Esta es la ley en la Materia y en el Espíritu, en los Cielos y en la Tierra. *Por su propia virtud* las cosas descienden o ascienden, y van ahí, justamente, donde su levedad o espesidad están acordes con el ambiente.

No hay necesidad de amonestar al lingote de plomo que se arroja del buque en el peligro del naufragio, ni hay que enseñarle nada a la plumilla que dejó caer la gaviota mientras volaba sobre las ondas. El plomo sabe que ahí estorba en la superficie, y se va prestamente al fondo; la plumilla sabe que flotando sobre las aguas, no torcerá el rumbo ni siquiera a las algas, y ahí se queda jugando sobre el agua. Así, con esa misma fidelidad y obediencia, el agua se coloca sobre el plomo, el óleo sobre el agua, el corcho sobre el óleo, el aire sobre el corcho, la nube sobre el aire y el fuego sobre la nube.

Si la nube aspira a volver al Océano y ser onda otra vez, tendrá que condensarse, hacerse grave, convertirse en lluvia, en nieve o en granizo, y entonces descenderá. Desde el instante en que se torne humo, vapor sutil y vagaroso, el aire la cogerá en sus alas y la llevará a las alturas.

La misma es la ley para el Alma, para la Mente, para el Espíritu, para lo consciente, y lo inconsciente. Porque siendo el Cosmos tan maravillosamente complejo y diverso como es, no puede subsistir sino *gracias a un Orden Absoluto e inalterable, a una*

Economía rigurosa e inmutable, y ninguna de esas dos virtudes supremas fuera posible si todo no se hallara regido por una sola Ley.

* * *

Este concepto de universalidad en la ley es sumamente difícil para nuestro intelecto y para nuestro corazón. Nos inclinamos a ver en cualquier fenómeno una excepción; en cualquier grupo de hechos, un dominio de la Vida en que rigen leyes especiales; y una vastísima porción de acaecimientos se nos figura gobernada, o más bien tiranizada por el Azar. Por su parte, nuestro corazón pide con sollozos y lágrimas a los Poderes Supremos que suspendan la ley en favor del ser querido que sufre o se halla en peligro de sufrir. Casi nunca oramos si no es interesadamente, para implorar favores. Hasta cuando pedimos perdón de nuestras culpas, con firme propósito de enmienda ¿qué hacemos sino suplicar que no se nos castigue por el mal cometido, a cambio de nuestra promesa de ya no reincidir? Por esto la oración es casi siempre ineficaz; porque el Universo no tiene oídos para escuchar a los que piden injusticias ni absurdos. Aunque todas las criaturas vivientes se ablandaran, y se inclinaran a otorgarnos el privilegio de no ser castigados por la culpa, o de que se nos dé lo que no hayamos merecido, no podrían lograrlo: porque la Ley Suprema, de cuyo absoluto cumplimien-

to depende la existencia del Cosmos, no lo consentiría. En la Ley, en la Esencia Intima de la Totalidad de las cosas, se halla establecido que se nos dará lo que pidamos, que hallaremos lo que busquemos; pero, *ineludiblemente*, pagando el justo precio de cada cosa.

Podemos, sin merecimiento ninguno, tomar o arrebatar el don que anhelamos; podemos defraudar, robar, saquear y malversar los bienes que el Universo tiene derramados por todas partes: no solamente puedo arrebatar el trabajo de mi prójimo y manchar su fama; fatigar a mi criado, a mi buey, a mi propio cuerpo, con una tarea excesiva; usurpar el cargo o la reputación que no merezco; quitarles a los demás la libertad, el pan, el descanso, el sosiego y la paz; no sólo eso, sino que hasta puedo asesinar a mi prójimo, matar a los pájaros para distraerme, provocar una guerra para conquistar gloria o dominio, e inundar de llanto y sangre cuanto alcance mi diabólica influencia. Sin duda puedo hacerlo, y lo haré cuando quiera. Solamente *que lo habré de pagar*.

Aquello de que seré perdonado mediante un arrepentimiento sincero, es no sólo grotesco sino perverso e ilógico, y opuesto a toda noción de armonía, de orden y de justicia. Cuando Jesús dice al paralítico: “levántate, toma tu lecho y vete a tu casa, tus pecados te son perdonados”, no quiere decir que le devuelve la salud porque le tiene lástima, sino que le da a entender esto, sencillamente: “tantos años de sufrimiento, de pacientes dolores, de esperar ahí, día tras día, en

la tremenda ansiedad de la impotencia, a que alguien se compadeciera de ti, y te bajara a la piscina; tantos años de dolor tan constante y tan silencioso, han lavado tus manchas, han borrado tus culpas, y ahora *que ya diste la necesaria compensación, la salud vuelve a ti naturalmente, en virtud de la Ley, así como naturalmente, en virtud de la Ley, se había alejado de ti. Tu deuda está pagada, tus pecados te son perdonados, ya estás libre*”.

De tal manera que el milagro en esta ocasión, el *verdadero milagro*, no consistió en que Jesús suspendiera la ley en favor del paralítico —puesto que la suprema Ley de Justicia y las leyes cósmicas que son sus reflejos no pueden ser suspendidas por nadie—, sino *en la videncia de Jesús* que le permitió adivinar, que aquel pecador acababa, en esa misma hora, de pagar el último resto de su condena; que ya estaba solvente con la Justicia Divina, y que lo único que necesitaba *era una palabra de aliento*, que le reanimara y le fortaleciera contra la desesperanza infundida en su ánimo por un tan largo padecer. Pese a nuestro egoísmo y a nuestra bellaquería, que intentan burlar el Orden Universal con engaños y palabras, no hallaremos nunca la manera de hacerlo, y toda religión, filosofía o ciencia que nos enseñe lo contrario, será necesariamente falsa.

La inmutable verdad es ésta: que debemos pagar el justo precio de las cosas, lo mismo en el orden físico que en el espiritual, y que toda infracción de la Ley, toda alteración del Orden,

habrán de ser ineludible y suficientemente *compensados*; no porque haya un Poder que goce o necesite de nuestros sufrimientos, sino porque la Ley de las Leyes es que *toda causa produzca sus naturales y necesarios efectos*; o sea que una *acción* cualquiera va seguida de una *reacción*, como va la luz seguida de la sombra.

No, no hay perdón ni favor en el Orden Universal, sino que todo habremos de pagarlo. ¿A qué precio? A precio de Talión: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, sangre por sangre. Es decir, traduciendo el símbolo, *que la pena será proporcionada al pecado*. Eso no es perdón, en el sentido absurdo que nos han enseñado, sino *remisión, rescate*; y la Misericordia Divina, al castigarnos, lo que ha hecho no es condenarnos a morir por nuestra violación de la Ley, sino permitirnos recobrar nuestra paz, nuestra salud, mediante el *rescate* equitativo y necesario.

Pero, se dirá ¿de qué sirve entonces el arrepentimiento? Si de todas maneras he de ser castigado; si no se me ha de perdonar ni un día de cadena, lo mismo es arrepentirse que empecinarse. Cuando haya pagado, quedará libre, me haya o no arrepentido.

No, en esto no se parece la Justicia Divina a la humana: la Justicia, el equilibrio espiritual exige que se le trastorne lo menos posible, y que el autor del desequilibrio quede, cada vez menos propenso a reincidir en el desorden. Si no me arrepiento, aunque padezca, sólo habré *compensado* mi falta bajo el aspecto grosero de la compensación. Pero como el reino es-

piritual necesita más orden, más armonía, que el reino material —porque el espíritu vive de armonía esencialmente—, se tratará, además, de que yo no continúe siendo causante de discordias y desarmonías. Ahora bien, cuando uno se arrepiente en el real sentido de la palabra, *es cuando ve, cuando siente, cuando adquiere plena conciencia* del mal cometido; y eso, no sólo por sus consecuencias funestas para los demás y para uno mismo, sino por la fealdad misma del mal, por lo que en sí tiene de repugnante, de absurdo y de perverso. Y sólo cuando se adquiere esa *conciencia*, deja uno de continuar andando por la senda torcida. Si por glotonería o gula sufro una indigestión, es claro que, eliminados los tóxicos que hubiesen originado aquel pecado y tras de sufrir las penalidades consiguientes, quedaré ya bueno, y hasta se me olvidará lo padecido. Mas si no *me arrepiento*, si no llego a sentir que es la gula o glotonería la causante de aquellas penas; si no nace en mí *un deseo ardiente* de ya no ser goloso ni glotón, y *una gran vergüenza* de haberlo sido, entonces, continuaré en mis excesos, y las indigestiones serán cada día más y mayores, y mayores y más repetidos los daños que me ocasionarán.

De tal suerte, que sólo el *arrepentimiento*, que es la visión plena y honda del mal, me pondrán en capacidad de evitar el mal, de no reincidir en el pecado. Y el Amor Divino, la Armonía Cósmica, que es la raíz misma de la Justicia, no se contenta con que el pecado se expie, sino que quie-

re, en primer lugar, que el *pecador se salve*. Ahora bien, el pecador no puede salvarse si no es poniéndose a tono con la Armonía Suprema, acorde con el Orden Universal; y no puede buscar ni obtener ese acuerdo, sino *penetrándose* de que *en él está el mal* y no en otra parte; y no puede penetrarse de tal verdad, si no es *viendo con evidencia y claridad plenas*,

la fealdad y las odiosas consecuencias de su pecado; visión que no es otra cosa que *arrepentimiento*.

Esta visión de que todos andamos tan necesitados, se facilitará cuando lleguemos a convencernos de que en el Cosmos no hay privilegios ni excepciones, y que en todo rige la Ley, que es una en todos los planos y esferas del Universo.

CIENCIA Y SABIDURIA

1º—Sabiduría, no es el estudio fragmentario de millares de hechos, explicables por infinidad de leyes, sino el Conocimiento Sintético de las Máximas Fuerzas de la Vida y del Espíritu, que determinan y rigen *todos* los fenómenos.

En nuestras ciencias de hoy, cabe ser eminente en una rama e ignorante en otra; cabe descollar en Psicología y ser nulo en Higiene; cabe sobresalir en Física y no saber nada de Moral. La especialización en las ciencias se ha extremado tanto, que Bernard Shaw ha podido afirmar que “el especialista perfecto es el perfecto idiota”.

Pero la Sabiduría no aceptó jamás esa fragmentación de la Vida, ni la comprensión de sus misterios mediante un haz de llaves que abren cada una una puerta, y nada más que una. La Sabiduría dijo siempre que la vida es *Una esencialmente*, y múltiple en manifestaciones o apariencias. Que la Creación, es la realización inconmensurable de Pensamiento Unico, siguiendo un mismo plan y procurando

un mismo fin. Que, por consiguiente, los fenómenos todos pueden explicarse por una misma Ley, suprema e inviolable. Que, si bien el hombre no alcanza por su demasiada pequeñez mental a conocer esa Ley, necesariamente inaccesible a las criaturas, sí puede reducir a un *mínimum* la infinidad de causas parciales que nos dan la ilusión de ser leyes. Que la fe en la Unidad de la vida, amplía nuestra comprensión. Que no ha de tomar el hombre como *ley*, sino aquella que actúe en *todas* las esferas de la existencia. Que la verdad, no puede ser verdad en este plano y mentira en aquél. Que no se puede enseñar bondad si no se es bondadoso, ni dar salud sino teniendo, ni esparcir claridad sino siendo una luz. Que la síntesis es la realidad, y la multiplicidad la ilusión.

Comprendida así la Sabiduría, su conocimiento no es tanto extensión como profundidad; no se es sabio por conocer muchos fenómenos, sino por conocer causas generales que resuelvan el mayor número de fenómenos. El saber, no es ya erudición sino

comprensión, y la curiosidad fenoménica se sustituye con el *poder*. Saber así, es verdaderamente, *poder*. Pues el hombre, cuanto más adentro vaya en la interioridad sustancial de las cosas, más dominio tendrá sobre las mismas. Será menos hombre, y más dios.

Tal es lo que se llamó Sabiduría o Gnosis; que conoció Pitágoras, que conoció Platón, que conoció Plotino, y como ellos, Krishna, Budha, Moisés, Hermes, Orfeo, Isaías, Daniel, Ezequiel, Jesús, San Pablo, Juan de Patmos y otros.

* * *

2º—Para dar una idea de lo que es esta Sabiduría, tratemos de entender, por ejemplo, aquella ley que enseñaba Jesús, diciendo que “el árbol se ha de conocer por sus frutos”; y que amplificaba diciendo: “No se cogen uvas de los espinos”; y también, “Sembraron vientos, y recogieron tempestades”, etc.

Bajo estas formas de expresión pintoresca, escondía él una verdad filosófica y absoluta: *la relación necesaria* entre la causa y el efecto; la identidad *esencial* entre el creador y la cosa creada; en fin lo que decimos Ley de Causalidad.

¿En qué esfera del conocimiento es verdad esa ley? En todas: la regla de “por sus frutos los conoceréis”, no sólo es aplicable a las acciones de los hombres, como indicio seguro de su vida interior, sino que es un criterio insuperable para juzgar de los frutos de un árbol, del agua de un manan-

tial, del clima de una región, de la virtud curativa de una droga, de la eficacia nutritiva de un alimento, de la fertilidad de un terreno. Y asimismo sirve para colegir la eficacia o inanidad de una doctrina, de una legislación, de un método educativo, de una manera de gobernar, de un sistema de edificación, de cuantas cosas, doctrinas, instituciones, creencias, sistemas, prácticas y hábitos pueden caer bajo el examen de la mente del hombre.

Más aún, el animal y la planta no poseen otro criterio para regir su vida: si le conviene a ésta la luz rutilante del meridiano o la opacidad de las cavernas, si el suelo reseco del desierto o el rezumante de un valle tropical; si le conviene a aquel la carne palpitante de la presa o la infecta del cadáver ya frígido; si la baya de este árbol o la raíz de aquella mata, si el vivir solitario o en colmena; si en enjambre perenne o en asociaciones eventuales...; de todo eso han tenido que juzgar, hasta formar sus instintos y hábitos, *por los frutos, por las consecuencias favorables o adversas* de una experiencia mil y mil veces repetida.

* * *

3º—¿Quién puede penetrar, hasta su raíz última, la verdad de que *todas* las cosas son idénticas en *esencia* y que se rigen por una *sola ley*?

Nadie. Pero sí nos es dable ir avanzando en esa comprensión de la Sabiduría, y en proporción al avance de cada uno, así mediremos su intelligen-

cia y su saber. Aquel será más sabio, que explique mayor número de fenómenos por medio de un menor número de leyes. Este verá semejanzas o identidades, ahí donde los más sólo verán diferencias u oposiciones, y reducirá a un mismo principio ideas que el ignorante juzgará del todo diferentes, y aun contrarias o antitéticas.

Para comprenderlo mejor, supongamos un hombre que nunca hubiera visto la nieve, el hielo, el granizo, la escarcha y el vapor de agua. Si se le fueran mostrando de uno en uno, sin explicarle su naturaleza, creería que eran cosas enteramente diversas unas de otras, y hasta opuestas. Se imaginaría que el hielo es una especie de alabastro; que los granizos son diamantes deslucidos; que la nieve es sal pulverizada, la escarcha cristales machacados, y el vapor de agua una

mota de algodón, muy tenue y muy ligera. Mas llegará un físico y, mediante experimentos muy sencillos, hará ver que todos aquellos cuerpos tan desemejantes en apariencia, son en realidad, agua, nada más que agua, y que sus formas o estados resultan de una causa única: el mayor o menor calor que separa o acerca sus moléculas. Lo que el ignorante pensó ser varios cuerpos, regidos por varias leyes, resultarían para el hombre instruido, *un solo cuerpo*, regido por *una sola ley*.

De esta naturaleza unificadora, simplificadora, era la Sabiduría o Ciencia de los Misterios, y en ella sobresalían más los hombres de genio, los videntes, los que traen al nacer el don celeste de una visión amplia, rápida y honda de la naturaleza. Como Budha, como Jesús.

PALABRA Y PENSAMIENTO

1º—Observemos esta maravilla que se llama una palabra escrita: una simple figura, formada de pequeños y sencillos rasgos, en la cual se encierra, se guarda, como si fuera en una caja, la vibración mental que denominamos *pensamiento*.

¿Cómo se despierta y se manifiesta el agente que duerme ahí encerrado? Helo aquí: el cerebro es un aparato que emite y trasmite vibraciones, exactamente como un aparato de telegrafía. Esas vibraciones se transmiten por medio del fluido mental que llena el espacio, y del cual se halla impregnado, embebido nuestro cerebro lo

mismo que todos nuestros órganos, pero en cantidad mayor aquél, puesto que el cerebro es el órgano especial de la mente.

Ahora bien, cuando nuestro cerebro piensa, vibra; la vibración se trasmite al fluido mental circundante, y éste, según la intensidad de la vibración, lleva la onda mental a mayor o menor distancia; precisamente como se producen ondas en el agua de un estanque, dejando caer en ella piedrecitas de tamaños diversos o desde alturas diferentes. El fenómeno es también semejante al que produce un cuerpo sonoro, cuando vibra o suena:



Don Alberto Masferrer en su edad madura.

la onda sonora se extiende a mayor o menor distancia, según la intensidad o energía de la vibración inicial.

En este caso de las vibraciones sonoras, si la onda transmitida llega a tocar el tímpano, *hay sonido*; siempre que el tímpano funcione bien, y que, a su vez, haga llegar su vibración al cerebro. Así es que el fenómeno que llamamos sonido, requiere *un cuerpo sonoro, que vibra; un fluido que transmite esa vibración, y un tímpano o receptor, que vibra al contacto del fluido trasmisor.*

Si sustituimos al cuerpo sonoro, el cerebro que piensa; al fluido aéreo, el fluido mental; al tímpano o receptor de las ondas sonoras, el cerebro que recibe las ondas mentales, tendremos explicado el mecanismo del pensamiento. La claridad, viveza y persistencia de estos pensamientos o vibraciones mentales, dependerán de la intensidad, pureza y claridad con que vibren los cerebros que las emiten, y de la finura y capacidad receptiva de los cerebros que reciben.

Posible es que por defecto de mi tímpano, la onda sonora que viene a conmoverlo no se manifieste *sonoramente*. No diremos, entonces, que no hubo vibración ni onda sonora, o que mi tímpano no la recibió, sino, simplemente, que *no llegó a producirse en mí la conciencia de aquella vibración*. La vibración llegó a mí, y conmovió, seguramente, mi tímpano, haciéndolo vibrar. Pero el nervio trasmisor no supo llevar la vibración al cerebro; éste no pudo, entonces, darme la conciencia de aquélla, y por eso no se produjo la audición.

Ocurre lo mismo con la vibración mental: si la onda emitida fue débil, no llegará sino a quienes se hallen próximos al foco emisor; si es fuerte, irá más lejos; si es muy intensa, atravesará el océano. Pero en todo caso, *no afectará sino a los tímpanos mentales o cerebros que funcionan bien* y los afectará en proporción de su finura, de su capacidad receptiva, y *de la simpatía o acuerdo en que se hallen con los focos emisores.*

Esta última es condición esencial, y se hará comprensible recordando lo que sucede a las cuerdas de un arpa, en una sala en donde alguien toque un piano: que al darse una nota en el piano, sólo vibra con intensidad y claridad la cuerda del arpa que se halla en el *diapasón de la cuerda que originó el sonido*. Si los sonidos tan amplios e intensos del campanario vecino, no repercuten en mis dedos ni en mis rodillas, sino *únicamente* en mis oídos, no es porque la fuerte vibración del aire no afecte y conmueva, en cierta medida, a todos mis órganos, y aun a todas las cosas que me rodean, sino porque *sólo en mi oído hay algo de naturaleza singularmente vibrátil, y cuya disposición molecular está hecha para recibir y reproducir la vibración emitida por la campana. Mi tímpano está en armonía con la campana, y por eso la oye.*

Podemos imaginar, de acuerdo con lo ya establecido, que el pensamiento que expreso en este instante, lejos de tener su foco en mi cerebro pudo haberme llegado en una onda mental de poderosa intensidad, desde el otro lado del Planeta. Vino la vibración,

afectó a mi cerebro, y dejó en él una impresión levisima, de naturaleza semejante a la que deja la voz del operador en el disco fonográfico. No veis en el disco sino una muy leve señal, como la que imprimiría la patita de una hormiga, o menos aún. Pero la vibración, la onda sonora, el *sonido*, en fin, están *encerrados*, latentes ahí en aquel signo; y cada vez que esta levisima depresión haga moverse la aguja del fonógrafo, el sonido se *manifestará*, es decir, volverá a vivir y actuar. Así también, cada vez que la impresión dejada en el cerebro por una onda mental *sea excitada* por una emoción cualquiera, el pensamiento resurgirá tan vivo como si fuera la primera vez que lo experimentamos.

Recibimos constantemente vibraciones mentales, ondas mentales generadoras de pensamientos. Sólo que no nos damos cuenta de su llegada. No percibimos el advenimiento de aquellas vibraciones, sino *cuando vienen acompañadas de una onda sonora*, que es una palabra articulada, o *de una lumínica*, que es una palabra escrita.

¿Qué viene a ser la palabra escrita? El fonógrafo del pensamiento. La letra o signo escrito *hace pensar*; así como la letra o signo fonográfico *hace oír*. Y en la letra escrita se halla guardado el pensamiento, ni más ni menos como en la letra fonográfica se halla guardado el sonido.

En cualquier forma que llegue a nuestro cerebro la vibración mental, si es *intensa* y encuentra en nosotros la *simpatía necesaria*, no será una nube que pasa y se desvanece, sino una impresión que se grabará ahí, y ahí se

quedará para mucho tiempo, acaso para siempre.

Que se presente una excitación cualquiera: la vista de un objeto, un recuerdo, una palabra, un sueño, un movimiento, el día gris o luminoso, cualquier circunstancia *evocadora* (como es evocadora la aguja del fonógrafo), y el pensamiento —forma de la vibración mental impresa en el cerebro—, surgirá vivo, activo, *impulsándonos a la acción y haciéndonos revivir* el momento en que aquella vibración fue recibida. (Recuérdese que una acción no es sino la cristalización de un pensamiento).

* * *

Emitimos constantemente pensamientos: buenos o malos, oscuros o luminosos, rastreros o elevados. Que los guardemos en signos escritos; que los echemos a volar sobre las alas efímeras de la palabra oral; que vayan de nosotros, invisibles e inaudibles, bogando sobre las ondas del fluido lumínico, aquellos pensamientos no morirán sin dejar en alguna parte la señal de su paso y el fruto de su existencia. Aquel cerebro que se halle a tono con el nuestro, brillará con su luz o se nublará con sus nieblas; se remontará con sus alas, o se abatirá con sus membranas.

Que nosotros, al cabo, somos, como las estrellas, *radiantes*; y nuestra radiación es lo que sentimos y pensamos. Sólo que las estrellas irradian siempre luz; y nosotros, las más veces, irradiamos tinieblas...

EL ESPIRITU

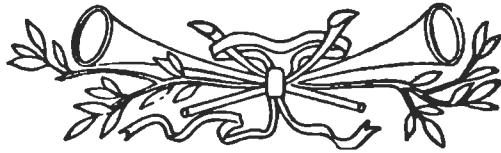
1º—No sabemos lo que es el Espíritu.

Es tan difícil imaginar *qué* es, y *cómo* es, que cuanto más se empeña uno en lograrlo, más densas se tornan las sombras que le envuelven.

Ni siquiera se ha podido crear un lenguaje claro y preciso para intentar su estudio: en efecto, la palabra *espíritu*, lo mismo que *alma* y *naturaleza*, significan según el lugar y la ocasión, infinidad de conceptos y de matices, tan vagos y cambiantes, que no hay manera de llegar con ellos a

ninguna concepción clara y definida.

No sabemos lo que es el espíritu. No lo sabremos mientras permanezcamos encerrados en formas tan espesas y oscuras como ésta en que ahora vivimos. Lo iremos reconociendo más y más, *según nos espiritualicemos*, según vayamos ascendiendo en la escala de la existencia, pues solamente *la luz*, es capaz de saber a perfección *qué es la luz*. Así, sólo penetramos en la naturaleza esencial del espíritu, en la medida en que en nosotros vaya predominando la vida espiritual.



HELIOS

(Fragmentos)

Por Alberto MASFERRER

I

Hay una Causa Suprema, Lo Absoluto, a Quien, a cada instante, con loca irreverencia, nombramos e invocamos, llamándole Dios.

Este Dios, *Lo Absoluto*, *Lo Inefable*, lo que nunca debiéramos nombrar sino de rodillas y purificados, anda en nuestra boca para todo: hasta para fortificar nuestras mentiras; hasta para dar crédito a nuestros fraudes; hasta para conquistar una miserable sonrisa de aprobación, cuando usamos la *Santa Palabra* en refranes, en ingeniosidades, en cuentos estúpidos, en groseros retruécanos.

El cerebro del hombre carece de ideas capaces de concebirle. Porque siendo nuestras ideas representaciones de las cosas que percibimos, y siendo

éstas, bajo todo aspecto contingentes, limitadas, estrechas y falibles, no pueden sugerirnos sino ideas limitadas, estrechas y falibles y contingentes, ineficaces para idear y concebir Lo Absoluto.

El lenguaje humano carece de palabras que alcancen a nombrarle y definirle. Porque toda palabra es meramente un símbolo, y las nuestras no son sino imágenes de las ideas que nos sugieren las cosas terrestres. ¿Y vamos, así, a comprender y a concretar con nuestro mísero lenguaje, al *Unico*, al que no podría nombrársele ni definírsele, ni en el mismo idioma sideral en que cada letra es un sol y un cometa cada signo?

* * *

Hasta donde la pobre mente huma-

na alcanza a vislumbrar, la *Causa Suprema* se nos manifiesta como Substancia, como Espíritu, como Ley.

Mas, tan nebulosos, tan inasibles, aéreos y vagarosos e imponderables son esos tres *Aspectos*, que nuestros mayores esfuerzos para fijarlos, apenas bastan darnos instantáneas y dudosas visiones que nos dejan deslumbrados y ciegos. No podemos ni siquiera *adorar* la Substancia, el Espíritu, ni la Ley, porque sólo se adora aquello que en alguna medida se comprende. No se adora al Abismo ni a las Tinieblas; y cuando nos imaginamos que adoramos lo inconcebible, no hacemos, en verdad, sino atormentar nuestra imaginación y fatigar y oscurecer más nuestra mente.

Nuestra necesidad religiosa, nuestra felicidad religiosa, no ganan absolutamente con referirse a lo que nos es del todo inaccesible. ¿Qué descanso, qué consuelo llevaré a mi pobre alma atribulada, si al invocar a Dios —si me detengo un instante a pensar en El—, me sobreviene un diluvio de sombras, y me siento caer en un abismo que a cada instante se hace más profundo?

Si el niño no comprende a la madre, y vive, sin embargo, confiado en el regazo maternal, es porque la *tiene ahí*, entre sus bracitos y bajo sus labios. No la razona, pero *la toca*; no la comprende, pero *la siente*. Mas nosotros, ¿cuándo, en qué momento experimentamos de Lo Absoluto, esa divina sensación de plenitud, de *posesión* de realidad inmediata y tangible? ¿No lo dijo ya Jesús: “al Padre

nadie le vio jamás”? Se refería, hablando así, a la Causa Suprema, al Principio Uno, a quien ni ésa ni palabra de idioma alguno convienen ni esclarecen, sino que le desfigurán, empuqueñecen, y envuelven en más y más densas oscuridades.

Para las necesidades de nuestro corazón; para freno de mis instintos; para luz de mis noches; para firmeza en mis vacilaciones; para esperanza en mis tribulaciones; para templanza en mi alegría y ponderación en mi tristeza; para todo lo que me infunde el espíritu religioso, no necesito referirme a Lo Absoluto ni prosternarme ante la Noche. La vida me ha enseñado una cosa, y es que *El* se manifiesta como *Ley*; y la intuición y experiencia me dicen, que entre los pliegues rígidos de esa Ley, que todo lo prevé, han quedado suaves repliegues invisibles en donde se aloja el amor.

Y de ahí la certeza de que seré perdonado, aliviado, acogido, y al fin rescatado, y reinstalado en la diadema de Sirios y Canopes que circunda su frente...

Entonces, y puesto que tal es mi certeza y mi esperanza, no necesito para mi adoración y mi sostén hablar con el *Abismo*, sino con la Flor, con el Arroyo, con la Nube, con el Celaje, con el Ruisseñor, con el Viento, con el Mar, con la Montaña, con el Arco-Iris, con la Aurora, con todos los que son *Sus testigos*, y en quienes ha encarnado su Poder, su Belleza, su Bondad, su Verdad...

Sí, si hay en mí humildad, visión y unción, puedo prosternarme ante una

Mariposa, orar ante la Tempestad, pedirle socorro a la Nieve que yace perenne en la cima del monte, y entonar un himno de reverencia ante el Cedro del bosque o ante el microscópico Arbolillo del musgo. Si hay en mí humildad, intuición, ingenuidad, yo sé que en tales cosas, estoy hablando con *El*, y que *El* me ve y me oye; aún más, que es *El* quien ha suscitado mi palabra, inspirado mi cántico, y movido a que le suplique, confiado e insistente, como un niño a su madre

* * *

Así, los cultos fáciles y claros de los pueblos niños, de los hombres primitivos, no fueron, como solemos pensar, hijos de la ignorancia y de un escaso desarrollo mental, sino de la sencillez del corazón, de la intuición profunda, de la veracidad de espíritus ingenuos, que sentían que no puede uno *religarse* a lo que no concibe. *Religión, es religarse: enlazarse de nuevo, rehacer el vínculo que nos unía a lo más alto, a lo más poderoso, a lo más sabio, a lo Divino.*

Mas, para reanudar el lazo roto, para hallar de nuevo la certeza de que no estoy solo, que no estoy abandonado, de que la justicia y el Amor vendrán, por fin, con sus alas divinas a recogerme y a salvarme; para encontrar de nuevo ese hilo de la Vida Divina, no necesito martirizar mi flaca y estrecha razón, sumergiéndola en las Tinieblas, ni extender ansiosamente la mano para sostenerme en el Abismo; necesito, más bien, sumergirme en la luz, y asirme a la rama del

árbol, que son símbolos y testigos de lo que busco e imploro: justicia y amor. Entonces, ¿por qué no adorar a una gardenia, a una rosa, a una nube, a la brisa que pasa y al arroyo que musita?...

Me dirá la gardenia: ¡mira qué blanca y pura soy! Entonces, confía, y hazte como yo blanco y puro.

La rosa me dirá: ¡mira cómo esplendo y trasciendo! Entonces, acrisólate, y adquiere esplendor y fragancia.

El niño me dirá: ¡mira cómo duermo y sonrío, sin pensar en el mal! Entonces, confía y espera, pues el Universo entero es una madre.

La nube me dirá: ¡mira cómo soy de tenue, alígera y sencilla! Entonces, hazte leve y sencillo y alígero, confiando en Aquél que a mí me dio levedad y tenuidad.

La brisa me dirá: ¿por qué no vas, como voy yo, oreando las frentes y las hojas, esparciendo fragancias, confortando toda fatiga, y besando todo lo que encuentro a mi paso? Entonces, tu vivir será tan suave y libre como el mío, y te harás vuelo y canto!

El arroyo, en fin, me dirá: ¡ven, limpiemos, fertilicemos, calmemos la sed del hombre y de la planta, del insecto y de la bestia; y mientras ellos beben nuestra vida, reflejemos, sonriendo, los zafiros del cielo, la verde copa de los árboles y la silueta azul de las montañas! Y verás que *El* es suave, humilde y claro, y sabe murmurar como un arroyito que pasa... como yo... como tú...

* * *

Allá en lo alto luce mi Dios.

Esta mañana fue para mis ojos aurora, y me anunció el día, la confianza. A la tarde, será para mi espíritu fatigado, ocaso, promesa de reposo, de fuerza, de esperanza.

Fue, y es mi luz. En él y por él, veo y comprendo; por él aliento y en él vivo. Mi sangre, mi fuerza, mi pensamiento, mi alegría, de él son. Mi palabra, él la inspira; mi duda, él la esclarece; mi fatiga, él la conforta; mi hambre, él la sacia; mi sed, él la apacigua; mi sueño, él lo serena, yéndose para que mis ojos reposen.

¿Qué hay en mi corazón, ni en mi fantasía, ni en mi sangre, que no sea su don? ¿Quién desde el insecto al Océano, no le debe la fuerza, el vuelo, el canto, la majestad o la hermosura? Ala de la mariposa, rondar rumoroso de la abeja; nitidez inmarcesible del armiño; azul de la onda y amatista del monte; energía de la centella y claridad del relámpago; dureza del mármol y suavidad del musgo; virtud secreta de la planta, y poder misterioso del aire, del fuego y de la tierra; silencio del desierto, y horrísono estridor del huracán; tristeza del atardecer, y alegría de la aurora que vuelve . . . ¿qué hay, aquí abajo, que no sea su obra, su don?...

* * *

Nuestro Dios es el Sol. De su luz nacimos, de su luz vivimos, y en su luz desaparecemos.

El sabe, también, a quién adora, y tiene su Dios, *un Sol aún más divino, a quién yo no sé ni concebir*. Y ese otro Dios, sabe también a quién ado-

ra; ¡y así, *hasta el Corazón del Universo!*...

Mas el mío, el claro, el grande, el radiante, el poderoso y clemente Dios que me hace vivir, soñar y cantar; el magnífico Dios que gloriosamente se ofrece a mis ojos todas las mañanas, y silenciosamente me dice adiós todas las tardes; el manantial perenne e inagotable de luz, de vida, de fuerza, de pensamiento, de alegría y de amor, es El! . . . Eres tú, Divino Sol, que desde niño amé, y a quien siempre volví ansiosos mis ojos. ¡Tú, el Puro, el Bello, el Esplendente, a quien todas las criaturas ingenuas reverencian y adoran; el Munificente, que a todas horas te das; que nada esperas de nosotros; que cifras tu ventura en alumbrar y esclarecer, en consolar y aliviar!

Desde niño te amé, y creí en ti. Y mi dicha más grande, cuando mi cuerpo era como el del ciervo, ligero e incansable, fue siempre subir a las cimas, y verte antes que nadie, y saludarte, y recibir tus primeros rayos en la hora sagrada en que los reciben, como un beso del cielo, los nidos y las cumbres inaccesibles.

¡Y ahora, cuando mi cuerpo es tarde y triste, y doloroso, y mustio . . ., ahora también, Divino Sol, te amo, y te reverencio y te adoro, y sé que mi vida es tu lumbre; que mi canto, es el eco de tus ritmos divinos; que veo, porque tú eres diáfano; que entiendo, porque tú eres sabio; que adivino, porque tú eres vidente; que soy bueno, porque tú eres santo; que tu certeza es mi esperanza, que mi

luz es tu luz, que mi amor es tu amor!

¡Oh, Sol! ¡Oh, Padre! ¡Ilumínanos, guíanos, purifícanos, enciéndonos en tu lumbre divina, y venga la hora en que toda oscuridad y tristeza se desvanezcan en tu alegría y tu esplendor...!

III

Me encierro, humildemente, en la mínima esfera de la influencia del Sol.

¿Qué pasa más allá, en el reino de lo invisible?

No sé, no necesito saberlo: ahí, en esa esfera, que para mí es inmensa, aunque mínima en relación con el grandor del Universo, hay espacio de sobra para el infierno y para el cielo; para caer y redimirse; para morir y renacer; para cumplir los más altos deberes y los más altos destinos que han soñado los hombres. Ahí, en esa esfera, hay un Poder inmenso, inagotable y eficaz, que yo veo y siento. De él emanan en cascada incesante, efluvios y energías; pensamientos, sentimientos y movimientos; figuras y colores, sonidos y fragancias, ritmos y ademanes y cadencias; contornos y tamaños; imaginaciones e intuiciones, y mil, y mil más, en una catarata de prodigios. Y ese poder es del Sol.

Asido a su cauda de luz, voy en él seguro, confiado, sin preguntar adónde. Me lleva de la mano, y yo le sigo esperanzado, como un niño a su padre.

¿Irás él en busca de su Dios? Sin duda, pues toda criatura, desde el gu-

sano al querubín, se afana en busca de su Dios. ¿Quién es El? ¿Dónde está? ¿Cómo es? No sé; no me inquieta saberlo, pues lo sabe mi Padre. Yo ignoro, pero es cual si supiera, pues que él sabe; soy ciego, pero él ve; tropiezo a cada instante, pero él no me deja caer.

No sé, él me conduce, él me hará llegar a buen término, pues para eso es mi padre.

Así, no me habléis de misterios ni de terrores. Mi alma quedó harta de sombras; hartó me acojaron los enigmas, y por tener los ojos fijos en el Abismo, he dejado de contemplar la aurora y he perdido el canto de la alondra. Ahora ya no quiero sino claridad, alegría, confianza, sencillez. Me hago niño. Reclino mi frente en el seno de mi padre y señor, y con él, inmerso en su luz, confiado en su poder, encendido en su amor!...

IV

Una vez más, la letra ha matado al espíritu, y la vulgaridad de la repetición sofocó en nosotros la divina facultad de adorar. A fuerza de hablar del Sol, de su tamaño, de sus movimientos, de su distancia a la Tierra, de sus manchas, de todo lo que una ciencia irreverente ha descubierto de su ser físico, hemos llegado a considerarle como una simple hoguera, como un hacinamiento de combustible, como un hachón.

El hombre posee esta facultad negativa y triste de profanar, de rebajar, de vulgarizar y anular todas las cosas que ve y toca y escucha, y todavía

más aquellas de que habla. Por algo en ciertas antiguas religiones, el nombre de Dios, el verdadero y secreto nombre de Dios, era prohibido a los profanos, y sólo era conocido del Sumo Sacerdote, quien lo pronunciaba, temblando, una vez cada año.

Sí, el ojo, el oído, la mano y la lengua del hombre, son instrumentos de profanación. ¡Ay de la rosa que aspiráis todo el día!, ¡ay del ruiseñor que está en la jaula, y a quien oís cantar todas las noches!, ¡ay de la estrella que a toda hora os ofrece su luz!, ¡ay de la nevada montaña que siempre os muestra el esplendor de su blancura!, ¡ay del misterio, así sea de arcano e inefable, que la lengua del hombre revuelve sin descanso, trocándole en vocablo inánime y vacío!

Hombre, tu oficio es profanar; la profanación exuda de todo tu sér; lo que ves, se convierte en ceniza, y lo que tocas, en escoria. Desde que se pasa la niñez, se entra en la edad de la profanación. ¡Bienaventurado el niño porque admira! ¡Bienaventurado el poeta, porque se maravilla! ¡Bienaventurado el santo porque adora! ¡Bienaventurado el que nace de nuevo y se hace niño, y aprende otra vez a sentir la divinidad de todas las cosas! Y triste mil veces el razonador implacable, el analista helado, el discutidor ingenioso, para quien el Universo es todo nombres, y las cosas, cajas vacías rotuladas con etiquetas fúnebres. ¡Oh desventura, hombre, que hayas descendido de tu risueña actitud de niño, de rodillas ante el Arco-Iris, a tu empaque de sabio, erecto sobre una cátedra como un loro sobre

su percha, y que las rosas de tu imaginación se hayan trocado en datos y definiciones!...

El mismo firmamento, el océano de soles y constelaciones, ¿en qué vino a parar, a causa de mirarle ahí cada noche, sin esfuerzo ninguno, y de tenerle siempre al arbitrio de nuestras miradas? En nada, en un vocablo que nada sugiere, en un simple nombre colectivo, como *acuario y enjambre*, u otro cualquiera que indique el amontonamiento de las cosas. “¿El cielo? ah, sí... ahí donde están todos los astros...; es como *alameda*, que significa muchos álamos, y como *piscina*, que significa muchos peces”...

Y una vez que dimos la definición, nos vamos a un teatro, donde un foco de quinientas bujías que sólo se enciende cada noche de gala, nos asombra, y reaviva nuestra facultad de admirar...

* * *

Así nos pasó con la Tierra y con el Sol. La tierra, una pelota, bastante grande, abundante en carbón primero, y ahora abundante en petróleo. Sin duda, una pelota que no es del todo despreciable y que mirada bien, tiene sus ventajas; sobre todo, ésta del petróleo. Y por lo que hace al Sol, muy cómodo: una luz de mucha potencia, que no se interrumpe, que no hay que estarle cambiando focos, que no ofrece el peligro de los alambres y que, lo mejor, es gratuita. Algo dañino a veces, para el cutis, pero eso se remedia con la sombrilla, los polvos de arroz y la crema de almendras.

Tenemos ahí combustible, según los

sabios, para algunos cientos de millones de años, y eso nos permitirá renovar nuestras reservas de petróleo y de carbón. Eso, sin contar con que los rayos ultra-violeta, ya en uso en las buenas peluquerías, han resultado excelentes para los barros y las escoriaciones de la piel...

¡Oh, Sol! ¡Oh, Padre! En eso te convirtió la lengua del hombre —su mente misérrima y su encostrado corazón—, a Ti, de quien surgen la vida, la luz, el pensamiento y el amor!

v

Sed perfectos como vuestro *Padre* que está en los Cielos, insinúa Jesús a quienes desean realizar en sí toda la perfección accesible al hombre.

¿Y dónde está ese Padre? ¿Y cómo es? ¿Y cómo haré para ser como El, si no solamente no puedo verle, mas ni siquiera concebirle?

Me dicen que es inmaterial; que está en todas partes; que no tiene ninguno de los atributos que yo tengo; que el tiempo y el espacio no le condicionan; que en todo es absoluto.

¿Cómo puedo yo, entonces, ser como El? ¿Ni siquiera trazarme un camino para imitarle? Dondequiera que le busque, surge lo Incomprensible, lo Inaccesible, lo Inconcebible. ¿Cómo puede ser mi *Padre*, ése que ni siquiera es una sombra, ni aun el vislumbre de una sombra? ¿Y cómo podré alcanzar *su* perfección si no llego jamás a imaginar en qué consiste? ¿Nos propuso Jesús una quimera? ¿Vería él, sin duda, por sus ojos di-

vinos, un *Padre*, un Dios que yo no alcanzo a imaginar?...

* * *

Pero Helios, sí: es mi padre; está ahí, le veo a cada instante; le siento a cada instante; me alumbra, me calienta, me da vida, me guía, me acaricia. Si no puedo alcanzarle, puedo comprenderle; si no puedo igualarle, puedo imitarle. Estoy hecho a su imagen, soy un reflejo de su espíritu. Realmente es mi padre, y para mí, es *perfecto*. Concibo su perfección, si no en la oscura e innumerable complejidad de sus fuerzas, sí en el resultado maravilloso de las mismas.

Veó que El *se da*, y yo, en vez de codiciar y atesorar, *me doy*, hasta donde lo permiten mis limitaciones corporales.

Veó que El *se da*, y yo, en vez de esclarece, y yo, para ser perfecto como El, doy mi luz, y hago de mi vida, de mi palabra, de mi pensamiento, un fanal.

Veó que El es constante y rítmico; que recorre siempre su órbita, llevando a todas partes la vida, y entonces yo, ordeno mi trabajo, le trazo una órbita, hago del orden una suprema virtud, de la constancia una suprema virtud, y me doy, como él, constantemente, rítmicamente, esparciendo la pequeña vida que hay en mí.

Veó que El es puro; que todo se acrisola bajo su influencia, y entonces yo, me esfuerzo para no mentir, para no ensuciar mi cuerpo, ni mi alma, ni mi pensamiento, y hago de todo mi sér un cristal, según mis fuerzas.

Veo que El no se ofende, que no me retira su luz ni su calor, aunque yo le desconozca o le olvide, y entonces yo, para ser como El, perdono toda injuria, o mejor no siento la injuria, y soy siempre fraternal y ecuanime.

Veo que El es para todos, que sus dones no se distribuyen parcialmente según la sangre, o el poder ni jerarquía de ninguna clase; que la encina y la hierba, un elefante y una hormiga, un águila y un mosquito, un zafiro y un negro pedrusco reciben igualmente su amor, y entonces yo, me digo que puedo ser perfecto, amando por igual a todos los hombres; sintiendo que todos son hermanos míos, porque ellos y yo somos hijos de El...

Y así, en todo, para todo, El me traza un camino, me señala un ideal, me atrae, me guía, como un maestro, como un padre, y yo puedo seguirle, y ser, cada vez, más semejante a El, hasta convertirme en el *Hombre-Sol*, uno con el Padre, y como El perfecto en el límite en que la perfección me es accesible.

IX

En verdad, Helios no es un dios para todos; es, únicamente, para los sencillos, para los desprendidos. Sobre todo, para los desprendidos. Si necesitas que te ayuden a conseguir negocio lucrativo; si necesitas buen empleo o relaciones en el gran mundo, o ganar a la lotería, o que se te pase la indigestión sin dolor, o que no te martirice la sed después de la embria-

guez, o que se te perdonen los pecados sin haberlos purgado, o que se te exonere del infierno, malgrado tus odios y rapiñas y por la sola virtud de los rezos..., entonces no busques esta religión de la luz, que sólo es buena para las almas desprendidas.

Y no la busques tampoco, si todavía eres presa de terrores y de remordimientos, y si tu corazón necesita del miedo como acicate para el bien. No tenemos aquí calderas hirvientes, ni látigos de llamas para quemar a los que delinquen, sino, únicamente, el dolor de ser feo, de ser mezquino, de ser discordante, de ser inarmónico. Nuestro gran dolor es caer en la vileza, en la impureza y en la fealdad; nuestro suplicio horrendo es advertir que para lograr nuestros goces o para simplemente vivir, causamos la ruina o el dolor de las otras criaturas. Que otros se fatiguen para que yo descanse; que otros se atedien para que yo me divierta; que otros se embrutezcan para que yo me ilustre; que otros vengan a la miseria para que yo vaya a la riqueza; que otros se hundan en la vulgaridad y en la fealdad para que yo me refine y me embellezca; que otros se esclavicen para que yo me liberte..., ese es nuestro purgatorio y nuestro infierno, y no necesitamos otro.

Helios no quiere sangre, ni lucro, ni opresión. Somos sencillos los que amamos a Helios, somos como la abeja, fáciles para vivir sin matar; como la mariposa, fáciles para la alegría, sin entristecer; como la brisa, fáciles para ser libres sin oprimir.

No nos mueve la ley, sino la as-

piración; no alentamos remordimientos, sino anhelo de ya no más caer; no nos detenemos a contemplar el lodazal en que caímos, sino que fijamos los ojos en la cumbre adonde podemos subir.

Y tampoco sabemos perdonar, porque sabemos que quien mucho perdona todavía odia mucho: mejor que perdonar es olvidar, y mejor que olvidar no sentir. El que me aborrece, el que me oprime, el que me infama, se vuelve oscuro, torpe y feo. ¡Pobre de él! Helios le retira su luz; se vuelve tétrico, desapacible, inquieto y malo. ¿A qué intervenir yo en ese proceso tenebroso?

No, ni terrores, ni remordimientos, ni castigos, ni recompensas en nuestra religión: solamente gracia, belleza, armonía; solamente, ansia de que las alas nos crezcan más y más; solamente, ansia de que se nos haga mayor la transparencia.

¿La vida futura? ¿El Mal, el Bien? ¿El Cielo y el Infierno? ¿Lo que los hombres llaman virtud y lo que llaman vicio y crimen? No nos inquieta: lo que nos importa es no engañarnos a nosotros mismos; no llevar doble vida; no ser a un tiempo dioses y demonios. Lo que nos importa es, sobre todo, no luchar, no hundirnos en esa pestilencia que llaman la lucha por la vida.

La lucha es la condición de las bestias degeneradas; la lucha es la pavorosa y negra modalidad de criaturas que han ido cayendo cada vez más abajo, hasta llegar a fieras, que es el grado máximo de la maldad y la des-

dicha. Apenas la criatura comienza a purificarse, lucha menos, aprende a vivir sin luchar, y a encontrar la salud donde antes sólo esperaba encontrar el dolor. La lucha es el tigre, la araña, el usurero, el avaro, el tiburón, el amasador de riqueza, el gavilán, el buitre, el opresor, todo el que saca su vida de la muerte, su goce de la tristeza, su riqueza de la miseria, su libertad de la opresión.

Mas la condición de las criaturas limpias es la paz. Cuanto más altas, más inofensivas. Mucho más alto y bello es un colibrí que un pez, y sin embargo aquél no bebe sangre sino miel; mucho más bello es un pino que un lobo, y sin embargo aquél no hiede a sangre y a carroña, sino que hace fragante el aire que le envuelve.

Somos pacíficos, nosotros los adoradores de Helios, y nuestra dicha sería vivir como la abeja y el colibrí; de miel y de luz. Y nuestra religión, en tres palabras se resume: no entristecer, amar. Y nuestra lucha, no es para gozar nuestra vida mísera y egoísta, sino para *que venga su reino*; para que en este mundo triste haya más luz y más ternura.

XI

Necesitarás un culto. Aunque te sirva de templo la montaña, y tu pecho sea el santuario, y sacerdote tu propio corazón, necesitarás un culto.

El hombre no sabe ni puede callarse. Cuando ama, quiere que lo sepan el viento y las nubes; cuando adora, quiere que le acompañen todas las criaturas. Si sufre, lo han de decir sus

lágrimas; si goza, lo ha de proclamar su risa; si sueña, lo ha de insinuar su canto.

* * *

Y no menos que el hombre, todas las criaturas necesitan y anhelan decir lo que vive y se agita en su alma: ¿qué son las alas de la mariposa? La revelación de su triunfo; lo que soñó en la oscuridad del capullo; lo que ganó con la resurrección. ¿Qué dice la blancura de la nieve? Dice lo que vio allá en lo alto, en la pureza y en el esplendor de las cimas. ¿Qué dicen la palidez y el susurro de las hojas? Dicen la tristeza de haber dejado el árbol.

Por eso, toda idea se hará palabra; toda emoción se hará color, himno o endecha; toda esperanza se volverá sonrisa; toda fuerza se volverá centella, y toda debilidad se hará vacilación y palidez.

Necesitamos un culto, porque nuestra suprema necesidad es salir de nosotros mismos y que los otros seres participen de nuestra vida. ¡Comunión!, esto anhelan el hombre, la piedra y la nube, y por eso buscan ansiosamente una forma, una expresión de su vivir interno.

* * *

Necesitarás un culto. Mas cuida de que no se disèque o petrifique en formas muertas o marchitas, y sobre todo, que el vaso no se quede vacío. Lo que importa es el vino: si es puro y generoso, tanto da que lo escancies en un ánfora de oro, en un búcaro de cristal, en la concha de un caracol, en

una vasija de barro, en una humilde calabaza, o en la oquedad desnuda de tu mano. Lo que importa es el vino: lo que importa es que todo salga de tu corazón; que si oras de pie, arrodillado, tendido en la arena de la playa, o viendo desde tu lecho, por la ventana abierta, las profundidades del cielo, tu alma se encuentre de rodillas.

Toda nuestra vida exterior es culto: se elevan los ojos, sin pensarlo, cuando rogamos o damos gracias; se doblan nuestras rodillas cuando imploramos o adoramos; cae y rueda por el suelo nuestro cuerpo cuando una pena insufrible nos retuerce; nos sentamos con las manos quietas y el semblante grave, cuando investigamos cosas hondas; y si nos oprime la melancolía, nuestras sienas buscan el consuelo de nuestra mano. Toda emoción, pensamiento, ensueño, volición o figuración, buscan inmediatamente su expresión corporal, y uno de los dolores grandes y venenosos de la vida, es verse obligado a llevar una máscara y a encerrar en la celda más secreta del alma, aquel ritmo que lucha por salir y revolar en torno de nosotros, y decir a los cuatro vientos su íntimo mensaje. ¡Bienaventurado el que no tiene nada que ocultar, y vive, transparente, como los cristales del manantial!

* * *

Pues ¿cómo la emoción religiosa habría de pasarse sin culto? ¿Cómo no dar forma a la emoción que viene de lo más hondo del espíritu —de tan hondo y tan lejos, que a veces sentimos su aleteo venir de más allá de

nuestro sér, y aun de más allá de nuestra existencia presente? Canto, danza, pintura, música, escultura, arquitectura y poesía; línea, masa, color, y aroma, y sonido y movimiento en formas infinitas, aún no alcanzan a decir nuestra voz interior, cuando la emoción religiosa, sincera y profunda, habla en nosotros.

Por mí, fuera de las grandes catedrales góticas, ningún edificio alcanza a infundirme el sentimiento de la divinidad; ninguna pintura me dio jamás la conmoción del misterio; ninguna escultura me hace pensar en *Aquel* que es todo Luz y todo Sombra. A mí sólo la música de los grandes maestros creyentes me sumerge en las aguas de la adoración. Y aún mejor, la música de la montaña, la de la tempestad, la de la selva y la del viento. Para mí, ningún templo vale como un rincón del bosque, donde los troncos gruesos y altos se elevan al cielo como un haz de columnas; ningún altar como la cima del monte, dorada por la aurora o por los celajes de la tarde muriente. Un horizonte dilatado, visto desde la cumbre de la sierra, es para mí la expresión íntegra de la emoción religiosa, y el silencio bajo los grandes árboles, en el corazón de la selva, me sirve para orar como ninguna otra forma de oración.

* * *

Necesitarás un culto. Helios también quiere ser adorado: él, que es ritmo, color y canción; él que en todo momento delinea y colora, e imprime gracia y fuerza en las cosas; él, que sin cesar ilumina e irisa las nubes,

los pétalos y las alas, él, también, ha de ser adorado.

Mas, ha de ser adorado *en espíritu y en verdad*. De adentro ha de vir la adoración y en obras ha de cristalizarse. Sólo el que *vive* sus pensamientos, adora plenamente, sólo el que realiza su ideal, es de verdad creyente; sólo el que "*hace* la voluntad del Padre", es su hijo. Nazca en tu corazón, bullente y viva la emoción religiosa; crezca como una flor que ansía brotar al aire y a la luz, y entonces, tomará forma, y surgirá plena de fragancia y esplendente de color. Mas si la flor fue modelada afuera, con papel y tijeras, por más finamente que la recortes y más esmeradamente la barnices y la perfumes, ésa no es una flor; ésa será una forma muerta, una mentira, un ídolo.

Ahora, ve, pues, que tu culto no sea una mentira; que sea como la flor, el desbordamiento de los anhelos de la planta; que sea como el canto del pájaro, el exceso de amor que no alcanzaron a decir sus alas; que sea el doloroso ímpetu del alma, que ansía volverse carne y sangre.

Helios quiere ese culto así: así le adora el mar, cuando extiende la blancura de sus espumas y los zafiros de sus ondas; así el torrente, cuando le canta desde el corazón de la montaña; así el viento y así el árbol, y el pájaro, uno con sus sonantes himnos, aquél con la plegaria muda de sus ramas suplicantes, y éste con sus modulaciones y sus vuelos.

¡Ruega, ruega con todos tus anhelos! ¡Adora con toda tu mente! ¡Aspira con todo tu espíritu! Anhela, as-

pira, ruega, hasta que en un momento sin igual, sientas que El ha venido a ti; que ha descendido a ti; que te ha envuelto, y te impregna como el aroma del incienso y como la esencia de la rosa. Y así sabrás lo que es adorar *en espíritu y en verdad*.

Y entonces, ya no te cuidarás para nada del culto, de la actitud que tomará tu cuerpo al adorar, ni del lugar a donde irás para adorar. Eso vendrá ello solo, por añadidura, y será, ciertamente, en la más bella forma y en el

más santo lugar del Universo. Porque nacerá de la verdad de tu alma, de la profundidad de tu alma, como nace el resplandor de la estrella, como nace el trino de la garganta del pájaro, como nace el susurro de las ramas del pino, como nace la espuma del vaivén de la onda.

Y entonces, comprenderás que el Universo entero es un templo; que tu corazón es un santuario, que tu espíritu es un sacerdote, y que el incienso para el altar, lo da tu pensamiento.



Estudios y Figuraciones sobre la Vida de Jesús

(Fragmento)

Por Alberto MASFERRER

A la vuelta de Egipto, Jesús vive en Nazareth con sus padres, “creciendo en edad y en gracia”.

¿Hasta qué tiempo y haciendo qué? Todavía andamos aquí en terreno legendario. Mas, para nosotros, esa leyenda carece ya de significación, de verdad y de belleza: no ha nacido del ingenuo corazón del pueblo, sino de la reflexión tendenciosa del sectario; de la lógica estrecha y rectilínea del creyente sincero y fanático, que procura ajustar todos los sucesos y todas las palabras e ideas a las exigencias de una verdad matriz e inmutable. “Puesto que José era carpintero —pensarían los que redactaron los primeros relatos evangélicos—, y puesto que Jesús, necesariamente sería un hijo modelo, podemos afirmar que durante su adolescencia y su juventud, Jesús permaneció con su familia, ejerciendo el mismo oficio de su padre”.

Para quienes acepten la doctrina de que Jesús es Dios; no un dios, un ser divino, sino *Dios*, esa tradición es perfectamente verosímil y satisfactoria. Dios puede muy bien pasarse treinta años aserrando tablones y acepillando reglas, sin ver el mundo, sin conocer la vida, sin sondear a los hombres, sin leer más libro que el Viejo Testamento, metido en una aldea oscura y remota donde nada, casi, puede servir para excitar su mente ni su corazón. Y como es Dios, cuando cumpla treinta años, o el día que así le agrada, saldrá por esos mundos demostrando una sabiduría inmensa, conociendo profundamente la



Masferrer en su lecho de muerte, 4 de Septiembre de 1932. Visto por José Mejía Vides.

vida de los hombres, hablando como el más grande de los poetas y el más profundo de los filósofos... Todo ello es perfectamente comprensible para los que conciben un Dios personal, a quien se le ha ocurrido tomar forma humana, y bajar a enseñarnos el camino de nuestra salvación.

Todo ello es admisible, lógico... , sólo que no tiene ninguna gracia. Yo también —dirá cualquiera que aún conserve su libertad de pensar—, yo también habría hecho otro tanto, y aún más.

En verdad, se necesita que desde niño le hayan fanatizado a uno hasta la médula, para interesarse y conmoverse por las aventuras de un ser todo poderoso, que, aun revestido de mortal y humana vestidura, *es siempre un ser todo poderoso*, y en el instante en que lo quiera, dejará de sufrir y hará que los ángeles vengan a servirle, y se elevará triunfante sobre las nubes.

¡Ah no! Este Jesús extraño, que nada sabe ni sospecha de las flaquezas y dolores del hombre, no es el nuestro. No nos interesa; no nos conmueven sus dolores mentidos ni su vida de artificio; es un actor que viene a representar un papel en el teatro del mundo, y no nos mueve pero ni siquiera a aplaudirle. ¡Ah no! El Jesús nuestro, el real, el que nos dio su cuerpo y su sangre, es un hombre que sabe de dudas, de vacilaciones y de tentaciones; de gritos en el interior de su alma; de sombras en el abismo de su conciencia; de desfallecimientos que le hacen prorrumpir en aquella queja deseperada, cuando dice: “Dios mío ¿por qué me has abandonado?”; que sabe de insomnios, de rebeldías y de exasperaciones; que sin hablar, sin indicio ninguno de su tempestad interior, sirve, a veces, de campo de batalla en que luchan unas contra otras todas las potencias del cielo y del infierno.

A ti es a quien yo adoro, hermano mío, hermano de todos los hombres, que pagaste cada una de tus virtudes con sudores de sangre; cada una de tus gracias, con insospechadas coronas de espinas taladrando tus sienes; tu salud perfecta, con hambre, sed y frío y abstinencias incontables; tu profunda visión y tu sabiduría divina, con meditaciones de días y de meses, con soledad y silencio de años, con auscultaciones de todos los misterios, con renunciación de todo lo que en la vida es goce, fascinación y seducción...

A ti es a quien yo venero, adoro y reverencio; a ti a quien yo compadezco desde lo íntimo de mi alma y con toda la ternura de mi corazón: no por la cruz, ni por los azotes, ni por los clavos desgarrando tus pies, ni por la lanzada en el costado... , sino por el otro calvario... , el otro, largo, callado, tremendo, pavoroso, que recorriste desde que comenzaste a tener conciencia de la vida y del dolor, hasta el día en que aceptaste beber en el cáliz de ser tú el que nos redimiera.

Tu pasión visible, de la cena a la cruz, no fue más que la flor de una planta que creciera en la sombra. Otros sufrieron inmensamente más que tú, en su cuerpo atormentado... Tu pasión ignorada, tus veinte años de lucha,

de peregrinar, y de ver, de vencerte día y noche, de labrar en tu carne viva de hombre joven y fuerte la vestidura para encarnar a un dios...; el esfuerzo inaudito, inconcebible, de transformar al hombre en Cristo, el carbón en diamante, la sangre en aurora, el nervio y el músculo en cordaje milagroso para himnos y plegarias; el ímpetu del corazón tras de la belleza, en amor sereno y paternal para todo el que sufre..., esa es la verdadera pasión, el verdadero martirio, el que te hizo super-hombre, Hijo del Hombre, Hijo de Dios, Cristo y Redentor.



Bibliografía de Alberto Masferrer

- Ensayo Sobre el Desenvolvimiento Político de El Salvador.*—San Salvador, Imp. La República, 1901. 41 p. 17 cms.
- Recortes.*—San Salvador, Imp. y Enc. de José B. Cisneros, 1908. 86 p. 17 cms.
- Las Nuevas Ideas.*—Amberes, C. Thibaut, 1913. 48 p. 16 cms.
- Las Nuevas Ideas. Artículos y Estudios.*—(s. e.) (s. f.)
- Niñerías.*—San José de Costa Rica, Colección Ariel, Imp. Greñas, 1916. 72 p.
- Niñerías. Pensamientos y Formas. Notas de Viaje.*—San Salvador, Ediciones del Ministerio de Cultura, Talleres Gráficos Cisneros, 1949. 96 p.
- Una Vida en el Cine. (Novela).*—San José de Costa Rica, J. García Monge, Editor. Contiene: “El Buitre que se Tornó Calandria”, 1922. 128 p. 15 cms./ Guatemala, Ed. de Orientación, 1929. 85 p. 16 cms./ San Salvador, Colección “Biblioteca Popular”, Vol. 6, Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, 28 de abril de 1955. 108 p. 18 cms.
- Ensayo Sobre el Destino.*—París, Casa Editorial Garnier Hnos. 6 Rue des Saints Peres, 6, 1926. 138 p. 11 cms.
- El Dinero Maldito.*—San Salvador, Imp. La República, 1927. 82 p. 15 cms./ Quezaltenango, Guatemala, Ed. Municipalidad de Quezaltenango, 1929. 40 p. 14 cms./ San Salvador, Publicaciones de la Unión Vitalista de El Salvador, Imp. La República, 1930. 34 p. 18 cms./ San Salvador, Edición del Ministerio del Interior, Imp. Nacional, 1950. 80 p. 18 cms.
- Helios.*—San Salvador, 1ª Edición propiedad del Dr. Manuel Zúniga Idiáquez, 1928. 76 p.
- El Minimum Vital.*—San Salvador, Edit. Helios, Talleres Gráficos Ariel, 1929. 51 p. 11 cms./ Guatemala (s. e.), 1929. 30 p. 13 cms.
- El Minimum Vital y otras Obras de Carácter Sociológico.*—Guatemala, Colección “Los Clásicos del Istmo”, Ediciones del Gobierno de Guatemala, C. A., 1950. 252 p. 22 cms.

- El Libro de la Vida*.—Guatemala, Casa Editora Orientación, 1932. 56 p. 14 cms./ Guatemala, Tip. Orientación, 1932, Tomo I, 56 p. 19 cms./ Guatemala, Ed. "Mundo Libre", 1949, II Vol., 68 p. 20 cms.
- Obras Completas*.—San Salvador, Tip. La Unión (2 tomos), Tomo I: "El Rosal Deshojado", "Poemas Escogidos", "Niñerías", 1935. 24 cms. Tomo II: "La Misión de América", 1945. 34 p. 24 cms.
- ¿Qué Debemos Saber? (Cartas a un Obrero)*.—San Salvador (s. e.) (s. f.) 30 p. 15 cms./ San Salvador, Imp. Funes, 1947. 78 p. 15 cms./ San Salvador, Imp. Funes, 2ª Ed., 1947. 86 p. 20 cms.
- Leer y Escribir*.—San Salvador (s. e.) (s. f.) 45 p. 18 cms./ Incluido también en la "Revista de la Enseñanza", 1915. Págs. 3 a 35./ San Salvador (s. e.), 1920. 57 p./ Tegucigalpa (s. e.), 1922. 45 p./ San Salvador. Ediciones del Ministerio del Interior, 1950. 92 p. 19 cms.
- Leer y Escribir y La Cultura por medio del Libro*.—Guatemala. Tip. Nacional, 1929, 98 p. 13 cms.
- Páginas. Artículos y Estudios*.—San Salvador, Imp. Nacional, 2ª Ed. (s. f.) 230 p. 16 cms.
- Páginas Escogidas*.—Buenos Aires, Colección Panamericana, W. M. Jackson Inc., Editores. Selección por Francisco Morán. Reseña Cultural de El Salvador por Claudia Lars, 1940. 386 p. 19½ cms./ San Salvador, Ministerio de Cultura, Dirección General de Bellas Artes. Selección de José Luis Martínez, 1935. 312 p. 19½ cms.
- Obras de Alberto Masferrer*.—San Salvador, Universidad Autónoma de El Salvador, Talleres Gráficos Cisneros (3 tomos), Tomo I: "La Doctrina del Mínium Vital", 1948. 346 p. 24 cms. Tomo II: "Hombres, Ciudades y Paisajes", "Páginas", "Fragmentos de un Libro", Mosaico", "Una Vida en el Cine", "En Costa Rica", 1949. 302 p. 24 cms. Tomo III: "Las Siete Cuerdas de la Lira", "Helios", "La Religión Universal", "Estudios y Figuras Sobre la Vida de Jesús", "Ensayo Sobre el Destino", "Camino de la Paz", 1951. 348 p. 24 cms.
- Las Siete Cuerdas de la Lira*.—San Salvador, Tip. La Unión, 1926. 200 p. 19 cms./ Guatemala, Casa Editora Orientación, 1935. 199 p. 15 cms./ San Salvador, Talleres Gráficos Cisneros, 1951. 348 p. 25 cms./ México. Ed. Casa de América. Prólogo de Ana Rosa Ochoa (s. f.) 184 p. 19 cms.
- Estudios y Figuras Sobre la Vida de Jesús*.—San Salvador, Tip. La Unión, 1927, 195 p. 16 cms./ San Salvador, Colección "Biblioteca Popular", Vol. 14, Depto. Editorial del Ministerio de Cultura, 23 de Agosto de 1956. 196 p. 18 cms.
- Pensamientos y Formas. Notas de Viaje*.—San José de Costa Rica, J. García Monge, Editor, Imp. y Librería Alcina, 1921. 126 p.
- La Nueva Cultura*. Discurso leído en la apertura de clases universitarias del año lectivo 1942.—San Salvador, Revista "La Universidad", Serie XIII. Nº 1, Julio-Septiembre 1942. Págs. 2 a 8.
- Obra Periodística*. (Colección del Diario "Patria").—San Salvador, 1928-29.
- No publicados:**
- El Alma del Naranjo*. (Novela).
- Hombre o Vampiro*. (Novela).

Poemas de Alvaro Menén Desleal

(Salvadoreño)

(Con Masferrer en la palabra)

Profecía ante la gran pirámide

Al fin terminaron la pirámide. Los días y las noches se enrollaron en su base de carrete increíble. Cuando la última mole fue subida a la cúspide, cien veces mil gargantas esclavas gimieron, ahítas de sangre y de cebolla, por un millón de gargantas ahora confundidas en la arena.

La geometría es más importante que el hombre. Antes de este sol y de esta luna, mil veces cien mil hombres levantaron pirámides mayores.

Como aquélla, esta tumba será ruina.

Ruinas serán piedra.

Piedras serán arena.

Hombres serán recuerdo.

Ay de los que se quedan

Ay de los que se quedan,
porque contra su rostro golpeará la piedra.

Ay de los que se quedan,
porque contra su pecho se estrellará la bala.
Ay de los que se quedan,
porque frente a sus ojos explotará la luz.

Ay de los que se quedan
porque sus cuencas se vaciarán en sol.
El viento caminará en sus huesos
como en camino estrecho,
y la flor del azufre ha de callar su voz.

Ay de los que se quedan.
—Ay ay—.
El hambre se acostará en sus lechos;
la muerte no querrá verlos;
se comerán sus miembros
—como gusanos se comerán sus miembros—
en tanto sus mujeres
paren piedras candentes.

Ay de los que se quedan
¡ay ay!
que ni su sombra querrá seguirlos.

No escribas con el corazón

Con el corazón no escribas. Sea mínima la dosis que esa víscera deje en tu poema.

Escribe, sí, con ambos puños. A tarascazos, a empellones, a *jabs*, a *hooks*, a *rabbit-punches*. Hazlo a trompada limpia, a mojicones, a sopapos... Son de acero tus puños, tus guantes son de acero, y la poesía tiene quijada de cristal.

Escribe con el hígado;
escribe con el bazo; las uñas se entierren en los versos —si hay versos—
hasta que sangre la poesía.

Escribe con los dientes. A rodillazos, a puntapiés;
haz al poema las llaves crueles que te enseñó la vida.

Rómpete los huesos cuando escribas, rómpete la crisma.
Suda.

Jadea.

Metete el hombro.

Que el cerebro y la médula te sirvan como arcilla.

Escribe con la sangre.

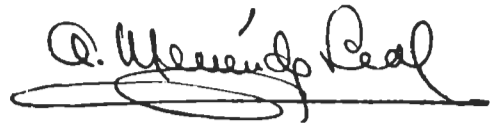
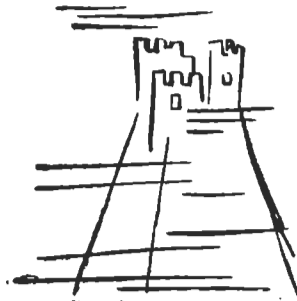
Escribe con el sexo.

Escribe con tus glándulas.

¡Secreta tu poesía!

Con el corazón no escribas.

Alemania Occidental, 1968.

A handwritten signature in black ink, reading "Q. Mercedes Peal". The signature is written in a cursive style with a large, sweeping underline that loops back under the name.

Poema de Ricardo Castro Rivas (Salvadoreño)

Anti-Elegía para Alberto Masferrer

Era una llama al viento
y el viento la apagó...

Barba Jacob

Ay de ti.
De tu lámpara.
Tus huesos.
Ay de aquellos que quisieron calcinarlos.

Ay de la hora roja
cayendo desde su espesura sobre los árboles
que se han quedado secos, asombrados.

Ay de aquel que no tuvo la insistencia
de la gota de agua que horada la roca.
Ay de la dulce tierra y sus pobres criaturas.

De las escamas doradas del camaleón
y de la hormiga
que atesora los restos metálicos del escarabajo.

Ay de nosotros.
Porque el misterio permanece en la osamenta del ciervo
y los ojos del leopardo.

Ay de ti.
De tu palabra.
Porque todos explicamos el fuego.
Mas desconocemos la luciérnaga.

Ay de ti.
Arbol solo en el desierto.
¿Dónde tu luz,
si la espera por la niña del alba
se hace estéril?

Ay de nosotros.
Porque nada nos salvará . . .
Nada . . .

Ni siquiera la mirada de un niño
en la que permanezca aún
como fúlgida torre la inocencia . . .

Año de Masferrer, 1968.



Poema de José María Cuéllar

(Salvadoreño)

ODAS A MASFERRER

Dedico este trabajo
a todos los que han leído
el *Mínimum Vital*

Pasado.

Hasta los perros se dieron el lujo de negarte.
Escupieron tu voz,
arrinconaron tu palabra.
La palabra que no ensalzó el betún de los zapatos.
Así somos.
Así seremos.
En las escuelas se habló mucho en tu nombre.
Se habló de Alberto Masferrer con letra muy pequeña,
y en la mente del niño
y del adolescente que conoció al dedillo la aventura de Greta:
has quedado flotando . . .

178

Presente.

Liz Taylor. El Dinero Maldito.
Masferrer fue un apóstol. Escribió muchos libros.
Reflejos en tus ojos dorados. Qué gran partido. Una vida en el cine.
El valle de las muñecas. Yo creía que Masferrer
(la muerte de Luther King) era algo así como un funcionario
público o un futbolista de fama o por
lo menos Día del soldado, un vendedor de seguros.
Tienda Masferrer, Pepsi, Panadería Cola, Masferrer,
Ciudad Normal, Alberto Velázquez murió hoy, Masferre. . .

Futuro.

Zaratustra burlándose a sí mismo.
Masferrer al exilio.
Prometeo encadenado.
Defensor de la tierra que era nuestra.
Los perros,
los perros husmean en los acantilados.
Los perros beben café en las grandes ciudades
y el fantasma de tu presencia . . .
Los perros y el fantasma de tu presencia.
El fantasma de tu presencia y El Dinero Maldito.
Tu presencia, los perros y una vida en el cine.
Los perros no suenan, Las Siete Cuerdas de la Lira.
Los fantasmas, Araujo, el exilio tu presencia.
Tu presencia
La campaña
Los fantasmas
Los perros . . .

REENCUENTRO

(Fragmento del libro en preparación "El Angosto Sendero")

Por Amparo CASAMALHUAPA

Una mañana de mayo, atravesando histórico jardín situado en el centro de la ciudad, una voz detuvo a Rosalba en su diario recorrido al trabajo:

—Buenos días, señorita. Siempre nos encontramos aquí, a esta misma hora—, dijo sonriente y limpiísima una persona que resultó ser la Niña Nelita, Directora y Maestra modelo del Kindergarten anexo a la Escuela Normal de Maestras.

—Buenos días, contestó Rosalba..., y vacilante esperó el motivo de aquel súbito exordio:

—Usted es Maestra verdad? ¿Trabaja en algún colegio de este vecindario?

—Sí, señorita; doy clases en el Colegio Centroamericano.

—Tengo una proposición que hacerle —explicó la Niña Nelita—. ¿Podría llegar a la Escuela Normal cuando termine de dar sus clases, esta mañana?

—Con mucho gusto; a las 11:30 llegaré.



AMPARO CASAMALHUAPA

—Bien, allá la espero. Y no falte señorita, porque me imagino que va a interesarle mi propuesta.

Rosalba llegó a su trabajo con el corazón lleno de ansiedad. Algo desconocido la esperaba; seguramente algo nuevo y maravilloso. ¡Qué dicha más grande era ser maestra de tanto chiquillo y, además, sentirse joven y alegre!...

A medio día, Rosalba fue puntual a la cita. En la Escuela Normal la estaban esperando las Directoras. En el Kinder necesitaban una Profesora modelo para las alumnas, le explicaron. Hicieron planes sobre la mejor capacitación de las estudiantes y el trato quedó cerrado. Rosalba comenzó a trabajar en el kinder anexo a la Escuela Normal tres días después. La Niña Nelita y Rosalba dirigían conjuntamente a las alumnas haciéndolas cada vez *más maestras* en la difícil ciencia de *enseñar jugando*. Rosalba componía versos de arte menor sobre muchos temas de clase y el Maestro de canto adaptaba la música con verdadero sentido de las necesidades infantiles. Don Marianito parecía el abuelo de los niños: era alto, delgado, con manos largas y finas. Quizás no tenía mucha urgencia de ganar dinero, pues cuando debían ensayar una nueva canción preguntaba: “¿Podemos quedarnos unos*minutos más?” Y, con la sonrisa en los labios, iba seleccionando a los niños de mayor edad y afición al canto. Luego decía: “Los demás se sientan en el suelo formando una rueda muy grande y se ponen a dormir un momento”...

Qué horas espléndidas aquéllas: comenzaban con una canción y concluían con otra. No lágrimas de dolor irremediable, sino gotas de rocío en mejillas de rosa; rayos de sol alumbrando las conciencias y enredaderas de *cundeamor* en las rejas del patio. Como todos los años —en el trópico—, Mayo se llenaba de flores, abejas y mariposas; el aire tibio y saturado de humedad acariciaba los tiernos brotes de los árboles, hablando a las almas sensibles del eterno renacer.

En esa época, Rosalba conoció *al Maestro por antonomasia*, al escritor y visionario cuyas enseñanzas fluían como un manantial; al delicado poeta que, en la plenitud de su gloriosa vejez, sacudía la conciencia de nuestra dormida Centro-América, predicando justicia entre humanas criaturas, así como el culto a la belleza, a la bondad y a la fraternidad universal.

—Doña Leonor —dijo a la madre de Rosalba, Niña Nelita—, ¿me permite que lleve a su hija, esta noche, a los talleres de “Diario Patria”? Mi hermano Alberto dará una conferencia sobre un tema importante.

—Con todo gusto, Niña Nela, siempre que usted pase por ella y me la traiga de regreso —contestó la sonriente señora a la maestra que acompañaba a la jovencita.

—No tenga cuidado doña Leonor, yo sé que las jóvenes no deben andar solas de noche. Además, la casa de ustedes queda a mitad de mi camino para ir y regresar. Le dejaré *a su prenda* en la puerta. Mil gracias.

En un amplio corredor defendido con persianas de madera y frente a una mesa de tamaño mediano, se irguió un hombre de unos sesenta años de edad, un poco cargado de espaldas y de baja estatura. Es preciso haber observado alguna vez cómo brota el agua de la tierra, para darse cuenta de la facilidad con que aquel señor hablaba. Se refería a la vida del hombre común, con sus problemas económicos, sus dolores físicos y morales, sus limitaciones culturales y su escaso desarrollo mental; se refería a todo esto, como si fuera un problema de vida o muerte para él, y como si debieran todos los presentes y los que no estaban presentes, pensarlo y resolverlo con la urgencia destinada a la propia salvación.

Después del maestro hablaron otros hombres desconocidos para Rosalba, discutiendo alguno de ellos la orientación que el primer disertante había expuesto como un medio de mejorar la vida del pueblo. La joven oía, subyugada por ideas y palabras, lo medular de aquellas discusiones y trataba de recordar... ¡Oh... sí! ¡Era el mismo señor que ella había conocido años atrás!... ¡Y ahora estaba allí y se expresaba tan bellamente!... Años atrás le había enseñado el mismo señor a declamar una Oración a la Bandera, cuando Rosalba estudiaba primer año de Normal. Sí... ¡Quién lo hubiera pensado!

Tenía cuatro años de no verlo. En verdad, *este era un reencuentro...* Yo tenía entonces catorce años —pensaba la asombrada—. El estaba *en una silla de ruedas...* La Directora de la escuela me mandó con una Inspectora para suplicar al Maestro Masferrer que me enseñara a declamar la “Oración a la Bandera” del Dr. David J. Guzmán, que debía oír el Presidente de la República en un 5 de Noviembre. El Maestro, después de leer la nota, se hizo trasladar por un sirviente al Parque Bolívar, a dos cuadas de su casa, y allí me ordenó que leyera. Recuerdo muy bien: lo hice con voz trémula y anhelante. Por varios días don Alberto fue corrigiendo cuidadosamente mi dicción y una mañana interrumpió el ensayo para decir:

—Es Ud. una magnífica lectora, señorita. ¿Cambiamos de lectura?... Tomé de sus temblorosas manos un recorte y leí:

DICHA

“Arriba, manchando el purísimo azul, va y viene un zopilote, ciego a la belleza del cielo, a la esplendor del horizonte, a la profunda serenidad que le rodea, al ondeante y gracioso vuelo de las nubes, a la pureza de la luz y al fulgente brillo del sol que infunde fuerza en los seres y las cosas.

El está allá, sin esfuerzo, sin advertirlo apenas; allá donde todos los anhelos inextinguibles no nos han podido llevar sino en sueños; allá donde

nosotros enviamos no más que nuestros suspiros... Únicas alas que pueden sostenernos...

Y desde allá, mecido por el aire sin mancha, como si los ángeles y los dioses le llevaran en sus alas; desde aquella serenidad, desde aquella hermosura, desde aquella transparencia... él inquiere, con ansiosos y devorantes ojos, en qué rincón negro, hediondo, de este mísero suelo, habrá un jirón de carne pudriéndose y en cuál encontrará su dicha..."

—¿Qué le parece lo que acaba de leer?, preguntó entonces don Alberto a Rosalba.

—Está muy bien escrita esa prosa, Maestro, y es muy triste su final. No sé qué otra cosa decirle.

Rosalba, tímida y vacilante, procuraba eludir una conversación personal, porque sabía que *la celadora* llevaría en tinta y papel a la Directora de la escuela un buen chisme, diciendo que la jovencita no había ido a aprender a declamar la "Oración a la Bandera", sino a charlar con el Maestro. ¡Qué lástima tener allí dos ojos hostiles fiscalizando aquellas entrevistas! ¡Qué pena el desperdiciar aquellos momentos que bien pudieron haber dejado en su alma enseñanzas más profundas que el mero aprendizaje de vocalización, para ser oído en día especial por una numerosa concurrencia! Cuando yo sea una señorita —pensaba entonces la muchacha— este gran Maestro habrá muerto. No puede vivir muchos años un hombre anciano y paralítico...

* * *

¡Es él!... —volvía a decirse Rosalba en la noche de la conferencia— y aquí está, con las mejillas sonrosadas. ¿Cómo habrá reconquistado su salud?... ¿Qué milagro le habrá permitido estar más joven hoy, cuando hace cinco años se pasaba los días en una silla de ruedas, completamente en manos ajenas?...

—Quiero acercarme a él, dijo impetuosamente a la Niña Nelita. Le conocí en el año 1924 y creí, entonces, que estaba próximo a la muerte.

La hermana del Maestro, juntamente con Rosalba, fue a saludar a don Alberto hasta la mesa en donde un grupo de amigos lo felicitaba. Emocionada hizo la presentación de su amiga al hermano. En un segundo don Alberto estaba estrechando efusivamente las manos de la joven. Rosalba se echó a temblar, se le aflojaron las rodillas al sentirse observada por el Maestro y sufrió el pavor de lo pequeño ante un grande y noble misterio. Porque el Maestro no miraba fijamente sólo su rostro, sino que, como un vidente, miraba más allá..., hasta el fondo de aquel corazón atolondrado y anhelante, hasta abismos de aquella mente que ocultaba el germen de futuras angustias y desvelos.

Don Alberto Masferrer, Apóstol y Visionario

Por Roberto ARMIJO

Don Francisco Gavidia y don Alberto Masferrer, son dos escritores que admiro. A don Francisco por su personalidad excepcional. Casi un genio. A don Alberto por su destino prometeico. Don Francisco es el ansia de hacer trascender por medio de la reflexión y el estudio, el espíritu de la salvadoreñidad. Don Alberto es la lucha diaria, el combate cotidiano de Jacob con el ángel. Don Francisco cuando habla de su país, y se resiente de su ignorancia, y le duele verlo hundido en la abyección, utiliza la alegoría, y desprecia a Esparta: pueblo obediente, esclavizado. Don Alberto, al contrario, habla de El Salvador a secas. El Salvador carcomido por el paludismo; aherrado por el hambre, por el egoísmo y el alcohol. Cuando don Francisco se remonta por medio de su creación potente, perpetúa una concepción del mundo consecuente con su actitud democrática. Creación profunda de auténtico pensador. Don Alberto cuando se remonta, su vuelo es frágil. Su destino no está en la especulación, en el esquema metafísico. Su destino está en la tierra. Allí es fuerte. Allí es el mejor. Es excelente para gritar. Brillante para criticar.

Cuando expresa, abajo el hambre. Cuando subraya, desarraigamos la ignorancia. Cuando dice colérico: combatamos el guaro, don Alberto es grande. Es un auténtico salvadoreño. Un verdadero apóstol. Un visionario. Amo a ese Alberto Masferrer sincero, religioso. Su evangelio social está inspi-

rado en una solución sencilla: darle de beber al sediento, darle de comer al hambriento. No había en él preocupación científica por comprender el fenómeno económico social. Únicamente sabía que todos los días se acostaban trescientos mil niños salvadoreños sin haber bebido un vaso con leche. Trescientos mil niños que no habían ido a la escuela. Y eran esos hechos monstruosos, comunes en su país, los que lo revolvían en cólera. Lo convertían en un acusador.

Cuántas veces don Alberto Masferrer, al atravesarse en su camino un borracho, sintió que una ira santa le encendía el pecho, le golpeaba el corazón. Entonces don Alberto arremetía contra el Estado cómplice, corruptor y expoliador, que diariamente, cotidianamente exprimía a ese salvadoreño analfabeto.

Don Alberto amaba profundamente a su pequeño país. Sobre los ranchos se alzaba su silueta tolstoiana. Se sabía el campesino que latía al unísono del abigarrado paisaje, donde la oropéndola, el guarumo, el bosque y los pájaros, eran un solo ser colectivo. Su corazón de poeta bebía la luz, la fragancia de la tierra mojada. Pero olvidaba inesperadamente la súbita alegría que agitaba su pecho, cuando sobre la llanura veía la choza miserable, el chucho hambriento, el niño palúdico. Entonces don Alberto exclamaba: la tierra es para el que la trabaja.

De tanto sufrir, de clamar en el desierto, don Alberto fue convirtiéndose en una llama sin reposo. Cuando las páginas de sus libros no trasladaban el mensaje con la urgencia requerida, don Alberto utilizaba el editorial realizado a prisa, a carrera. Cada línea que brotaba palpitante de su pluma, iba rezumando sangre, sangre de su espíritu. Todos los días se entregaba a su pueblo. No le importaba la chacota, la befa del sayón, del sicofante que le odiaba, que le perseguía. Su misa, su apostolado, estaban en la página del libro, en el editorial. En su obra parca, tremante de periodista, don Alberto dio lo más deslumbrante de su cerebro. La brega cotidiana la empezaba desde que abría los ojos. Desde que salía a la calle, al mundo de su país. Conversaba con el transeúnte de vicisitudes rutinarias. Sensitivo recogía la queja guardada en el pecho humilde. Entonces corría a escribir, a llorar sobre la cuartilla. Cada línea suya era un llamado a la conciencia del hombre. Era un alerta de esa visión suya que le quemaba, que le enloquecía de aflicción, de incertidumbre. Es necesario —decía don Alberto a los ricos de su país— es necesario que el soplo de la caridad toque los corazones. Salgan de sus palacios, y verán a ese pueblo, nuestro pueblo: hambriento, analfabeto, desesperado. En cada mirada hay una chispa, en cada mano, una tea. Todavía es tiempo, todavía es posible remediar todo ese pasado ruina, egoísta que lo ha convertido en piltrafa humana. Ayudémosle. Démosle la mano. Esa prédica, esa sencilla prédica que podría hacer oír a un sordo,

don Alberto la ensayaba todos los días. El, sincero, transido por el fuego religioso, bebido en sus lecturas de Tolstoi y de los Evangelios, creía —pobrecito don Alberto— que oírían sus plegarias. Sí, sus plegarias. Cada editorial, cada artículo, cada página de un libro nuevo, eran plegarias. Su amor por El Salvador, era enraizado en el tuétano, en el hueso. Cundo sus ojos de poeta se deslizaban por el paisaje, sentía el ansia de transformar el país en un inmenso poema. Esta visión suya nació en sus viajes, en sus estadías en el extranjero; susceptible, estaba atento a soñar lo mejor para su pueblo. ¡Cómo envidiaba a esas naciones cultas de Europa! ¡Cómo sentía la necesidad de entregarse al combate para redimir a su país atrasado, bárbaro! Fue en esos países extranjeros que se suscitó en él, inesperadamente, el sueño utópico de sembrar en la carne de sus hermanos, el deseo por una patria mejor, más civilizada y culta.

Yo no creo —decía don Alberto— en una patria simbolizada en el escudo, el himno y la bandera. Yo creo en la otra —subrayaba—, patria palpable, deseosa y deseante. Palpable porque la toco en el pan necesario para mi vida. Para tu vida. Para nuestras vidas. Deseosa, porque cada día, cada hora, cada minuto, con sus campesinos, sus obreros, sus profesionales, sus industriales, quiere renovarse. Ser otra. Deseante, porque se desea más culta, más civilizada, más noble. En esa patria creía don Alberto. Este deseo le hacía caer en contradicciones, en actitudes inadecuadas de loco soñador. Era su vida. Su destino.

Sincero se enrolaba en la lucha. Le importaba un comino el qué dirán. Reflexionaba: me debo a mi pueblo. Es mi obra, mi vocación, mi apostolado. En esta tarea durísima para cualquier hombre talentoso —sobre todo en aquel tiempo—, don Alberto vivió, soñó y luchó. Era la entrega, la terrible entrega entre Job y Prometeo.

El Individualismo de Alberto Masferrer

Por José Roberto CEA

“Si soy revolucionario, como se dijo, lo soy inconscientemente. No me rebelo contra el orden del mundo. “Revoluciono”, como Blaise Cendrars dijo de sí mismo. Hay una diferencia. Puedo vivir tanto del lado de la minoría como del lado de la mayoría. Y en verdad, creo que me encuentro por encima de una y otra división pues establezco una relación entre ellas que se expresa, en mi vida literaria, plásticamente y no éticamente.” Así dijo *Henry Miller* en sus *Reflexiones sobre el escribir*. Frases que muy bien sirven para comprender a Alberto Masferrer. Espíritu individual por sobre todas las cosas y en todas las situaciones que le tocó actuar.

Alberto Masferrer, siempre se equivocó, dicen muchos de sus amigos y enemigos. Los primeros juzgan esas equivocaciones con benevolencia. Sus enemigos las hacen más grandes. Unos las justifican sin mayores explicaciones. Otros las condenan de igual manera. Ante estas dos actitudes que obnubilan la verdadera imagen de Masferrer, es necesario que nosotros, los que vivimos a un siglo de su nacimiento y nos interesamos por lo pasado en El Salvador, caminemos con suma atención por ese campo minado por las pasiones que rodean a Alberto Masferrer. Es importante que nos acerquemos y estudiemos su obra que es ejemplo de honestidad intelectual en un medio salvaje como el nuestro: aquí, donde hablar de verdadera justicia social, a un siglo de su nacimiento, es todavía un delito, ya no digamos cuando él luchó por esa justicia a principios de siglo. Al estudiar su labor creadora, su intención social, su vital mensaje, sus afanes políticos, no debemos olvidar el medio y el tiempo en que le tocó actuar. Sólo así tendremos la verdadera imagen de este pensador, de este ser individualista que señala una etapa en la historia salvadoreña.

Al celebrar el centenario de su nacimiento, quiero referirme en forma especial a su individualismo; actitud que siempre ha caracterizado a los escritores y artistas de sangre, sobre todo en aquellos que tienden a preocuparse por la vida de sus semejantes,

que se preocupan por transformar la sociedad. Este individualismo —como todos los escritores de su categoría—, Masferrer lo trasuntó en obra. Con mayor reflejo en sus creaciones literarias, tanto en prosa como en verso.

Para dar una imagen más amplia de lo antes apuntado, sería importante que rastreara ese individualismo en todos sus trabajos, pero no lo creo necesario, por cuanto éste está concentrado y llevado a sus últimas consecuencias en el poema BLASON, del que me ocuparé más adelante.

El individualismo de Alberto Masferrer, siempre busca su razón de ser en lo místico. Es una conciencia mística la de Masferrer. Por ello, la soberbia mundana del individualismo está atenuada. Nuestro autor intuye y trata de manifestar que su culpa es original. Culpa más culpable por las circunstancias que el medio le propicia; pero Masferrer no la justifica ni se justifica, la enfrenta. Y cuando aflora la soberbia humana, ésta se vuelve tan justa, tan necesaria, tan ineludible, tan vital, que no desdice la anterior postura masferreriana. Esta actitud es como una imprecación por no encontrar en sus afanes místicos, una respuesta valedera a sus preguntas, a sus planteamientos humanísticos. Lo anterior lo comprobaremos en BLASON, poema de 33 versos fechado en agosto de 1927, y que augura la tragedia de Masferrer, y refleja el ambiente de El Salvador en aquella época; ambiente que hasta la fecha no ha cambiado mucho para los espíritus honestos, para los espíritus creadores que luchan por mejorar en todos los sentidos a nuestro país. . . . Estamos ante la encrucijada del destino humano y si no sabemos enfrentar con firmeza la descomposición del mundo, retornaremos a las cuevas, pero esta vez ya no podremos —como nuestros antepasados— dibujar bisontes u otros animales en los murales rupestres, porque perdimos el derecho a expresarnos, a comunicarnos con nuestros semejantes, cuando no supimos afrontar los problemas que nos son comunes. . . . Cada uno de nosotros es un andrajo de oro ante la sociedad, pero cuando comprendemos el relativo valor de la existencia, sabemos como salir adelante para superar las limitaciones que tenemos como humanos que somos. Eso trató de hacer Alberto Masferrer, ese fue su afán, en ello murió y es lo que nos hace tenerlo siempre presente.

*Un andrajo de vida me quedo: se perdió
En misérrimas luchas lo que era fuerza y flor;
Rateros y falsarios hacen explotación
De mi luz, de mi anhelo, de mi fe y mi valor
¡Cuánta odiosa mentira serví, sin querer yo...!
¡Cuánto lucro y engaño con mi luz se amasó...!
Porque fui humilde y simple; porque en toda ocasión,
Creí que quien me hablaba tenía sed de Dios...*

Esta es la primera parte de BLASON. Alberto Masferrer deja entrever en el primer verso, algo de lo que alguna vez fue: andrajo de oro. Pero también manifiesta su cólera porque no supo escoger. Y es que esa es la verdad, cuando uno no sabe escoger, porque no tiene un método que le enseñe, que nos guíe, se es fácil presa de las celadas que a cada momento la vida le tiende a uno. No es que los métodos sean infalibles, pero los errores son menos o más atenuadas las caídas. . . . Mas el hombre es ciego ante su destino, en su obstinación por vivir, y eso lo hace grande y hermoso, lo hace verdadero, lo hace auténtico; actitud necesaria para evitar el redil. Alberto Masferrer se comprometió a su manera, se ensució las manos a su manera y lo importante es que lo veamos como él mismo se vio:

*Lo que no profanaron los demás, lo mejor
Que me diera el Destino, eso lo manché yo:
Porque siempre fui débil, instable, y porque soy,
¡Tal vez, un pobre loco que enloqueció el fervor!
Y entre el diablo y el mundo hicieron de mi sol,
En vez de luz, tinieblas; en vez de paz, dolor . . .
Mas yo no culpo a nadie de mis caídas, no,
Ni me inquieta un instante mi justificación:
Si por necia o por débil mi vida fracasó,
Y en mi jardín florecen el mal y el error,
Inútil ya sería saber si he sido yo
El culpable, o la víctima de una maquinación.*

*Si el fruto está podrido, es que el gusano halló
En él propicio ambiente para su corrupción.
¿Fue la obra de un demonio, del azar o de un dios?
Es igual . . . no revive la flor que se agostó . . .*

Este ejemplo de conciencia, de lucidez, de franca honestidad asombra en su actitud. Masferrer sabe del relativo valor del hombre, pero eso mismo lo hace fuerte para reclamar para él lo mejor de sus semejantes. Fuerte en su honestidad para enfrentarse al error, se manifiesta con sólida actitud individual que lo salva del común denominador de su época. Como ya se ha dicho en otra parte: “*lástima que la vida sólo se viva en borrador*” y la dolorosa experiencia que otros seres padecen y dejan de ejemplo, a nosotros no nos es más que atenuante en *nuestro borrador*, pues en otro rumbo somos débiles, inestables o locos enloquecidos de fervor y la tentación nos tienta. Es que en nosotros mismos existe el germen de nuestra propia destrucción. En todo es así, pero algo debemos salvar del desastre. Algo debemos poner en alto, y que sea ese sopro divino o malsano que nos hace resplandecer: el espíritu de ser nosotros, nuestra manera de ser, de manifestarnos. Eso, después de haber hecho el recuento de nuestra vida. Alberto Masferrer, así lo manifiesta en su poema BLASON. He aquí la tercera y última parte:

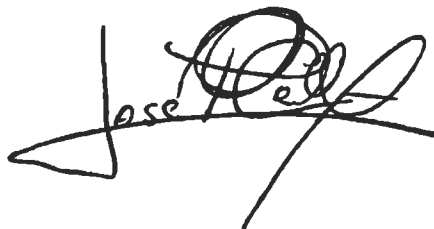
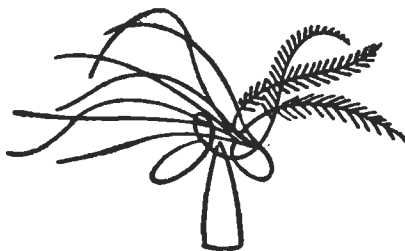
*Ahora, con los harapos de mi fe y mi valor,
Y lo que todavía me resta de ilusión,
He de alzar un castillo, y en él, como blasón,
En un palo de escoba, y hecho un sucio jirón,
Haré flamear al viento mi enfermo corazón;
Y en ese vil andrajo que será mi pendón,
Escribiré con sangre, menosprecio y rencor,
Este emblema del hombre que es su propio señor:
Para juzgarme, nadie; para acusarme, yo.*

Agosto de 1927.

Porque es verdad que una sociedad que basa su moral en el lucro, en el valor

bursátil, en lo que relumbra aunque no sea propiamente oro, no tiene el derecho de juzgar a los hombres de espíritu libre, a los hacedores de cultura, de humanismo en otras palabras; no tiene derecho, pues, de ver con malos ojos a los espíritus honestos que, de cuando en vez se equivocan. ¡Ah! pero estos espíritus —como Alberto Masferrer— sí tienen el derecho y el deber de juzgar a esta sociedad y condenarla, más aún, cuando ésta no hace ni siquiera lo mínimo por cambiar su moral, por enmendar su pasión por lo que relumbra: el oropel, o por no dejar sus afanes de lucro.

•

A handwritten signature in black ink, appearing to read "José Martí". The signature is highly stylized and somewhat illegible due to overlapping loops and a large scribble at the top.

Entrevista Imaginaria con Alberto Masferrer

Por Mercedes DURAND

VOLCAN DE SAN SALVADOR

Trepan las orquídeas sobre las ramas de los árboles, mientras la cumbre rezuma pájaros y la madrugada apaga los últimos luceros. Don Alberto se apoya en mi brazo y decidimos sentarnos a la sombra de un generoso amate. La ascensión ha sido penosa. La fatiga asoma a mi frente, pero él me da aliento con su voz mesiánica y me invita a continuar la marcha. Detengo mis pasos y lo contemplo ingrávido, solemne, erguido. El cabello cano partido en dos, a la mitad de la cabeza, y el traje color de ceniza y de meditación profunda. Don Alberto recoge una cigarra y le entenece la aletargada melodía que el insecto le susurra. Luego, me mira a los ojos, sonríe benévolo y aspira el olor silvestre del volcán. Su rostro se transforma. Hay en él una expresión distinta y es que en ese momento pasan junto a nosotros una mujer y un niño cargados de legumbres, azucenas y pequeños tarros de miel. Parecen encaminarse hacia la ciudad.



MERCEDES DURAND

—Han transcurrido treintiséis largos años. La altamisa y el hisopo han enredado varias generaciones de hojas sobre mi frente arrugada y mire usted, todo continúa igual. Yo prediqué en el viento y el viento se llevó mi palabra. Usted ha de tener noticias, seguramente, de que yo siempre alcé mi voz de protesta —y es que ha de saber, que residí cuatro largos años en una casa situada a la vera de la calle que transitaban diariamente los campesinos que bajaban del Quezaltepec a San Salvador— en contra de la miserable existencia de esos hombres, esas mujeres y esos niños... Aún recuerdo, con absoluta claridad, mis imprecaciones: “Calle del aguardiente, calle de la sangre, calle de la cárcel, calle del infierno...” “El dinero maldito... Esa es nuestra vida... Esa será también nuestra ruina...”

—Sin embargo, Don Alberto, su palabra ha germinado y la mies ya se encuentra madura... Los hombres que aún tienen joven el espíritu y los jóvenes rebeldes e iconoclastas lo escuchan a usted como Jesús oía las profecías de Juan, el Bautista. Usted, Don Alberto, sigue siendo una lámpara votiva para los que han hambre y sed de justicia y redención social.

—La paz es ahora conmigo... *Dios es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer: junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; guiará me por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque Tú estarás conmigo: Tu vara y su cayado me infundirán aliento. Aderezarás mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores: ungiste mi cabeza con aceite: mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida: y en la casa de Dios moraré por largos días.*

Pero es tan actual, tan evidente, tan amargamente doloroso que es preciso proclamarlo aquí, en este instante... “Día vendrá en que comprendamos que esa indiferencia, esa hostilidad con que vemos al indio, al trabajador del campo, es la causa de muchos de los males que nos agobian...”

El sol deposita su llama roja sobre los cálices de los lirios. Don Alberto, encendido el semblante y enérgico el gesto se detiene a percibir el bravo relincho de un potro melado...

VALPARAISO

La espuma lame los ojos de los caracoles y la arena mínima y ligera se introduce en la boina de los marineros y en la cesta de mimbre que guarda el esqueleto de un hipocampo y los cadáveres azules de los gorriones que me encontrara al abandonar el barco... Un niño juega a recortar la figura de la bahía, mientras Don Alberto se une al candor del pequeño y recoge una estrella de mar...

—¡Qué azul más intenso...! El rumor de las olas ya debió ser registrado por algún músico contemporáneo. ¡Qué impresionante es emerger de la nada, salir del limo oscuro donde reptan gusanos opacos y huele a carroña y a permanente no-ser y de pronto aspirar el sol, la brisa marina y asir el color inacabado del mar...!

Yo creo que, en mi vida anterior, fui capitán de un barco sin rumbo, que una noche de tormenta se quedó anclado a la mitad del océano...

Pero... “Cada uno, como dicen las gentes, trae lo que ha de ser. ¿De dónde? De los abismos de la vida. De los viajes y peregrinaciones a través de mil existencias diversas”.

Don Alberto se une al grupo de hombres que hacen a la mar un barco car-

guero y yo, me reclino serenamente sobre la tosca escultura de un tronco expulsado por las olas...

Bogan las palabras en buques afilados por los dientes de la noche y el silencio llega de pronto a sumergir las algas, la marea y el pozo insondable de la reflexión...

ALEGRIA

—Sí, es muy cierto. Yo nací aquí, en esta aldea, un veinticuatro de julio de 1868. Mi madre era sencilla como las hogazas de pan moreno que se cocían en el horno y se llamaba Leonor Mónico. ¿Mi padre?... Se llamaba Enrique Masferrer y le diré que era un hombre bien intencionado. El deseaba anteponer a mi sencillo nombre un título honorífico que, a fuerza de asistir a la Universidad y aprobar los exámenes, me otorgara el Rector de tan docta institución.

(Don Alberto deja caer una lágrima y yo comprensiva, contemplo las ondas del tiempo que circundan en derredor de nosotros).

“Sí, somos hermanos carnales del pájaro, del árbol, del musgo y de la flor... Somos la misma sangre con el pez y la roca, con la nieve y el viento, con el arroyo y con la nube, con el zafiro y el carbón... Somos la escama del caimán y la sedosidad del armiño; la bronca cerviz del hipopótamo y el undívago cuello del cisne; el fulgor del diamante y la opacidad de la arcilla”...

Siempre fui un ala hendida al viento, mas ahora que he regresado a mi pueblo, he sumergido mi rostro en el verde encantado de su laguna y he descansado del cotidiano peregrinaje junto a la humildad de las casas de mis coterreños. Vuelvo a ser el niño melancólico y soñador que enredaba su llanto y sus sueños en la guijas verdinegras guarecidas junto al camino...

—Al escucharlo, Don Alberto, vienen a mi memoria algunos de los versos que escribí para este pueblo tan suyo. Me permitirá que se los lea, ¿verdad? Gracias.

*“Caserío de trinos,
humo de leña seca,
ciudad del horizonte dibujado
entre la dimensión celeste del jacinto
y el saludo ocarino del zenzontle...
Tienes nombre de fiesta,
haces pensar en niños
y cascabeles de agua.
Te arrebuja en cerros
y te lavas la cara
en el azul profundo de tu fresca laguna,
Pastora de la tarde:
acunas al ternero
y las blancas ovejas...
recolectas la espiga
y arrancas los rastrojos del maizal verdecido...
Caserío de trinos,
humo de leña seca,
zagala de ojos claros,
alegría
te llaman...!”*

Sin embargo me parece oportuno referirle, hoy que estamos en Alegría, el hecho de que un grupo de personas se ha dado a la tarea de cambiar el nombre a su solar nativo para designarlo con el de ALBERTO MASFERRER. Pero ocurre que, otro grupo de personas se encuentran empeñadas en que ALEGRIA siga siendo así, llanamente, ALEGRIA... ¿Qué opina usted al respecto, Don Alberto?

—Los nombres, los seres, las cosas y las circunstancias son temporales. Yo fui, soy y seguiré siendo un Alberto Masferrer sin títulos, sin prosapia, sin pompas y sin denominaciones honoríficas.

Cuando caminaba por la vida, fui un iluso que creyó en la bondad del ser humano, en el amor del hombre hacia el prójimo... ¡MENTIRA...! He transmigrado ya en múltiples existencias y debo decirle que el hombre seguirá siendo bueno y malo a través de los siglos. Y es que la levadura del ser es noble y corrompida. A esta altura, he llegado a conclusión tan acerba.

En cuanto a que mi pueblo se llame como yo, honestamente, no me parece. Sugiero que ALEGRIA siga siendo ALEGRIA. Diga a los que disienten con el cambio del nombre de mi pequeño lugar de nacimiento, que no dilapiden su tiempo en tan mínimo problema. El mundo se convulsiona, gime y se desangra en aullidos de violencia y me parece absurdo que se pierda el tiempo en detalles y nombres como el mío que son partículas ínfimas del cosmos existencial. "Alegría... Todos los hombres serán hermanos donde se cierna tu vuelo suave..." como dijera Schiller.

CEMENTERIO GENERAL DE LOS ILUSTRES (San Salvador)

Rosas amarillas dibujan la perfecta redondez de sus corolas. El ciprés enluta la escultura del Cristo tallado en piedra. El silencio deslíe pájaros mudos y mariposas estáticas. Tiembla un salmo en la mirada fúnebre del Pastor Protestante y un padre nuestro en la expresión del sacerdote recién llegado. El negro de las ropas de una mujer, arrodillada junto a una tumba, ensombrece la tarde. Lágrimas, recuerdos, angustias y perplejidades revelan sus espectrales figuras. Todo allí es quietud. Nada se mueve. Galileo revuelve su perfil en una espiral de duda.

Don Alberto, se dirige a un mausoleo simple como su expresión y un tanto fatigado piensa en voz alta:

—“Con los años, con el padecer y sufrir, el alma se vuelve grave y tétrica, deja de creer en el bien y en la alegría, desdeña la infantilidad, la risa, el canto, el juego, la esperanza. Ya no ve sino, en todo y en todas partes, el mal, el dolor, la noche, la bruma. Entonces, una atmósfera de tristeza y desánimo, hecha de las mil y mil tristezas padecidas, envuelve y penetra la forma y se imprime en ella. Y entonces, de reflejo, el cuerpo se gasta, se encorva, se embota, se apolilla *se envejece*, en suma, y tiende más y más a libertarse de la forma, a ser otra vez elemento informe, como era su propia naturaleza”.

Yo analizo mi vida anterior, esa que apagó su luz en 1932, y comprendo cuán contradictorios y vagos eran mis planteamientos. Sembré paz y germinó violencia. Creí en la bondad de mis prójimos y al final del camino me convencí de mi terrible equivocación. Unos, me mal interpretaron y otros no me comprendieron. Me aherroja el espíritu la tremenda convicción de no haber amado más a mis semejantes. “Perfecta es la humildad de aquel que nunca olvida que la luz viene de lo Alto y no de él, y que no viene sólo para él, sino para toda sombra y toda pena”... “Perfecto es el silencio de aquel que no di-

semina sus pensamientos ni sus ansias en comprender y realizar otros aspectos de la vida, sino que los concentra y totaliza en la perenne y única ansiedad de atraer y difundir la luz..." "Perfecta es la alegría de aquel que no se deja empañar por nieblas ni tinieblas; que sabe irisar sus propias lágrimas; que olvida su propio dolor, porque sabe que la luz es serenidad y alborozo y el dolor ajeno transforma en oración —en demanda de luz—, porque sabe que toda oscuridad y toda pena se curan con la luz..."

"TU MISION ES HACERTE UN CRISTAL... TU MISION ES HACERTE UN CRISTAL... ¿QUIERES TU DEVENIR UN CRISTAL?"

Una nube diáfana me hace dirigir una plegaria al infinito. El mausoleo retiene la presencia ingrávida, etérea y solemne de Don Alberto Masferer. Dejo una margarita sobre su tumba y al doble severo de la campana, me retiro del cementerio...

Mercedes Durand



ANTI-HOMENAJE

Por Alfonso QUIJADA ÚRIAS

(De por qué un escritor "nada serio", entre comillas, ve con malos ojos que se le tribute un homenaje a Masferrer y a todos los escritores muertos)

Masferrer fue un escritor íntegro, que nació y murió sin pactar con nadie, sin ofrecer su pluma a otro dictado que el de su conciencia. Los iracundos de oficio lo tomaron como blanco de sus destempladas iras. Porque ningún hombre de genio, ningún ser dotado de la fuerza creadora de Masferrer está a salvo de la amargura y la angustia, que los caballeros de industria, los jefes de las órdenes del santo oficio, los cargadores del santo entierro, los señores gordos de academia, los lamemonedas, los directores de pompas fúnebres, etc., etc., fabrican con sus estómagos repletos y sus manos cuidadosamente arregladas por las manicuristas de la cultura oficial.

Hoy, en estos días, he leído parte de la obra de Masferrer, porque considero que es el único homenaje que pueda tributársele a un monstruo sagrado, a un enfant terrible, nacido por desgracia en un país indiferente al destino de sus hombres.

Por una morbosidad exquisita releo páginas de su infancia dolorosa (de Masferrer), páginas donde puede tocarse la naturaleza tímida y predestinada de un escritor, víctima de sus raíces dramáticas. Me detengo en el miedo horroroso que Masferrer siente por el padre (me



ALFONSO QUIJADA URIAS

ría) y recuerdo al genial coleóptero llamado Franz Kafka, acurrucado en un rincón con unos ojos de perro, frente a la autoritaria presencia del padre; porque algunas ventajas saca un escritor de haber tenido un padre colérico, incapaz de comprender en lo mínimo a un hijo dotado de una sensibilidad enfermiza.

Masferrer se mirará a sí mismo, se buscará en el fondo de su ser. Su rebeldía es una gran posibilidad dentro de él, que un día burla el colegio, se marcha convertido en un enemigo de las fórmulas, tráfuga de símbolos e inicia por enorme vocación su profesión de “aguafiestas”, que es la culminación de todo gran escritor.

(Yo, no estoy de acuerdo en un homenaje a Masferrer, porque casi siempre son los enemigos, en este caso los de Masferrer, quienes en un estado agónico de conciencia han creado este burdo homenaje, ténganlo muy en cuenta señores). Luego este Masferrer regresa a Tecapa, de donde emigrará como “ayudante de gallero”, “buhonero trashumante”, “criador de cerdos”, “maestro en una escuelita de provincia”, etc., etc. Porque un escritor tiene que subsistir pese a la vida insosegada de que son víctima los grandes proscritos de un mundo absurdo. Masferrer fue un escritor combativo, su posición siempre fue la de permanecer fiel a los intereses de su pueblo, una honda preocupación aflora en cada escrito suyo. No fue un escritor oficinesco, había en él una profunda catarsis, una congoja por encontrarse y encontrar una salida al mundo que a su alrededor se enmarcaba en una forma contradictoria, anacrónica, un mundo que rayaba y continúa rayando en el prejuicio provinciano. Por eso atacó y fue atacado por villanos (un villano es un exponente de la crítica que laboriosamente desmenuza escritos y descubre la homosexualidad en un poema de autor). Un periodista de sobrado margen moral, fiel a su oficio, muerto él, DON ALBERTO, muere el periodismo y el periodista de una sociedad convulsa y nace un periodismo que no aporta soluciones, conforme nada más en arrojar sus gruñonas censuras.

Los escapistas, los apóstatas siempre vieron con recelo a este hombrecito pequeño y delgado; es normal, un escritor de talento es blanco de todas las injusticias, peor si este hombre de letras ha nacido en un país como el nuestro.

Ya vendrán quienes se ocupen de un Masferrer panteísta, aristotélico, sociólogo, economista (los títulos salen sobrando). Masferrer fue un escritor, en la cabalidad de la palabra, jamás un tinterillo de provincia. Yo me quedo con este Masferrer, que he descubierto en cada página suya. Me miro en Masferrer, me solazo con este Masferrer que le importa un pito pasearse por San Salvador con elegancia de pavo real o proclamarse merecedor de una estatua o de una medallita de oro, como si él, hubiese inventado los viajes espaciales o alguna pastilla para el dolor de muelas, etc. Por eso me quedo con él, un hombre que supo escribir con la amargura de un aventurero, despreocupado por hacerse un confort a la usanza y que sabía adónde iría a parar; al fin y al cabo un escritor es dueño de su destino.

Es un ardid, una tomadura de pelo ser escritor en nuestro país. Lo peor que puede ocurrirle a alguien es nacer con talento, aquí donde nada merece el que se quema las pestañas, con la íntima seguridad de rescatarse y rescatar la conciencia de un determinado momento histórico.

Sobrada razón tiene mi padre al decir que un escritor es un pobre hombre que se emborracha para escribir o viceversa y que no sirve para otra cosa, sino para eso. Razón tenía el viejo policía de Platón en desterrar a estos vagos de su república. Razón tienen los directores de suntuosas oficinas en señalarles el rotulito de **NO HAY PLAZAS VACANTES**.

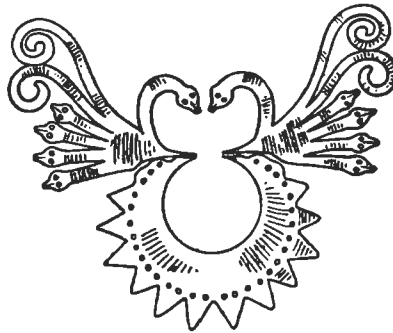
Yo reconozco en Masferrer al escritor y nada más. Me resultan graciosos los “opinadores”, que dicen con toda seriedad académica, que hay que estudiar a Masferrer desde el punto de vista sociológico, económico, etc. Por eso, saco mi cara y acuso a los que se han inventado a ese Masferrer BACHILLER, Masferrer Doctor,

etc., etc., porque para algo estamos, para decir la verdad y no encubriarla con el dedo gordo. Que sepan que sólo hay un Masferrer, EL ESCRITOR, aunque a muchos les duela esta palabra.

* * *

Los únicos que podemos tributarle un homenaje a Masferrer somos nosotros, que no tenemos seriedad, que hemos aprendido a reír (aunque somos enemigos de los homenajes). Es completamente absurdo pensar en mis hermanos: Roberto Armijo, Roberto Cea, Manlio Argueta, Tirso Canales y otros, condecorados u objeto de una misa solemne de tres ministros en la basílica San José o a mi gran padre Dylan Thomas recibiendo un pergamino de ciudadano ejemplar, cuando ya fue suficientemente homenajeado en los prostibulos, víctima de sus borracheras delirantes, cuando él es suficientemente olvidado o suficientemente leído en todo el mundo.

Considero que Masferrer es el único escritor que nos legó una sonrisa (una risa mejor dicho) un escritor que se vio en la necesidad de fundar su propio periódico, para atestiguar su actitud de escritor incomprendido. Por lo demás a ningún escritor muerto le gusta ser homenajeado, mucho menos a Masferrer, que fue un eterno enemigo de los desentierros.



Conversación con Alberto Masferrer

Por Manlio ARGUETA

Don Alberto:

Permítame decirle unas palabras no a favor de su obra, que suficientes pedestales tiene para apisonar su muerte, sino sobre su oficio de héroe —perdón por el lugar común— y sobre su oficio de anti-héroe. Todos los caminos llevan a la poesía, al arte en general, por eso es tan fácil correr la aventura en búsqueda de fechorías o en búsqueda de la sensatez; esto último implica no atacar lo que se encuentra al paso ni desazonarse ante lo torcido y hacer siempre lo torcido, como decía Goethe, y lo reafirmo yo. Sabemos que usted fue un aventurero no de la sensatez sino de la fechoría —lo cual es un error imperdonable para aquellos que no tienen un caballo, una lanza, una bacía y ni siquiera una Dulcinea para jugar al adulterio. Y si



MANLIO ARGUETA

estaba desnudo ¿para qué correr el riesgo?... Sería igual a morir de hambre en una heredad donde se cultiva alimento para los caballos. ¿Por qué no escogió el camino más fácil como es el de hacerse famoso a costa de la Literatura? Hay cosas cuya única explicación es la de encontrarse al frente de un escritor de veras. *Acaso ahora se esté planteando a los jóvenes brillantes de la época esa verdad de Lawrence. Pero si la literatura no existe; existe la vida, de la cual el arte y la política son sólo una pequeña parte y yo soy un hombre que vive, nada más, un hombre que vive su vida, nada más! Quizás no logré vivir la vida como hubiera querido hacerlo porque para ello se necesitaba valor y una barcaza que nos uniera al mundo civilizado o a la selva de la cultura donde habitan los sensatos y los malhechores.* Pero usted prefirió no hacerse famoso, no ingresar a los night clubs de la cultura y prefirió quedarse tocando una canción que nunca llegó a parecerse al ta-ra-rí y al ta-ra-rá de las cornetas, un hombre que va por el mundo, como han ido los verdaderos desde que no había hombre, ni animal, ni pájaro, ni peces, ni cangrejos, árboles, piedras, cuevas, barrancas, hierbas, bosques, tal como dicen nuestros queridos abuelos prehistóricos; y siguió siendo el muñeco de palo donde llegaron los animales pequeños y los animales grandes y los maderos y las piedras y los microbios a golpearle la cara. *Ustedes han tenido la suerte de conocer a la Maga, de acompañarla por rue du Cherche-Midi, siempre con una flor o una tarjeta de Klee o Joan Miró y verla tirar el paraguas en un barranco del Parc Montsouris, un atardecer helado de marzo, mientras tú profieres un grito donde vagamente creí reconocer una imprecación de walkiria, mientras nosotros nos cocíamos en el barrio de Candelaria bajo el calor de abril en las imprentas haciendo una apología a la caridad pública o arrodillados en eterna ceguera al paso de una procesión mortuoria, nuestros cerebros cantando salmos a la pequeñez del hombre contra el hombre mismo.* Pero usted, pese a todo, supo no convertirse en elefante sagrado, jamás obtuvo una medalla ni un diploma de reconocimiento, lo cual va a su favor pues gracias a ello no le han erigido una estatua, gracias a ello tal vez se olviden de su centenario y de llevar una corona de flores artificiales a su tumba, de llevar una corona de flores artificiales con esqueleto de alambre por donde subirían los equilibristas nacionales a contemplar el mundo; por eso no se ha convertido usted en polvo de biblioteca, ni en obligada cita de los escritores valiosos en sus discursos de ingreso al reinado de las letras. *E íbamos a suicidarnos todos los fines de semana al Puente de los Suspiros allá por el Cementerio de los Ilustres porque apenas habíamos pagado la cuenta al casero o el impuesto que nos permitía usar las calles con entera libertad y no teníamos la suerte, como ustedes, de bebernos un trago por la agonía de Antonio Machado porque las calles se llenaban de extrañas muertes parecidas al cólera morbus pero no era el cólera morbus sino una especie de bacilos inexcusables, fatales, que hacían estallar en sangre al cuerpo y*

los ríos colorados llegaban a tocarnos la puerta con el único fin sadista de hacernos llorar y nosotros para no caer en apariencia de cobardía no hacíamos sino reírnos, reírnos hasta perder la respiración sin llegar a saber si en realidad estábamos llorando. De qué servía, pues, echarse un trago por la agonía de un poeta si nunca sabríamos cuándo estábamos echándolo por nosotros mismos, lo cual significaba una inmodestia que no podía permitirse nuestro orgullo subdesarrollado. Habla usted como si el mundo acabara tan rápido, como si no hubiesen ya ángeles castigados por Dios, tirapiedras queridos, muchachos de las golondrinas que se llamaron Orlando Fresedo, pintarrajeados de alcohol en las mesas del Paraíso de Adán cantando una canción que habla de escribir una carta o de visitar la cárcel o de la niebla que camina por el río como un adelanto a la música ye-ye de las guitarras eléctricas, más fastidiosas a la vejez consciente que el ruido de los retropropulsores F-111. Habla como si nosotros no estuviéramos aprendiendo a vivir, a buscar una manera de ser y decir las cosas en tal forma que lo nuestro sea cada vez menos famoso pero cada vez más eterno, no por la perduración de la obra pero sí por la supervivencia de la verdad, cada vez menos sabios, menos aprendices de todo, menos capacitados en las ramas del saber, pero cada vez más creadores. *¡Las cosas han cambiado tanto! Cuando yo tuve mi edad, las mujeres eran hermosas como las yeguas, ahora son bellas como un automóvil deportivo. Sólo la verdad no cambia. Una vez lo dije: “Los sabios, con sus feos anteojos y sus calvas odiosas, se levantan a proclamar que todo es ciego y sordo, menos ellos; que la ley es la lucha y que es científico que unos hombres perezcan de necesidad y otros de hartura...” Ahora lo comprendo todo; los sabios más perversos no son los de las ramas científicas sino los sabios humanísticos porque aquellos marchan con la humanidad. éstos pretenden dirigir a la humanidad; ¿y cómo? convirtiéndose en príncipes de las letras y en aspirantes a príncipes de las letras; entran así a la realeza de la lengua como nobles sin trono o reyes sin corona que los convierte en advenedizos de la inteligencia creadora y en aventureros de la sensatez, como decía Ud. al principio. Por eso, don Alberto, Ud. está a salvo de los homenajes, porque nunca fue un príncipe de las letras sino un buhonero que recorrió el territorio nacional vendiendo espejos y otras cosas maravillosas para no morir de hambre; así se convirtió en escritor de vísceras: he ahí su mérito que no podrán arrebatárselo jamás los que desean construirle estatuas, ni los que lo declaran apóstol y filósofo del alma nacional; usted vivirá siempre; porque usted fue el buhonero de la sangre nacional y nunca se quitó la máscara del hombre ni aun para limpiarse el sudor del alma nacional: “Cuando se tiene vida se tiene aliento para luchar y morir”. El mejor homenaje que puedo recibir es cuando dicen que en mi casa se escuchan “ruidos de puertas que golpean”, canciones que se dicen llorando, gritos desahogados, insultos, risas escandalosas; quizás*

por eso he sido un hombre de letras que reconoce que el mejor homenaje es no recibir homenajes y la mejor Gloria es la vecina de enfrente que todos los días repite mientras deshoja una margarita “me quiere... no me quiere...” y la mejor estatua esa que no se me dedicó nunca. Pese a todo a veces me pregunto si para un escritor debe ser de la esencia el morir de hambre, dormir en el suelo, no tener casa y ser siempre un buhonero que va de pueblo en pueblo; si el escritor tiene que ser siempre el perseguido, el vejado; si vale la pena no tener cinco centavos —cinco centavos en el sentido literal de la palabra, pues al contrario de los escritores de los países desarrollados que se mueren de hambre por no tener aparatos para escuchar los Cuartetos de Beethoven, al escritor nuestro le cierran las despensas para asesinarlo de inanición. El escritor nuestro agoniza entre dos amigos que se tapan la nariz mientras la mujer huye despavorida con sus hijos. A los escritores jóvenes de mi país quiero decir que tengan esperanzas en la fuerza propia, el mayor triunfo es la desventaja siempre que no les roben el cerebro ni la sangre; y sobre todo aprendan a interpretar las cosas tal como son y a luchar contra ellas. Por eso los escritores hemos sido los malhechores de todos los siglos, hemos sido los bandidos de la época. Y eso está muy bien porque es una forma de existencia del arte. A los escritores jóvenes digo y que no lo olviden: para el escritor de talento el éxito está a la vista, los triunfos están a la vuelta de la esquina; para un escritor brillante, genial, no habrá éxitos ni triunfos pero ahí estará su mérito. ¿Qué más da ser el malhechor y el bandido de la época?



Nota Sobre Masferrer

Por Tirso CANALES

Evidentemente, una de las insuficiencias que primero saltan a la vista en la obra de Alberto Masferrer es la que se refiere a la forma del planteamiento de problemas. No podía ser de otro modo, puesto que él partió muchas veces de supuestos éticos, religiosos, etc. para encarar problemas que necesariamente deben ser examinados desde las posiciones concretas que las clases ocupan en la relación social, en la producción de la vida material. Todo problema social —como sabemos—, debe analizarse a través de los elementos más definidos de la estructura interna de la sociedad; ello nos permite caracterizar de manera correcta y precisa cualquier fenómeno.

Masferrer no se apoyó en un método científico para tratar los complejos asuntos económicos, sociales y políticos a que se enfrentaba. Esa falla metodológica no le permitió deslindar la situación que en su tiempo ocupaban las clases en la sociedad salvadoreña. Por el contrario, tomaba la sociedad en su conjunto, y de esa manera trató los problemas que, indudablemente, no eran comunes para todos los salvadoreños. Como ya sabemos: la sociedad en su conjunto está integrada por clases y grupos sociales distintos, que confrontan problemas también distintos. Consecuentemente, la esencia misma de las clases choca al entrar en relación. El contenido de cada problema si no se analiza en relación directa a la base de sustentación, se diluye en generalidades y nos

lleva a hacer planteamientos incorrectos y a obtener conclusiones de esa naturaleza.

Masferrer a lo largo de toda su obra pone al centro de la discusión el problema de los explotados y los explotadores (todos sus lectores lo hemos encontrado a lo largo de su obra); aspira a auxiliar y redimir a unos y condena y recrimina a otros por sus vicios y crueldades. Pero no alcanza a descubrir la esencia contradictoria de éstos con relación a aquéllos. En las primeras décadas de este siglo, Masferrer pasaba por la etapa más intensa de su trabajo intelectual. A esa altura del desarrollo histórico había en el país fuertes núcleos indígenas; vivían en la más desoladora miseria y en el oscurantismo de tipo medieval. Eso llevó a Masferrer a plantear problemas económico-sociales desde las posiciones étnicas. Ello evidentemente es incorrecto. Es así como nos encontramos con sus teorías de la defensa de la raza, de la dignificación de la raza, etc., etc.

El examen de la obra de Masferrer nos permite descubrir sus grandes cualidades de pensador y patriota, pero al mismo tiempo nos muestra cuán disparate era su pensamiento. Junto a tesis de profundo contenido científico hallamos caídas enormes, que lo empujan a los abismos idealistas más extremos. Al propio tiempo que expone puntos de vista correctísimos y los apoya doctrinariamente con sólidos basamentos de sustentación, nos encontramos con elaboraciones teóricas verdaderamente peregrinas y a veces hasta pueriles.

Lo anterior no es sino un señalamiento necesario para asimilar críticamente el pensamiento masferreriano, si de veras se le aprecia.

La labor intelectual que él desarrolló en favor del pueblo no es poca cosa: es amplia su obra, *hecha con abnegación y valentía*. Sólo un hombre con gran sensibilidad social podía desplegar la actividad que él desplegó, sintiendo como propios los problemas del pueblo. De diversa índole fueron los problemas que Masferrer examinó. Su inteligencia se abocó a las cuestiones económicas, éticas y religiosas, pasando por las cuestiones filosóficas y educativas. Su obra refleja con fidelidad la preocupación constante de un hombre que se inquieta por la suerte de los demás y que ésta le importa entrañablemente. La obra masferreriana se caracteriza por ser el fruto nacido de una actividad plena, es el aporte de un hombre batallador, irreductible, y firmemente convencido de la necesidad de reformar la sociedad corrupta para aliviar el dolor de quienes sufren privación material y espiritual. Los problemas del pueblo son todos de él. Con igual ahinco se enfrentaba al tema económico o filosófico, o al problema cotidiano que afectaba la salud y la alimentación popular.

El legado de Masferrer a su pueblo, es al mismo tiempo el testimonio de su voluntad de hombre de hueso y sangre, que no rehuye la participación

activa en el torrente de la vida: enfrentarse a los problemas, plantearlos y buscar soluciones *de cualquier modo*, pareciera haber sido la divisa de su vida de escritor. ¿Que se equivocó en muchas cuestiones y deja traslucir fallas de bulto en otras? Bueno: se equivoca quien está unido al diario palpitar de los acontecimientos. Sólo los que jamás toman parte en la vida de la sociedad no están sujetos al traspies. Entrar al torrente es salpicarse y a veces enlodarse. Pero cuando somos salpicados por el cieno que se genera con las crueldades que se cometen contra las grandes mayorías desposeídas, el propio surgir del tiempo se encarga de hacer resaltar el brillo donde antes hubo apariencia de suciedad.

Las insuficiencias provienen de distintos elementos, entre otros: la falta de una formación sistemática y el desconocimiento de un método científico. Masferrer no fue un intelectual que se formara en el aula universitaria. Fue un hombre a quien la vida le impuso la fuerza y la acción que brota del interior del desarrollo. La dinámica de los hechos lo templó con su contenido vivo y multiforme. Todo esto lo hace más grande como escritor, *y como guía popular más vivo y compenetrado de la idiosincrasia nacional*. De esta valoración no sólo resaltan las cualidades que rodean su obra, sino que la misma herencia de Masferrer se convierte en un valor apreciable para la historia del pensamiento centroamericano.

Si Alberto Masferrer no se hubiese sustentado en el calor de la patria que tanto amaba y no hubiera hecho suyos los problemas de las masas adoloridas y desesperadas, no podríamos encontrarnos hoy día con el hombre que con palabra ardiente y voz impregnada de humanismo deseaba realizar las aspiraciones de su pueblo. De ese modo logró como individuo y como escritor realizarse a sí mismo.



Decretos relativos a homenajes dedicados a don Alberto Masferrer

DECRETO Nº 152

La Asamblea Nacional Legislativa de la República de El Salvador,

CONSIDERANDO:

Que la labor desarrollada durante toda su vida por el ilustre salvadoreño don Alberto Masferrer como publicista, es de aquéllas cuyo mérito cada día se patentiza más y se hace más digna de aprecio;

Que esa labor, por su belleza y por sus nobilísimas tendencias, merece conservarse como un Tesoro de la Nación para que en ella, como un ejemplo, se inspire la juventud y sirva de estímulo para la forja del porvenir;

Que la obra filosófica y literaria de este Grande Hombre corre riesgo de perderse si no se edita convenientemente, hoy que aún es fácil su compilación;

Que esta labor debe realizarse por

cuenta del Estado por ser obligación de éste la conservación de esta clase de tesoros para afirmar las características intelectuales que den personalidad moral y sello propio a la Patria;

Por Tanto: en uso de sus facultades constitucionales,

DECRETA:

Art. 1º—Compílese y edítese en los Talleres de la Imprenta Nacional por cuenta del Estado, la obra literaria del maestro Alberto Masferrer.

Art. 2º—El Poder Ejecutivo se encargará de dar cumplimiento a esta disposición a la mayor brevedad posible.

Dado en el Salón de Sesiones del Poder Legislativo. Palacio Nacional, San Salvador, a los once días del mes de agosto de mil novecientos treinta y tres.

R. V. Morales, Presidente.— P. GUZMAN TRIGUEROS, Srio.— Franco. Federico REYES, Secretario.

Maximiliano Hernández Martínez,
Presidente Constitucional.

Salvador Castaneda Castro,
Ministro de Gobernación.

(Publicado en el Diario Oficial N° 179 Tomo 115 de fecha 16 de agosto de 1933).

DECRETO N° 269

EL CONSEJO DE GOBIERNO REVOLUCIONARIO DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR, CONSIDERANDO:

I.—Que el cuatro de septiembre próximo entrante, se cumple el décimo séptimo aniversario de la muerte de don Alberto Masferrer, renombrado filósofo, maestro y escritor, gloria y prestigio de la República;

II.—Que es un deber del Estado honrar la memoria de quienes supieron dar nombre y prestigio a la Patria, ya que el culto hacia los ilustres desaparecidos, al mismo tiempo que elevada expresión de una clara conciencia nacional, es estímulo eficaz en el desarrollo de las más altas virtudes cívicas en las generaciones futuras del país.

POR TANTO,

en uso de las facultades que le confiere el Decreto N° 1, de 16 de diciembre retropróximo, publicado en el Diario Oficial N° 276, Tomo 145, de la misma fecha,

DECRETA:

Art. 1º—Declárase monumento nacional la tumba de don Alberto Masferrer.

Art. 2º—El Ministerio de Cultura se encargará de mantener dignamente presentado dicho monumento.

Art. 3º—Autorízase al Director del Cementerio General de esta ciudad, para que, libre de derechos permita el depósito de los restos mortales del Maestro Alberto Masferrer, en el pue-

to de mausoleo N° 5, interior del Cuadro "R" del expresado Cementerio.

Art. 4º—Este Decreto entrará en vigor desde el día de su publicación en el Diario Oficial.

DADO EN LA CASA DEL CONSEJO DE GOBIERNO REVOLUCIONARIO: San Salvador, a los treinta días del mes de agosto de mil novecientos cuarenta y nueve.

Doctor Humberto Costa, Mayor Oscar Osorio, Mayor Oscar A. Bolaños, Doctor Inf. Reynaldo Galindo Pohl, Rubén H. Dimas, Ministro de Cultura; Doctor Eduardo Barrientos, Ministro de Asistencia Social.

(Publicado en el Diario Oficial N° 190, Tomo 147 de fecha 31 de Agosto de 1949).

DECRETO N° 543

LA ASAMBLEA LEGISLATIVA DE LA REPUBLICA DE EL SALVADOR,

CONSIDERANDO:

I.—Que la liga Femenina Salvadoreña y el Comité Vitalista Pro-Centenario del Maestro "Alberto Masferrer" solicitan un homenaje nacional con motivo del centenario del nacimiento del Maestro Alberto Masferrer;

II.—Que el artículo 196 de nuestra Constitución Política declara: que es obligación del Estado la conservación, el fomento y la difusión de la cultura;

III.—Que tributar homenaje de respeto y reconocimiento a los grandes hombres que en su trayectoria por la vida se han consagrado en el campo de la cultura, constituye un deber ciudadano de alto significado, ya que contribuye en la orientación positiva de las nuevas generaciones;

IV.—Que el Maestro Alberto Masferrer con su pensamiento ético, social y político que satura sus numerosas obras literarias y con su actitud digna en toda la extensión de la palabra, se perfila como uno de los más altos valores de nuestra Patria;

POR TANTO,

en uso de sus facultades constitucionales y a iniciativa de los Diputados señores Hermelinda Rivas v. de Rosales, Antolín de Jesús Castillo, Abel Salazar Rodezno, Mario Oscar Godínez, Juan Ricardo Ramírez Rauda y Jesús Silvestre Mestizo

DECRETA:

Art. 1.—Declárase el año de 1968, “Año de Alberto Masferrer”.

Art. 2.—El presente Decreto entrará en vigencia desde el día de su publicación en el Diario Oficial.

DADO EN EL SALON DE SESIONES DE LA ASAMBLEA LEGISLATIVA: PALACIO NACIONAL: San Salvador, a los veinte días del mes de diciembre de mil novecientos sesenta y siete.

Francisco José Guerrero,
Presidente.

Julio Hidalgo Villata,
Vice-Presidente.

Edgardo Napoleón Delgado,
Vice-Presidente.

Mario Humberto Claros,
Primer Secretario.

José Francisco Guerrero,
Primer Secretario.

Julio Góchez Calderón,
Segundo Secretario.

Luciano Zacapa,
Segundo Secretario.

Miguel Angel Ariz Lagos,
Segundo Secretario.

CASA PRESIDENCIAL: San Salvador, a los veintiún días del mes de diciembre de mil novecientos sesenta y siete.

PUBLIQUESE:

Fidel Sánchez Hernández,
Presidente de la República.

Francisco Armando Arias,
Ministro del Interior.

PUBLIQUESE EN EL DIARIO OFICIAL

Enrique Mayorga Rivas,
Secretario Gral. de la Presidencia de la República.

(Publicado en el Diario Oficial Nº 235, Tomo 217 de fecha 21 de Diciembre de 1967).

VIDA CULTURAL

PIANISTA

El jueves 18 de enero ofreció en el Teatro Darío, de las 20:30 horas en adelante, un magnífico concierto la notable pianista Xenia Prochorowa. Música de Scarlatti, Mozart, Chopin, Scriabin, Rachmaninoff, Ravel, Gershwin y Liszt fue interpretada magistralmente por la distinguida visitante. Patrocinó el acto la Asociación Pro-Arte de El Salvador.

CONFERENCIA

El 15 de enero, de las 20 horas en adelante, dictó una interesante conferencia en la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador, el doctor Oscar E. Hasperue Becerra, Director Ejecutivo de la Casa de la Cultura Americana, que tiene asiento en Acapulco, Estado de Guerrero, México. El tema de la conferencia fue el siguiente: *La Nueva Universidad Americana*. Numeroso público asistió al acto.

EXPOSICION

El 19 de enero se inauguró en la Casa del Arte de esta capital, una exposición de grabados del conocido artista salvadoreño Camilo Minero. Entre ellos apareció uno en linóleo que representa un poema de Alfredo Espino. La muestra permaneció abierta hasta el 10 de febrero.

NUEVA JUNTA DEL ATENEO

En la residencia del doctor Ramón López Jiménez quien fungió como Presidente del Ateneo de El Salvador durante el año 1967, tuvo lugar el 17 de enero, la solemne transmisión de gobierno de la Institución, siendo elegido como nuevo Presidente el profesor Alfredo Betancourt. Durante la ceremonia, en la cual el Secretario General Presbítero Vicente Vega, dio cuenta de las gestiones y hechos del grupo, entre los que se destaca su participación en el Año de Cañas, también se pudieron escuchar las palabras del doctor López Jiménez, explicando aspectos de

varias actividades del Ateneo durante el tiempo que él lo presidió.

OFRENDA FLORAL

Miembros del Ateneo de El Salvador colocaron el 17 de enero, en el monumento a la Libertad, una ofrenda floral que recordaba el sesquicentenario de la muerte del Prócer Vicente Aguilar.

HONRAN A INTELLECTUALES

El 18 de enero por la mañana, un grupo de miembros de la Academia Salvadoreña de la Lengua, correspondiente a la Española, visitó a los doctores don David Rosales y Julio Enrique Avila, para hacerles entrega de diplomas de Honor al Mérito. El testimonio de aprecio llegó hasta los hogares de estos distinguidos representantes de las letras salvadoreñas.

XIV CERTAMEN NACIONAL DE CULTURA

El XIV Certamen Nacional de Cultura está abierto para las ramas de Ciencias, Letras y Artes en la Dirección General de Promoción Cultural del Ministerio de Educación.

En la rama de Ciencias, los temas de los trabajos podrán escogerse libremente, pero dentro del campo del Derecho Público Internacional; en la rama de Artes este año se le da preferencia a la Música, y en la rama de Letras, al Cuento.

Para la rama de Ciencias se exigen no menos de doscientas páginas, que deben presentar un tratado general de la materia, una obra de índole didáctica, una monografía o un conjunto de ensayos sobre diversos aspectos de la disciplina.

Para la rama de Música se señalan las siguientes formas: sonata para piano solo; sonata para instrumentos de cuerda (violín, viola y violoncello) o para instrumentos de viento (flauta, oboe, clarinete, fagot). Música de Cámara: trío para violín (viola) o violoncello y piano. Cuarteto de Cuerda, Quinteto, Sexteto, Septeto y Octeto de cuerda, o instrumento de viento o combinado.

Para la rama de Cuento: no menos de quince relatos. Los trabajos se presentarán escritos en idioma español, bajo pseudónimo, en cinco copias, a doble espacio y con un número mínimo de ciento cincuenta páginas. Papel tamaño de carta.

MEXICO INVITA A NOE CANJURA

Noé Canjura, el pintor salvadoreño que vive en Francia y ya tiene renombre mundial, es uno de los diez mejores pintores del mundo actual que México ha invitado para participar con una exposición personal en la Olimpiada Cultural que se celebrará simultáneamente con los XIX Juegos Olímpicos Mundiales. El pueblo salvadoreño celebra con entusiasmo este nuevo triunfo de su gran artista.

EXPOSICION DE PINTURA Y RECITAL POETICO

El 28 de enero se llevó a cabo una exposición de pintura al aire libre, que se instaló cerca del Obelisco de Los Planes de Renderos. Jóvenes artistas que forman los grupos "Manchaneva" y "La Semilla", así como artistas independientes, organizaron la exposición. Al mismo tiempo, poetas pertenecientes a los grupos "Los Cinco", "Piedra y Siglo" e independientes, ofrecieron al público un interesante recital de poesía. En distintas ciudades de la República se realizarán próximamente exposiciones y recitales de la misma clase.

CONCIERTO

La Dirección General de Cultura y la Asociación Pro-Arte de El Salvador presentaron a José Kahan, notable pianista de México, en convivio musical, de técnica e interpretación, con los pianistas salvadoreños A. María Alegría, Francisco Avelar, Midas Forrer, Enrique Fasquelle, Amado Vega y Omar Mejía. Durante las primeras horas de cinco noches del año que comienza, esta competencia artística tuvo lugar en el Salón Orquesta de la Sinfónica Nacional. Música de Bach, Beethoven y Mendelssohn fue interpretada por

los artistas. Un concierto de piano con la Orquesta Sinfónica de El Salvador cerró estos actos culturales en el Teatro Darío. Dirigió la Sinfónica el Maestro Esteban Servellón.

MESA REDONDA

La Universidad de El Salvador, por medio de su Departamento de Extensión Universitaria, invitó a una Mesa Redonda en la que se trató de "El Problema de los Trasplantes de Corazón". Participaron estos médicos: doctora María Isabel Rodríguez, doctor Alejandro Gamero Orellana, doctor Mario Reni Roldán, doctor Gerardo Godoy, y los siguientes abogados: doctor Arturo Zeledón Castrillo, doctor José Enrique Silva. La reunión se llevó a cabo el 31 de enero, de 19:30 en adelante, en el Auditorium de la Facultad de Derecho de la Universidad de El Salvador.

NUEVA DIRECTIVA

La Sociedad Coral Salvadoreña, de conformidad con lo establecido en su Reglamento orgánico, llevó a cabo la elección de la nueva Junta Directiva que regirá los destinos de la misma Sociedad durante el período 1968-1970. La Junta quedó integrada así: Pdte. señor Juan Gutiérrez; vicepresidente, Sr. Francisco Brossa; síndico, Br. Vidal Antonio Flores; tesorero, señor Rodrigo Alonso Hernández Lila; protesora, señorita Leticia Pinto; secretaria, señorita Vilma Antonia Figueroa; prosecretaria, Sra. Juana de Murcia; primer vocal, señor Raúl Urban Peña; segundo vocal, señor Arturo Amaya; cuarto vocal, señor Daniel Ortiz; quinto vocal, Srta. Mercedes Echeverría. La reunión se realizó en los Salones de la Orquesta Sinfónica de El Salvador.

EXPOSICION PICTORICA

El Centro El Salvador-Estados Unidos patrocinó una nueva exposición de obras del pintor salvadoreño Luis Angel Salinas, que se inauguró el 6 de febrero, de las 20:15 en adelante, y que estuvo abierta

hasta el 23 del mismo mes. Salinas hizo sus primeros estudios de pintura en la Escuela Nacional de Artes Gráficas. Luego fue favorecido con una beca para perfeccionar su arte en México. Ha presentado sus cuadros en exposiciones individuales y de conjunto, en Guatemala, Perú, Venezuela, Brasil, Nueva York, Alemania y Japón.

CICLO DE CONFERENCIAS

La Facultad de Ingeniería y Arquitectura de la Universidad de El Salvador, invitó a profesionales, estudiantes y público en general, a un ciclo de conferencias que estuvo a cargo del connotado arquitecto mexicano, Sr. José Villagrán García, y que se realizó en el Auditorium de Ciencias de la Universidad Nacional, de las 19 horas en adelante, el 5, 7 y 9 de febrero. Los temas desarrollados versaron sobre Rumbo de la Arquitectura Actual. El Concepto Arquitectura y la Evolución Estilística de la Forma, Arquitectura y Vivienda Popular.

EN GALERIA DIDECO

Carlos Cañas, nuestro admirado pintor, presentó una colección de sus cuadros más actuales en la Galería de Arte Dideco, que es dirigida por Madeleine Imberton y Mauricio Alvarez. La exposición se inauguró el 8 de febrero y permaneció abierta hasta el 20 del mismo mes.

CORO DE UNIVERSIDAD CHILENA

El Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de El Salvador, invitó a la Comunidad Universitaria y al público en general, a las presentaciones del Coro de la Universidad Católica de Valparaíso, Chile, que nos visitó recientemente. Las presentaciones tuvieron lugar en el Auditorium de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional, el 12 de febrero, de las 18 horas en adelante; en el Teatro Nacional el 13 del mismo mes, de las 20 horas en adelante; el 14, en la Rotonda

de la Facultad de Medicina. Numeroso público asistió a los actos.

CONFERENCIA

El 13 de febrero, de las 20:15 horas en adelante, dictó Claudia Lars, en el Centro de la Comunidad Israelita de El Salvador, una conferencia que fue patrocinada por el Instituto Cultural El Salvador-Israel. El título de la conferencia fue este: Algo Sobre Sefarditas.

CONJUNTO COSTARRICENSE

La Asociación Pro-Arte de El Salvador presentó en el Teatro Dario, la noche del 22 de febrero, de las 20:30 horas en adelante, a un acreditado Conjunto Operático Costarricense, bajo la dirección de Arte y Letras de Costa Rica. El Conjunto está formado por Enrique Granados, barítono; Albertina Moya, soprano; Oscar Scaglioni, barítono; Benjamín Gutiérrez, pianista. Trozos musicales de Massenet, Mozart, Bellini, Verdi y Puccini fueron interpretados perfectamente. También se ofreció al público La Serva Padrona, de Pergolesi.

ATRATIVAS PELICULAS

El 20 de febrero se exhibieron en el Centro El Salvador-Estados Unidos, de las 20 horas en adelante, películas a colores con explicaciones en español, sobre Artes en los Estados Unidos, Usos de la Brocha, Pintura Abstracta y Estamperos.

EXPOSICION

El 27 de febrero, de las 20 horas en adelante, se inauguró en Galería Forma de esta capital, una exposición pictórica de la artista belga Marthe Donas: cincuenta muestras extraordinarias. Marthe Donas —escriben los críticos— ocupa sin lugar a duda un puesto de primer orden entre los pintores flamencos de arte moderno.

TRIO CHILENO

El Departamento de Extensión Univer-

sitaria de la Universidad de El Salvador, invitó a la Comunidad Universitaria y al público en general, para asistir a la presentación del "Trío Chileno", que en el Auditorium de la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales de la misma Universidad, interpretó música folklórica de Chile el 28 de febrero, de las 19 horas en adelante.

EN CHALET SUIZO

Seis destacados pintores nacionales expusieron sus obras en los primeros días de marzo en el Restaurante Chalet Suizo. Estos son los nombres de los expositores: Salarrué, José Mejía Vides, Zélie Lardé, Raúl Elas Reyes, Camilo Mínero y Mario Escobar. Fue una feliz idea instalar en tan exclusivo Restaurante una exposición pictórica de alta calidad.

ORDEN "JOSE MATIAS DELGADO"

La Orden Nacional "José Matías Delgado" fue impuesta a los doctores Julio Enrique Avila, David Rosales, Juan C. Segovia y Carlos Zepeda padre, en reconocimiento a méritos excepcionales. Doctor Julio Enrique Avila: ex-ministro de Relaciones Exteriores, ex-decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador, ex-profesor de la Facultad de Farmacia de la misma Universidad, literato y poeta de alta jerarquía; Doctor David Rosales: ex-ministro de Instrucción Pública, ex-magistrado de la Corte Suprema de Justicia, ex-profesor de la Facultad de Derecho, ex-decano de la Facultad de Derecho, ex-decano de la Facultad de Economía, ex-miembro de la Comisión Redactora del Anteproyecto de Constitución Política; Doctor Juan Segovia: ex-decano de la Facultad de Medicina, ex-profesor de varias materias médicas, profesional ejemplar; Doctor Carlos Zepeda padre: ex-decano de la Facultad de Odontología, inventor de un articulador anatómico y ciudadano intachable.

EXPOSICION EN MIAMI

Recientemente fue inaugurada en el Pan American Bank de Miami, Florida, una "Exposición de El Salvador", que ofreció al público muestras de artesanías salvadoreñas, pertenecientes a diversos lugares de nuestro país, y fotografías de principales sitios de recreo.

VIOLINISTA RUSA

El 25 de marzo, de las 20:30 horas en adelante, la Asociación Pro-Arte de El Salvador y la Dirección General de Promoción Cultural, presentaron en el Teatro Darío a la violinista rusa Marina Yashville, acompañada por la Orquesta Sinfónica de El Salvador. Marina Yashville ofreció su primer concierto a los trece años de edad. Estudiante en el Conservatorio Tschaikowsky, de Moscú, ha sido aplaudida en las más famosas salas de Europa y América.

EXPOSICION FOTOGRAFICA

El Licenciado Rafael Glower Valdivieso, Ministro de Economía de El Salvador, inauguró el 18 de marzo la Exposición Centroamericana de Fotografía Turística en Color, patrocinada por el First National City Bank. El acto tuvo lugar en el Museo Nacional "David J. Guzmán", con la presencia del señor Juan D. Sánchez, Vice-Presidente del First National City Bank a cargo del grupo del Caribe, que comprende México, Centro América, Panamá, Venezuela, Colombia, el Caribe, Islas Occidentales y Bahamas. Estuvieron

presentes en el acto de inauguración distinguidas personalidades salvadoreñas y extranjeras.

GUITARRISTA

Gustavo López, famoso guitarrista mexicano y Etta Zaccaría, de nacionalidad italiana y también guitarrista, actuaron el 22 de marzo, de las 20:30 horas en adelante, en la Federación de Cajas de Crédito de esta ciudad. El destacado dueto alcanzó en nuestro país significativo triunfo.

RE-ESTRENO DE OBRAS DE TEATRO

El Departamento de Extensión Universitaria de la Universidad de El Salvador, invitó al re-estreno de las obras "Los Fusiles de la Madre Carrar", de Bertolt Brecht, y "Este era un Rey", de José María Méndez. En el Teatro Municipal de Cámara y en el Teatro Universitario tuvieron lugar las representaciones, en los días 22 y 23 de marzo, de las 20 horas en adelante.

VIOLIN Y PIANO

Un concierto de violín y piano, ofrecido por nuestros admirados artistas: Miguel Serrano y Ezequiel Nunfio h., tuvo lugar en el Centro El Salvador-Estados Unidos. Música de Mozart, Beethoven, Wieniawski y Brahms fue hermosamente interpretada por los dos salvadoreños el 28 de marzo, de las 20:30 horas en adelante.

DON ALBERTO MASFERRER RECIBE EL TITULO DE ACADEMICO HONORARIO DE LA UNIVERSIDAD DE EL SALVADOR

"El Consejo, a solicitud de varios de sus miembros y previos los trámites de ley, ACUERDA: Conferir al señor Don ALBERTO MASFERRER, distinguido maestro y publicista de nota, el título de ACADEMICO HONORARIO de esta Universidad". (Quinta Sesión del Honorable Consejo Uni-

versitario, celebrada a las diez de la mañana del día once de septiembre de mil novecientos veintitrés).

* * *

“Se dio cuenta con la comunicación de Don ALBERTO MASFERRER, en la que da las gracias al Honorable Consejo por el honor que se le dispensó al nombrarlo académico honorario de la Universidad”. (Sexta Sesión del Consejo Universitario celebrada a las diez horas del día diecisiete de octubre de mil novecientos veintitrés).

(Fragmentos de actas del Consejo Universitario).

TINTA FRESCA

SAN SALVADOR Y SUS HOMBRES.

Academia Salvadoreña de la Historia. Colección Historia. Volumen 10, segunda edición. Dirección General de Publicaciones, San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

Este libro “preparado pacientemente por la Academia Salvadoreña de la Historia y auspiciado por el Poder Ejecutivo”, reúne en 424 páginas impresas en magnífico papel, interesantes biografías de ilustres salvadoreños. La Nota Editorial del mismo libro dice así:

“Con la segunda edición de **SAN SALVADOR Y SUS HOMBRES**, el Ministerio de Educación cumple un triple objetivo:

1º Pone en manos de los estudiosos una fuente de datos que, agotada la edición anterior, se habían hecho difíciles de encontrar;

2º Rendir tributo de reconocimiento a la Academia Salvadoreña de la Historia, correspondiente de la Española, por

haber realizado la iniciativa feliz de una primera edición;

3º Rendir homenaje a los dieciséis miembros de la Academia —la mayoría desaparecidos— que se anotan al final de la obra conforme al original de la primera edición.

La historia, en sí misma, es lección permanente para las generaciones posteriores a las de quienes intervinieron en los sucesos que ella recoge y ordena.

Las grandes culturas de la humanidad se han servido de la historia —narrada a veces en el ambiente familiar con un sabor heroico— para ligar en forma indisoluble a las generaciones jóvenes con la experiencia de las generaciones adultas e integrarlas así en una unidad espiritual orientada hacia un común destino.

Si el estudio de la historia nos lleva a tomar contacto con el más remoto o el más próximo pasado, la marcha dentro de su proceso nos permitirá rastrear, hasta dar con ellas, las bases de nuestra

nacionalidad y la razón de ser —con su carácter relativo— de nuestras instituciones.

En las palabras iniciales, el Dr. Manuel Castro Ramírez esboza el sentido del plan de SAN SALVADOR Y SUS HOMBRES:

“Por las páginas de este libro desfilarán hombres y acontecimientos, unidos en conjunción armoniosa, marcando así el desarrollo evolutivo de la histórica ciudad, desde la lejana época colonial hasta los tiempos modernos”.

Si la vida del hombre es objeto de la historia, SAN SALVADOR Y SUS HOMBRES nos presenta un conjunto de vidas relevantes, llenas de contenido espiritual para proyectarse con su ejemplo más allá de los límites de su vida biológica.

Las vidas que recoge esta obra son vidas que siguen viviendo en motivaciones ejemplares por sobre la muerte de la base corporal que les dio albergue. Esta ha de ser la lección de la historia: búsqueda de la perennidad dentro de la contingencia.

SAN SALVADOR Y SUS HOMBRES debe cumplir el objetivo de una historia dinámica: “servir de ejemplo para mejorar”.

IDEARIO ESTUDIANTIL. *Manuel Guillermo Campos.* Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1967.

Nota Editorial de este Cuaderno:

“Para cumplir uno de sus objetivos (“...imprimir libros didácticos conforme al Art. 1º de su Reglamento), la Dirección General de Publicaciones ha editado, por mandato del Ministerio de Educación, un número relativamente reducido de títulos con objeto de auxiliar a los maestros o para servir textos valiosos a los alumnos.

IDEARIO ESTUDIANTIL, por Ma-

nel Guillermo Campos*, está dirigido a los estudiantes para orientarlos en su tarea específica: estudiar.

El estudiante debe saber para qué estudia, a fin de estar mejor motivado en su actividad. Tiene que dominar, además, un método que le asegure éxito en la función propia de su trabajo. Por último —aun cuando esta sea una cuestión de carácter formal y, por tanto, discutible—, el estudiante debe saber cómo culminar con éxito cada período de estudios: debe prepararse bien para un examen con objeto de probarse a sí mismo cuánto gana con su dedicación y su esfuerzo.

Con generosidad digna de encomio, IDEARIO ESTUDIANTIL condensa en sus páginas una serie de fórmulas que, bien aplicadas por los estudiantes, pueden rendirles incalculables beneficios”.

CUADERNOS MASFERRERIANOS.
Nº 1. *EL DINERO MALDITO.* *Alberto Masferrer.* Ministerio de Educación. Dirección de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1968.

Cuaderno de carácter divulgativo, pero que contiene un extraordinario mensaje para el pueblo salvadoreño. Pasará de mano en mano, como todos los escritos de Masferrer, y señalará a quienes estén listos para leerlo con respeto, lo que son, en verdad, el ebrio dentro de su ciega inconsciencia y el hombre que hace dinero con el veneno que vende al sediento de alcohol.

Impreso este mensaje como uno de los muchos homenajes que se tributan al gran Maestro en el año que celebra el primer centenario de su nacimiento, lleva en su página inicial esta explicación:

* MANUEL GUILLERMO CAMPOS nació en San Pedro Masahuat, El Salvador, el 8 de abril de 1916. Se graduó como Maestro de Educación Primaria en 1938. Obtuvo su Licenciatura en Educación (M. A.), en la Universidad de Iowa, EE. UU. Ha sido Director de la Escuela Normal Superior de El Salvador, catedrático de la Universidad de El Salvador y Experto de UNESCO. Ha publicado los opúsculos: *Cómo estudiar* y *Decálogo de evaluación escolar*

“El 24 de julio de 1968, hará cien años, que vino al mundo una figura ejemplar del pensamiento continental: don ALBERTO MASFERRER.

El mejor homenaje que puede rendirse a la memoria, cuando ya muchas de sus ideas se han hecho realidad en instituciones de carácter nacional o en principios de vigencia internacional, es divulgar su pensamiento para ofrecer a una generación muy sensible a los problemas sociales, la oportunidad de

hacer un análisis justiciero de su mensaje profético y de su pasión reformadora.

La colección CUADERNOS, recién nacida en el campo editorial salvadoreño, se enorgullece al reavivar con EL DINERO MALDITO la admiración por ese pensador iluminado que fue don ALBERTO MASFERRER.

Que a cien años de su nacimiento —24 de julio de 1868— siga naciendo en nosotros el fervor de sus ideas y la diafanidad de su alma”.

